
SEVILLA


ALCOY

MELITON MARTIN.

PÓNOS

ó

LA COMEDIA HUMANA.

TOMO TERCERO

MADRID
IMPRENTA DE SEGUNDO MARTINEZ
1, Travesía de San Mateo, 1

1883.

PRECIO 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS.

PÓNOS,

ó

LA COMEDIA HUMANA,

POR

MELITON MARTIN.

TOMO TERCERO.

MADRID
IMPRENTA DE SEGUNDO MARTINEZ
1, Travesía de San Mateo, 1
1883.

CICLO TERCERO.

HASTA LA APLICACION DE LA PÓLVORA.

No se trata de averiguar lo que Dios esconde; basta atender á lo que pone de manifiesto.

FENELON.

CAPÍTULO I.

¡Oh instabilidad perpétua de las grandezas humanas!. ¿Quién no te temerá en su dicha?. ¿Quién que sea desgraciado no pondrá en tí la esperanza?. Recela aquél un tumbo de la fortuna que le vierta la copa del placer ó cambie en hiel amarga el dulce néctar; sueña éste á todas horas con mudanzas, y al recordar las infinitas de la historia, presiente otras igualmente extraordinarias en sus cuitas y quebrantos. Para el dichoso, la instabilidad es tormento y pesadilla; para el atribulado, es su esperanza y su consuelo. El uno no puede desterrar de la memoria tanta caida de príncipes y emperadores, tanto martirio de apóstoles y filósofos, reinas cuyo tálamo se convirtió en cadalso, el cautiverio ó servidumbre de los Cresos, la esclavitud de los Perseos con corona; al otro solazan plácidamente las historias y hasta los cuentos de mendigos descubridores de tesoros, fregonas convertidas en princesas, soldados de fortuna, profetas-mercaderes y pastores pisoteando tronos. El primero tiembla ante la fatalidad; el segundo tiene fé en las veleidades del des-

tino, y cuando agote el catálogo de los encumbramientos verdaderos, acudirá á los fantásticos, porque no hay cosa soñadora y novelera como la desgracia.

Y sin embargo, los cambios y mudanzas, signos del movimiento de la vida, no pueden, no deben ser fundamento de ningun culto al azar. Nada hay debido al acaso; todo germina, surge y crece conforme á leyes inflexibles y á las acciones de los hombres. Ni hay efecto sin causa, ni maravilla sin lógica explicacion; siendo, por lo general, nosotros los fautores de nuestro propio destino, y si no lo vemos así con claridad en cada caso, será porque nuestro entendimiento es limitado, cortísima nuestra vista, y no abarcamos las innumerables dilatadas mallas de esa menuda red tegida por nuestro libre albedrío sobre la otra inquebrantable de las leyes fatales de este mundo, que constituye las aventuras del hombre, capítulo aparte, ciclo ó episodio en el drama complejo de la vida. Al lado del elemento fatal que nos domina, hay otro llamado libre, mediante cuyos privilegios nos es dado aplazar breves instantes el cumplimiento de cada decreto, eludirle al parecer por tiempo corto; mas no por esto la humanidad en junto alcanza nunca á torcer la menor disposicion de las divinas ordenanzas, áun teniendo individualmente cada uno la facultad de optar por la desobediencia, con el dolor, ó por el bien, obedeciendo.

De aquí la existencia de dos elementos esencialmente distintos, de dos elementos determinantes del destino individual: el elemento fatal de las leyes de este mundo, cumplidas irremisiblemente en el espacio y en el tiempo, y el elemento variable, caprichoso ó libre, en cuya virtud se elude ó se re-

tarda el cumplimiento de un detalle durante el efímero transcurso de la existencia de un sér. Y como quiera que toda transgresion ajena modifica de algun modo las relaciones del indivíduo con la sociedad ó sus medios de vivir, sorpréndennos de contínuo vaivenes y alteraciones que no acertamos á explicar.

¿Cómo atenuarlas?. ¿Cómo preverlas?. La contestacion es óbvia: conociendo las leyes de este mundo, ó si se quiere, con la ciencia, y procurando que nuestras relaciones con el prógimo sean de amor y de justicia, lo cual equivale á buscar las máximas de lo moral para practicarlas.

Una escuela respetable ha dicho: «el hombre se agita y Dios le conduce.» No hay inconveniente en admitir esta verdad, siempre que las riendas sean las leyes naturales inflexibles, no una intervencion diaria, caprichosa, inútil á todas luces, incompatible con la absoluta omnisciencia y la absoluta justicia. Los hombres con su conducta harán héroes de bandidos, santos de visionarios, opulentos de misérrimos, de mentecatos apóstoles; pero estos disfraces y papeles, distribuidos en la comedia de la vida por la locura de una época, nada son, nada significan, para alterar el magestuoso desenvolvimiento de la total evolucion.

Cambios y mudanzas constituyen la vida del universo cuyas manifestaciones son, como las variadas estaciones son fiel emblema de la vida de las plantas. Apenas el tibio aliento de la lozana primavera reanima el aterido cuerpo de la tierra, cuando sus campos se cubren de verdura y el capullo brota y las flores abren sus perfumados cálices y los árboles se visten galanamente con los ropajes más vis-

tosos. Durante todo el estío, aquellos séres embrionariamente sensibles, esquilman los senos de la tierra, y con su sangre y su sustancia, forman simientes y frutos. ¡Cuánta variedad en tan visible unidad!. El uno se hace coloso, porque nació en tierra fértil y el sol le bañó en su luz y una fuente vecina regó con agua sus raíces; el otro permaneció raquítico, porque su cuna fué una peña, la sombra del monte le robó el calor, y no hubo arroyo ni fuente que se apiadaran de él. Pero llega el momento de la restitucion, y la hojarasca exhuberante del coloso, la yerba humilde, las fragantes flores, caen agostadas y marchitas para restituir al suelo los elementos necesarios á formar los árboles futuros y las futuras florecillas, galas renovadas del próximo año nuevo, nueva pulsacion en la vida del planeta.

Si el elemento casual y contingente influye de tal manera sobre el desarrollo de las plantas, ¿cuánto más no influirá sobre el destino de cada hombre ligado forzosa y complejamente con los actos libérrimos, las ideas múltiples y los afectos tornadizos de todos los demás hombres?. Sin estos cambios y mudanzas no habria renovacion; el mundo se habria creado para alimentar pocos y los mismos tipos; la humanidad se agitaria para sostener algunos centenares de parásitos.

Pero sea de esto como fuere, entre nosotros los planetícolas, no nos atrevemos á decir si sucedia lo mismo y del propio modo en Gé. Discúlpennos nuestros lectores, por lo tanto, este nuestro prurito de soñar divagando por un campo ameno, aunque todavia casi virgen. Una cosa es nuestra historia y otra cosa es nuestro cuento, pudiendo por ende poner en tela de juicio cada cual, si la caida del gi-

gante ó la tremenda catástrofe de su imperio, fueron hechos fatales dentro de lo necesario, ó si hubieran podido suceder de otra manera, modificando con ello el resultado total de los cambios y mudanzas.

Antójasenos, no obstante, que salvo las variaciones de la forma, cuanto sucedia en Gé era producto de una como fuerza de vegetacion, á cuyo potente empuje, en vano oponia Seuda su contínuo resistir y su ingenioso intrigar.

De todos modos, no fué pequeño ó baladí el trastorno sucedido en el Castillo de las Siete Colinas apenas cayó el guerrero á la vista de sus torres.

Segun digimos hace poco, los espectadores de la batalla de Dinamion con sus enemigos, al verle arrastrado por un pié, los brazos en cruz, los miembros desmazalados, se cubrieron con horror los ojos y volvieron la cara por no verle. La congoja y el abatimiento de próceres y esclavos, trasgos y duendes, acólitos y augures llegaron al último extremo, y todos bajaron de los altos muros sin tener ánimos para contemplar tamaña caida, tan sensible lástima. De Seuda abajo, perdió aquel pueblo la cabeza. Cual sombras ó espectros errantes por el reino del dolor iban de aquí para allí tristes, mudos, distraidos, hablando como dementes y lloriqueando y gimiendo.

No debemos pasar en silencio aquí una circunstancia singular en aquella confusion y clamoreo: todos, lo mismo Seuda y sus augures, que Anoya y sus acólitos, algunos capitanes y bastantes más soldados, pensaban en la cruz, soñaban con la cruz, y la imágen de la cruz y sus prodigios del anfiteatro, se les grabaron indeleble en los sesos. Buscando con

la imaginacion algun escudo contra los peligros, ninguno les parecia reunir las milagrosas virtudes del novísimo amuleto. Y tal y tan honda llegó á ser aquella impresion, que á falta de crucecitas, se hacian cruces con los dedos sobre el rostro y sobre el pecho. La cruz colgada del cuello, ó la señal de la cruz, llegó á ser remedio contra todo.

Pónos, siempre prudente y precavido, aprovechó aquel momento de crísis y quiso visitar á sus protegidos en las galerías subterráneas. La desesperacion de Seuda era siempre de temer. Cuando se vieron en el laberinto de las catacumbas, Pónos preguntó á su hija:

—¿Qué hacemos?

—Lo principal—contestó la bondadosa Alecia—es atender á curar la loca. Mientras la mujer siga en tan lastimero estado, ningun paso daremos á derechas: su auxilio es indispensable, su consejo conveniente.

—Pero ¿cómo neutralizar los mortales efectos de los filtros?. ¿Cómo curar tan repugnante enfermedad?—exclamó el génio.

—En esta isla encantada—contestó la esclava—la triaca se encuentra siempre junto al veneno. Males hay del cuerpo cuya curacion no se alcanza; pero en los males del espíritu, si existe la voluntad, siempre existirá remedio. La carne es perecedera y pronto ó tarde sucumbe; el espíritu nunca desfallece. Toda hora es sazon para curarle, y por ley irrevocable es perennemente perfectible. La lepra mata al cuerpo; las úlceras del alma, en ocasiones, pueden servir para depurarla, dotándola con nueva vida. Si la voluntad acude y se empeña en purificarse, queda despues de la purificacion como el dia de su

mayor inocencia. Para ello no hay sino una medicina; la contriccion: para aplicar esta medicina, sólo existe un médico; la voluntad. Ambos, lo mismo el curador que el medicamento, acompañan en todo instante al hombre, y nada, ni nadie, puede sustituir su eficácia y su virtud. Y á la verdad, esta es la funcion más principal de todo libre albedrío, la más sublime manifestacion de la libertad humana.

—¿Qué haremos, pues, con mi mujer?—preguntó Ántropos con ansiedad.

—Ahora lo verás—replicó Alecia.

Y acto contínuo la hija de Pónos pidió al hombre una túnica de áspero sayal; arrancó de la frente de Gina la corona de pámpanos y yedra; quebró el tirso; derramó la copa; hizo girones y astillas el pandero; sustituyó la tela tosca á la impudente gasa; mandó á Pir encender un braserillo con aquellos fatídicos despojos para confeccionar á su calor el necesario bálsamo calmante, y despues de habérsele propinado á la mujer, la encerró sola en una gruta, recomendando que durmiese sobre el duro suelo.

Por enfermera nombró á Fanta, á quien recomendó velase el sueño de la loca Gina y la hiciera olvidar todo el pasado, evocando con sus leyendas las ilusiones de un risueño porvenir.

Ántropos en su ansiedad, preguntó entonces á su amiga:

—¿Curará con esto mi mujer?. ¿Hará olvidar su locura?

—Mucho le será perdonado—contestó Alecia—porque ha amado mucho (1).

---

(1) Jesucristo.

Ántropos no comprendió todo el alcance de aquellas caritativas palabras; pero se dispuso á salir de las catacumbas en compañía de Pónos y de Alecia, cuando un relincho vigoroso le detuvo.

—Esa es la voz de Hipodonte—gritó Ántropos.

—Salgamos para evitar que caiga en manos de los enemigos—añadió Pónos.—El noble bruto puede sernos útil.

—Tal vez sea tambien mi presencia necesaria—concluyó diciendo Alecia.

Y todos tres salieron sobre la falda del monte al otro lado del foso y ya fuera del recinto. De pronto nada vieron, pero su vista se fué haciendo á la claridad del sol y distinguieron á corta distancia el cuerpo de Dinamion, tendido y sin movimiento. Su noble é inteligente corcel, apenas le sintió desplomarse de la silla, atropelló las huestes enemigas, y siguiendo á su querencia le sacó, segun vimos, á la rastra. Aguijoneado por el asombro del bulto y el ruido de la armadura, llegó hasta las colinas y se detuvo ante el foso. Entonces se revolvió para buscar alguna entrada, y al revolverse se destendió el estribo, se desprendió del pié, y la pierna cayó con no pequeño estruendo á la manera de ponderosa viga. Al verse Hipodonte libre, se quiso aproximar á su Señor; tendió el cuello con la crin espeluznada, los ojos centellantes, inquietas las orejas é hinchadas las narices por fuertes y prolongados resoplidos. Paso á paso se fué acercando al cadáver. Asustadizo, con los remos temblorosos, la cola en arco y el cuerpo huyendo hácia atrás, alargó el hocico, aspiró con trémula avidez el aire, y sin causa aparente y sin motivo, redobló contra el suelo con los cuatro cascos, giró sobre las piernas y huyó despavo-

rido cual si le persiguiese lobo carnicero. Paróse despues de breve y rápida escapada, como para reconocer la causa de su espanto, alzó el testúz, olfateó el viento, tornó á aproximarse con ligero trote, renovó su cauteloso andar, sus sustos y sus terrores, y despues de algunas idénticas huidas, pero cada vez más cortas, se acercó y paseó el hocico desde los piés á la cabeza de su amo. Como convencido de su desgracia é incapáz de retener su dolor, alborotó entonces los ecos más lejanos con sonoro tristísimo relincho. Este fué el que oyeron Pónos y los suyos en las desiertas catacumbas, esta la voz á cuyos acentos acudieron.

No habian dado, sin embargo, muchos pasos hácia el punto en donde se encontraba el potro cabe á su Señor, cuando oyeron la voz de Seuda gritándoles desde la muralla:

—¿Dónde vais?. ¿Dónde vais sin mi permiso?. Ya soy primera en la Isla. Eso me corresponde á mí, y pues los gigantes bárbaros allá á lo léjos se detienen, esperadme y dispondré lo necesario para recojer esos despojos.

Tan acostumbrado estaba el hombre á obedecer, que se detuvo y detuvo á sus amigos. Seuda bajó diligente acompañada por buen número de cortesanos y acólitos, y todos se acercaron al cuerpo de Dinamion. ¿Quién le hubiera reconocido?. Desde el lugar de la lid hasta donde yacía sin movimiento, habia ido dejando trozos de armadura, girones del régio manto, la carne de su cuerpo, la sangre de sus venas. Su casco, su peto, su escarcela, su vestido, empapados en la de sus contrarios y en la propia, bañada en sudor la frente, se cubrieron de barro pegajoso formado por el denso remolino del polvo

leve y sutil bajo los cascos de Hipodonte, y miembros y arreos y armas semejaban un monton confuso y espantable. Nadie habria adivinado en aquel despojo inerte al famoso guerrero, al insaciable conquistador, cuya corona de oro y pedrería estaba abollada y medio oculta en un inmundo lodazal.

Desde luego comprendieron sus vasallos la inmensa dificultad de levantarle y moverle, mas al dar vueltas y más vueltas discurriendo y calculando, Ántropos acertó á mirar por encima del rostro del gigante y vió rehilar y dislocarse los objetos del otro lado lejanos, como se dislocan y vibran árboles y matas mirándoles al través de los vapores exhalados por un horno de alfarero. Se detuvo y se cercioró de aquel fenómeno, y por analogía sospechó que Dinamion respiraba aún. Entonces hizo notar á los demás aquel efecto de espejismo y aseguró que de los lábios del gigante brotaba un vaho sutil, caliente, invisible para los ojos desde arriba, pero perceptible y evidente, si se observaba desde abajo y de través.

La alegría renació entre muchos de los concurrentes y la inmensa mayoría reclamó de Ántropos los auxilios de su pericia de médico, á fin de devolver la salud á su Señor.

Seuda, sin embargo, contuvo aquel primer movimiento y se puso á cavilar.

—Me parece inútil—dijo despues de breves instantes de meditacion.—No irritemos á los bárbaros, pues al fin han de ser dueños de la isla. Nuestro amo no podria contenerles áun en su cabal salud. Más prudente me parece ponernos bien con los vencedores.—Y luego exclamó en voz alta:—¿Á qué mortificar al herido?. Dejémosle morir en paz.

Al escuchar el lenguaje del más bajo y más astuto egoismo, Alecia no se pudo contener y dijo:

—Nunca querais para los demás, lo que no quisiéreis para vosotros. Haced el bien por el bien, sin calcular las consecuencias, porque el interés de todos es el interés de cada cual, y el mal de uno, el mal de todos. ¿Qué será de las invenciones peregrinas de Ántropos si aquellos bárbaros os rinden?. Nada os debe importar tanto, como salvar vuestras conquistas, y nadie las puede defender contra los bárbaros, como Dinamion que las conoce y las aprecia. Ya que no seais agradecidos sed egoistas cuando ménos.

Dominados como siempre por la dulce y persuasiva voz de la generosa esclava, Ántropos y vários de los próceres se dispusieron á socorrer al herido, mientras Seuda y Alecia disputaban sobre lo justo y conveniente, sobre la mentira y la verdad. El primero, sobre todo, con el auxilio de la vara mágica del génio, aflojó las hombreras para separar el peto del espaldar, desciñó la escarcela, desprendió de la cabeza el casco, restañó la sangre con yerbas salutíferas, cuyas virtudes medicinales conocia, y le roció con agua el rostro y le aplicó á las narices manojos de espliego y sálvia, de menta y yerbabuena, hasta percibir con claridad la respiracion del maltrecho y malferido guerrero y sentir dilatarse y contraerse su pecho pausada y acompasadamente.

—Ánimo—le gritó entonces al oido Alecia.—Ánimo, Dinamion. Haz un esfuerzo para volver á tu castillo.

—¿Para qué?—suspiró el vencido con voz apagada y lastimera.—Sin poder, sin autoridad y sin placeres, ¿qué vale la existencia?. Déjame morir...

—No te amilanes—replicó la esclava.—Los males son pasajeros. Si sigues nuestros consejos, todavia puedes ser feliz.

—¿Quién eres tú?—preguntó Dinamion.

—Alecia.

—¿Para qué quieres que viva?

—Para cumplir tus destinos. Aún vivirás dias de gloria.

—Mentira, todo mentira. No puede haber gloria sin vencer.

—Hay una victoria fácil.

—¿Cuál?

—La de vencerte á tí mismo. Haz un esfuerzo y levántate.

—¡Imposible!. Mi desesperacion y abatimiento pesan como una montaña sobre mí. No tengo brios para levantar el brazo. Si tuviese un amuleto como el tuyo—aquél del anfiteatro—el que dá fuerza y poder contra los mayores males.....

—Aquí le tienes—exclamó Ántropos sacando su cruz del pecho.

—No tengo brios, no tengo brios—siguió murmurando Dinamion.

—Yo te los daré—exclamó Pónos.—¡Elpisa!. Mi querida hija; nunca como ahora se necesita tu presencia. Acude y salva al imperio.

Á la voz del génio, allá en las nubes, flotando sobre el rostro del guerrero, apareció una de color de rósa, toda bordada de plata, toda recamada de oro, y en su centro Elpisa, sentada sobre el carro de marfil tirado por soberbias águilas.

Dinamion no pudo ménos de fijar la vista en la celestial aparicion y se sintió reconfortado. Hizo un esfuerzo supremo para ponerse en pié, y quedó con

la rodilla izquierda en tierra, apoyándose sobre el siniestro brazo. Sin apartar los ojos de la nube, señaló á Elpisa con la mano libre; mas como quiera que Ántropos le presentaba su cruz ante los ojos, vió aquel signo sobrepuesto á la celestial aparicion y dijo:

—¡La cruz, siempre la cruz! El instrumento de suplicio, el padron de mi fiereza y de mi ingratitud. El amuleto á cuyo favor se doman hasta los tigres en el circo. ¡Quién sabe si en ese signo venceré!

—Sí, sí—exclamó Alecia.—En ese signo vencerás (1). Ten fé, ten esperanza y cuando á esas virtudes reunas la caridad, serás grande, serás fuerte.

Y despues de una brevísima pausa, Dinamion hizo otro esfuerzo, se irguió trabajosomente y se recostó sobre Hipodonte.

La bruja y todos los circunstantes no se dieron cuenta de todo aquello; pero lo mismo los próceres como la gente menuda, creyó con ello más y más en los hechizos ocultos de la cruz.

Algunos momentos despues, penetraban Pónos y Dinamion, Seuda y Alecia, Ántropos, los próceres, los duendes, los acólitos, en el Castillo de las Siete Colinas.

---

(1) Lábaro de Constantino.

CAPÍTULO II.

Veamos ahora cómo lo pasaba Gina durante los maravillosos acontecimientos que acabamos de narrar.

Apenas la dejaron sola y en tinieblas, cuando se tendió sobre la paja y durmió con sosiego algunas horas. Fanta entre tanto la acechaba. Cuando despertó por fin, pugnó por concordar sus recuerdos, y advirtiéndolo la enfermera, batió sus alas de tornasol, refrescó la celda con un perfumado ambiente, y tendiéndose al lado de la mujer, la dijo con su vocecita suave, suave, suave:

—¿Cómo te sientes?.—¿Mejor?.—Me alegro.—¡Ay de mí!. ¡Quién te habia de reconocer!.—¿Te acuerdas de la primera vez, cuando nos vimos?. Qué noche aquella tan serena, y sin embargo más serena estaba tu alma.—No eran aquellos campos como estas catacumbas.—Entonces te mirabas en las fuentes y te prendias florecillas sobre tu cabellera de azabache;—ahora quieres contemplar tu alma, y todo es fealdad y hastío.—¡Cuánto cambio desde entonces! ¡cuánto dolor! ¡cuánta locura!—Sacrificar la dulce cal-

ma por cantar con un pandero, bailar agitando el tirso ó beber en copa de oro.—¡Cuánta locura! ¡cuánta locura!—¡Dulcísima embriaguez, pero de un dia!—¿Y despues?.—Ahí está el toque: ¡despues!—Cuán amargo es el hastío.—Esta celda miserable, este sayal y esta calma son preferibles á la licenciosa orgía.—Aquí hay paz del alma, aquí acabas de dormir sueño dulce y apacible áun sobre duro penitente lecho.—No hay duda: el áspero sayal es preferible á la túnica de seda y oro y diamantes. —Recuerda, Gina, recuerda: pastora con tu pellica, esclava al lado de tu Ántropos, prisionera en la dorada jáula, matrona sin voluntad, pero madre de tus hijos, eras feliz, muy más feliz que bacante desatentada y loca.—¡Cuánta locura! ¡Cuánta locura!—Lo pasado, pasado: pensemos en ser felices.—¿Lo crees difícil?.—¡Quiá!—Nada hay más fácil.—Con fé, con humildad, todo se alcanza.—La calma, la paz, la pureza ni se compran ni se venden.—Acudirán á la voz de tu voluntad sin que te cuesten un ardite.—¿Quiéres ser de nuevo amante y candorosa?. Pues quiérelo con energía, quiérelo mucho, mucho.—Así, así.—No recuerdes lo pasado, sino para maldecirlo.—Así, así.—¿A que te sientes ahora más pura, más digna, más feliz?.—¡Oh! lo serás, lo serás.—Dame la mano, salgamos á bañarnos en aire, en calor, en luz.—Huyamos de los palacios, donde moran los remordimientos.—¡Una cabaña! ¡una choza!—aquí, aquí.—Mírala en medio del valle, sombreada por castaños, arrullada por el arroyuelo, sobre un tapiz de margaritas.—Oye cómo resuena dentro de ella el canto del ruiseñor.—¡Oh!. ¡Qué alegre es el despertar con la sonrisa de la aurora! ¡qué dulce melancolía nos embarga con la

bruma de la tarde!.—Entra, entra: á un lado la cocina, y en ella Pir prepara el desayuno... al otro tu dormitorio... en él descansa tu Ántropos sobre un lecho de romero... las voces de los hijuelos confundidas con la de los pajarillos llegan desde las enramadas del jardin.—Saludan ambos el despertar de la naturaleza.—Despierta tú á tu marido; dale un beso.—Te echará al cuello los brazos.—¿Lo ves?—Te llama Gina, su querida Gina.

Aquí poco más ó ménos llegaria Fanta en su versátil leyenda, cuando Ántropos penetró en las catacumbas para saber como seguia su mujer. Llegó á la gruta, donde yacia la penitente, y se paró. Casos y no pocos de locura se curaron con impresiones repentinas, como la aparicion de una persona amada: lo que sucedió en la gruta debió ser uno de estos casos, porque la loca se puso en pié, clavó en Ántropos los ojos, se pasó la mano por la frente, y abriendo cuanto pudo entrambos brazos se arrojó al cuello del esposo, diciendo con inefable vehemencia:

—¡Ántropos!

—¡Gina, mi querida Gina!—contestó el hombre conmovido.

Se oyó un ósculo apasionado; la mujer lloró durante mucho tiempo; lavó con ardiente llanto el pecho palpitante del esposo, y se volvió melancólica y tranquila para alargar en gratitud la mano al bueno, al excelente Pónos, quien acababa de desembozarse.

—¿Cómo te sientes?—la preguntó el génio.

—Con fuerzas para ser madre tiernísima, fiel y recatada esposa—contestó Gina.

—No principiamos mal—prosiguió Pónos diri-

giéndose al esclavo.—Comenzamos por el principio. Gina es la mitad de tu individuo, y con su curacion, tu personalidad se reconstituye. Ya puede desenvolverse el sentimiento y cuando á su calor se fundan dos almas en una sola, tendremos fuerza para luchar con Dinamion, poner en claro las intrigas de la bruja y redimir á mi hija con uno y otro prodigio de mi varita encantada. Contamos por de pronto con el elemento indispensable para hacer algo nuevo y algo grande.

—¿El qué?—preguntaron ambos esposos á la vez.

—La familia universal en la comunion de amor—contestó el génio con acento grave.

—No te entendemos—replicaron la penitente y el esclavo.

—Pues escuchad—continuó Pónos.—¿Recuerdas Ántropos el lance de la Comarca del Maná?. ¿Tienes presente en la memoria nuestra plática despues del desacato de Seuda, allá en el Valle de las Inundaciones?. ¿Has observado cómo desde entonces pensaste en el Gran Encantador cuando tus cuitas te agobiaban?. ¿No oiste las palabras de mi hija el dia de tu crucifixion?. Pues la simiente ha germinado y ahora debe dar sus frutos. Confiad y tened fé. Hijos de Teo, todos sois hermanos. Yo, ejecutor de la voluntad de Teo, os aseguro la dicha si confiais y creeis.

Ántropos y Gina se arrodillaron, y exclamaron:

—Confiamos y creemos.

En aquel instante, la sombra de la bruja Seuda cruzó por una galería, y al ver el cuadro, se dijo:

—¡Creen en Teo y confian!. Pues yo utilizaré su fé para mi triunfo. Daré hechura á esas creencias,

las informaré en mis moldes y la astucia mandará á la fuerza.

Al decir estas palabras, la vieja ocultó su bulto en la oscuridad.

Pónos, levantando á sus protegidos de su ferviente postura, puso fin á aquella memorable escena diciéndoles:

—Antes de aumentar las conquistas del hombre sobre la naturaleza, y de enriquecer con nuevos datos su razon, era ya de todo punto necesario que pensara en sí, y templara sus pasiones y refrenara sus instintos, y se sometiera á rigurosa disciplina hasta equilibrar, como es de ley, así los elementos de su sér, como las fuerzas y los medios á su disposicion. Vuestra fé hará invisibles prodigios, vuestra redencion se acerca, porque desde hoy podreis *pensar, sintiendo, un dia, por cada dia de vuestro antiguo corporal trabajo*. Es una nueva redencion añadida á otras mil y mil para preparar vuestra redencion total con el desencanto de mi hija. Ahora, volvamos á entrar de nuevo en las cuitas y los lances de la comedia de la vida.

El génio del manto azul señaló con su vara mágica hácia las salidas de las catacumbas, y el hombre y la mujer, en ademan devoto y meditabundo, tomaron el camino del Castillo.

Unos tres ó cuatro dias estaria sobre el lecho el magullado Dinamion sin mover brazo ni pierna. Su postracion era principalmente ocasionada por el rubor del vencimiento, pues las heridas, aunque muchas, no ofrecian gravedad. La sólida armadura y la virtud comunicada á sus armas por el trabajo del hombre, habian protegido sus carnes milagrosamente. El esclavo médico católe las heridas, y Gina

le asistió á la cabecera con pia pero ciega caridad.

Entre tanto Seuda cavilaba.

—Milagroso parece cuanto veo—se decia la bruja para sus adentros.—Yo me reia de talismanes y amuletos; eran invenciones mias para los pobres de espíritu, y ni yo ni mis augures podíamos mirarnos cara á cara sin burlarnos unos de otros; pero esas cruces hacen tales cosas que yo misma recapacito y dudo. Evidentemente obran como cualquier otro símbolo sobre la impresionabilidad del ignorante; pero obran pasmosamente. Jamás inventé nada parecido. Ó las gentes son más sensibles que antaño ó no me explico el fenómeno. De todos modos, la cruz hace maravillas y vale más que todos mis amuletos. Luego..... debo utilizarla. Desde hoy nadie exagerará sus virtudes tanto como yo. Secuestraremos otra vez á la hija de Pónos; su luz es verdaderamente incómoda, casi peligrosa. Ocultaremos de nuevo á la enlutada en las espesas sombras del misterio, y haremos las veces de su confidente para con el vulgo. Así podré constituirme en dispensadora de estas cruces. Son armas maravillosas, mediante cuyas virtudes pienso asegurar mi triunfo. Cavilemos.

Por fin dejó el lecho Dinamion, y algo más fuerte de espíritu, tornó á ocuparse en los asuntos de su imperio. Al verle otra vez arrogante y ambicioso, le dijo su consejera:

—No sueñes con imposibles. No hay sino un medio de salvarnos.

—¿Cuál?

—La cruz. Ese amuleto que lo puede todo. Ese talisman que humilla hasta los tigres en el circo.

—Eso me parece á mí tambien,—contestó el gigante.—Hay algo de divino en ese chisme.

—¡Oh! no lo sabes bien, ¡Divinidad deliciosa!. Ante ese signo celestial no hay sino doblar la rodilla. La victoria será fácil si das el ejemplo tú.

—¿Vuelves á tus mañas?—preguntó Dinamion receloso.—¿Por quién me tomas á mí?—Estoy hace tiempo en el secreto, y ese apodo de divinidad despues de lo sucedido, suena á sangrienta ironía.

—Como gustes ¡Señor sábio y fuerte y delicioso!—prosiguió la bruja.—¿Pero hemos de malograr la ocasion?. Si los demás tienen fé, y su fé restablece nuestro imperio, ¿habremos de desengañarles?. Mientras los dos nos entendamos, el gobierno de la isla será nuestro.

—Eso es otra cosa. Entendámonos enhorabuena.

—Pues bien—continuó la bruja.—¿Qué te propones ahora?

—No lo sé. Tú ¿qué me aconsejas?

—Que mandes salir á Alecia á negociar con los bárbaros.

—¿Pero no ves en ello ya peligro?

—No lo veo inevitable si sale acompañada por Anoya y esta ejecuta, como de costumbre, mis instrucciones fielmente. De sábios es plegarse á las circunstancias. No veo otro medio para domesticar á esas fieras.

—Hágase así—concluyó diciendo Dinamion.—Salga enhorabuena Alecia. Pasado el peligro, veremos de ponerla á buen recaudo.

Alecia salió segunda vez para tratar con el enemigo, pero salió acompañada por Anoya.

A la cabeza del puente, al otro lado del rio, las detuvieron los sitiadores diciendo:

—Es inútil que os canseis: esta vez no se nos engaña. Tu señor sigue siendo pérfido, y no merece cuartel.

—Pero ¿y los demás?—les dijo Alecia.—¿Tienen alguna culpa Ántropos y su familia, esos esclavos sumisos, autores de todo lo útil y lo bueno, de los templos y palacios, de los caminos y puentes?. ¿Á quién debeis vosotros mismos vuestras carretas, vuestro hierro y vuestras lanzas?

—Á ese y á sus semejantes los respetaremos—tal vez los emancipemos.—Trabajarán como hasta aquí, pero con cierta libertad, porque para nosotros todo hombre digno es sagrado. Le matamos, pero no le envilecemos; nuestras costumbres nos imponen el respeto á la dignidad de cada cual.

—Que me place, y yo os felicito—exclamó Alecia admirada.—Ese es el único camino para alcanzar gloria y virtud. Pero ¿á qué destruir por destruir? ¿Por qué no conservar y perdonar?

—En primer lugar—replicaron los bárbaros—nosotros no necesitamos esos bienes y regalos que pervierten y afeminan. Nacidos en los bosques, nos bastan nuestros ganados, nuestras espadas y nuestras costumbres. Fuertes con el sentimiento de nuestra individualidad, sólo rendimos tributo al más valiente. Una pica hincada en medio de la pradera, con árboles en torno por columnas, con nubes donde brilla el rayo por techumbre: ahí tienes nuestro Dios y nuestro templo. En segundo lugar, no hay perdon para el villano corrompido. Lo primero es limpiar de podredumbre la isla si en ella hemos de poder vivir.

—Algo es tener un alma como la vuestra—les dijo entonces la esclava—pero no basta. Despues de

demoler conviene construir. ¿Qué vais á sustituir á la ordenada disciplina del imperio?

—Nuestro individualismo — interrumpieron los bárbaros.—Á los lazos de la tiranía y del temor, de la perfidia y la bajeza, queremos sustituir la union en la libertad, el respeto á la iniciativa mútua. Uniremos á todos con los lazos del deber, no con los ódios del látigo.

—¡Magnífico! — exclamó la hija de Pónos — pero algo bueno hay tambien para eso entre nosotros.

—Una sola cosa—repusieron los bárbaros.

—¿Cuál?—les preguntó Alecia.

—Esa cruz con la cual díz que resucitó Dinamion. Jamás lo hubiéramos creido. ¿Qué talisman es ese cuyos milagros oimos en todas partes, que doma tigres y resucita á los muertos?

—Es símbolo del sacrificio. Sólo los buenos, los humildes, los amorosos, los creyentes, pueden ostentarle sobre el pecho y alcanzar esos milagros, porque las victorias de la cruz son muy otras que las victorias de la fuerza.

—Pues deseamos ese amuleto y nuestro deseo es ley—exclamó el más fuerte de los bárbaros con mal reprimida impaciencia.—¿No le tiene Dinamion?. Pues á fé, á fé, que ese ni es santo ni bendito.

—Yo no os puedo engañar—insistió la hija de Pónos sin hacer caso del torvo ceño de los bárbaros.—La cruz no es nada sin la fé. Si el corazon no tiene en grado sumo lo que la cruz representa, de nada sirve, de nada vale.

—Otra monserga—gritaron los gigantes al oirla.—Esa es vuestra cultura, vuestra superioridad: encubrir la perfidia con palabras. Déjate de subterfugios, porque queremos poseer la cruz.

—Y la tendreis—dijo Anoya irritada con los escrúpulos de Alecia.—No faltaba más; la tendreis; una cruz para cada uno simbólica é hipostática. Con sólo tocar la cruz quedareis puros, sin pecado. Cuanto emprendais con ella os saldrá bien. Podreis acometer lo posible y lo imposible, lo lícito y lo ilícito, vivir segun os acomode, y en llegando vuestra hora con sólo coger la cruz un momento antes de la muerte y ponerla sobre vuestros lábios, todo os será remitido y entrareis inmaculados, en un eterno paraiso de célica bienaventuranza.

—¡Ahí es nada lo que nos ofreces!—contestó el más anciano de los enemigos—Vengan esas cruces y decid á Dinamion que aceptamos las condiciones de nuestro primer convenio; disponga si así le place el banquete consabido para dentro de tres dias. Le dejaremos su castillo y dos jornadas á la redonda, á condicion de recibir buenas cruces para redimir de una vez y para siempre nuestras culpas.

La situacion de los sitiados era por todo extremo crítica, y así, cuando Alecia les intimó la voluntad de los sitiadores, todos, inclusa la bruja, se pasmaron de su longanimidad.

—Salgamos de este peligro—se decia Seuda.—Ocupe esa miserable esclava cuatro dias un puesto preeminente: sosegada la borrasca ya sabremos cómo volverla á encerrar.

Hízose saber á los contrarios que sus condiciones quedaban admitidas, y sin pérdida de tiempo se dieron órdenes al hombre y á su familia para disponer un opíparo festin. Por fortuna los bárbaros permitieron la entrada de Ándros en el castillo con los mejores esquilmos de sus huertas y rebaños, de sus estanques y bosques; de otra manera habria

sido imposible disponer ni la más frugal y sóbria refaccion, pues tal era ya la escasez de vituallas.

Desde muy temprano, al siguiente dia, empezaron á entrar recuas cargadas con terneras y carneros, patos y gallinas, liebres y perdices, truchas y lampreas, trigo y frutas, flores y legumbres. Pir se evocó en proporciones extraordinarias, y coció y asó los bastimentos de boca transformándolos maravillosamente.

Al olfaltear otra vez el tufo de los manjares, Dinamion tornó á sus gustos sibaríticos, y deseoso de hacer patente la distancia entre su cultura y la barbarie de sus vencedores, exigió á los cocineros algunos platos favoritos, no pocos estravagantes, y las salsas y primores más inverosímiles. Todos trabajaron á porfía: Pir guisando; Baros moliendo—aunque dormido en su piedra—amasando Telia tortas; Ándros despoblando sus corrales, esquilmando sus huertas y jardines; Melanio degollando reses y Gina tegiendo guirnaldas, componiendo ramilletes, abrillantando ánforas y copas, tendiendo el albo lino sobre la tarima, engalanando el salon, mientras Ántropos bullia por todas partes, y ya bajaba á la bodega para elegir los vinos generosos, ya daba á los cocineros la lista de los manjares, ya corregia cuerdamente las obras de los demás. El castillo estaba convertido en una cocina inmensa, y por do quier se veian mesas y aparadores y viandas.

Además de los aprestos gastronómicos, Ántropos hubo de preparar en aquellos tres famosos dias ciertos muebles, mantos y preseas ideados por la bruja como presentes ú ofrendas para congraciarse con los huéspedes. La vara mágica de Pónos satisfizo esta y otras exigencias.

Al tercero dia el dueño del soberbio alcázar, rodeado de un resto de su antigua pompa, salia á recibir y saludar á sus adversarios, ofreciéndoles, en muestra de rendimiento, las llaves de oro del castillo sobre un magnífico cogin de grana todo bordado de oro y pedrería. Rendidas párias de este modo á la altivez de los bárbaros, penetraron juntos en el Castillo de las Siete Colinas y se dispusieron á celebrar el festin.

Antes, sin embargo, de principiar el banquete, quiso Dinamion enseñar á sus convidados las preciosidades de la casa, como huésped cortés y bien nacido. Muebles, estátuas, pinturas, joyas, telas ó tapices, todo lo miraron al principio con desden y menosprecio aquellos conquistadores incultos; mas poco á poco se fueron amansando, y cuando contemplaron los tesoros y se enteraron de la maravilla de las númas, se apoderó de ellos una indómita codicia. No se cansaban de abrir cajitas de oro, plata y cobre para pedir espadas, cascos y arreos. Poco á poco se aficionaron á otras cosas, y desde entonces se propusieron poseerlas todas.

Para terminar la visita dignamente, el generoso anfitrion les condujo á una sala sin igual en lo fastuosa, desde cuyos miradores se divisaban muy lejos las montañas y los picos de las principales comarcas de la isla. Allí en hilera, y perfectamente presentados, habia tantos sillones de oro y de marfil, á manera de soberbios tronos, cuantos eran los gigantes, y sobre cada trono un manto régio de púrpura, y sobre cada manto un cetro de oro macizo, y sobre cada cetro una magnífica corona.

Al observar Seuda la estupefaccion causada por

aquellos regalos en la rudeza de sus huéspedes, se adelantó, tomó la palabra y dijo:

—Nobles y valientes vencedores. Aquí teneis párias y tributos debidos á vuestra nobleza: la ofrenda de la fortuna al éxito. Como prendas de nuestra estimacion y testimonio de nuestra superioridad, aceptadlas para vuestro uso, y ya vereis si os encontrais á gusto en ellas y con ellas. Sentados en esos tronos, cubiertos con esos mantos, armados de esas insignias, cada cual en una de las comarcas que estais viendo desde aquí, sereis inviolables é invulnerables; y si ahora permitís (antes de colgar la púrpura de vuestros hombros, antes de ceñir la corona vuestras sienes) que yo os haga una cruz sobre el occipucio con este ungüento sagrado, no solo sereis inviolables é invulnerables, sino de superior prosapia, podreis obrar á vuestro antojo, sereis dueños de haciendas y de vidas, nada para vosotros será ilícito, y quien rechistare en contra será villano y fementido.

Los bárbaros se miraron unos á otros, y formaron corro aparte sin atender á las buenas formas de la cortesía.

—¿Qué os parece?—preguntó el más autorizado á sus compañeros?—Esa vieja, sólo por serlo, debe saber más que nadie.

—Hay cosas en este castillo—contestó otro de los bárbaros — verdaderamente apetecibles. ¿Qué perderíamos con adoptarlas?

—Nuestras huestes—añadió un tercero—son invencibles, pero ingobernables. Cada cual se cree rey, y no caben tantos reyes.

—Y en fin de cuenta—dijo con valentía el cuarto —¿qué importa una cruz ó ciento en el cogote con ese santo menjunge?

—¿Aceptais pues?—preguntó el primero.

—Aceptamos—contestaron los bárbaros en coro. —Nos van gustando las invenciones de esa vieja.

Así diciendo, se volvieron á Dinamion y le dijeron:

—Estamos dispuestos á recibir esa investidura de manos de tu consejera, pero danos tú el ejemplo.

El señor de las Siete Colinas se despojó entonces de su manto, y afable y con gallardía tomó asiento en el primero de los tronos. Los bárbaros le imitaron, y se sentaron en fila. Entonces Seuda se retiró, revolvió apresuradamente sus petates, sacó una mitra de la Tierra de la Servidumbre, vistióse con alba túnica, se ciñó la cintura con un cíngulo y echó sobre todo aquello (y el manto de las cien caretas) una especie de casulla muy historiada, muy vistosa, usada por ella allá en el Valle de las Inundaciones y en la Comarca del Maná. Así exornada, seguida por acólitos con pebeteros é incensarios y ánforas llenas de aceite, y cajitas con ungüentos y perfumes, se presentó de nuevo en la régia estancia, y cogiendo un hisopo, fué asperjando y crismando á Dinamion y á sus huéspedes poco á poco, uno por uno. En seguida vistieron todos la púrpura, se apoderaron de la corona y el cetro, y con otras interminables ceremonias asaz largas de contar, se dieron por investidos para siempre con la suprema autoridad.

No debemos omitir aquí la última de las ceremonias: sobre los arreos y preseas colocó Seuda con su propia mano multitud de crucecitas de oro, de plata, de madera, todas huecas, pero todas llenas con sus filtros más maléficos. Su intencion era enervar—mediante la virtud de estos—toda energía,

y adormecer grado á grado los instintos de libertad é independencia.

—Ahora vamos al festin—exclamó alegre Dinamion.—Los manjares y los vinos nos aguardan. Mañana os repartireis la isla.

Al entrar los bárbaros en la sala del banquete, pareciéles, más que tinelo ó comedor, un régio y fabuloso templo. En medio habia una mesa de mucha longitud y poca altura, cubierta con manteles finos de primoroso tejido; en rededor veíanse hasta cuarenta triclinios de plata y oro, esculpidos y cincelados con guirnaldas de flores, ramos y frutas, brutos y reptiles, aves entre ramas y otro sin fin de representaciones hacinadas elegantemente sobre patas de sátiros ó fieras, concluyendo en zarpas ó en pezuñas. Sobre la bien dispuesta tarima, se levantaban ramilletes colosales y árboles enteros, brindando con peras y melocotones, uvas y ciruelas, cuyas frutas y otras varias, se podian coger como en el huerto sin marchitar sus matices. Los perfumes de elegantes pebeteros exhalaban vapores embriagadores á los extremos de la mesa, y toda la superficie de aquella inmensa tarima la cubrian animales enterizos, aves vestidas con sus plumas, pescados como vivos nadando en salsas exquisitas. Las bellas esculturas, los vasos áureos, las luces y las crespas de innumerables joyas, los límpidos cambiantes del nectar suave y odorífico dentro del puro, diáfano y bien tallado cristal, recreaban los ojos y los deslumbraban. Tongo en una estancia adjunta amenizaba la fiesta con sus mejores melodías para completar así las seducciones del festin.

Antes de sentarse, ó más bien de reclinarse, para

dar principio á la comida, Dinamion se despojó de sus ricas vestiduras, las cuales, aunque cómodas y holgadas, le causaban incomodidad en aquella principal funcion. Vistió una toga cenatoria, calzó preciosas sandalias, bañó sus piés, sus manos y cabellos en aguas de olores y perfumes, se dejó coronar con rosas y violetas, y engalanó su cuello con algunas vueltas de una guirnalda de yedra y de azucenas, como preservativo seguro contra venenos y otros maleficios. Tambien invitó á sus convidados para que hiciesen otro tanto, mas ellos negaron con desden, y difícilmente se avinieron á recostarse en los triclinios, aunque dejando las mazas ó las frámeas á su alcance.

Sentáronse ó reclináronse á la postre, y despues de pasarse unos á otros un ramito de mirto ó arrayan por consejo de la bruja, para unir y predisponer al amor las voluntades, dióse principio al festin (1). Los toscos habitantes de los bosques no hacian sino probar manjares y desviarlos con hastío.

—Son unos bárbaros—se decia Dinamion sin dejar de devorar cuanto tenia delante.—Ahora comprenderán estos imbéciles la distancia entre su tosquedad y mi cultura.

—¡Oye!—le dijo en voz alta uno de los convidados—¿comes siempre esta gazofia?

—¿Bazofia!—exclamó el gastrónomo.

—Sí—prosiguió el interpelante.—Lo único comible es este pan y estas frutas, porque hasta los vinos no rascan el paladar como la celia fabricada por nosotros con la cebada ó el trigo.

—Danos á cada uno medio buey á medio asar—

(1) Costumbres romanas.

añadió otro—y quita allá semejantes golosinas.

—Escucha—prosiguió un tercero—¿dónde te metes todo eso que tragas?. ¿No revientas con tanta mescolanza y tanto bodrio?. ¿Y para esto quieres terneras, pavos, truchas y faisanes?. Si lo hubiéramos sabido, por quien somos que ni una libra de carne habria entrado en tu castillo.

—Mis buenos y carísimos amigos—contestaba Dinamion encubriendo bajo plácida sonrisa sus sustos y sus disgustos ante tamaña impertinencia.—Cómo se conoce que sois habitantes inocentes de las selvas. Ya ireis penetrando los misterios de la buena vida; ya aprendereis á comer cuatro ó cinco veces más de lo necesario. Os voy á iniciar en uno de los secretos más útiles, gracias al cual los placeres de la mesa no tienen límite ni fin. Reparad bien y aprended.

Concluyendo de pronunciar estas palabras, el contumaz sibarita se retiró hácia un extremo de la sala, tendióse sobre un escaño, y mandó al negro urgarle ó hacerle cosquillas en la traqui-arteria (llamada gaznate por el vulgo) con las barbas de una pluma de avestruz. Las consecuencias de semejante operacion mejor se pueden calcular que decir pulidamente. Los bárbaros vieron con asombro á su anfitrion desocupar el estómago y volver á la mesa con ánimo de repetir.

Cuando se persuadieron del caso, se pusieron en pié y le apostrofaron con menosprecio de esta suerte:

—Tú no eres hombre; eres una béstia, y tratarte como á guerrero seria gran estolidez. Recogemos nuestras palabras, porque los guerreros respetan al varonil valor, pero nunca al que tiene de hom-

bre sólo la figura. Habrás querido envenenarnos, y por eso no te atreves á conservar la comida. Si fueras el Dinamion de antaño, aquí mismo te retaríamos y nos vengaríamos en buena lid; mas hoy fuera mengua poner en tí la mano. Toma—y hártate si puedes mientras nosotros usamos del castillo, sus tesoros y sus númas á nuestro gusto y buen talante.

Y así diciendo cogieron unos este plato, otros aquel, y volcaron su contenido sobre el tendido sibarita, poniéndole que ni de perlas con las salsas de tan variados colores. Bajo aquella inesperada lluvia de guisos verdes y amarillos, el desventurado estuvo á punto de perecer; las rosas y las violetas chorreaban untos y menjunges; parecia el asqueroso génio de charco pestilente asomando el busto cubierto con las lamas por encima del fangal, y pendientes de los rizos las confervas.

Despues, como los bárbaros habian comido poco, pero bebido sin medida, empuñaron sus clavas y sus hachas, y con la furia de la embriaguez destruyeron ramilletes y cristales, muebles, estátuas y pinturas. Apoderáronse de cuantos tesoros encontraron, cargaron con ánforas, vasos murrinos y vajillas, maltrataron á los próceres, persiguieron á los duendes, hirieron á los augures, y durante toda la noche, devastaron el Castillo de las Siete Colinas, haciendo reinar en él sangrienta y destructora orgía.

Cuando se cansaron de saquear y destruir hizo cada cual un rebujo con el manto de púrpura, el cetro, el trono y la corona, ofrecidos por el anfitrion, y al rayar el alba salieron á campo raso, dando tumbos y traspiés cada cual con su rebujo.

Seuda, escondida en paraje cómodo y seguro, habia contemplado con delectacion la afrenta de su

Señor y la orgía de sus enemigos: batió palmas, salió del escondite, y sin poder tener la rienda á su imponderable júbilo, exclamó:

—¡Loados sean los dioses!. Mi estrella me favorece. Ya es tiempo de encerrar á Alecia; pues ó mucho me equivoco, ó dentro de poco tiempo veré á mis plantas al mundo, y grandes y pequeños se arrastrarán humildemente para besarme la chinela.

Antes de llegar la media noche siguiente, Alecia desapareció.

CAPÍTULO III.

Lo primero que hizo Seuda despues de seguir con la vista la marcha de los bárbaros desde los muros del castillo y á la luz de la alborada, fué ocultar su regocijo debajo de la más devota y penitente de todas sus cien caretas. Procuró tomar aire de humilde santidad y echó en busca de su amo para realizar sin pérdida de tiempo sus ambiciosas maquinaciones.

Encontróle en un rincon taciturno y pensativo, envuelto todavia en la toga cenatoria y pintado de lo lindo con manchas y lamparones. Sostenia la cabeza entre las palmas, con los codos sobre las rodillas, y rugia cual leon, ciego de rábia y corrido de vergüenza.

—Ya lo ves, Señor—le dijo.—La fuerza no basta para continuar imperando. La humillacion llegó á su colmo. Tiempo es ya de defender nuestra autoridad y volver por nuestros fueros legítimos. Mira dónde te han traido tu amor á las innovaciones, tus celillos contra mí. El mundo necesita un freno contra las pasiones, un freno invisible. No hay órden

sin freno; el poder reclama carácter inmutable, y toda innovacion es un peligro. Deja sino en libertad á Alecia con sus utopias y prepárate á nuevos diluvios y no de exquisitas salsas.

—¡Calla!—vociferó Dinamion alzando el rostro iracundo.—No me recuerdes mi afrenta: me mortifica hasta que la sepas tú. ¡Oh dioses! verme así, y todo por prestar oidos á una esclava. ¿Dónde está?. Quiero vengarme. Juro hacer un escarmiento.

—Sosiégate, Señor. Yo me encargo de mi esclava. Para vengarte y recuperar nuestro poder indiscutible, exigen los tiempos mucho pulso y mucha astucia—¿qué digo astucia?—hipocresía. Desnúdate de esa toga, y vuelve á vestir el duro peto. Prepárate á montar sobre Hipodonte para recorrer la isla. Tú y yo somos sus ángeles, sus providencias. Mientras así te preparas á volver á ser quien fuiste, yo meteré á la hija de Pónos donde no la vea el sol, y dictaré reglas y ordenanzas para reglamentar el nuevo amor, hacer fructífera la fé, reivindicar nuestra autoridad y continuar mandando. Si ejercitas tu valor en nombre de Teo Todopoderoso, oyéndome como á su vicario, con la cruz por amuleto, dominaremos, no sólo este mundo, sino el otro.

—¿Cuál?. ¿Hay, por ventura otro mundo?.

—Si no le hay, le crearemos.

—Paréceme—contestó el gigante soltando la toga cenatoria y escarmenándose la barba y la cabellera—que te las prometes muy felices. No cuentas con la brutal grosería de esos bárbaros. Es imposible resistirlos; harán cuanto se les antoje. Su salvaje individualismo es refractario á toda organizacion. De hoy más la anarquía reinará sobre la tierra.

—No te abatas, no te desanimes ¡oh, señor, fuerte

y sábio y delicioso!. Con tu espada y con mis artes (equivalentes á otra espada) domaremos la fiereza de esas hordas, aunque haya en ellas tantos pareceres como individuos. Pues se dicen libres en su fuero interno, yo les atacaré en su fuero interno, y allí les he de esclavizar. El sentimiento es la gran fuerza, y su sentimiento vírgen les pondrá á mis piés.

—¿Pero cómo, Seuda, cómo?—interrumpió Dinamion con un gesto y en un tono que revelaban á la vez esperanza, recelo é impaciencia.

—Todavía no quieres persuadirte de mi habilidad ni de los recursos de mi ingenio. Cesen tus dudas de una vez, unámonos como antaño, y nadie se atreverá á desobedecerte. Te voy á dar la prueba más irrefragable de mi prevision y maña. Subamos á la torre más alta del castillo, y desde allí verás por tus propios ojos.

Dinamion siguió á la bruja lleno de curiosidad. Desde una de las más altas torres se veian varios de los noveles reyezuelos inmobles sobre su trono, enseñoreándose de una comarca. Sus huestes agrupábanse en rededor como en admiracion de algun objeto extraordinario. Seuda tendió hácia el más próximo la garra con el báculo negro y retorcido, y gritó:

—¡Levántate!

Y cual autómata cuyo resorte se oprime, ó figura de movimiento impulsada por un hilo oculto, á pesar de la distancia (que era grande), el rey en cierres se puso en pié con su manto, su corona y cetro.

—¡Arrodíllate!—gritó de nuevo la bruja.

Y el bárbaro coronado se arrodilló.

—¡Pega!—tornó á gritar la de las cien caretas.

Y el cetro de oro descendió veloz y ciegamente, y con su golpe deshizo los mejores apeos del ebúrneo trono, con lo cual quedó cojo y vacilante.

Entonces la bruja, volviéndose hácia su señor, le dijo:

—Lo mismo obedecerán sus compañeros. Desde este alcázar los moveré al compás de mis antojos. El crisma, las crucecillas y sus filtros me han bastado para obrar la maravilla. ¿Qué te parece mi artificio?

—¡Admirable! ¡admirable!—exclamó Dinamion.—Si no lo viese lo habria de tener por fábula. Nuestro pacto queda consagrado; tus artes equivalen á mi espada. Tú á gobernar de esa manera invisible cuyos efectos me asombran, y yo á mandar y á esquilmar la isla visible y materialmente en beneficio de los dos. Toda fuerza, toda autoridad se vuelve á refundir en tí y en mí. Cuida de Alecia y de su manto; aún es bastante largo para pedir sin peligro muchas y muy buenas cosas. Venga mi lanza; traiga el esclavo á Hipodonte; confio en tu lealtad. Dinamion es otra vez Dinamion.

—¡Ah! mira, se me olvidaba—añadió volviendo atrás desde la puerta.—Renuncio en tí, y te cedo desde ahora, el cargo de Pontífice Máximo. Tú le desempeñas á las mil maravillas, y yo no sirvo para él.

Inmediatamente despues de los acontecimientos relatados por nosotros en manera somerísima, el gigante salió á recorrer la isla cabalgando sobre su corcel y armado de todas armas. Su objeto era enterarse del estado de las cosas, ponerse en condiciones de amistad con los bárbares establecidos en los

diferentes territorios, y formar un plan de reconquista con conocimiento de causa. Dejémosle ir por ahora hácia Occidente, y examinemos la conducta de su consejera para restablecer la autoridad en el Castillo de las Siete Colinas y sus mermados dominios.

La obra de Seuda fué en verdad difícil y maravillosa. Luchando contra las costumbres, reminiscencias naturales de tiempos anteriores, cediendo y resistiendo alternativamente, pugnó por reformarlo todo y fundir la nueva sociedad en los moldes determinados por sus eternas ideas y sus eternos intereses, si bien dando á las instituciones novísimas el sentido y el espíritu creyente que habia sorprendido en Ántropos y su mujer cuando les vió arrodillados á los piés de su buen génio, en el silencio de las catacumbas.

Sin la fuerza necesaria para imponer su voluntad, sin la espada vencedora del errante Dinamion, apeló al único medio práctico para hacerse obedecer por los próceres revueltos y los esclavos abatidos: hacer pasar su opinion como la opinion de todos. Á este fin estableció la costumbre de reunirles en la plaza pública y sancionar sus disposiciones con la eleccion popular. ¡En cuantos tonos invocó la libertad por entonces!

Mediante la eleccion, comenzó á introducir la disciplina, é instituyó diferentes gerarquías para ir estableciendo el órden; pero como no podia prescindir del medio en que se agitaba, y como las reminiscencias de la disciplina militar se encontraban encarnadas en el espíritu y en el modo de ser de sus secuaces, aquellas gerarquías con distintos nombres, fueron copia y reflejo de las instituidas por Dinamion para las Siete Colinas y su régimen.

Sin embargo, los propósitos eran diferentes, y las armas y los trajes hubieron tambien de serlo, áun conservando el fondo de la forma. Por eso, en vez de dar lanza y espada á sus nuevos centuriones, decuriones, cónsules, procónsules y dictadores, les dió un símbolo, la cruz; una amenaza, el infierno; un torcedor, el pecado, y un castigo, el anatema; por eso en lugar del peto ó la loriga, del parazonio y del escudo, vistieron unos de negro y otros un hábito de sayal con manga ancha y con capucha, ceñido sobre las caderas con soga llena de ñudos. La única espada que se reservó, y eso sólo para ella, fué una metafórica, imaginaria, espiritual, la cual, áun siendo una ficcion y nada más, en lo futuro causó víctimas innumerables.

Con estas armas invisibles se propuso conquistar la isla, y dió principio á esa organizacion militante de su poder, la cual, desarrollada poco á poco y tenazmente en lo sucesivo, constituyó andando el tiempo la disciplina más perfecta y admirable para dominar, dechado de perspicacia y prevision y asombro de pensadores.

Con objeto de realizar empresa tan atrevida, tendió desde el primer instante á separar á su milicia de todo afecto hácia los demás, porque demasiado comprendia la taimada la atraccion irresistible de los sentimientos. Se propuso, á no dudarlo, arrancar del corazon de sus soldados las fibras más tiernas (pero más refractarias á su fin) de la naturaleza humana, y empeñada en esta obra imposible, les exigió no tener pátria, ni familia, ni túnica, ni hogar, y predicó para ello doctrinas en abierta oposicion con todas las máximas de Pónos.

Así, por ejemplo, inspiró el desprecio á toda ri-

queza, y por lo tanto el ódio á todo trabajo; proclamó la castidad como primera virtud y declaró acto bestial el matrimonio; anunció el fin próximo del mundo, parar matar toda energía, y designó al cielo como pátria única cuya conquista mereciera ambicionarse. En una palabra, se empeñó en mutilar al hombre espiritualizándole exageradamente, y olvidó que antes de ganar la pátria celeste, habia de cumplir una mision en la terrestre.

Empero tal era su afan por avasallar toda rebeldía, tal la reaccion fatal contra los goces y los vicios causa de la ruina del imperio, que arrastrada por su violencia, Seuda se exageró á sí misma. Y á pesar de todo; ¡en cuántas y cuántas cosas no hubo de ceder, ya á las costumbres arraigadas, ya al progreso de los tiempos! Queria aterrar con un infierno, y el elemento del mal quedaba reducido al papel secundario del demonio. Aquellos génios omnipotentes del mal en los primeros tiempos, aquel principio terrorífico del mal que despues luchaba con el bien como de potencia á potencia, hubo de representarse como ángel caido, pérfido y travieso, pero impotente contra la voluntad, y huyendo como follon ante una sencilla cruz. Del propio modo combatia toda actividad, deseaba matar el sentimiento ó los afectos, y por extraña contradiccion, ensalzaba tres virtudes cardinales, y la fé, la esperanza, la caridad, esa trinidad afectiva la más profunda y sublime, retemplaban el sér de las criaturas, predisponiéndolas á nuevas y más fecundas actividades.

¡Oh!. ¡Cuán grande, cuán admirable fué la lucha de la célebre consejera de Dinamion en aquel período crítico! Para quien estudie sus actos y sus esfuerzos desapasionadamente, no podrá ménos de re-

saltar la verdad de las palabras de Alecia, cuando anunciaba á su padre, temeroso por el martirio de su hija en el anfiteatro, que Seuda seria el amparo contra tanto mal y la única capaz de aminorarle ó corregirle.

Nada olvidó y nada descuidó la bruja. Despues de trazar el organismo de sus huestes en la isla, arregló, con el auxilio de Fanta, la constitucion gerárquica de los séres inmortales, de todo á todo incognoscibles. Interesada en sustituir el poder de Teo, el Omnipotente Encantador, á sus dioses y semidioses, no pudo sustraer su espíritu á la evolucion gradual de todo cambio, ni romper bruscamente con su historia, y reemplazó sus treinta mil inmortales con otros tantos ángeles y arcángeles, serafines y querubines, santos y beatas, diablos y demonios, falange de intermediarios á gusto del consumidor, para proporcionar á cada cual un agente fiel y activo, cuyas gestiones, no siempre desinteresadas, alcanzasen para el creyente inoportuno el objeto de sus preces, sus deseos y hasta sus caprichos. Para esta creacion suprasensible tenia la bruja un arsenal inagotable en el catálogo inmenso de sus antiguas criaturas. Si se trataba de un misterio, los encontraba á centenares en las doctrinas esotérica y exotérica, iniciaciones y revelaciones ya del Recinto de las Castas, ya de la Tierra de la Servidumbre; si se proponia avasallar á la mujer con una leyenda tierna y virginal, escudriñaba sus penates del Valle de las Inundaciones, y en ellos encontraba un ídolo de pureza y de ternura, con la serpiente á sus piés y la luna en creciente ó en menguante por pedestal, que utilizaba convenientemente. Estudió la manera de atacar todos los sentidos: la vista con explenden-

tes ornamentos, velas y cirios, juegos de luces y tinieblas, lujo y aparato y pompa; el oido con Tongo, su música y sus antiguas melodías más patéticas y graves (1); el olfato con los vapores del incensario; el gusto con el ayuno, el tacto con el silicio. ¿Porqué ley providencial acudió Seuda á dominar el espíritu, atacando así la sensibilidad?. Problema es este para los fisiólogos y los psicólogos, y no siéndolo nosotros habremos de renunciar á él.

De cualquier modo, lo importante para nuestro cuento es hacer constar aquí cómo utilizó la bruja las lecciones de su experiencia y los servicios de sus antiguos servidores. Filoctesia con Eidólatros fueron los agentes principales en aquella obra de transfiguracion.

Nada tiene de extraño ni de particular que Seuda con su superior sagacidad, sedujera á los pecadores temerosos y á los esclavos afligidos, valiéndose para ello de la experiencia adquirida y de su extraordinaria perspicacia: lo admirable es cómo se impuso á los fuertes y á los próceres mediante gestos, ceremonias y ritualidades. ¿Habria allá en el fondo de las conciencias más cultas un asomo de cálculo autoritario ó de excéptico egoismo?. Una sola ceremonia mencionaremos aquí por las ruidosas consecuencias que tuvo más adelante: fué la imposicion de manos sobre la cabeza de sus inferiores para que el fluido de la autoridad (del cual se creia henchida hasta el punto de manarla por los poros), pasase al cerebro y al corazon de sus hechuras, trasfigurándolas en séres infalibles y sagrados.

---

(1) Frases musicales griegas, conservadas por los Romanos, constituyeron el canto llano originariamente.

Si alguna prueba se necesitase para demostrar la energía universal del sentimiento, se tendria ahondando un poco en el formalismo ritualístico establecido una vez más cuidadosamente por la bruja. Ante la razon era una mengua: ante los afectos, algo celestial.

Tales fueron los lineamientos generales de la obra magna de la consejera. Descendiendo á lo que importa á nuestra historia, diremos que Scuda se cuidó muy mucho de Ántropos, de su mujer y de sus hijos. Era conveniente, casi casi indispensable, mantener al protegido de Pónos en su situacion de esclavo; mas como quiera que aquella necesidad pugnaba con las ideas novísimas, inventó la teoría del pecado, y fundándose en verdaderas blasfemias, sostuvo que la esclavitud era eterna, como eterna habia de ser por disposicion divina la mancha impresa por un hombre á toda su descendencia (1). La libertad prometida al Ántropos de aire, cuando se viese desligado de la carnal envoltura, compadecia muy mal con la injusticia y opresion del hombre durante su mortal peregrinacion, y resucitando ciertos errores estóicos muy en boga en otros tiempos, estableció un distingo delicioso entre la libertad interna y la libertad externa, y demostró al hombre y á los suyos cuán libres y felices podian ser internamente áun gimiendo sobre los ecúleos, ó viendo cómo se retorcian bajo el látigo las más queridas prendas de sus almas.

En cuanto á Gina, la bruja continuó prodigándola los favores de su envidia y las distinciones de su ódio. Hartábala de improperios llamándola serpien-

(1) San Pablo y San Agustin.

le, loba, cuervo, y proclamaba su inferioridad, los peligros de sus diabólicos encantos, su perfidia y su doblez. Sólo porque la mujer se entusiasmaba con las obras de arte de su esposo, declaró la guerra á las estátuas, y á fin de poder sustituir aquellos ídolos bellos con otros á semejanza suya, ordenó la destruccion de toda obra de belleza y convirtió á sus secuaces, por un tiempo, en bárbaros iconoclastas.

Algo absurdo hizo tambien respecto á la propiedad. Al denunciar como palabras vanas las antiquísimas de tuyo y mio (1); al llamar á la propiedad una simple ocupacion en beneficio de los pobres (2); al recordar á estos algunos de sus cantares diciéndoles: «Ved los lirios de los campos, sus galas, sus »vestiduras, y ni trabajan ni tejen», mataba toda actividad.

Su ley parecia de muerte, no de vida.

De todos modos, ello es lo cierto que á pesar de sus afanes, el malestar aumentaba en medio de una lucha sorda entre la voluntad de Seuda y las leyes fatales de la isla. Cundia el abatimiento en las conciencias; los campos se abandonaban, y los esclavos construian chozas á la vista del Castillo con todas las condiciones de zahurdas. Allí se les veia vegetar tristes, indiferentes, cavilosos, y como Alecia habia desaparecido sin saber cómo ni á dónde, el mismo Pónos se sintió desfallecer.

Entonces pudo observarse hasta qué punto las máximas del buen génio reformaban las costumbres. Para acudir á la satisfaccion de las necesida-

(1) San Crisóstomo.
(2) San Basilio.—San Gregorio de Niza.

des más urgentes é imperiosas, hasta los acólitos de Seuda, con sus sayales y capuchas, formaron asociaciones, ya para labrar la tierra, ya para conservar los vestigios del saber y la cultura.

—Esas sí que son santas compañías—decia Ántropos al génio mirándolas trabajar.

—Ya lo creo—contestaba Pónos—aunque su trabajo es principalmente afectivo, es un trabajo que reclaman las miserias de los tiempos, pues cuando el individuo se siente débil su propia naturaleza le impele á asociarse con los demás á fin de sostener sin desventaja la ruda lucha por la vida. ¡Ah! si esas asociaciones variasen con las necesidades de los tiempos, ¡cuánto bien producirian!

No se crea, sin embargo, que las reformas indicadas y otras mil y mil cuyo relato y cuya crítica exigiria, no una, sino varias bibliotecas, se aceptaron por todos mansamente, y mansamente se realizaron. Hubo protextas á millares y heregías á docenas, porque Seuda dió en la gracia (y áun diz que todavia continúa) de llamar hereje á quien la contradecia. De dominar en todas partes como antaño la espada de Dinamion, fácilmente hubiera dado cuenta en poco tiempo de todos sus contradictores; pero como la isla andaba revuelta y el mando se encontraba fraccionado entre los varios Dinamiones bárbaros, Seuda, obligada á discutir y un si es no es disgustada con el criterio popular, apeló mañosamente á reunir sus oficiales en concilios, y allí fué triunfando poco á poco de todas las rebeldías.

En cuanto á Dinamion, miraba á su consejera de reojo, y sus tendencias eran otras. Entre batalla y batalla ocupábase de reconstituir su imperio allá á su modo, y áun hubiérase dicho en ocasiones que

estaba en vías de lograrlo. Su manía era el derecho. Por celos ó por conviccion, tendia instintivamente á oponer sus propias leyes á las leyes de la bruja, y cuando advirtió cómo extendia aquella su dominacion, llamó al esclavo, le hizo recoger los biblos, restaurar los códigos de bronce, examinar las sentencias de cónsules y pretores, revisar constituciones y ordenamientos, y compilarlo todo sabiamente, á fin de disponer así de un elemento eficaz para imponerse á su vez y restaurar su autoridad (1).

Aun en materia de trabajo llevaba la contraria á la sordina. Sólo porque su manto imperial estaba súcio y raido, envió lejos, muy lejos, á dos acólitos de Seuda, de capucha y de sayal, para traerle la materia más costosa á fin de vestirse bien y rivalizar en lujo con su consejera.

Los dos acólitos llegaron á la region del moral, y no pudiendo ocultar la seda necesaria para el manto, se hicieron dos bastones con dos cañas huecas, las rellenaron de huevecillos de gusano, y á hurtadillas las trajeron al gigante, introduciendo con su hurto en el imperio la, en tiempos posteriores, floreciente industria sericícola.

Y sin embargo de todo esto, el suelo sin labranza, apenas si producia pan; los regalos eran mitos; el hambre do quier aparecia, y de continuar así las cosas, el reino de los cielos—anunciado repetidamente por la bruja—se hallaba de seguro próximo.

No era posible resignarse á morir de inanicion. Seuda no podia ser consecuente consigo misma hasta el punto de quedarse sin prosélitos sobre los cua-

(1) Justiniano.

les ejercer su disciplina y su dominio sacrosanto. Evocó á Fanta, y la dijo:

—Necesito de tí ahora como nunca. Eres capaz de hacer creer hasta lo absurdo. Te vas á encargar de convencer á Ántropos; es menester que trabaje.

—¡Yo!—exclamó Fanta sorprendida.—Yo sólo sirvo para inventar leyendas, para repetir cuanto oigo. Como reflejan mis alas los cambiantes de la luz, así refleja mi voz ideas, opiniones, lances, zurciéndolos primorosamente.

—No otra cosa exijo yo de tí. Pinta al esclavo, como tú sabes hacerlo, las excelencias del trabajo en la humildad, de la resignacion en la pobreza; hazle trabajar por mí y para mí sin pensar un instante en sí mismo ó los demás; convéncele de que será feliz cuanto sea más misérrimo, pero siempre trabajando.

—¿Pero eso es contradictorio?. ¿No eres tú la causa de cuanto pasa?. ¿Cómo olvidas tus lecciones?. Ántropos es lógico, y yo no puedo deshacer tu obra.

—No te llamé para escuchar tus consejos. Calla y obedece.

—Soy libre.

—Nada, nada hay libre para mí—replicó la soberbia consejera.—Estoy resuelta á doblegar toda voluntad á mi voluntad, todo interés á mi interés supremo. Quiero establecer la monarquía universal que, Dinamion con todo su valor, no ha logrado constituir en sus tres afanosas tentativas. Un entezuelo como tú, no puede ser estorbo sério. Obedece y acabemos.

Fanta, á quien todo lo autoritario era repulsivo, tanto cuanto lo monotono y simétrico, ó lo trazado

á compás, huyó como una saeta é iba diciendo por los aires:

—¡Mandatos á mí!. ¡Á mí limitaciones y cortapisas!. Ya verá Seuda quién soy. Me basto para desbaratar su obra.

Así diciendo llegó á las cabañas, y vió al siervo á la sombra de un ciprés, apoyado contra su tronco y con los brazos cruzados sobre el pecho. Dejóse caer sobre sus hombros, y le murmuró al oido en tono suave, pero triste:

—Abatido estás y no lo extraño. Ya piensas mucho —sientes mucho—los dolores del cuerpo son placeres si se comparan con las angustias del alma.—¿Hay tormento igual al de una clara inteligencia, al de un noble corazon, luchando contra la perfidia?.—¿Qué fruto recogiste de tanto trabajar y trabajar?.—Has recorrido selvas y montañas, páramos y valles, rios, pantanos y piélagos—has luchado contra las fieras y el mal; has domado brutos visibles y séres invisibles; inventaste las armas y herramientas, las máquinas y el arado, las númas y los biblos, el dibujo y la escultura; has construido castillos, palacios, templos, puentes, acueductos, carreteras; eres labrador y artífice, arquitecto y mercader, médico y astrónomo, marinero y matemático; conoces plantas y piedras, peces y animales; acumulaste polvo de oro y perlas, y diamantes y..... ¿qué conseguiste?. ¿Qué beneficios recabaste?.—Todo está peor —peor que el primer dia.—Tu mision no es esa, tu destino es otro.—El Ántropos de carne está maldito; el Ántropos de aire es tu única esperanza.—Ese, ese es el predestinado. Él sólo puede ser feliz.—Por eso sobre la carne pesa una maldicion y trabaja; por eso todos tus goces se resumen en so-

ñar. Desprécialo todo, todo ménos la contemplacion cuya quictud te abre las puertas del cielo.—Allí viene Pónos, tu tirano, tu enemigo.—Su talante formal, grave y sesudo, me dá miedo.—Y luego siempre me llama bachillera y soñadora.—Es claro: envidia mi libertad.—¡Si tú supieras, Ántropos querido, cuán dulce es mi libertad!

Y Fanta tendió á los vientos sus alas de tornasol, y blandamente se subió á las nubes.

—¿Qué te contaba esa loca?—preguntó Pónos á su protegido viéndola desaparecer.

—Nada—contestó el hombre ensimismado.

Aquella misma noche Ántropos abandonó su choza, huyó de los brazos de su compañera, ahogó el cariño á los hijos, y sin acordarse siquiera de sus perros, se encaminó á las breñas de un erial deshabitado y fatídico. ¡Pobre iluso, buscaba como siempre el bienestar, y sin saberlo abandonaba la única senda para alcanzarle en su dia!

CAPÍTULO IV.

La desaparicion de Ántropos trastornó en todo y por todo el naciente imperio de la bruja. Con su ausencia veíanse amenazados próceres y acólitos por la desnudez y el hambre. ¿Quién, como el amigo de Pónos, iba á dirigir á los esclavos, tejer la lana ó el lino, construir casas y albergues, amoldar el hierro y los metales?. No habian pasado cuatro dias, cuando todo andaba de través. A los ocho, la abyeccion se juntaba á la miseria. Aún quedaba Ándros con las mujeres; pero además del peligro del ejemplo y del temor que siguiese á su padre y le imitara, ni el hijo, ni su madre, ni la moza podian reemplazar al fugitivo. Seuda y sus gentes se alarmaron ante las consecuencias de su propia obra, y resolvieron poner en movimiento á todos sus emisarios para buscar al hombre y dar con él á todo trance.

Calcúlese cuál seria el desconsuelo de Gina á quien la fuga de Ántropos tocaba bastante más de cerca. Si no estalló su corazon, fué sin duda por esa misteriosa resistencia pasiva con la cual se vió dotada la mujer, cuyo corazon por todo extremo sen-

sible, iba vibrando más y más con las angustias ajenas. En los tiempos primitivos tuvo una nota de atraccion hácia las suyos, otra despues de simpatía para los servidores domésticos, como los perros ó las aves; notas de admiracion para el guerrero, de entusiasmo hácia el artista, de virtud como matrona, de frenesí cual bacante, y ahora en presencia del dolor universal, sentia las vibraciones de cuerdas más delicadas, más sensibles, á cuyo impulso se conmovian los efluvios infinitos de su alma ante los ayes de sus semejantes para sentir las ternuras de la caridad. Al contemplarse abandonada, sintió por todas las viudas; cuando su hijo cayó á la postre enfermo, lloró por todas las madres. Hubiera querido consolar por sí todas las penas, enjugar todas las lágrimas, y para satisfacer aquel inaguantable malestar de su cuerpo y de su espíritu, resolvió emprender una grande obra de consuelo con ayuda del incansable Pónos.

—No hay remedio, quiero hacer y voy á poner por obra—dijo la mujer al génio despues de haberle evocado.—Siento una necesidad imperiosa, una emocion inefable, y para satisfacerla te suplico agotes los prodigios de tu vara mágica. Quiero una casa, pero una casa inmensa; si puede ser, un palacio para albergar en él á todos los desgraciados de la isla. Yo y mi hija y todas las mujeres—porque todas las hermanas y las madres han de sentir como yo—cuidaremos allí de los enfermos, consolaremos al leproso, daremos pan al hambriento, y á fuerza de caridad, reformaremos el mundo.

—¡Ah Gina!—contestó el génio— ¡y cuán hermoso es ese sentimiento sublime de caridad que germinó lentamente en lo más hondo de tu corazon allá

en la noche del tiempo!. ¡Cuán bella y cuán fragante es esa flor reciente cuyo perfume te embriaga; pero cuán engañosa es tu ilusion, si crees atajar todos los males mediante la caridad!. En tus primeros arrebatos la tienes por remedio radical, y no es sino momentáneo paliativo.

—No importa—interrumpió Gina—es una necesidad de mi corazon y quiero satisfacerla.

—Enhorabuena—concluyó diciendo el génio.—Estoy á tu mandar y con gusto he de ayudarte en la buena obra.

Sin perder un solo instante las chozas se trasformaron como por ensalmo, y la mujer y la moza improvisaron lechos y vestidos dando su ajuar y hasta su camisa para formar un hospital (1).

Mientras iban y venian y arrastraban muchas de sus vecinas con el ejemplo de aquel torrente de abnegacion, platicaban de contínuo con el génio, y éste para instruirlas las decia:

—No espereis curar de golpe todos los males con la caridad. De hoy más será un socorro divino para detener el mal breves instantes, á fin de dar al desvalido tiempo para recapacitar y brazo sobre qué apoyarse.

—Pues yo—replicaba la mujer—creo que mi caridad bastaria para hacer feliz al mundo. Es una virtud bajada expresamente de los cielos para reinar sobre la tierra.

—Y sin embargo—contestaba Pónos—tiene un padre hoy feo y repugnante para tí.

—¿Cuál?—preguntó Gina alarmada.

—El egoismo—continuó el génio.—Aquel egois-

(1) El primer hospital fué fundado por una mujer: Marcela.

mo desatentado y brutal, autor de tanto desafuero allá en vuestros primeros años. A fuerza de descalabros fué mitigando su fiereza, y su numerosa prole no heredó ciertamente sus errores y sus vicios. El interés perdonó la vida del esclavo; la prevision se interesó para conservarle la salud; el miedo le hizo tratable para el enemigo; la zozobra y la inquietud le inspiraron el derecho, y ahora la caridad recien nacida parece renegar de su prosapia, aunque tiende á satisfacer los instintos de familia.

—No te entiendo—exclamó Gina.

—Ya lo veo. Vuestras trasformaciones inconscientes no saltan á vuestra vista. Hacer el bien á quienes con nosotros viven, y forman con nosotros la carne misma del cuerpo en donde vivimos, es en puridad hacernos bien á nosotros mismos (1).

—No importa—concluyó diciendo la mujer.—Voy á cuidar á mis enfermos.

—¿Y olvidarás por ellos á los tuyos?. ¿Abandonarás al fugitivo?—la preguntó Pónos intencionadamente.

—Aunque procuro tranquilizar mi corazon con actos caritativos, tengo el vacío en el alma porque presiento una catástrofe. ¿Qué será de mi esposo?. ¿Qué?

—No lo sé, Gina, no lo sé—contestaba el génio.—Me resisto á creer que se haya fugado por no oir mi voz y mis consejos.

—Pero ¿cómo habia de abandonarme á mí, de abandonar á sus hijos?. Él, tan noble, tan generoso. Él, en cuyo pecho germina tambien la caridad al calor de sus desgracias y virtudes.

(1) San Clemente de Alejandría.

—¡Ay, amiga Gina, no sabes cuánto es el poder maléfico de Seuda y cuántas las seducciones de Fantal. Las máximas de la una, las leyendas de la otra, le habrán trastornado el juicio.

—Y sin embargo, Pónos, más fuertes son los afectos de un corazon como el de Ántropos. Jamás olvidará á la compañera de sus cuitas y sus triunfos. No, Pónos, no; Ántropos ha perecido. Quiero abrazar su cadáver.

—Tengo motivos para sospechar todo lo contrario—replicó el buen génio.—El dia antes de su fuga le sorprendí con el hada, quien huyó al verme, y tu marido se mostró reservado y taciturno. Descubramos su guarida, y procuraremos disuadirle. Si yo pudiese ver á mi hija Alecia, pronto lo sabria todo; pero no la encuentro; estoy perplejo y confuso; Seuda la habrá sepultado en algun antro recóndito, y por centésima vez pierdo la pista: juzga por tu dolor el mio.

—Pues si eso crees (y yo tengo confianza en tí), busca á mi marido, dile que vuelva; desde luego le perdono. ¡Ah!. El corazon me lo dice; si vive, no abandonará cobardemente á su mujer y sus hijos.

Pónos, compadecido del dolor de Gina, la prometió no descansar hasta dar con el rebelde, y salió sobre la marcha para cumplir su promesa.

Por su parte los emisarios de Seuda recorrian diligentes la comarca, sin dejar valle, montaña, llano ó rincon por reconocer. Durante los primeros dias, nada absolutamente adelantaron. Parecia como si la tierra se tragara al hombre. Ni en las umbrosas arboledas, ni en las grutas de los valles, ni orillas del ancho mar, ni cabe al bullicioso arroyo, se notaba rama desgajada, piedra removida, ni tallo de

flor tronzado bajo el pié, ni chafada brizna alguna de la yerba, ni huellas sobre el musgo de las rocas, ni pista en los movedizos arenales.

Mientras así buscaban y rebuscaban los alarmados pobladores del Castillo, el gigante dió la vuelta á las Siete Colinas, y supo el caso, y se irritó, no poco, cuando en vez de pan hubo de comer legumbres. Increpó á su consejera, echándola la culpa del suceso, y la amenazó con sustraer á los siervos á su menguada disciplina. Con esto comenzaron las recriminaciones entre los protagonistas de esta historia, y comenzaron los celos sobre quién sabia gobernar.

Tan crítica y áun desesperada situacion, no tardó mucho en agravarse. Por exceso de fatiga del hijo labrador habia caido en cama, segun indicamos ya, y agravándose de dia en dia, vióse en peligro de muerte; las mujeres hubieron de acudir á todas partes, y sus fuerzas, su actividad y sus aptitudes, no bastaban á satisfacer las crecientes necesidades de sus señores. Todo el mundo se redujo á media racion, y ésta de pescados, leche y hortalizas, pues aunque la bruja, para aminorar su responsabilidad, aseguraba que aquella alimentacion tenia visos de santa, el gigante jamás se conformó con el ayuno y se alarmó más y más, temiendo volver á la primitiva desnudez de su lóbrega caverna.

Por fin quiso la casualidad que el trasgo más ruin, la presumida Alazona, recorriendo una region desierta de la isla, se sentase á la entrada de una gruta con apariencias de cubil. Tenia el espejillo en la siniestra mano, y segun costumbre, contemplábase en él, multiplicando sus dengues. Es-

tando así aquel trasgo vanidoso, entretenido en sus pueriles devaneos, sintió á la espalda ruido como de culebra entre ramaje, y volviéndose de pronto se encontró con Ántropos, ó más bien con su esqueleto, arrastrándose penosamente sobre las rodillas.

—¿Eres tú Ántropos!—le preguntó Alzona sorprendida.

—Yo soy—contestó el hombre con la voz de un moribundo.

—¿De dónde sales?. ¿Cómo te encuentras en tan lamentable estado?

—Aquí vine, huyendo de vosotros, maldiciendo la earne y buscando la paz allá en el eielo. Te ví llegar; resuelto estaba á no descubrirme, pero á la vista de tu espejo no fuí dueño de mí mismo. Por antojo singular quise contemplar los efeetos de mi peniteneia, quise recrearme eon la ruina de este vil y miserable barro, y me acercaba poco á poco, procurando que no te apercibieses de mi antojo.

—Pues toma—exclamó Alazona presentándole su espejo.—Contempla tu obra. Debes estar ufano y satisfecho.

Ántropos se contempló con fruicion visible, y por primera vez, despues de tantos dias, brilló en su rostro una sonrisa de satisfaecion. ¡Tan eierto es que la vanidad conserva su tiranía hasta sobre los más aeuitados eorazones!. Regocíjase con sus lisonjas, lo mismo el mendigo cubierto de harapos repugnantes, que el rey pavoneándose en púrpura y corona, pues para aquél es delectacion la lástima que inspira, como para éste la envidia y el temor que infunde. ¡Oh, sábia y mil veces sábia Naturaleza, que así das compensacion á la misma infelici-

dad!. ¡Oh, sábia y mil veces sábia Naturaleza, que así mitigas y endulzas los más acerbos dolores, los cuidados más crueles!

—Pero ¿en qué piensas, Ántropos?—tornó á preguntarle el duende.—¿En qué piensas?. ¿Qué te propones?

—Ni pienso, ni apenas siento. El olvido es mi delicia, anonadar todo lo carnal. Esta cueva es para mí palacio; estos andrajos rica túnica, y á todas horas tengo la mesa surtida con salir á pacer la yerba, ó arrastrarme hasta el arroyo entre las aves y los brutos.

—Es decir—exclamó Alazona—¿que quieres hacerte bruto tú tambien?. ¿Y no recuerdas tus antiguas obras?. ¿Y ni una sola vez nombraste en estos dias á tu amigo y protector, quien tanto y tan entrañablemente te queria?

—Á decir verdad—replicó el hombre—una ó dos veces he estado por gritar involuntariamente ¡Pónos!, ¡Pónos!

—¿Quién me llama?—dijo el del manto azul apareciendo.—¡Cielos, qué veo!. ¡Ántropos!. ¿Eres tú?. ¿Aquel Ántropos gallardo é inteligente?. ¿Cómo pudiste caer tanto y tan hondo?

—Por distraccion te llamé—contestó el anacoreta sin poder abandonar su postura á la entrada de la cueva.—Pero aunque te haya nombrado, no te imagines he de volver á tu obediencia. Cuanto digas será inútil; siendo maldita la carne, quiero volverme todo espíritu.

—¡Buen modo de conseguir la suprema bienaventuranza!— exclamó el buen génio.— Sal á la luz, desdichado, refocílate al calor del sol, come siquiera algunas yerbas, y escucha mi

voz amiga y paternal antes que acabes de suicidarte.

Alazona al oir á Pónos, comprendió que se preparaba á hablar en sério, y salió presurosa para comunicar el hallazgo á sus señores.

Ántropos, excitado una y otra vez por Pónos, se arrastró trabajosamente fuera del lóbrego agujero, se sentó sobre una peña al sol, y despues de masticar maquinalmente algunas briznas de yerbas, cobró un asomo de energía y se dispuso á escuchar.

Pónos, entre tanto, le examinaba con el mayor interés. Vióle sucio, desgreñado, flaco, macilento, la piel cubierta de miseria, los ojos hundidos, la mirada mortecina, el aliento penoso y el aspecto estúpido. Las costillas se le podian contar; las manos y los carrillos se clareaban y traslucian.

Repuesto el anacoreta de la agitacion causada por el pequeño esfuerzo y por la accion del aire libre, el génio tomó asiento junto á él y acariciando una de sus manos entre las suyas, comenzó á interrogarle de esta guisa:

—Vamos á ver, amigo de mi alma. ¿Qué te has propuesto con un proceder tan loco?. Ó yo soy un mentecato ó es conseguir tu bienestar.

Ántropos hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Pues bien. ¿Te encuentras mejor de salud?

El anacoreta movió perezosamente la cabeza á un lado y otro.

—¿Y de espíritu?. ¿Piensas más?. ¿Piensas mejor?

—No, porque no pienso—contestó el estenuado.—Alguna vez, despues de haber comido, suele la memoria luchar con sus recuerdos, el corazon late más de prisa—pero ayuno, me resigno, y así logro

dominarme. En premio, gozo de un dulce y voluptuoso arrobamiento, que es la suma perfeccion. Oro entonces—es decir —repito las mismas palabras siempre, y como mi cabeza no tiene ya aquella energía, aquella claridad de antaño, oro otra vez y otra vez, sin saber lo que me digo.

Y el penitente lanzó un suspiro á pesar suyo.

—¡Válame el cielo!—exclamó Pónos.—¿Es posible destruir así lo creado para tan altos fines?. Al matar tu cuerpo has apagado tu espíritu. ¿Llamas á eso perfeccion?. ¡Desdichado, desdichado!. ¿Pues qué, no viste cómo crecias á impulsos de la sensibilidad?. ¿No advertíste, cuál depende tu espíritu de esa carne que maldices?. Sea como tú quieras: el Ántropos de aire será una cosa distinta del Ántropos de carne y hueso, serán dos enemigos encerrados en lóbrega prision para recrear la crueldad insaciable de un creador maléfico é injusto; pero ello es que el uno depende del otro, de tal modo y tan estrechamente, que todo daño de la carne enflaquece al espíritu, y toda corrupcion del espíritu destruye al fin á la carne. Te se puede comparar á una de esas lámparas, cuya luz disipa las tinieblas: si la anegas con aceite, la materia apaga la luz, y si no cuidas de alimentarla lo necesario, la llama por falta de materia se debilita, disminuye y desaparece. El sustento y policía de tu cuerpo, dentro de los límites y los medios determinados por la experiencia, es el óleo con el cual se forma luz y calor en tu corazon y tu cerebro por manera misteriosa. Bueno que huyas de la gula, mas no para caer en la inaccion; pues todo anuncia en tí el agente activo, cumplidor de una mision trascendental. ¿Quién eres tú, pobre iluso, para atreverte á enmendar la

obra príncipe de Teo?. ¿Quién eres tú, para afear la armonía de tanta atraccion, tanto afecto, tanto amor? ¿Cómo te atreves á maldecir lo que nunca llegarás á comprender?. Una mano cariñosa te dota de sensaciones mil, inunda tu sér con delicias innumerables, te premia con el bienestar, te castiga con el dolor, te revela á todas horas su voluntad y su cariño, y te atreves á escupir sobre esa mano paternal, sustituyendo tus insensateces, tus insultos y blasfemias á la única moneda con que pudieras pagarle; á la humildad en la obediencia. Pretendes ser humilde, y eres la soberbia misma; pretendes espiritualizarte, y te conviertes en materia; pretendes tener derecho á la eterna bienaventuranza, y te niegas á cumplir con los deberes para merecerla. No, Antropos, no; no fuiste creado para confundirte con los brutos. Si tu mision fuese la de pacer, tendrias el cuerpo y el instinto del toro, del caballo ó del elefante; si quien te creó te destinara á la contemplacion inerte, hubieras sido una flor; pues mejor que tú, las flores envian sin cesar hácia el cielo el misterioso perfume de su muda suavísima fragancia. Por el contrario, al ver tu forma, tus facultades, lo complicado de tu organismo, la delicadeza de tus resortes, tu extraña sensibilidad, tus nobles aspiraciones, tus afectos innumerables, la fuerza de tu corazon, el poder de tu inteligencia, percíbese bien á las claras que tu puesto es el primero, tu carga la más pesada, tus deberes múltiples y numerosos. Eres como el administrador de estos estados, el caudillo de tantos seres, el piloto de la nave, y si guiado por un despecho egoista te dedicas á soñar, renuncias á tus obligaciones, te trasfiguras en cuadrúpedo, te declaras traidor y fementido, y le-

jos de merecer el cielo, sólo mereces compasion y lástima. Al retirarte á esta Tebaida y enflaquecer tu cuerpo con ayunos y lacerar tu carne con silicios, y orar rutinariamente en frases apenas sentidas, eres villano, que no santo, porque tu mision es de actividad constante, y tu oracion el trabajo: *trabajar es orar.*

Atento y muy atento estuvo el flaco penitente, escuchando las nunca bien alabadas razones del sábio y cariñoso Pónos, mas no por ello se amenguó su mal dirigida fé y su fanático teson. Ya se disponia el génio á reforzar su grave y profunda plática con nuevas y más robustas razones, cuando apareció á lo lejos la colosal figura de Dinamion guiado por Alazona. En su pos venia la astuta Seuda con un verdadero enjambre de próceres y trasgos, duendes y curiosos. Antes de volver de su sorpresa los interlocutores, se vieron rodeados por aquella turba, y todos contemplaron con admiracion el cuerpo, ó más bien el esqueleto con piel del anacoreta. Las nuevas llevadas por el trasgo del espejillo se habian propalado como por ensalmo, y no hubo quien no acudiera á ver por sí y asegurarse de que Ántropos vivia aún.

Fanta tambien supo la noticia como los demás, y como tenia de compasiva tanto como de curiosa, tendió sus alas ligera y veloz hácia las cabañas para contárselo á Gina. Hallóla en el hospital cuidando de sus enfermos, y desde el umbral la dijo:

—¡Albricias, mi querida Gina!.—¡Albricias una y mil veces!.—Ántropos vive. Vive en un desierto. —Sequito, todo sequito.—Una verdadera compasion. —No quiere dejar la cueva.—¡Y qué cueva!.—Un cu-

bil de lobos.—Por todo mueble, la cruz y una calavera. Si tú no vienes, nadie le arrancará de allí.—¿Quieres venir?. Pues avíate, despacha, corre.

Gina, al escuchar á Fanta, corrió fuera de la choza, y la siguió sin saber á dónde iba. Á pesar de correr mucho, no pudo caminar todo lo de prisa que exigia el caso, y mientras tanto, pasaba entre los varios personajes reunidos á la entrada de la gruta, una escena por demás interesante y digna de relatarse aquí.

—¡Miserable!—exclamaba Dinamion al llegar.—Sígueme á un calabozo. Te he de cargar con tus antiguas cadenas.

—En vano me amenazas—contestaba el prófugo.—Nada temo, nada me intimida. Cuanto más pronto me arranques el leve soplo apegado con tenacidad á estos despojos mortales, antes cesaré de padecer. Mi ambicion es el martirio.

—Dí más bien el suicidio.

—No—replicó Ántropos con voz moribunda, pero con la certeza del fanático.—El suicidio es un crímen, es más que un crímen: es pecado. Mi carne no mereceria sepultura, y mi espíritu sufriria tormentos materiales en los infiernos. Morir, como yo quiero, es santidad.

—Está loco, vamos; ha perdido el juicio—exclamó Dinamion con impaciencia volviéndose hácia el concurso.—Destruir su cuerpo en un momento de arrebato, es un crímen digno de condenacion eterna; destruirle lenta y deliberadamente, faltando á todos sus deberes, un acto grande y meritorio. ¡Como si una y otra cosa no fuese destruir la fuerza viva de este mundo, aquello sin lo cual la isla seria un páramo!. Sígueme.

—Acabo de negar á Pónos la obediencia, ¿cómo presumes que ceda porque tú lo mandas?

—¡Ira de gigante!—gritó furioso el guerrero.—Reniego de mis contemplaciones. ¡Ó vuelves sin rechistar á tu trabajo, ó juro por mi barba roja!....

—¡Señor!—interrumpió la bruja interponiéndose.—Mira lo que haces. Ten un poco de cachaza. Déjame á mí.

La astuta intermediaria comenzó á persuadir al hombre, poniéndose sobre el rostro la más formal de todas sus caretas.

—Tienes razon, hijo mio—le dijo sin saber cómo convencerle.—Este es un valle de lágrimas: conviene salir cuanto antes de él; pero tambien es una prueba, y quien se niega á sufrirla es pecador contumaz.

—Pero sufrirla, ¿por quién?—preguntó Ántropos.—Si la sufriera por mí y para mí, enhorabuena; pero sufrirla para vuestro regalo, seria mengua y bajeza. Dadme el ejemplo si el primero ha de ser el último y el último el primero. Sois fuertes: tomad á vuestro cargo los deberes; yo soy débil, no me priveis de mis derechos. ¿No dices tú que todos somos hermanos?

—Sí, pecador, sí—replicó la bruja impaciente y con enojo.—Pero yo quiero ser tu madre, tengo derechos inconcusos, y reclamo tus esfuerzos como obra de caridad. De caridad, ¿lo entiendes bien?. Esa virtud, debida á mí, con la cual me propongo regenerar la isla.

—Ni la caridad es obra tuya—contestó Ántropos—ni tú puedes fomentarla. La caridad es amor, y las manifestaciones de ese dulcísimo afecto son obra mia y de Pónos. Merced á nuestro trabajo, la luz de

Alecia nos alumbró breve rato; merced á esa luz, ya sabemos que el egoismo se trasforma poco á poco en caridad, sin dejar de ser egoismo; porque hacer el bien á nuestros semejantes, es satisfacer un afecto desarrollado por mis invenciones, además de hacernos el bien á nosotros mismos.

—Pero, pecador, blasfemas y te condenarás. Escucha la voz divina.

Seuda agotó todos sus sofismas, y Ántropos sin fuerzas para discutir, concluyó por taparse los oidos.

Viendo tamaña terquedad, Pónos tomó la palabra y expuso una vez más con dulzura sus clarísimas razones. Habló á su corazon, á su inteligencia, evocó recuerdos, prometió esperanzas, todo fué inútil. El misérrimo fanático se encerró en impasible insensibilidad con silencioso menosprecio.

Dinamion, exasperado al fin, dijo un juramento atroz y levantó la espada para exterminar al cenobita, el cual haciendo un esfuerzo, se arrodilló con mansedumbre.

El acero comenzó á descender silbando por el aire. En la mitad de su carrera se escuchó la voz de Gina. El brazo del gigante se quedó clavado repentinamente en medio de su descenso.

La mujer alzaba en alto la joya de Dinamion, premio y regalo de sus cantares en la jaula de oro, y exponia sus tristezas.

Dinamion volvió el rostro para oirla. En cadencias melancólicas repetidas por los ecos de aquellas soledades, la voz de la mujer mezclaba triste los recuerdos del amor pasado, los dolores angustiosos del presente, sus temores y sus esperanzas. Habia en aquellas notas melodiosas un raudal de sentimien-

to irresistible para las fibras del corazon; habia en aquellos sencillos conceptos notas y tonos capaces de fascinar la más rebelde inteligencia. Era aquel canto una cadena de suspiros engarzada en los ayes sentidísimos del alma.

Desde la primera estrofa, el penitente pertinaz se llevó entrambas manos al costado izquierdo, cual si temiera que el corazon estallase; desde las primeras notas, el acero de Dinamion fué descendiendo suavemente y sus facciones se cubrieron con sonrisa de delectacion indefinible.

El cuadro era á la verdad sublime. Un cenobita de hinojos, flaco, amarillento, súcio, mal arropado en un pedazo de bayeta, verdadera efigie de la penitencia ingerta en el teson ó en la indomable energía del fanático; un gigante trasunto de la fuerza, gallardo con el peto y el almete en actitud de descargar el tremebundo acero, y de pronto la ansiosa lucha entre lo místico y lo humano, pintada sobre el rostro cadavérico de aquel, el placer franco del gigante, el júbilo de Pónos, el mal reprimido despecho de la bruja, la espectacion de próceres y duendes, todos aquellos oidos vueltos hácia un mismo punto, aquellos ojos absortos, aquellas respiraciones contenidas, aquellos labios entreabiertos formaban un conjunto sin igual, porque actitudes de admiracion, miradas vagorosas de sorpresa, grupos inmobles y variados, se destacaban armónicos en un terreno árido y selvático sobre el velado horizonte de la tarde, entre la luz crepuscular y los melancólicos reflejos de un dia moribundo, bajo las suaves corrientes de la más sentida y más apasionada de las músicas.

Al sepultarse la última palabra de la cantora en

el infinito del silencio, Pónos señaló hácia el lugar de donde vino la plegaria, y encarándose con Ántropos, exclamó:

—¡Allí, allí está la felicidad!. ¡Allí el deber y la familia!

—¡Pónos!—contestó el anacoreta poniéndose de pié.—Hasta la muerte soy tuyo. Como esclavo te he de obedecer, y ni áun así podré pagar esa abnegacion, esa ternura.

—Sea—prorumpió Dinamion colgándose al costado el noble acero y limpiándose una lágrima con el revés de la mano.—Gina puede más que todos. Reniego de mi consejera y de sus repulgos. Es menester proveer; pero venga lo que viniere, quiero volver á escuchar los dulces cantos de antaño.

—¡Oh rábia!—rugió Seuda retorciéndose las garras.—Siempre esa maldita criatura. Juro perseguirla, rebajarla, envilecerla. ¡Oh!, Mi venganza será tremenda, mi ódio será implacable.

CAPÍTULO V.

Algunas horas despues de los acontecimientos últimos del capítulo anterior, salia el sol esplendoroso por el rosado horizonte y á todos los habitantes de la isla, ménos Seuda y sus fanáticos secuaces, parecíales su luz más clara y consoladora.

La situacion, sin embargo, estaba lejos de ser risueña. Ántropos, vuelto á su cabaña, yacia postrado en cama, inmediato al lecho de su hijo, y aunque Pónos auxiliaba con su vara mágica á Gina y á la muchacha, faltaba mucho para dar vado corriente, ni áun á las faenas más precisas. A favor de una como epidemia contagiosa del espíritu, el desaliento cundia; todos creian inmediato el fin del mundo y la venida del reino de los cielos; nadie queria trabajar; todos hacian la guerra al cuerpo, y el número de los imitadores de Orígenes tomó tales proporciones, que Dinamion se espantó ante la idea de verse señor ó capitan de huestes famélicas de eunucos.

—Esto no puede seguir así—la dijo á su compañera.—Bien estaba condenar mi antiguo sibaritismo y prevenir la enmienda con empeño; pero mutilar á

mis vasallos en espíritu y en cuerpo, condenar lo natural porque tú seas vieja y fea, paréceme rara obcecacion, cuando no peregrina estolidez.

—Y ¿cómo conjurar tanto peligro?—preguntó Seuda irritada.—El manto negro de Alecia—ya lo viste—se encuentra casi mediado; es preciso parar todo progreso en firme si hemos de evitar su triunfo. ¿Quieres repetir la escena del festin?

—Ya no me exasperas, Seuda—replicó el gigante.—Yo olvido y hasta perdono: tú ni perdonas ni olvidas. No tiene pareja tu rencor. Lo que pretendes es absurdo; tu doctrina no es de vida, sino de muerte. Siempre tuviste tus ínfulas de infalible; siempre fuiste dada al quietismo; pero esto pasa de la raya.

—Lo hago por nuestra salvacion—interrumpió la bruja.—El alma, el alma, ¡oh Dinamion!, es lo primero. Sálvese el alma, y perezcan la isla, el sol, las estrellas.

—Eso me pareceria un egoismo brutal si no fuese un disparate—insistió el gigante.

—¡No!—gritó furiosa la bruja.—Es fé, fé, fé, y la fé lo santifica todo. Creo en Teo, y no quiero arder en el infierno. Mi conviccion es profunda, sincera, desinteresada. Como Pontífice Máximo tengo á mi cargo las almas. Soy el pastor de este rebaño.....

—¡Alto!—rugió Dinamion iracundo.—¿Vuelves á tu empeño?. ¿Quieres engañarme á mí?. ¡Seuda! nos conocemos hace rato. Tu cielo es la dominacion, y como no puedes dominar la vida, quieres establecer el reinado de la muerte.

—Pero ¿y los bárbaros?—preguntó Seuda cambiando de tono.

—Esa ya es otra cuestion—la contestó el gigante

moderando el suyo.—Los bárbaros no son tan fieros como tú los pintas. Es buena gente en el fondo. ¿Si vieras cómo se entusiasman todos con mis leyes? Ni uno sólo ha dejado de pedirme mis compilaciones de derecho para proclamarlas en su reino. Ni hablan de otra cosa, ni saben cómo lograrla. Uno de ellos ha llevado su entusiasmo hasta nombrarme su heredero. Quiere restablecer el imperio, resucitar mis costumbres, y ya que no podemos entendernos tú y yo, pienso dejarte en este rinconcito de las Siete Colinas á tus anchas, con tus rebaños de eunucos y llevarme á la familia de Ántropos al otro lado de los montes para vivir á mi manera. Te haré donacion de este castillo y su comarca, siempre que tú me ayudes por allá. Veamos cómo te compones para gobernar tu casa. Apenas se restablezcan Ántropos y su hijo, saldré para recoger mi herencia de Occidente. Ahora voy á ver cómo siguen los enfermos.

—Este es un paso, pero no es todo—exclamó la bruja al ver alejarse á su señor.—Algo es volver á mandar en casa propia. Mi anhelo es ser universal; mandar en todas las conciencias, y desde aquí lo lograré.—¡Vaya si lo lograré!.—Contra tu espada de acero yo he de blandir otra invisible. Con ella, desde mi casa, mandaré en la ajena. Haré de mi báculo un cayado, y con él manejaré á mi antojo á estos imbéciles, como á rebaño de ovejas. ¡Sueñan con desencantar á la hija de Pónos!. ¡Sueñan con hacerse libres!. ¿Y quién habia de trabajar para todos?. ¿Quién moleria el trigo para el pan?. Mientras haya que moler, Ántropos, Andros, Gina, Telia habrán de gemir esclavos.

Descendamos ahora á las cabañas.

Pónos encontró aquel dia muy aliviados á sus protegidos. Ántropos, sobre todo, sentia ese dulce bienestar del convaleciente, cuyas fuerzas renacen con rapidez y bañan todo el sér en la esperanza. Para curarle de su postracion y volverle al buen camino, determinó animarle con una conquista príncipe codiciada desde muy atrás.

—Mañana ya te puedes levantar—le dijo—y pasado, á fin de distraerte y animarte, me prometo conquistar á Báros.

—¿Cómo?. ¡Á Báros!—exclamaron los convalecientes á la vez.—¿Y le veremos por fin?

—Así lo espero.—Le hemos de despertar para que salga de la piedra y tome parte activa en vuestras obras.

Fanta penetró en la cabaña.

—Hasta aquí—continuó el génio—hubimos de obligarle á trabajar dormido. Los golpes del martillo, el mazo ó la almadana, el peso de las peñas ó las vigas para moler ó comprimir, todos esos efectos de la pesadumbre del rebelde Báros, son manifestaciones imperfectas de su poder y su energía. Es necesario hacerle activo y despertarle; tenemos medios para ello y necesitamos su ayuda indispensablemente. Ya vereis cuánto nos auxilia.

—Pero ¿cómo?. ¿Con qué le obligaremos á salir?

—¡Oh!. Ya no estais desprovistos de medios como en otro tiempo. Poseeis lo necesario para construir el señuelo indispensable, engañar con él á Báros, y hacerle comparecer dando vueltas y más vueltas.

—¿Y para qué?

—Para que trabaje y muela.

—¿Y cómo?

—Asociaremos y combinaremos esas palancas, cuyas propiedades conoces, la rueda con el tambor ó la linterna de la noria, los movimientos del torno, y con la conveniente asociacion de estas y otras mecánicas conquistas, verificadas en la guerra y en la paz, así en la tierra como sobre el agua, me propongo conseguir algo muy útil, algo más valioso y eficaz para vuestra redencion que los misterios de Seuda.

—¿Y es necesario todo eso para conocer á Báros? —exclamó Ándros sorprendido.

—Todo—contestó Pónos—y eso sólo para conocerle, pues la educacion de Báros requerirá otros esfuerzos de vuestra inteligencia. Su aparicion, hoy por hoy, será un paso gigantesco por el camino de vuestra emancipacion.

—No alcanzo—dijo entonces Ántropos—la relacion necesaria entre esas palancas, esas ruedas y esas máquinas, (áun suponiendo que despierten al criado soñoliento) y nuestra ansiada redencion.

—No lo alcanzas—prosiguió el génio—porque olvidas de contínuo mis lecciones. Todo, absolutamente todo, se relaciona en esta isla. Mientras los elementos indispensables á una obra no se hayan acumulado, en vano es acometerla. Báros no os puede servir directamente y con fruto si no le sacamos de los cuerpos en los cuales duerme, engañándole con un señuelo. Pues bien: para construir ese señuelo ha sido preciso apropiarte de antemano las máquinas y las partes de las máquinas empleadas hasta aquí, y familiarizarte con sus diversas propiedades. Sin ello la idea de la invencion no tendria consistencia. ¿Cuándo te convencerás que tus ideas se forman con algos ya existentes?. Por la mañana

vendré, construiremos el señuelo y daremos un paseo por el campo para cazar al nuevo servidor. Será un entretenimiento provechoso á tu salud.

El génio se despidió, y Fanta se cernió sobre los lechos.

—Ya lo habeis oido—comenzó á decir en su blando tono de costumbre.—Un servidor más no es poca cosa.—¡Y qué servidor!—Ya os lo dije hace mucho tiempo.—Capaz de moler harina para dos mil Dinamiones.—Y esto sin trabajo.—Vosotros le mirareis, y él molerá y molerá.—Sutil y lijero es Pir, pero Báros habrá de serlo mucho más.—Gira, y gira, y gira, y gira.—Ya os lo dije, ya os lo dije: nació de una hada impalpable dentro de un átomo de polvo—se meció en la corola de una flor, mientras estuvo en la cuna—despues creció y durmió en las piedras, en el agua, en los metales.—Si le despertais y le haceis salir de allí, ¡vereis qué mozo tan gallardo!.—¡Ánimo, ánimo!.—¡Un criado más!. ¡Ahí es nada! ¡ahí es nada!

Y Fanta continuó largo rato hasta ver dormidos á los dos convalecientes.

Las palabras proféticas de Pónos, las nebulosas adivinaciones de Fanta, despertaron en el padre y en el hijo una curiosidad febril. Antes de salir el nuevo sol requerian la herramienta para trabajar en el señuelo, y llamaban á su protector deseosos de apresurar la obra con los toques de su vara mágica. Eligieron, por consejo del insigne génio, el tronco de un arbolillo derecho como un huso; en él hicieron á un extremo doce entalladuras (pues el número doce aún conservaba su prestigio); prepararon en seguida una docena de tabletas con sus espigas en la punta; fijáronlas sobre el árbol mondo y

redondo, como los rayos de una rueda, y colocando el artificio—semejante al eje de una carreta con una rueda á medio labrar—sobre el lomo de una acémila, se pusieron al siguiente dia en marcha hácia las cascadas de la sierra.

Segun iban caminando, bullian en la mente de Ántropos las inconexas divagaciones de Fanta y sus propias fantasías, y quiso averiguar la figura y condiciones del rebelde y misterioso Báros. Habia estado años y años ansioso por conocerle, y al pensar en que al fin lo lograria, no acertaba á contenerse.

—Díme, Pónos. ¿Cómo es Báros?—le preguntó á su buen génio.

—Difícil es contestarte. Lo sabrás cuando le veas.

—Pero recuerdo—insistió el hombre—lo que me dijiste cuando aproveché su pesadumbre en la molienda del trigo. Segun tus palabras es la misma pesadez y cuanto pesado, torpe. ¿Cómo puede despertarle este frágil molinete?

—Es uno de los aparentes enigmas de la isla. Ese mozo tan dormilon, tan agreste, tiene, como todos, su debilidad: se precia de girar con gallardía, y su delicia es dar vueltas y más vueltas. La suprema manifestacion de su existencia es girar. Estoy seguro que al poner ese juguete en movimiento te se aparece al fin, y si logras tocarle con mi vara mágica te quedará sometido y en todo te obedecerá.

—Entonces—preguntó el muchacho—¿por qué nos dirigimos á los montes?. ¿No pudiéramos utilizar nuestro señuelo sin ir tan lejos?

—Vamos en busca de un arroyo, porque Báros no come leña como Pir. Si Pir come, Báros bebe. No

hay agua bastante para aplacar su sed cuando toma forma y sale de su escondite.

—Vamos—exclamó el hombre sin poderse contener.—Fanta me ha engañado una vez más, y no hay modo de creerla. Reniego de ella, y desde hoy la echo de casa.

—Harias muy mal—exclamó Pónos sonriendo.—Sus mentiras y sus cuentos te animan mucho más que mis palabras. Estoy seguro que anoche os visitaria, y sus leyendas os trajeron hasta aquí. Como otras tantas, tantas veces, sin su peregrino divagar apenas si me hubiérais escuchado. Pero hemos llegado ya á un sitio muy apropósito y es necesario aprovechar el tiempo.

Dichas estas intencionadas frases, Pónos eligió la caida ó salto de un arroyo de la sierra, y enseñó á sus protegidos á construir al pié de la pequeña cascada dos pilares ó muretes, á colocar entre ellos, y bien á plomo, el eje con las aspas hácia abajo; á sujetarle por arriba con dos troncos ó maderos además de una piedra plana sobre entrambos, y á fijar sobre el extremo superior del eje una muela redonda y tambien plana.

La disposicion de aquel artificio era, por lo tanto, idéntica á la de esos molinillos primitivos, frecuentes en las montañas, y que llamamos rodeznos por acá.

Conducida el agua en canal tosca de madera sobre el aspa del rodezno, comenzó á girar, y á girar tambien con él la piedra unida al extremo superior del eje. Entonces Pónos entregó su vara mágica al padre, y le previno que estuviese alerta. No habia dado el molinillo medio centenar de vueltas, cuando, entre la neblina espesa del rebote, apareció una

cabeza redonda, en cuya fisonomía retratábase el asombro. Ántropos tendió la vara y tocó con ella á la descomunal aparicion, cuando empezaban á dibujarse los hombros en la neblina.

Al verlo Pónos, exclamó:

—Acá, Báros, ya eres nuestro. Sal y acércate á nosotros. Quedas sometido al hombre.

Ántropos salió tambien del arroyo, y cuando saltó á la orilla se encontró con un nuevo servidor que le seguia.

Era un mozo mofletudo, robustote, de frente angosta y deprimida, de ancho y abultado pestorejo; el cuello potente cual de toro, los hombros espaciosos, las manos crecidas y redondas como dos piedras de molino. Tenia brazos largos y nervudos, piernas cortas y estevadas, cuyos apéndices constituian los dos más formidables piés que humanamente imaginarse pueden. Tan parecido era aquel Báros, al dibujado por la delirante Fanta, como la tela de araña bordada con menudo aljófar y flotando entre dos lirios, es á la lenta é impávida tortuga.

En el semblante de los dos obreros se traslució cierta impresion de disgusto. Advirtiéndolo el génio previsor, les dijo:

—Vuestra conquista no os encanta, y sin embargo, pocas ó ninguna se pueden igualar con ella. Báros es muy susceptible de educacion. Dormido hasta aquí os ayudó á moler el trigo, á amasar el barro, á forjar los metales: con el tiempo y la paciencia llegará á ejecutar obras primorosas. Hilará y tejerá, y no habrá nada que se le resista. No os guieis por apariencias; todo aquí se perfecciona. Por de pronto, vuestro nuevo servidor cambia toda esclavitud en servidumbre. Emancipando á la mu-

jer y á vosotros del trabajo de la bestia, indispensable para preparar el pan de cada dia, desaparece el interés de vuestros señores en convertiros en máquinas. Muerto este interés, se mostrarán más tolerantes, más humanos, porque al fin y al cabo su ambicion es alcanzar satisfacciones y admitirán sin enojo el medio más fácil de lograrlas. Así podreis dedicaros á la enseñanza de Báros con alguna libertad, y poco á poco él os preparará nuevas conquistas. Volvamos ahora á casa para presentar el nuevo criado á tu mujer. ¡Cuánto se alegrará la pobrecilla!. Mientras ella duerma ó se repose, Báros molerá desde hoy el trigo y sacará de él la harina, en tanto que la sierva sienta ó piense.

La conquista definitiva del molinero y del molino produjo en la isla de Gé más adelante una verdadera revolucion, tanto más profunda, cuanto fué más desapercibida. Sin fijarse siquiera en ella los señores, tuvieron harina y pan, y Ántropos y su familia dejaron de ser esclavos paulatinamente y pudieron ascender á siervos grado á grado.

Por lo pronto, con el triunfo y la alegria, los protegidos de Pónos salieron de la convalecencia y recobraron la salud.

Viéndoles Dinamion animosos como nunca, pensó en llevar á cabo su proyecto, y dejando á Seuda en el castillo de las Siete Colinas, emprendió la marcha con Ántropos y los suyos para fijarse en Occidente.

La bruja se quedó á sus anchas.

Desde el punto y hora en que Seuda se vió dueña de sí misma comenzó á advertir las diferencias de los tiempos y las dificultades del gobierno. Ya no mandaba en tierra fértil regada y reconstituida todos los años sin trabajo como en el Valle de las

Inundaciones; ya no eran sus esclavos tan ignorantes y sumisos como allí ó en el Recinto de las Castas; ya no disponia de la espada de Dinamion para esquilmar la isla brutalmente; ya las necesidades de los más no se reducian á comer y vestir mal, á sentir poco y pensar nada; mientras las tierras se quedaban casi yermas, sus acólitos sentian en su cuerpo y en su espíritu un sin número de aspiraciones y necesidades sin cuya satisfaccion se hallaban mal, y por lo tanto, mostrábanse dispuestos á exigir. Todos sus esfuerzos para volver los espíritus á la quietud y al marasmo se estrellaban contra las manifestaciones de aquel cúmulo creciente de necesidades, cuyo irresistible empuje la obligó á emplear procedimientos en armonía con las circunstancias. El problema era mantener el ejército de sus acólitos bien á bien, sin atropellos, y al efecto los repartió por la isla y puso á cargo de cada parroquia la obligacion de mantener uno ó dos; pero como convenia cohonestar aquella carga, hubo tambien de inventar algo para dar algo en cambio ó á buena cuenta. Su sistema en general fué sencillo, pero ingenioso. Comenzó por sembrar en los espíritus toda clase de terrores, por cultivar todos los gérmenes de malestar interno (harto numerosos por desgracia), y una vez contaminados los ánimos con la idea del pecado, una vez declarados pecaminosos los actos y pensamientos más inofensivos, puso consuelos infalibles en manos de sus hechuras, reservándose su monopolio, y al ofrecer remedios al afligido, les puso tambien su precio. Creando así la enfermedad con una mano y brindando curaciones con la otra, no tardó en llenar sus arcas, y pudo disponer de pingües rentas.

Poco á poco multiplicó sus invenciones, y de tal

modo se acostumbró á ofrecer bienes imaginarios venideros por los bienes tangibles de presente, que no hubo rincon, palacio, ni tugurio, libre de sus tributos y gabelas.

Entre sus ingeniosas invenciones las hubo de resultados fabulosos; pero nosotros haremos caso omiso hasta de las más célebres y lucrativas, por no extremar nuestro análisis. Con el aumento de esquilmos, creció la concupiscencia, y como siempre, novísimas necesidades demandaron sus satisfacciones, y las satisfacciones provocaban crecientes necesidades.

Dedicada así la bruja Seuda al cultivo de la sensibilidad, y hallando en aquel cultivo una mina inagotable, no se opuso á un movimiento entre los suyos que fué consecuencia natural de las necesidades de los tiempos y de la naturaleza sociable de aquellos séres. Algunos de ellos se asociaron en comun á fin de labrar la tierra y hacerla como antaño productiva (1). Otros procuraron asociarse, donde imperaban los bárbaros, en defensa del saber ó las costumbres, y en vista de los resultados de aquellas asociaciones fuéronse extendiendo por la isla para diferentes fines, como en épocas muy posteriores se generalizaron las sociedades entre legos para acudir con la fuerza de la union á las exigencias del progreso. Sometidas todas aquellas asociaciones á la consejera, fueron aumentando su prestigio y cuando quiso, pudo obrar. Nosotros las mencionamos para que conste cómo en Gé las mismas causas produjeron siempre idénticos efectos.

Mientras tanto Dinamion seguia contrario rum-

(1) San Benito y su regla.

bo. Heredero de los dominios de uno de los reyes bárbaros, segun anunció á su consejera, dió rienda suelta á sus antiguas aficiones, y escarmentado por lo sucedido, se propuso resucitar á la vez la cultura deia Península de Luz y sus propias aficiones posteriores de legislador ó leguleyo. Habíase convencido, despues de tantos reveses, de la bondad y la verdad de algunas de las máximas de Pónos, y sentia hácia Ántropos y su familia vislumbres de respeto y gratitud. Y como por otro lado no se le ocultaban las tendencias y manejos de la bruja, queria irla á los alcances, atajándola sus vuelos á fuerza de actividad. Pedia á Pónos y á sus protegidos las más variadas cosas á la vez: castillos donde defenderse, armas para ir venciendo á los bárbaros, molinos y pan en abundancia, biblos con los cuales recrearse. Ni recordaba el manto de la hija de Pónos, ni se preocupaba de su acortamiento. Vió desaparecer del cuello de Ántropos el último anillo de la esclavitud, y le dió el nombre de siervo para atraerle y alentarle. No descansaba dia y noche; á todo acudia con diligencia febril, y en su afan por aprovechar el tiempo, llamó á su siervo y le dijo:

—Vamos á ver. En otros tiempos empleabas tú una clépsidra en ciertas observaciones ó para distribuir tus horas convenientemente. Ahora me toca á mí aprovechar las mias, pues sólo debo dormir lo indispensable. Me hace mucha, mucha falta el tiempo. Para esta noche necesito una clépsidra ó cosa así; de modo que duerma cuatro horas y nada más. Vé como satisfaces esta mi necesidad, si no quieres que vuelva á cargar tu cuerpo con tus antiguas cadenas.

Era ya la caida de la tarde. Ántropos acudió á su

génio en un verdadero apuro, y escuchó entonces de sus lábios:

—Difícil es hacer la clépsidra de golpe, pues en las revueltas de los tiempos hemos perdido algunos de los elementos necesarios, y sin los indispensables á cada obra son las obras imposibles. Sin perjuicio de volver á construir clépsidras de arena ó de agua en adelante, satisfagamos por de pronto á tu señor—pues se declara casi, casi mi discípulo—utilizando esas velas y esos cirios que la bruja nos obligó á fabricar para dar á sus ceremonias esplendor. Los hay de bastante longitud para alumbrar de sol á sol, y si los dividimos con líneas de color en veinticuatro partes, cada una de estas durará una hora, y á cada hora se le puede dar un número ó un nombre.

—Pero si duerme Dinamion, ¿cómo se apercibirá del tiempo trascurrido?—preguntó el siervo.

—Agregando al artificio una persona como parte de él. Si al lado de cada cirio de cera, vela un siervo sin descanso, podrá ver consumirse los trozos uno á uno y avisar cuando trascurra cada hora. En ésta, como en toda invencion naciente, el hombre pondrá una cantidad de trabajo maquinal ó rutinario que habrá de desaparecer con la perfeccion del instrumento, lo cual equivale siempre á una pequeña redencion, mediante idea.

—¡Lindo capricho!—exclamó Ántropos—hacer velar á los demás sólo para despertar en hora fija.

—¿Y te parece cosa baladí?—preguntó el génio.—¿No sabes el valor del tiempo?. Con el tiempo se teje la tela de la vida, es el marco y la medida de los acontecimientos, el agente más barato al parecer, más caro en realidad. Hacer más en ménos

tiempo, es signo de redencion. Tus conquistas lo atestiguan, pues todas ellas tendieron y tenderán á prolongar tu existencia de ese modo. Nada hay igual á la importancia de medir bien el tiempo con el propósito de utilizar en cada hora las fuerzas y los recursos cabal y fructuosamente. Esta necesidad, sentida por Dinamion, será la fuente de incalculables adelantos.

Con esta y otras novedades parecidas, Dinamion volvia á reconocer la utilidad de los consejos de Pónos, y este acatamiento tácito de las leyes de la isla iba produciendo ópimos frutos. Por de pronto Dinamion vencia á sus enemigos, conquistaba un reino nuevo en cada correría, y se encontraba en camino para reconstituir su antiguo y malogrado imperio (1).

Seuda se alarmó. Ella tambien aspiraba á dominar sin rival sobre la tierra, y receló si los triunfos del gigante no serian estorbos á sus pujos de dominacion universal. Cavilando y cavilando un dia y otro dia, pesaba mentalmente las fuerzas de su Señor y las suyas propias, media su espada espiritual con la material espada del guerrero, y no se atrevia aún á exasperarle exigiéndole obediencia. Ganaba terreno sigilosamente en las conciencias; procuraba con tenacidad pasmosa separar á todos en espíritu del lado de Dinamion, y atraérselos al suyo, pero las conversiones eran lentas y el gigante con una sola correría y sus hazañas hacia tantos prosélitos como Seuda y sus acólitos en muchos y muchos dias de predicacion.

Así se iba sosteniendo aquella lucha singular, por

(1) Carlomagno.

una parte al descubierto, y taimada y sigilosa por la otra, cuando los emisarios de la bruja la trajeron nuevas peregrinas. Allá, cerca de la Comarca del Maná, en las regiones en donde las doctrinas del quietismo habian arraigado, al parecer para siempre, un gigante tan valiente y tan activo como visionario se agitaba para erigir otro imperio. Seuda al pronto tuvo miedo; pero despues de bien examinado el caso, casi se regocijó al considerar con travesura diabólica que si aquel nuevo competidor crecia en poder y en importancia, Dinamion se veria en duro trance y habria de acudir á ella.

—Lo primero—decíase la muy taimada—es ponerme bien con ese tal. ¿Quién sabe si me obedecerá mejor que el siempre rebelde Dinamion?. Conviene verle y hablarle. Aquellas tierras me reconocieron por señora, y este es ya un título para entenderme con él. Arreglemos las cosas por acá antes de emprender el viaje y de buscarle en persona.

—Seuda llamó á su fiel criada, y en confianza la dijo:

—Las cosas, como ves, no marchan del todo mal. ¿Te encuentras dispuesta á desempeñar un gran papel?

—Propicísima—exclamó Anoya—si con el papel egregio manduco más y mejor; porque, maestra, tripa llena corazon valiente.

—De eso se trata. Comerás bien. Vas á hacer mis veces aquí en las Siete Colinas, mientras yo doy una vuelta por mis antiguos dominios.

—¿Pero qué ocurre?. ¿Qué sucede?

—Nada de particular—concluyó diciendo Seuda. —Hay que vivir muy alerta para seguir manducando. Te daré mis instrucciones, y cambiaremos de

traje. Pero antes debemos preparar el amuleto indispensable para rendir al nuevo competidor.

—¿Y qué es ello?

—Un nuevo biblo.

—¿Pero no tienes el tuyo, el biblo por excelencia?

—Eres sándia—amiga Anoya.—A cada cual hay que hablarle su lenguaje. El biblo por excelencia lo es para los de acá: ahora necesito para los de allá otro biblo tambien por excelencia. Veamos de prepararle sin olvidar ninguno de sus requisitos, aunque para ello hayamos de trabajar.

CAPÍTULO VI.

Sentiríamos muchísimo que algun lector suspicaz, juzgando por apariencias, nos clasificase en el número de los despechados contra lo humano ó lo divino. Nada seria más gratuito ó más injusto. Nuestro cuento se refiere á una isla imaginaria; sus personajes son meras abstracciones, y la naturaleza universal de estos fantasmas de razon, mal podria compaginarse con nuestras instituciones, clases ó indivíduos concreta y determinadamente. Buscamos la verdad (siquiera sea relativa) en los anales de Gé, y no es por cierto culpa nuestra si allí siempre estuvieron sus granitos perdidos en montes y montañas de errores y desvaríos, ó si la mentira brotaba por todas partes para ocultar sus gérmenes y brotes, ya que nunca pudo destruirlos. Aciertos y errores hubo en lo pequeño y en lo grande, mentira mezclada con algo de verdad en las instituciones y sistemas, y cabalmente nuestro único propósito al indagar las causas y sus efectos, es hacer ver, sin debilidades ni contemplaciones, los resultados de la obediencia ó la desobediencia á la ley de actividad

ó de trabajo, arrojando á los vientos de la publicidad la paja de las vanidades para separar en lo posible el codiciado grano y dar al prójimo así el pan de la inteligencia.

Movida por la ambicion y la codicia, Seuda comenzó el arreglo de su casa á fin de dejar á Anoya en ella, mientras iba en busca del gigante consabido para hacerse amiga de él y á su favor predisponerle. La empresa era árdua, y para evitar un contratiempo creia poco toda prevision. Mientras dictaba sus disposiciones iban y venian diferentes emisarios, y cada uno traia su noticia más ó ménos estupenda y más ó ménos verídica.

—Es de tierra de pastores—referia Alazona con su acostumbrada fatuidad—noble tierra, y de padres nobles. Guardó en su mocedad camellos, y se aficionó más tarde al comercio en caravana. Ha viajado mucho y sabe mucho.

—Pero no es rico—añadia Filoctesia.—Se contenta con la leche de sus camellas, con un puñado de trigo, con un racimo de dátiles. Es un arriero, y así le suelen llamar. ¡Buena diferencia entre su pobreza y tu explendidez!. ¡Es un miserable!

—Sin embargo—objetaba Petonosa, que acababa de llegar—durante sus viajes por la Tierra de la Servidumbre, ha ido recogiendo tus sentencias, las palabras de Ántropos, alguna que otra máxima de Alecia, y como de muchacho era curioso, ensimismado, fué observando y cavilando, y si es pobre en bienes no lo es en ideas y en saber.

—¿Y tú qué dices?—exclamó Seuda viendo llegar á Fobo como siempre sin aliento.

—Que mi señor Dinamion se debe desde luego preparar. Es digno competidor de nuestro amo. Tan

esforzado como reflexivo. Para darse cuenta de todo lo oido y aprendido durante sus mocedades, se retiró á una montaña, y allí pasó dias y más dias, noches y más noches, entregado á sus meditaciones en el silencio y soledad. Ambicioso como nadie, se propuso conquistar la isla: formó su plan, calculó sus medios, y á los cuarenta dias de cavilaciones ha abandonado su retiro, se ha proclamado profeta, y ya le siguen innumerables tríbus del desierto, antes dormidas é inertes. De natural sóbrio, frugal en sus costumbres, entusiasta por temperamento y dado un si es no es á la lascivia, su orgullo no tiene límites y sueña con venir aquí y degollar á Dinamion. El peligro es grande, el porvenir pavoroso.

—Está bien — contestó la consejera — ya proveeremos.

Y dirigiéndose á Anoya, la dijo para despedirse:

—Ya lo vés: las circunstancias son críticas y exigen suma prudencia. En este mi antiguo biblo hallarás remedio para todo. Le he añadido por si acaso con las máximas de Alecia, y en él hallarás cuanto sea conveniente á los casos y á las cosas. Procura entretener á Dinamion y contener sus ambiciones, pero procura tambien anular á la mujer, que es nuestra enemiga más temible. Acuérdate de lo sucedido y persíguela sin tregua, porque sus coplas y sus atractivos bastan para dar al traste con nuestros planes, vigilias y sermones. No atino todavía á comprender la clase de fascinacion que ejerce. Hay en su derredor una atmósfera de seduccion caldeada por el mismísimo demonio. Ni la fuerza de Dinamion, ni las conquistas de Ántropos, ni la misma luz de Alecia, me inspiran tanto recelo, como Gina y sus hechizos para mover y en-

tusiasmar. Salgo en busca del gigante del desierto: si como espero me escucha, todo se lo he de permitir si hace la guerra á la mujer, y la desprecia y la envilece.

Así diciendo, Seuda terminó los preparativos de su viaje y armada con un nuevo biblo, muy diferente del primero, entregado á su criada, abandonó el castillo de las Siete Colinas, y salió en direccion á sus antiguos y queridos dominios de Levante.

Volvió á visitar los sitios de sus mejores triunfos y los encontró poco más ó ménos como los dejó, porque en la isla de Gé, allí donde desaparecian Ántropos y su buen génio, seguian (si acaso) utilizándose sus invenciones, pero ninguna nueva aumentaba su catálogo.

Á fuerza de tomar lenguas, se acercó por fin á quien buscaba, y cual cauto, perspicaz y astuto diplomático, se enteró de los gustos y costumbres del gigante y se dispuso á seducirle. Afortunadamente para ella, Fanta visitaba aquellas regiones á menudo, y la bruja dió con ella una mañana. Apenas supo el hada de las leyendas el objeto del viaje de la consejera, tomó á su cargo gozosa buscar al nuevo profeta y llevarle sin tardanza un honorífico mensaje.

Hallóle en medio de un oasis de verdura y á la sombra de palmeras. Al verle Fanta se animó. Sus ojos negros, rasgados, centellantes; su espaciosa frente; su nariz aguileña; su barba como el ébano, cayendo sobre el pecho con aspecto de majestad, la hicieron comprender cuán dispuesto se encontraba á oir y dar entera fé á sus fantásticas leyendas. Dejóse, pues, caer con suavidad sobre el hombro del gigante, y le dijo con su vocecita suave, suave, suave:

—Eres hermoso y fuerte y arrojado, ¿qué te falta para hacer mucho y muy bueno?—Querer y nada más.—Los pastores de estas tierras son sencillos, y para ellos el bien supremo es la leche de sus rebaños, la miel de sus colmenas, su tienda, sus caballos, sus mujeres.—Adoran los astros—cada uno tiene su divinidad.....—Es una confusion, una confusion.—Si creyeran lo mismo todos ellos, serian invencibles, porque son fuertes y valientes.—Anímate, penetra en los mismos cielos, sorprende allí el secreto para dominar y lánzate á conquistar la tierra.—Los cielos son mina inagotable para el ambicioso.—¿No te atreves?.—Dame la mano y volemos hácia las regiones de sempiterna luz.—En una noche todo lo verás.—Haremos el viaje en ménos tiempo del necesario para ordeñar tu camella.—Ya subimos, ya subimos y perdemos de vista las miserias, la fealdad de Gé.—Ya estamos en el primer cielo—todo de plata.—De aquí penden las estrellas colgadas con cadenas de oro.—¿Vés ese gallo blanco inmenso, ese gallo cuya estatura es tan grande, que habrias de caminar quinientos años para llegar de los espolones á la cresta?—Pues ese vigila y hace centinela á la entrada de este primer cielo.—Nos dejó pasar.—Yo paso por todas partes—ya estamos en el segundo cielo, todo, todito de hierro.—Atravesémosle como saetas para llegar al tercero todo de piedras preciosas—y al cuarto que es una esmeralda—y al quinto de oro purísimo—y al sexto superior en riqueza á los anteriores—y al sétimo de luz celestial y límpida.—Esta es la morada de Teo, Supremo Encantador—de ese Teo de quien oiste tantas cosas en tus viajes.—Á su derecha está el ángel, el ángel de sus alabanzas.—Para cantarlas

tiene setenta mil cabezas—y en cada una setenta mil bocas—y en cada boca setenta mil lenguas.—¡Misterios!. ¡Siempre misterios!.—El hombre se achica, y cede y tiembla ante el misterio.—Pero Teo te pone una mano sobre el pecho y sobre la espalda la otra mano.—¿No sientes frio?.—Pues esa imposicion de manos te constituye en su profeta (1).—Ya podemos acercarnos á la puerta del Edén.—Móntate sobre esa yegua blanca.—El puente, ¡mira ese puente!.—Delgado como un cabello tendido sobre un abismo.—Por ahí habrás de pasar antes de penetrar en el Edén.—Si eres bueno pasarás, si fueres malo caes á lo profundo.—Aquí se pone á prueba la firmeza de los cascos de una yegua y las rodillas del ginete.—¡Qué altura!. ¡Qué inmensidad!. ¡Qué abismo!.—Firme, firme.....—Ya estamos del otro lado.—Fuentes de miel, rios de leche, cojines de seda verde—duros ó blandos, á tu gusto—y ninfas fáciles, cariñosas, siempre virginales.—Escucha sus suspiros.—Este es el premio eterno del valiente en los combates.—Todas repiten tu nombre, todas dicen..... Pero ahora que me acuerdo: ¿cómo te llamas?

El gigante, saliendo de su embeleso con la pregunta repentina, se puso en pié y obligó á Fanta á cernerse cual mariposa que abandona el tallo de un clavel sacudido por el viento. Al ver aquella aparicion tornasolada, el gigante contestó maquinalmente.

—Moslema, y tú..... ¿cómo te llamas?. ¿Quién eres?

—Tu angel—contestó el hada.—Lo soy un poco

(1) Viaje de Mahoma.

de todos.—Tu guia por la tierra y por los cielos.—¡Oh! soy el angel de todos, aunque lo dudan ó lo niegan.—El angel de la dicha terrenal.—Con mis leyendas fascinarás á las gentes—despues podrás gobernarlas.

—¿Pero cómo, cómo?—interrumpió Moslema.

—¡Ah!—continuó Fanta—esa es otra cosa, y yo no te la sabré decir—pero si quieres saberlo, consulta á una muy amiga tuya venida de luengas tierras, y que me envia hácia tí.—¿Quieres oirla?—¿quieres recibirla?

—¿Por qué no?. Confieso que me enamoras. ¿Dónde está?

—Cerquita, muy cerquita—esperando tu permiso.

—Pues dila que se presente cuando quiera.

—¿Te decides?

—Me decido. Soy profeta, y con su ayuda venceré.

—Salgamos al encuentro de mi señora—dijo Fanta aprovechando el entusiasmo de Moslema.

—Espera—contestó éste.—Bueno será tomar talante adecuado para conferenciar con tan magnífica persona.

Y así diciendo, Moslema se retiró detrás del bosquecillo de palmeras, volviendo al poco rato vestido con un magnífico caftan de seda verde y otra pieza, de seda verde tambien, retorcida y revuelta en rededor de la cabeza. Tiraba del ronzal de una enorme mula blanca sobre la cual montó y se pusieron en camino.

No habian andado media jornada por aquellos arenales, cuando Fanta divisó á Seuda á lo lejos y salió disparada para anunciarla la venida de Moslema.

La bruja por su parte tambien habia procurado dar á su porte el aspecto conveniente. Lo primero era infundir confianza. Montaba á horcajadas un camello rojo, y llevaba colgados del arzon un saco de trigo, otro con dátiles y un odre de cuero lleno de agua fresca, cuyas provisiones repartia generosa con cuantos tropezaba en su camino. No hay para qué decir si acudirian moscas á la miel. Al cabo de pocas horas siguióla una muchedumbre innumerable, la cual con sólo ver que daba y no pedia, teníala ya por sábia y noble, prestándola ribetes de providencia.

—Ahí tienes á Moslema—la dijo Fanta posando los piés sobre el lomo del camello y replegando sus alas.—Allí viene, y viene creyendo en tí con sólo oir mi primer cuento. ¡Qué cosas le he dicho!. ¡Qué paraiso le hice ver!. ¡Cómo supe halagar sus flaquezas y sus inclinaciones!. Tienes el camino llano, porque nadie hay como yo para allanarte el camino.—Allí viene soñando con ser profeta. A poco que tú le digas haces de él cuanto te se antoje.

La bruja no desperdició una sílaba del aviso de su mensajera, y se adelantó á recibir al gigante, calándose de antemano la más sencilla y humilde de sus cien caretas. Cuando estuvieron al habla, Seuda paró el camello y dijo:

—¡En el nombre de Teo misericordioso!. ¡Alabanzas al dueño del Universo, al clemente, el misericordioso, soberano el dia de la retribucion!. (1) ¡Salud á Moslema, su profeta, si se encuentra decidido á proseguir la grande obra!

—Aunque le viera venir hácia mí—exclamó Mos-

---

(1) Primera sura del Corán.

lema entusiasmado con aquel decir grandilocuente y ampuloso—con el sol en una mano y con la luna en la otra, no retrocederia (1). Dame la ley y verás cómo la cumplo y cómo la hago cumplir.

—Aquí la tienes—contestó Seuda alargándole un biblo medianamente abultado.—Todo está escrito. Toma el biblo y en él encontrarás la verdadera regla de conducta caminito del edén y clave de santidad. Nadie puede torcer un ápice de su destino en esta vida; todos están predestinados, y lo que ha de ser, será.

—Entonces—replicó el gigante—nos sobra el biblo.

—No tal, no tal—continuó la bruja algo perpleja con aquella salida lógica del buen sentido de Moslema.—No obsta la predestinacion para vivir cada cual en humildad ó en rebeldia. Luego, la necesidad de disciplina, de una regla, de una ley. Ángeles negros de ojos azules interrogarán á los creyentes en su dia, y el angel de la balanza grande, en cuyos platillos caben el cielo y la tierra, pesará los pensamientos y las acciones. Segun sean unos y otras, los pecadores caerán en lo profundo del infierno al atravesar el puente sobre la yegua blanca, y los fieles le pasarán para gozar del edén, aunque sea tan estrecho como el filo de tu espada. Aquí te traigo prosélitos para conquistar la isla; aprende de mí á congregarles; te los entrego para que formes tus huestes.

—Me has convencido y obraré—prosiguió diciendo el del verde caftán.—¿Qué más exiges de mí?

—Que seamos muy amigos, y nos ayudemos mú-

(1) Palabras de Mahoma.

tuamente. Yo te mandaré mis emisarios y te daré mis recursos, porque mis enemigos deben ser los tuyos, y contra ellos pido tu alianza.

—Dime quiénes son tus enemigos, y te juro exterminarlos.

—En primer lugar—continuó Seuda visiblemente complacida—Dinamion, el ambicioso de Occidente. Su inquietud, su actividad febril, sus caprichos y exigencias, trastornan la paz y el órden descorriendo el velo de Alecia (una maldita criatura) nuestra enemiga comun. Hay que ponerle á raya y reducirle al quietismo de la más ciega obediencia. En segundo lugar (aunque casi, casi, deberia ponerla en el prímero) Gina, la mujer, esa bestia, esa serpiente, esa tentacion causa de los entusiasmos más pecaminosos. Debemos abatirla, envilecerla.

—Pues á mí no me disgusta la mujer—interrumpió Moslema cándidamente.

—Porque no conoces á Gina—exclamó Seuda enojada.—Si conocieses á Gina la cantora, la odiarias como yo. No habrá paz mientras no neutralicemos sus encantos.

—No comprendo tus temores—dijo Moslema con asombro.—La mujer es un instrumento, un mueble más, y lo mismo me dá á mí habérmelas con una que con ciento, con tal de tenerlas encerradas.

—Así, así, eso me basta—exclamó Seuda.—Si la tratas como cosa, y la envileces y la ocultas á fin de evitar que en todo se entremeta, he conseguido mi objeto, y Ántropos y su familia serán lo que yo disponga. Queda ratificado nuestro pacto: tú á luchar y yo á inspirarte. Alza mi biblo por bandera. Óiganle todos con los ojos, inocula con sangre su doctrina. La llave del paraiso es la espada: una

gota de sangre derramada por tan santa causa, una noche sobre las armas y al raso, tienen más mérito que dos meses de ayuno y de oraciones. Los pecados del que muere en el combate le son perdonados, y sus heridas exhalan perfumes de ámbar y almizcle (1).

Aquel lenguaje singular acabó de entusiarmar al profeta, impresionable de suyo: los dos amigos novísimos se abrazaron, y Moslema, sacudiendo toda apatía, armó sus huestes, alzó el biblo por bandera y entró por tierras de Dinamion para talarlas. Seuda, entre tanto, quiso dar una vuelta por el Valle de las Inundaciones. Aprovechaba la ocasion, para desquitarse de la afrenta recibida cuando Dinamion hizo construir el Faro para llamar á los navegantes de los cuatro vientos y estableció la gran casa de los biblos á fin de convertir la entrada de aquel rio sagrado del misterio en una especie de grillera.

Cuando llegó la bruja á Faro Libre y se enteró de las costumbres de sus pobladores, se horripiló. Allí se hablaba de todo y todo se criticaba. La ciencia ó las artes de Ántropos, las proezas del guerrero, las rapiñas del pirata, las peroratas de Anoya, hasta sus propias doctrinas esotéricas y exotéricas, eran pábulo diario de todas las conversaciones.

Con su presencia inesperada, sus amigos se envalentonaron y gritaron al escándalo. Entonces la muy taimada se aprovechó de la ocasion é hizo poner fuego por sorpresa á la casa de los biblos. Las llamas la envolvieron toda, y los custodios de la famosa biblioteca (los cuales vivian allí dentro como

(1) Suras del Corán.

abejas en panal) hubieron de salir más que de prisa, con pena, pero con ira. Increparon á la vieja, la amenazaron, la insultaron, y á tanto llegó su indignacion, que Seuda creyó prudente llamar á Moslema en su defensa y auxilio.

De todos modos, cuando llegó el profeta con sus huestes, el fuego habia devorado la mayor parte de los biblos (1).

Al contemplar el incendio, el fanático sectario se quedó estático y absorto.

—¿Qué te detiene?—le preguntó Seuda.

—Al fijar los ojos en esos rollos y volúmenes—contestó Moslema—oigo cosas que me encantan. Seria bueno conservarlos.

—¿Y para qué?

—Para saber.

—¡Cómo!—le preguntó la vieja en tono autoritario. ¿No tienes el biblo divino, el biblo por excelencia?. Si las palabras de esos otros están de acuerdo con el tuyo, son inútiles; si no lo están serian peligrosos. Acaba, pues, de destruirlos.

—Tienes razon—dijo el imbécil.—Y acto contínuo atizó el fuego; mas como aún quedaban bastantes biblos y algunos ardian mal, el impaciente Moslema quiso destruirlos á tajos y reveses, con lo cual arrojó á muchos muy lejos, y aunque rotos ó descabalados, fueron piadosamente recogidos por los contrarios de la bruja, y en ellos continuaron buscando en adelante, solaz, saber y delicias.

Desde Faro Libre, el fanático Moslema se dirigió por la costa talando y degollando siempre en nom-

---

(1) El Patriarca de Alejandría Teófilo, y otros, dejaron poco que hacer á Omár.

bre de Teo el misericordioso. Cuando le faltó tierra y se encontró con el mar, metióse por las olas blandiendo un arma corva y cortante, y exclamó con un fervor rayano con el frenesí:

—Séme testigo ¡oh, mi Teo! la tierra falta á mi valor, pero no mi celo á tu servicio (1).

—¡Sublime!—exclamó Seuda sin poderse contener.—Con semejante adalid, ya no temo por mi imperio.—Es capaz de habérselas con el mismo Pónos. Puedo volverme tranquila y satisfecha á mi mansion sacrosanta.

Y con efecto, Seuda se puso en camino para regresar á su Castillo de las Siete Colinas.

Veamos ahora cómo se componia mientras tanto Dinamion para arraigar su autoridad.

Despues de reunir en torno suyo los próceres más adictos al imperio, los que soñaban con restablecerle; despues de recoger los despojos ó vestigios de la imperial cultura, como las leyes y los biblos, quiso hacer inexpugnable la comarca levantando sobre las rocas empinadas castillos y más castillos. Ántropos y siervos á millares se ocuparon noche y dia en abrir cimientos, fabricar muros, cavar fosos, disponer almenas y matacanes, forjar rastrillos, hacer puentes y llenar las salas de armas con armaduras y venablos y ballestas.

Á medida de terminarse aquellas fortalezas—verdaderos nidos de águilas—Dinamion fué dando á cada una su dueño; pero lo hizo restaurando la antigua gerarquía militar, y calculando que si cada eslabon de aquella gerarquía se apoyaba en un castillo, la nueva organizacion habia de ser eterna.

---

(1) Akbahr al llegar al Atlántico.

Nombró, pues, de entre sus amigos, condes y duques y barones, y á todos les hizo rendirle pleito homenaje en señal de dependencia, dándoles el nombre de vasallos. Todos ellos juraron ser hombres de Dinamion, guardarle fé y fidelidad, no revelar sus secretos, avisarle de cualquier peligro ó trama, acudirle con sus huestes, sus armas, su peculio, seguir sus banderas cierto tiempo, pagar sus gastos y rescate si caia prisionero, y en una palabra, no escatimar sus personas ni sus haciendas cuando la voz de su Señor les llamara. Con este juramento ó compromiso, Dinamion dió á cada cual la investidura de una de aquellas fortalezas, declarándole Señor de horca y cuchillo con plena jurisdiccion sobre las tierras á la redonda, y para hacerlo así constar recurrió á una de las simbólicas ceremonias de su consejera, dando á cada Señor en propia mano un terron con su césped y una rama de árbol.

Los nuevos señores, por su parte, hicieron cosa parecida con sus vasallos grandes y pequeños, y así quedó tendida sobre el renaciente imperio una red férrea cuyo peso cuando no ahogaba, oprimia.

Respecto á nuestros amigos, los protegidos de Pónos, Dinamion estatuyó muy poco: tenian como siempre por señores á todo noble, es decir, á todo fuerte. Ni su persona, ni su trabajo, ni el fruto de su trabajo les pertenecia. Pero áun así y todo, al aumentarse la distancia entre ellos y sus señores, gozaron de vez en cuando instantes de libertad. Como se les prohibió manchar con su presencia el Castillo, fijaron su cabaña al pié, y si bien eran considerados como parte del terruño, se les respetaba por egoismo hasta cierto punto, como se res-

peta al árbol de buena fruta: sin ellos no habia trigo, sin Báros y sus molinos el trigo no se molia, y sin Pir, sus fraguas y sus hornos, ningun Señor conseguia con toda su despótica arrogancia las dos cosas indispensables por entonces: armas y pan.

Aparte de esta sombra de respeto interesado, los pobres siervos se veian de contínuo expuestos á las mayores vejaciones. Puede decirse que nada tenian suyo, y que sometidos al capricho tornadizo del último tiranuelo, ni áun á dormir tenian derecho á las vegadas, porque más de una noche de verano se les obligó á permanecer en vela fustigando con cañas ó con palos el agua de la laguna inmediata, para asustar á las ranas con el chapaleteo y el plás-plás, á fin de hacerlas enmudecer mientras dormia el Señor.

Pero, en fin, las chozas de Ántropos y su familia comenzaron á merecer el nombre de viviendas propias. Cubiertas no ya de bálago, si no de hojas de pizarra, sombreadas por nogales y castaños, arrulladas por arroyos, indicaban un progreso material precursor de otros intelectuales y afectivos. Al penetrar por la puerta (por cierto de dos mitades) veíanse los cántaros rojos cual granate. En ellos guardaba Gina la provision de agua y de leche. Á un lado el cuarto con las camas, de paja ó yerba, pero sobre tarima y con sus mantas; al otro la cocina y el hogar con su respiradero por lo alto; en el fondo un asomo de despensa y de almacen confundido con las cuadras y no muy á cubierto del hedor de las pocilgas.

Ruin era aquella vivienda; pero empezaba á ser suya, y esta sola circunstancia hacíala muy más hermosa para el siervo que los castillos de Dina-

mion ó los palacios de la bruja. Allí, y á las altas horas de la noche, podia descubrir modos y maneras de hacer aquel hogar humilde, seguro é inexpugnable cual un castillo roquero.

Ya hemos dicho que cerca de las cabañas corria un arroyo sobre el cual Báros el molinero molia en más de un molino. Estos artefactos se agrandaron, multiplicaron y perfeccionaron, hasta el punto de hacer innecesarios los esclavos, y por ende poner en condiciones al gigante de suprimir la esclavitud. La conquista de Báros y la invencion del molino hicieron (aunque no de golpe) tanto ó más por la emancipacion de Ántropos, la libertad ó la caridad, que las predicaciones santas ó sublimes y las máximas de Alecia.

Queremos decir con esto que Ántropos y su familia, en medio de sus contínuas amarguras, comenzaban, siquiera fuese poco y mal, á disponer de sí mismos.

En los castillos feudales sucedia lo contrario. Esclavos de temores más numerosos cada vez; inquietos ante las tendencias de la bruja y en pugna con todos sus vecinos, Dinamion y sus barones se aburrian grandemente, cuando despues de batallar de dia se encerraban por la noche para luchar las horas muertas con el tédio. En las noches invernales, sobre todo, los castellanos no acertaban á librarse del fastidio, y por eso volvió Tongo á tañer su lira y Gina recordó sus cantos, y con ellos entretuvo á Dinamion. Renació con esto el gusto á la música y la poesía, y no pocos pajecillos, por espíritu de imitacion, hiciéronse trovadores ó degeneraron en juglares.

Empero la aficion predominante de Dinamion y

los suyos fué siempre la de pelear, y así, cuando no habia con quién, entretuvieron el tiempo haciendo alarde de destreza en justas y pasos y torneos. Cierto es que en aquellas batallas simuladas se usaron por lo general armas corteses y hierros embotados; pero tambien de cuaudo en cuando enristráronse lanzas de punta, y las espadas de filo regaron con sangre la cerrada arena. En todas aquellas lides, sin embargo (mezcla de veras y de burlas, de diversion y de combate), desterróse la perfidia; hubo jueces de campo para juzgar la lealtad; encomióse la nobleza, y el coraje ántes feroz, tomó tinte generoso, caballeresco, simpático.

Á consecuencia de estas novísimas costumbres Ántropos y su familia hubieron de trabajar muchísimo, si bien las modificaciones del yelmo, la sobrevesta, la cota de malla ó la loriga, no influyeron grandemente en el acortamiento del velo negro de Alecia.

—¿Qué me dices de todas estas novedades?—preguntaba Ántropos á Pónos mientras preparaba broqueles, mazas de armas y puñales de misericordia. —¿Debo esperar ventaja alguna?. Paréceme como si perdiéramos el tiempo.

—No tal, amigo, no tal—le contestaba el génio con viveza—la obra de tu redencion es compleja é intrincada, los esfuerzos por ella reclamados múltiples. Tras un ciclo de conquistas materiales, tangibles, aparentes, vienen otros, cuyos productos son invisibles ó impalpables, y á veces los adelantos más valiosos afectivos van revueltos ó mezclados en la materia y sus formas. Estos, al parecer infantiles caprichos de Dinamion con sus castellanos; estas sus ceremoniosas niñerías, remedos de las de

Seuda, van formando costumbres más apacibles que andando el tiempo mejorarán tu condicion. En esas luchas y torneos está naciendo el honor. Ten fé: mientras haya actividad tu redencion irá adelante. Es preciso restablecer la armonía en las tres regiones de tu sér, y el ciclo en que nos agitamos, andando el tiempo la restablecerá. Esos lazos inmateriales y ténues en cuya virtud los corteses caballeros acatan ciertos deberes, respetan lo que antes atropellaban, rinden eulto á la buena fama y al honor, y se obligan expontáneamente á guardar fé, á ser leales con la sancion de una idea, son conquistas valiosísimas sobre la arbitrariedad feroz, y van preparando lentamente la atmósfera, sin la cual es imposible la armonía. Todos estos devaneos, de suyo insignificantes, darán al eabo por fruto el respeto á los demás.

—Entre tanto—replicó Ántropos sin acabar de entender lo que el génio le decia—todos esos señores eorteses y leales y valientes, nos esquilman y nos tiranizan; se apoderan del fruto del trabajo ajeno cuando tejemos ó forjamos; si para eambiar trafica el siervo, salen al camino, le llevan á sus calabozos, y le atormentan hasta despojarle de lo suyo. Y todo esto hablando de fé, y de justieia y de generosídad entre ellos y para ellos. ¡Vaya una nobleza!

—¡Ay amigo!. ¡Cuán flaca es tu memoria!—le interrumpió Pónos.—Recuerda lo que fuiste y compáralo con lo que eres. Hoy te esquilmarán como hombre, pero vas cesando de ser cosa. Deja progresar esos sentimientos entre tus señores: ellos se generalizarán. Las flores del árbol de buen fruto se abren tal vez en las ramas superiores, pero no tar-

dan en abrirse tambien en las de abajo. Ten esperanza en tu destino: nada de cuanto pasa en Gé es ajeno á tu definitiva redencion. El manto de mi hija, merma imperceptiblemente—es cierto—pero merma, y las conquistas de los próceres sobre sí mismos, contribuyen á desencantarla, tanto como tus conquistas sobre la naturaleza.

Ántropos no entendia bien las palabras de su protector; pero sentia con ellas un consuelo, y desde entonces no miró con menosprecio las leyes del honor y las nímias ceremonias de la caballería.

CAPÍTULO VII.

¡Maldita una y mil veces seas, falaz y abominable mentira!. ¡Maldecido seas, cruel y sanguinario vampiro!. ¡Plegue al cielo que en no lejano dia te falte aire, agua y tierra; no halles conciencia donde hacer tu nido, y no aciertes á posar tu planta inmunda sobre la chimenea del taller, los blasones del palacio ó las veletas de los templos!. Encarnacion del demonio, aborto del negro averno, fautora de todo engaño, ¡cuánta hiel no has vertido, viertes y verterás todavia sobre las inteligencias soñadoras y los más nobles corazones!. Primero embruteciste al hombre con la adoracion de tus fetiches, y renovando tus ídolos segun fué viendo más claro, ya le hiciste venerar al sol, ya rendir culto á sus vicios, y no vacilaste al obligarle á quemar, tiernas inocentes criaturas en holocausto á algun Moloch. Tus orgías fueron hecatombes, y así pusiste la cicuta en manos del honrado Sócrates, como crucificaste á Jesucristo. No hay verdad que no hayas bastardeado, virtud que no remedaras, respeto, potestad, creencia

que no hayas utilizado para tus menguados fines. Con las cosas venerandas en los lábios, con la codicia en el espíritu, tu ambicion y tu interés confundieron y barajaron lo divino con lo humano, y sin embargo, fuerza es decirlo: tu papel fué, es y será principal en la comedia de la vida. Merced á tus ficciones y artificios, cesó el hombre de ser espejo de toda imágen, eco de todo sonido, autómata cuyos movimientos podian ser por todos adivinados; merced á tus doctrinas y sus enseñanzas, el débil se hizo un broquel del disimulo, un disfraz con tu doblez, una careta con cualquiera de las tuyas, y la costumbre de defenderse fingiendo fué haciéndole reflexivo para desenvolver oscura y misteriosamente allá en los senos más profundos de su conciencia caótica, la prevision, la mesura y el dominio de sí mismo. Jugando con su ignorancia y acomodando tus lecciones á los carices y los tiempos, le enseñaste á distinguir, siquiera muy confusamente, lo cierto de lo dudoso, lo posible y lo imposible, poniéndole así en camino de dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. ¡Cuánto por tus propias manos mermaste grado á grado tus dominios!. ¡Cuán otra resultó la obra de la que tú te proponias!. Sigue, sigue en tus empeños, y si hoy no puedes amordazar á los Galileos ó señalar á los Colones como locos, si no tienes á tu disposicion hogueras, calabozos, sambenitos—calumnia, moteja, persigue y mortifica al génio á la sordina á fuerza de alfilerazos: la obra se completará, y tu doblez habrá dado el sér á la reflexion; tu hipocresía á la prudencia; al ahorro tu avaricia, y tus innumerables componendas á otras tantas virtudes de alto precio para formar la conciencia universal.

Durante el viaje de Seuda en busca de Moslema por Oriente, Anoya su vicario, se habia visto un tanto cuanto apurada para gobernar y mantener el órden en el Castillo de las Siete Colinas, y para contener á Dinamion ó á los acólitos de Seuda en el resto del imperio. Las rivalidades entre los numerosos partidarios de una y otra potestad eran más manifiestas cada dia, las mútuas y contínuas invasiones un peligro, y con frecuencia un escándalo. Anoya extremó las doctrinas y las prácticas. Quiso intervenir é intervino hasta en los actos familiares, desde la cuna al sepulcro, consagrando todo paso y toda volicion con sus sacramentales ceremonias; reglamentó y perfeccionó el infierno; creó el purgatorio; doblegó toda altivez obligando á todo el mundo á besarla la babucha; hasta apeló á proclamar falsas decretales en cuyos textos apoyar sus derechos y su autoridad (1), y sin embargo, y á pesar de los innumerables enjambres de espías y emisarios vigilantes por do quier, encontró en todas partes y siempre obstáculos y resistencias para ella inexplicables.

Por fin aquella lucha latente fué tomando carácter más definido y condensándose en derredor de determinadas personalidades con motivo de uno de los infinitos actos formalistas instituidos por Seuda. Esta pretendia desde muy atrás ser la depositaria de toda autoridad en Gé, por delegacion divina, y como tal, estar en aptitud de ceder parte de aquella autoridad á los demás mediante la imposicion de sus manos. Quien no se arrodillaba ante ella y era solemnemente consagrado al contacto de

(1) Isidoro Mercator ó Pecator.

sus garras, debia ser considerado como un miserable usurpador, indigno de respeto y de obediencia. Por el contrario, los que acataban humildemente aquella prescripcion dogmática y se dejaban popar la testa de rodillas, tenian, áun siendo ruines y villanos, carta blanca para atar y desatar, para punir y absolver. En general los acólitos de Anoya aceptaban semejante investidura, pues les iba bien con ella, empero los próceres de Dinamion, y Dinamion mismo más que todos, se fueron sublevando contra la costumbre pretendiendo cada cual tener iguales facultades.

Anoya se vió apurada, y se propuso abatir á los rebeldes infundiéndoles terror. Recurrió al biblo de su maestra, rebuscó en él un texto sobre qué apoyarse, y encontró en él el versículo siguiente:

«Y prendió al dragon y le ató por mil dias, y le »metió en el abismo, y le encerró, y puso sello sobre »él hasta que sean cumplidos los mil dias, y despues »de esto conviene que sea desatado por un poco de »tiempo.» (1)

¿Cómo se figurarán nuestros lectores que Anoya interpretó, con el auxilio de una especial exegésis, aquel versículo enrevesado y metafórico?. Pues dijo, ni más ni ménos, que los mil dias estaban para cumplirse, que el fin del mundo se acercaba, que se apagaria el sol, caerian del firmamento las estrellas, y que en la isla, hecha pedazos, no quedaria alma viviente.

La noticia produjo, por de pronto, resultados entre los simples y crédulos; pero, como todavía hubo

(1) Apocalypsis de San Juan, cap. XX, versículos 2 y 3. Fundamento de la profecía milenaria.

algunos que la oyeron impasibles, Anoya despachó á Fobo y le mandó divulgarla en las chozas y castillos.

—¡El fin se acerca!—repitió por todas partes el enano bigotudo.—¡Acudid, acudid á Dinamion para evitar la catástrofe!. ¿Os empeñais en desoir la voz divina de quien tiene autoridad?. Pues nadie podrá salvaros. Ya no hay remedio. ¿A qué trabajar?, ¿á qué afanarse?. Lo único es ponerse bien con Teo ó con su vicario, para alcanzar el paraiso cuando llegue el fin del mundo. Se acerca el juicio final: toda resistencia huelga.

Y al decir estas y otras muchas cosas, calaba bonitamente á cada cual un par de sus antiparras, y les hacia contemplar tales horrores en este mundo y en el otro, que todos temblaban y desfallecian.

En este estado de cosas, Seuda llegó de regreso de su viaje al Castillo de las Siete Colinas, y Anoya la dió cuenta de sus medidas de gobierno, ponderando sus servicios.

—Está bien—contestó la bruja despues de haberse enterado.—Dinamion tiene en Moslema un adversario formidable. Tu ardid puede dejarle sin vasallos. Ya es tiempo de presentarle la batalla á fin de reducirle por siempre y para siempre á la obediencia. Prepárate á salir con nuestros mejores servidores para llevarle una embajada.

Y con efecto, Anoya recibió de su maestra instrucciones muy precisas, y se presentó á Dinamion para mandarle comparecer ante la bruja, á sus plantas humillarse, y recibir la investidura de su temporal autoridad con el cetro y la corona. De lo contrario, y de no reconocer definitivamente la supremacía de la espada espiritual sobre su espada, amena-

zóle con declararle rebelde y condenado, con desligar á sus vasallos y próceres del juramento de obediencia y con hacer que hasta los siervos le negasen fuego y agua.

Al cerciorarse Dinamion de la audacia de su consejera, y al tocar por modo tan evidente hasta qué punto se le subia ya á las barbas, el gigante se indignó, se exasperó y juró tomar venganza de la afrenta. Reclamó de sus vasallos el cumplimiento de las obligaciones contraidas al prestar pleito homenaje, pero cuál no seria su sorpresa al ver á cada uno de sus próceres encerrarse en su castillo y, lejos de socorrerle, solicitar la imposicion de manos de la bruja, con intencion de ser tanto como él. Fué, vino, mandó, suplicó: y entre tanto, Anoya mareaba á Ántropos y su familia, valiéndose, como otras tantas veces, de los trasgos más astutos y en particular de Fobo.

Cuando Dinamion, viéndose solo y sin vasallos se acordó de Ántropos y de su génio y quiso recurrir á sus servicios, se encontró desiertas las chozas, abandonados los molinos, y las huertas y los campos sin labrar. Ántropos, Andros, Gina, Télia se habian fugado noches antes para dirigirse á la morada de Seuda, con esclavinas cubiertas de conchas, desnudos de pierna y pié, con el bordon del peregrino en la mano y colgante del bordon la cruz y la calabaza.

Ni por esto desmayó aquel corazon heróico. Volvió á su castillo, vistió sus mejores armas y exclamó con ánimo tranquilo:

—¡Solo!. Está bien. ¡Solo contra todos!. Mayor será la prez de la victoria.

Al sacar á Hipodonte de la cuadra, y ya casi con

el pié sobre el estribo, llegaron á sus oidos rumores de lamentos y sollozos. Seuda habia lanzado su último dardo, su rayo más terrible, el furibundo anatema, y barones, próceres, vasallos, venian todos en tropel á execrar y maldecir á su Señor. Dinamion sobrecogido se encerró en su fortaleza.

Rodeáronle durante uno y otro dia y le prodigaron las demostraciones de un ódio profundo y santo.

Dinamicn, sombrío y taciturno, contempló desde las almenas el terrífico espectáculo. Vió apagarse los fuegos de las chozas, desgarrar las vestiduras, lacerar las carnes, caer la fruta y secarse el árbol, morir los niños á los pechos exhaustos de las madres, descomponerse los muertos insepultos, caer las torres y amenazar todo ruina. El fin del mundo estaba, á la verdad, próximo, y Seuda, con sus anatemas, parecia desear apresurarle.

En cuatro dias el imperio de Dinamion, el patrimonio de la bruja, se convirtieron en un abismo de anarquía y confusion. Los próceres llevaron á los templos sus preseas y tesoros, los siervos abandonaron las tierras y los frutos, los señores no defendieron sus estados, y los acólitos de Seuda, recogiendo cuidadosamente aquellas ofrendas votivas y propiciatorias, se hicieron como nadie, ricos. Todo era desconsuelo, todo espanto; el desaliento dió la mano á la desidia; el hambre juntó sus gritos á los gemidos y lamentaciones; con el hambre cohabitó el desenfreno, y por do quier se atropellaron leyes, y por do quier se cometieron crímenes. Y á tanto llegaron los delirios del terror y los rigores del hambre, que hermanos degollaron á sus hermanos para vender su carne en la plaza pública, y se ofrecieron

á la venta niños abiertos en canal como si fueran cabritos (1).

En vano Pónos se agitó y dijo á unos y á otros en las pocas ocasiones que por entonces le evocaron:

—El fin del mundo llegará harto pronto para cada cual, pero Teo, el Gran Encantador, no necesita destruir sus obras para enmendarlas ó perfeccionarlas. El cataclismo que temeis revelaria veleidad ó imprevision. ¿No decís que Teo es sábio y previsor y eterno?. Si no tuvo principio, si no tendrá fin, sus obras gozarán de duracion infinita, y el golpe más veloz de su diestra omnipotente tardará en sentirse mucho más de lo que vive toda una generacion. Por eso es infinitamente bueno, pues da lugar á la enmienda.

Las palabras del buen génio por nadie fueron oidas y la desolacion creció. Los males llegaron á su colmo.

A pesar de todo, Dinamion hizo esfuerzos heróicos para resistir, pero solo, sin amigos, sin recursos, en un desierto de lástimas, hubo de montar al fin sobre Hipodonte y salió en busca de su consejera con intencion de conferenciar y transigir. Supo que se habia retirado (temiendo sus iras por lo visto) á una guarida inexpugnable en lo más fragoso de los montes, y aunque era invierno y la nieve cubria árboles y plantas, se dirigió allí sin sospechar siquiera resistencia ni desaire por parte de su antigua amiga.

Seuda, entre tanto, no las tenia todas consigo. Temia los arrebatos de su Señor y conocia su pujanza. Apelando al último recurso, sacó á la hija de

(1) En el mercado de Furno y otros.

Pónos de las catacumbas, se autorizó con su luz y se fortificó con sus consejos. En compañía de Alecia, se creyó bastante fuerte para habérselas con el gigante, y así era la verdad.

Este llegó hambriento y tiritando á la puerta del castillo, mas la puerta no se abrió. Pidió con humildad audiencia y trascurrió todo el dia y llegó la noche y con ella el frio, y amaneció de nuevo y volvió á llamar, y pasó otra noche y otro dia y Seuda permaneció impasible.

Dinamion creyó ser víctima del hielo, el hambre y el coraje, hasta que la astuta, viéndole cercano á sus postrimerías, le exigió la garantía de su palabra de honor, franqueó la entrada por fin y le permitió arrodillarse ante ella (1).

—Confieso mi pecado y te pido absolucion—exclamó el guerrero al doblar la rodilla vacilante en su debilidad y ofuscado por la luz de Alecia.—No puedo resistir y no resisto: seré tu amigo y te prestaré obediencia.

—¡Sea enhorabuena!—le contestó la bruja con altivez.—Grande es tu pecado pero mayor es mi misericordia; volveremos á comulgar juntos, despues recibirás de mí tu autoridad con la imposicion de manos y te daré la investidura de tu cetro y tu corona.

Pidió en seguida un panecillo tamaño como una hostia, y partiéndole en dos mitades iguales, tragó la una y presentó la otra á Dinamion, diciendo:

—Juro por lo más sagrado obrar y estar en vía de justicia. Jura tú otro tanto y traga este pan ben-

(1) Enrique IV y Gregorio VII en Canossa.

dito para que uno de los dos perezca aquí y sepamos quién acierta. Si sobrevivo, mandaré; si perezco, tú serás Señor.

Tal era el abatimiento del gigante y tan desvanecidas se encontraban sus facultades con las humillaciones y las pruebas, que retrocedió aterrado y se negó á jurar y comulgar.

Una sonrisa de sin igual delectacion brilló en el rostro de Seuda debajo de sus cien caretas, y Alecia la oyó decir:

—Ya es mio. Definitivo es mi triunfo. El imperio universal, mi sueño eterno, es ya un hecho. No extrememos los rigores, pues necesito de su espada si he de desembarazarme de Moslema ó someterle tambien.

Cambiando entonces de tono, tendió la mano á Dinamion é hizo retirar á la hija de Pónos por innecesaria.

Despues de imponer las manos amorosamente sobre la cabeza del vencido y de regalarle un cetro y una corona, Seuda procuró inspirarle resignacion y templanza aviniéndose á recibir de sus manos, en señal de transaccion, una mentida investidura con el anillo y el báculo. De esta suerte, hacia por endulzar en el ánimo de su rival la amargura de la humillacion y el vencimiento. Despues de asegurar en lo posible aquella reconciliacion, hizo servir viandas al penitente y le obsequió como quien era. Mas apenas cobró fuerzas Dinamion y recordó con claridad sus cuitas y humillaciones, juró un ódio eterno á la bruja y no respiró sino venganza. Esto, sin embargo, disimuló por el momento, y al separarse los dos amigos irreconciliables á la mañana siguiente, el guerrero tuvo el estribo de la mula

mientras montaba su antigua consejera, y la preguntó por Ántropos y su familia.

—Ya te los devolveré á su tiempo—le contestó la bruja.—Los necesito algunos dias para nuestro bien y el suyo. Vuelve á tu imperio. Allí hallarás obedientes á duques, condes, barones. Haya obediencia y habrá paz. Lo santo se consolida tanto más, cuanto más íntimas son la union y la armonía entre tú y yo (1). Procura reorganizar tus huestes, porque Moslema crece en insolencia, y pues nadie nos amenaza por acá, es necesario exterminarle.

Apenas se convenció Seuda de su triunfo (lo cual la costó trabajo por lo extraordinario y lo inverosimil), hubo de pensar en su situacion; pues en verdad, en verdad, era embrollada y difícil. Por una parte, sus compromisos con Moslema, podian destruir su propia obra si vencia á Dinamion: por otra, la venganza de Dinamion era segura si le restituia la familia de Ántropos. Áun resueltas las dificultades respecto á los dos gigantes, áun vencido Moslema por Dinamion y obediente á los preceptos de la bruja, quedaban todavía los peligros ménos aparentes, pero no ménos seguros, del trabajar de los siervos á las órdenes de Pónos y del contínuo mermar del manto negro de Alecia. La señora de la isla comenzó á dar solucion á estos dilemas con su acostumbrado desenfado y travesura.

Ante todo, quiso consagrar su triunfo con un acto de resonancia y brillantez: envió sus órdenes á Anoya, y ésta, con la ayuda de Ántropos y su familia, dispuso soberbia y numerosa procesion para dar gracias á Teo por la visible proteccion á su hu-

(1) Gregorio VII.

mildísimo vicario, si bien en realidad, el fin de aquella procesion era solemnizar el triunfo de la espada espiritual sobre la espada de acero.

Al contemplar el desfile y recorrer aquella hílera interminable de pálios, estandartes y pendones, de pebeteros é incensarios de oro, de andas y vasos de plata, de vestiduras de brocados cuajadas de pedrería, Ántropos no pudo ménos de recordar los triunfos de Dinamion antaño y de hacer muy tristes reflexiones sobre los resultados idénticos de la riqueza mal ganada, y las ineludibles consecuencias de todo poder no restringido ó arbitrario.

Una vez instalada nuevamente en su para ella inexpugnable alcázar, Seuda pensó en acudir al peligro más inminente, y envió sus emisarios á Moslema para entretenerle é ir introduciendo entre sus parciales semilla de ambicion y de discordia. Esta semilla dió, desde luego, sazonados frutos. El profeta del turbante verde se vió embarazado en su carrera triunfal por las disensiones de los suyos, y hubo de detenerse, mal su grado, para poner órden en su casa.

Alejado Dinamion y entretenido Moslema, Seuda se ocupó de Ántropos y su familia. Por fortuna todos se hallaban en las Siete Colinas cumpliendo una y otra penitencia cual celosos peregrinos. Hizo que Anoya les diera hospedaje y les agasajara con particular solicitud hasta infundirles confianza, y poco á poco, y con astucia diabólica, logró tenerles enteramente á su mandar. Cuando se vió obedecida, propuso á aquellos incautos una conducta y un plan. Ántropos seguiria su peregrinacion hasta la Comarca del Maná para subir otra vez, como en los tiempos pasados, á la presencia de Teo y pedirle

perdon para la isla. De esta suerte, aseguraba la bruja, era posible evitar el fin del mundo. Andros volveria al lado de Dinamion, le serviria como siervo y procuraria suministrarle lo necesario para vivir, á fin de no exasperarle. En cuanto á Gina y á Télia, se brindó amorosamente á velar sobre ellas, entre tanto, para servirlas de madre.

Nuestros crédulos amigos cayeron en el lazo una vez más, porque desde el instante en que empuñaron el bordon y vistieron la esclavina, procuraban no llamar á su buen génio por no oirle, y si acaso le invocaban por necesidad, como cuando hubieron de disponer la proccsion, cerraban los oidos á su voz amiga, y sólo pensaban en disponerse al juicio final y al fin del mundo. Entregados á sí propios hicieron cuanto Seuda quiso.

Mas no bien hubieron salido Andros y Ántropos en distintas direcciones, cuando la astuta consejera comenzó á esparcir por todas partes sus calumnias contra las mujeres, señalándolas á la general execracion con los dicterios de culebras, cuervos, bestias del pecado, y otros apelativos semejantes; y no contenta con esto reunió, en aparatoso conciliábulo, buen número de sus acólitos doctores para deliberar en sério si la mujer era un sér racional parecido al hombre, ó en puridad: si tenia alma (1).

La cosa se discutió muy despacio por aquella santa gente, y aunque el alma de la mujer se salvó por pocos votos, quedó la cuestion en duda, y Gina y su hija, y las mujeres todas, continuaron menospreciadas como animales inferiores en virtud de aquel estigma. Unicamente Dinamion las reclamó con tanto

---

(1) Concilio de Macon.

afan, que Seuda—creyéndolas envilecidas para siempre—hubo de entregarlas al fin.

Las ambiciones de Seuda iban, pues, de bien en mejor. Todo la salia á medida de su deseo. Si lograba privar á Dinamion de los servicios do Ántropos—como se habia propuesto—el imperio del gigante seguiria estacionario, y áun á pesar de Hipodonte y de la espada, no podria ser muy de temer. Seuda se veia, por lo tanto, á punto de ser omnipotente. Un triunfo más, y de seguro lo era.

Sin duda para conseguirlo, apenas salió nuestro peregrino en direccion á la Comarca del Maná, cuando la bruja hizo saber á Moslema el viaje y los propósitos del hombre, deseosa de poner al protegido de Pónos en manos de aquel infiel. Las cosas en esta parte sucedieron segun las previsiones de la faláz y fementida vieja. Ántropos se adelantó animoso, pasó las montañas, atravesó torrentes, bregó en atolladeros; mas á pesar de vencer innumerables peligros, perdió tiempo y se extravió. No se sabe á punto fijo los países por él visitados en aquel célebre viaje, y sólo por conjeturas posteriores se presume que fueron todos los de Oriente. En ellos se sorprendió no poco al encontrar generalizadas muchas de sus invenciones y no pocas de las instituciones de la bruja. Conventos, cónclaves, ritos idénticos ó casi idénticos á los famosos de Occidente, le sorprendieron, le asombraron (1).

—Cómo se conoce que Seuda tambien anduvo por acá—se dijo Ántropos al recordar instituciones análogas.—Para ser la confidente de los dioses, hay poca variedad en sus recursos é invenciones.

---

(1) Alusion á los primeros viajeros de Europa por el Asia.

Entre los muchos descubrimientos del viajante dignos de citarse aquí, mencionaremos uno solo por lo relacionado que está con nuestra historia. Allá por donde el sol se muestra ó nace, dió con un imperio vastísimo, y, sin embargo, cercado por alta y anchísima muralla. Dentro de aquel recinto colosal vivia el gigante Sinon (1) una existencia acompasada y tranquila, por nada y por nadie perturbada. Era como un autómata obedeciendo á resortes inmutables, pues todos y cada dia hacia las mismas cosas y del propio modo. Preciábase de alfarero consumado, y vestido con su traje talar, unos zapatitos romos y premiosos, afeitada la cabeza como bola de marfil, pero con una coleta por detrás de seis palmos, hasta los talones, copiaba cuanto veia y se preciaba de sábio.

—Es mucho lo que puede la paciencia—se decia Ántropos al contemplar á Sinon.—Estas gentes han aprendido de mí las invenciones del buen Pónos, y sólo con hacer siempre lo mismo y transmitirse ese dón de imitacion, han llegado á perfeccionar mis propias obras de una manera inimitable. No importa: vivir sin Pónos no es vivir. A lo sumo es vejetar. La vida es movimiento fecundo: quien no crea, es una máquina.

Disponíase ya Ántropos á salir del imperio de Sinon sin haber aprendido nada nuevo, cuando se fijó por casualidad en un juguete extraordinario: era un pedazo de hierro horizontal y equilibrado sobre la punta de una aguja, el cual, por virtud maravillosa, señalaba siempre al Norte. Sinon se divertia en desviarle de su direccion y ver cómo volvia á

(1) La China.

llo de Moslema, y Ántropos reconoció una de sus antiguas y primeras obras. En nada habia variado aquella construccion, esceptuando las alteraciones producidas por la accion demoledora del tiempo. La desidia, la imprevision, el abandono, resaltaban en las grietas de los muros, el desplome de los arcos, los portillos en los parapetos, las plantas y yerba de las torres, los montones de polvo y de basura á su pié.

—¡Qué lástima de castillo!—exclamó el obrero al penetrar por sus puertas.—No se encontraria así á estar aquí Dinamion. Paréceme que á la larga este gigante, valiente y gallardo y todo, se ha de ver apuradillo para habérselas con mi Señor.

—¡Escucha!—dijo Moslema á nuestro amigo al llegar á un patio en medio del cual jugaban los surtidores de una fuente.—Lo primero que necesito de tí son buenas armas; mas no las quiero pesadas como las de Dinamion. Me asaria dentro de ellas. Hazme un alfanje y una maza para quebrantar las armaduras; un peto ó cota de malla para proteger el cuerpo sin privarle de aire y de soltura; un almete ligero y resistente para ocultarle dentro del turbante. Cuando tenga estas armas te iré diciendo lo demás. Tienes la casa por cárcel y arréglate como puedas.

—¡Oye!—añadió.—Se me olvidaba: tambien será conveniente dar una mano á mi casa, embellecer este castillo. Nada de esas representaciones pecaminosas tan del gusto de Dinamion el infiel. El hombre peca al imitar las obras de Dios misericordioso. Arabescos, laceria, filigrana, oro y azul y rojo, y amarillo, colores, eso sí, mucho color, pero nada de estátuas ni pinturas. Esas son artes del demonio. Molicie, delectacion, placeres, fuentes, jar-

dines, áuras perfumadas, empero nada de esas artes maldecidas hijas del pecado y la soberbia.

Ántropos se quedó perplejo. Acostumbrado á tener su conducta perfectamente trazada hasta en sus mínimos actos, se veia con un asomo de libertad y preguntó á su Señor:

—¿Pero cuál es mi obligacion?

—Creer—exclamó Moslema.

—¿Creer en qué?—insistió el hombre.

—En mí, claro está—volvió á exclamar el gigante.—¿Ignoras que soy profeta?

—Vamos—dijo para sí el cautivo.—Lucido estoy si he de creer cuanto me dicen unos y otros. Voy viendo lo que es la fé.

Y comprendiendo lo muy poco que podia esperar de su tirano, se echó en busca de un rincon en donde evocar á Pónos. Cuando le hubo hallado lejos de todo bullicio, llamó á su génio protector y al verle comparecer, no pudo ménos de decirle:

—Dudaba si acudirias.

—Nunca temas semejante cosa—contestó Pónos.—Lo sabes por experiencia: apenas me nombres tú, me encontrarás aquí y en todas partes.

—Sabrás ya mi desventura—continuó el cautivo—las exigencias del nuevo amo.

—Las presumo, aunque he tenido poco trato con él y su gentezuela.

—Me piden armas como siempre.

—Pues vamos á fabricarlas y despues vendrán otras exigencias de mayor cuantía. Todo es empezar, para continuar la obra. Así como así, poco ó nada de sustancia te pedia Dinamion de muy atrás, con lo cual el velo de mi hija se encontraba estacionario.

El génio tutelar de la isla de Gé ayudó entonces al hombre á evocar á Pir, y repitiendo una vez más lo mismo que tantas otras, se hicieron alfanges y cimitarras y puñales y petos con sus almetes y lorigas de acerada malla.

Dejémosle preparar los elementos necesarios para la lucha de Moslema con Dinamion, y veamos cuáles eran las relaciones de éste con su consejera, y la situacion de su imperio durante la ausencia de Ántropos.

De vuelta entre los suyos, investido de la competente potestad, aunque humillado é iracundo, el Señor de la fuerza durmió mal, mortificado á todas horas por un pensamiento fijo. Hasta allí habia sido el primero, sin freno á su voluntad, y se veia el segundo, reducido al papel de servidor ó de instrumento. Su indómita condicion no se podia resignar á obedecer, y su bravura natural le impulsaba á resistir. Desde el siguiente dia de su vuelta procuró mortificar á la bruja, haciendo en ocasiones lo contrario de lo que ella deseaba. Pero como quiera que se habia despertado la ambicion de sus duques, condes y barones, su resistencia era impotente, y pensó en la manera de volver á reinar sobre los suyos antes de tomar venganza de su insolente consejera. Segun su eterna costumbre, para salir de aquel apuro decidió acaudillar á sus vasallos y lanzarles á nuevas aventuras. Estaban obligados por la fé del juramento á acudir bajo su bandera, y si lo hacian cual nobles y leales, la disciplina militar pondria á su disposicion los recursos que necesitaba.

Por su parte Seuda, cavilando en los mejores medios de esterminar á Moslema por innecesario, y

de oponer un gigante á otro gigante, á fin de enflaquecer á los dos mientras ella estendia su poder, determinó que Anoya vistiese hábito de jerga con capucha, sugeto á la cintura con cordel, colgase un rosario al cinto, tomara en mano la cruz, y recorriese chozas y castillos predicando una cruzada contra el terrible Moslema. La criada salió, con efecto, del Castillo de las Siete Colinas en hábito de penitente, y se dispuso á desempeñar con celo su importante cometido.

Por fortuna llegó Anoya al imperio de Dinamion cuando ya habia pasado el dia señalado por la bruja como término del plazo fatídico, en el cual habia de fenecer el mundo. Hallábanse con esto los ánimos más tranquilos, y próceres y siervos sentian renacer en su pecho la esperanza. Veíanse pobres todos, porque además de no cuidarse de los bienes terrenales, sus dádivas y sus ofrendas les habian empobrecido; pero respiraban todavía, veian la luz del sol, y cada cual tenia confianza en su valor y su brazo.

Apenas comenzó Anoya á predicar la cruzada con su grandílocua elocuencia, cuando grandes y pequeños vieron en aquella lucha un medio de salvacion. La penitente se vió rodeada desde el primer dia por innumerable muchedumbre, y todos se entusiasmaban y todos juraron por la cruz exterminar á Moslema. La ocasion no podia ser más propicia y Dinamion quiso aprovecharse de ella.

Llamó á su siervo y le dijo:

—¿En dónde está tu padre, Andros?.

—Señor—le contestó el siervo.—A punto fijo no lo sé. Salió de las Siete Colinas para la Comarca del Maná con propósito de visitar los sitios en donde antiguamente escuchó la voz de Teo.

—¿Qué se propone con ese viaje temerario, sin mi órden y sin mi permiso?.

—Lo ignoro, Señor. Seuda nos aseguró que era el único medio de salvar la isla de una catástrofe inminente, y sin duda lo logró, pues ya has visto que no hemos perecido.

—¡No ha sido mala la trapacería de mi rebelde consejera!—exclamó el gigante triste y pesaroso.—¡Buenos nos ha dejado á todos!. Hasta mis armas coloqué en ofrenda sobre sus altares. Hoy sólo puedo oponer á mi enemigo la daga que cuelga de mi cinto. Si estuviera aquí tu padre, pronto me veria armado: en su ausencia habrás de hacer tú sus veces. Pídeme cuanto quieras; todo te lo otorgo, pero llama al génio protector de tu familia, exígele el auxilio de su vara mágica y hazme sobre la marcha las armas indispensables para congregar mis huestes y salir en busca de Moslema.

Andros, aunque rudo, no era tan cándido como su padre, y con la astuta codicia del labriego, pidió, por de pronto, tierras. Dinamion se las concedió en usufructo, con la precisa condicion de pagarle en dia fijo diversas rentas en especie, como señal de servidumbre y reconocimiento á su favor de la propiedad eminente. Entonces evocó el hijo al génio protector de su familia, movido, no sólo por el temor á Dinamion, sino tambien por interés, y como habia vivido en la escuela de su padre, se puso á trabajar de buena voluntad y presentó á su Señor un hacha de armas y una espada.

—Esto no me basta—le dijo Dinamion, sólo en parte satisfecho.—Necesito escudo y peto y yelmo.

—Pues, bien, Señor—contestó el labriego.—Todo lo tendrás si me lo pagas.

—Dí lo que pides y acabemos—interrumpió el generoso y apurado Dinamion.—Estoy dispuesto á ceder mis bienes y hasta mis preeminencias con tal de verme armado sobre Hipodonte para humillar rebeldías y soberbias.

Prevaliéndose del visible apuro del gigante y, quizás, quizás, abusando de su ingénita nobleza, el taimado siervo fué pidiendo poco á poco y el gigante fué otorgando mucho á mucho. Así se hizo Ándros con nuevas tierras á censo, así agregó talleres propios á su choza, así obtuvo la promesa de no ser castigado sin ser oido, y así se hizo dueño de númas de cobre, de plata y de oro que enterró cuidadosamente en un rincon de su jardin, como recurso postrero en un momento de apuro (1).

Gracias á tanta y tanta concesion, el Señor de innumerables castillos, el aspirante á emperador, se vió medianamente pertrechado. Por instinto y por necesidad, aspiraba á hacerse fuerte, del propio modo que Seuda, por cálculo y por instinto, propendia á hacerse rica.

Una vez armado Dinamion con escudo y con espada, exigió á sus feudatarios el cumplimiento de obligaciones y promesas, y estos, sin pretesto alguno para desobedecer, no se atrevieron á faltar á su palabra y romper el lazo de obediencia formado por el honor. Era evidente que en la isla de Gé habia entre sus pobladores un elemento nuevo, no tangible, un ideal con fuerza para refrenar los ímpetus de la fuerza. Los próceres estimaban el honor al par de los mayores bienes.

---

(1) Privilegios concedidos por la nobleza á los siervos y villanos.

Cuando el Señor del imperio se vió al frente de sus huestes y mesnadas, disimuló su ódio á Seuda y se dejó aconsejar por Anoya.

—Es indudable—se dijo—que Seuda ejerce una influencia terrible sobre mis propios vasallos, mas aunque así no fuese, el apoyo de Moslema la hace terrible para mí; pues tal es su condicion, que se pondria á su lado de la noche á la mañana con tal de mandar y dominar. Quitémosla primero el valioso apoyo del gigante. Despues de haberle vencido, ya me entenderé con ella.

En estos ó parecidos ánimos emprendió el agraviado Dinamion su primera cruzada, fingiéndose devoto y obediente.

CAPÍTULO VIII.

Ocho fueron, cuando ménos, las acometidas de Dinamion contra Moslema (1) para rescatar sus antiguos reinos de la Comarca del Maná, la Tierra de Servidumbre ó el Valle de las Inundaciones; pero los lances, las aventuras de aquellas ocho acometidas, no tuvieron número y requeririan todo el espacio de que disponemos si nuestra intencion fuese celebrar las proezas de los fuertes, los triunfos de la perfidia, ó contribuir á hacer eterna la gloria de los adoradores del Dios Éxito. Por ventura no aspiramos al título de historiadores, y seguiremos llanamente el cuento.

Dejando, pues, á un lado todo cuanto pudiera interesar al amor propio del gigante ó á la soberbia de la bruja, diremos con brevedad lo pertinente á nuestro fin, aquello indispensable para poner de relieve la natural y trascendente influencia de Ántropos, áun en su condicion de pária, de esclavo, de

(1) Las Cruzadas.

siervo, de villano, sobre las cosas y progresos de la encantada isla de Gé.

Muchos, muchísimos dias empleó el valiente Dinamion en buscar por todas partes á su terrible contrario. Salia de su castillo, reunia sus barones y sus siervos; cabalgaba sobre Hipodonte á su cabeza; andaba, talaba, combatia ya con hambre, ya con sed; sufria calor y frio, fatigas y privaciones, y al fin de cada escursion, daba la vuelta á su casa cansado, triste, mohino. Tomábase más ó ménos tiempo para descansar; hacia componer sus armas, pedia nuevos sacrificios á Andros; tornaba el siervo á conseguir alguna inmunidad, algun provecho, y volvia Anoya á predicar, cruz en mano, y se emprendia de nuevo otra célebre cruzada con verdadero heroismo. Pero como quiera que Ántropos se encontraba prisionero con Moslema y atendia, por necesidad, á satisfacerle y á servirle, resultaban, en definitiva, estériles y baldíos los heróicos esfuerzos de Dinamion, y si se mostró siempre esforzado y animoso, siempre hubo de reconocer cierta superioridad en su contrario.

La única que creia ganar con todo aquello era Seuda, y—¡resultado singular de las leyes de la isla! —Seuda perdia más que nadie. Porque ella, tan dada á la inmovilidad, ponia en movimiento á todos y los acercaba y los confundia; ella, tan dada al silencio, soltaba todas las lenguas y las ponia en condiciones de libertad, para discurrir, comparar y criticar; ella, tan partidaria del órden rutinario, de la inaccion y el formalismo, lanzaba sus feligreses á la vida tumultuaria del sitio y del campamento, escuela de la licencia y semillero de heregías. Para entender por qué modo trabajaba Seuda contra sí,

agréguense á lo indicado, las observaciones de Ántropos al servicio de Moslema y algunos de sus trabajos, que diremos aquí sumariamente.

Le dejamos fabricando para su nuevo Señor alfanjes y cimitarras, puñales, cotas y lorigas. Cuando Moslema las vistió ó las esgrimió, se despertó su ambicion y comenzó á pedir portentos y maravillas para satisfacer sus necesidades varias y crecientes. Al verse acosado por Dinamion en las primeras de sus ocho correrías, pidió un corcel más noble y más veloz que Hipodonte, y Pónos hubo de crearle como creó el primer potro; se le antojó cruzar el mar para atacar ó para huir, y otra vez se hizo carpintero Ántropos y se construyeron varias naves; se empeñó Moslema en alejarse de las costas y allí fueron los apuros.

—No hay más remedio—decia el gigante del verde caftan á su prisionero.—Lo quiero, lo mando, y basta. Cuando en medio de la mar no vea en el horizonte ni un solo pico azulado, deseo trazarte el rumbo, y no verme encadenado, por tu impericia, á la costa.

—¡Señor!.....—comenzaba á decir Ántropos.

—No hay Señor que valga—gritaba el del turbante verde y amenazaba con su alfanje.—Aprende á encontrar el rumbo en alta mar ó hago contigo algo atroz.

El hombre hizo comparecer á su buen génio y puso en su conocimiento la peticion de Moslema.

—¡Esa sí que es maravilla, por quien soy!—exclamó el génio.—No sabe tu tirano lo que pide. Si tuviéramos un punto fijo en los cielos, como la estrella de la noche, algo que nos indicase siempre un rumbo, una direccion, podríamos satisfacerle.

—¡Calla!—exclamó el hombre, como herido de

pronto por un recuerdo.—En mis largas correrías, para llegar hasta aquí, he visto un juguete singular que pudiera sernos útil.

—¿Cuál?—preguntó el génio.

—Un juguete de hierro, tan pertinaz en señalar hácia el Norte, que el gigante Sinon, á quien tú debes conocer, nunca podia desviarle.

—Tienes razon—exclamó Pónos.—¿Y no adivinas la procedencia de ese juguete de Sinon?

—Ni por asomo—contestó Ántropos.

—Ya se vé—continuó el génio—son tantos y tan maravillosos los prodigios observados por tí durante tu trabajosa existencia, que ya has olvidado muchos, aunque algunos de ellos se guardan y conservan entre los pobladores de la isla. Tú no recordarás como, en la Península de Luz, nos entretenian unas piedras de virtudes singulares (1). Atraian el hierro, y acuérdate de las fantásticas leyendas contadas por Fanta con aquel motivo. Acuérdate tambien cómo los clavos imantados al contacto, conservaban aquel fluido de atraccion y atraian á su vez al hierro. Pues bien: aquellas observaciones y leyendas, no se han olvidado por completo. Sinon llegó á saber nuestros entretenimientos y como se aburre grandemente dentro de sus torres y murallas, se empeñó en animar con los efluvios de las piedras una sierpezuela de metal para remedar las vivas. Tenaz y porfiado y ciego, como lo es todo inventor, tras uno y otro y otro ensayo, ha conseguido un juguete que puede sernos muy útil en la presente ocasion. Esa sierpe tendida sobre la punta de una aguja, tiembla y rehila, como jilguero sobre

(1) Piedra de Heraclea, piedra imán.

junco, señalando sin cesar un mismo punto del cielo. Si conseguimos robarle, tendremos medios de determinar nuestro rumbo en alta mar. Moslema ha de quedar complacido y ¿quién sabe?. Tal vez tendrás á tu disposicion un medio más para romper tu cautiverio y retornar al seno de tu familia.

—No digas más—exclamó Ántropos.—La idea sola de volver á ver á Gina me da fuerzas para buscar á Sinon, hacer brecha en su muralla y hasta para engañarle y áun robarle.

Latiéndole el corazon con halagüeñas esperanzas, se presentó Ántropos á su tirano y le dió á conocer el único medio de satisfacerle.

—¡Que me place!—contestó el del turbante.—Conozco tambien á ese Sinon. Prepara una caravana y de paso me traerás algunas drogas, y sobre todo, telas de seda y de brocado verde, para tener provision de caftanes y turbantes.

Hízose todo, segun los deseos del profeta, bajo la direccion de Pónos. Ántropos se dirigió al imperio amurallado de Sinon, pero antes de dar vista á la célebre muralla, alcanzóle un emisario y le obligó á regresar. Dinamion acababa de llegar sobre Hipodonte cerca del Desierto de los Oasis, con más empuje que nunca.

Sin el auxilio de su esclavo, y con la consiguiente ausencia del buen génio, Moslema no estaba en situacion de resistir al guerrero de Occidente, y se mantuvo á la defensiva. Su corcel era más noble y más veloz: procuró, pues, dejar el paso libre al enemigo, vigilándole á distancia, y esperar los efectos del sol, del hambre y del cansancio.

Efectivamente: apenas regresó el hombre, en obediencia al del turbante, cuando Dinamion empren-

dió la retirada, más cubierto de polvo que de gloria. Al ver como se alejaba, dijo Moslema al obrero:

—La nave, quiero la nave; quiero ír á todas partes por el mar y atravesarle en todas direcciones, con la seguridad, con el tino con que atravieso este desierto. Si vuelve Dinamion, conviene cortarle la retirada por el mar. Pero, ¿volverá?. ¿Qué te parece?. ¿Volverá?

—Señor — contestó Ántropos — yo no lo sabré decir.

—¿Cómo que no, bribonzuelo?. A mí no me engañas tú. Todo está escrito; todo, todo, segun habrá de suceder; y sabiendo tú leer allá en los cielos, para predecir los cambios de la luna y la marcha del sol y las estrellas, ¿no has de saber vaticinar la vuelta de Dinamion?. Pues yo sé que en otro tiempo predecias.

—Hace ya bastantes años—replicó Ántropos confuso—tuve esa debilidad, pero, ¡he llevado tanto chasco!. No alcanza á tanto mi ciencia.

—¡Mentira!—gritó Moslema.—Quieres amparar á tu Señor—bien lo veo—mas antes te empalaré que tal hagas. Nada de disculpas. Teo es Teo, y yo soy su profeta. De consiguiente, quiero saber el porvenir: léemele tú en los cielos y dime si vuelve Dinamion.

El hombre, segun su costumbre, puso la órden inaudita en conocimiento de su protector, el cual le habló de esta manera:

—Si no tuviera la cabeza firme, me la trastornaríais entre todos. Seuda, Moslema, tú mismo, os preciais de tener razon divina, y ni acertais á distinguir lo posible y lo imposible. Aquella se entiende con los dioses y nada sabe, y nada dice sino por

medios humanos; este pretende ser profeta de otra divinidad de nuevo cuño, é ignora si su enemigo volverá; y tú, porque ves los efectos de los astros sobre los séres sensibles, porque en primavera aman los brutos, se viste de hojas el árbol y los pájaros anuncian con sus extremecimientos otro eterno renacer, presumes otros influjos sobre vuestra voluntad, y casi casi reniegas de ese tu libre albedrío. No niego—¿y cómo negarla?—esa influencia celeste á la cual debemos el dorado grano, la uva y la naranja, causa eficiente de los periódicos afectos de brutos, insectos, peces, plantas, flores y semillas; pero suponer de aquí que por influjo de esos puntos luminosos encadena la fatalidad las voliciones de los séres libres, equivaldria á negarte tú á tí mismo, á renegar de tu ser, á abdicar tus atributos. Si fuera así, ¿por qué trabajar?, ¿para qué aprender?. La ciencia seria inútil, toda lucha temeraria y hasta mi existencia absurda. Si, como dice Moslema, todo está escrito, ¿á qué pensar?, ¿á qué sentir?. Seamos gusanos roedores de la isla, para dejarla antes de mucho como la oruga deja al árbol.

—Entonces—interrumpió Ántropos—¿niegas el influjo de esas leyes que me dices sobre nuestros adelantos, su eficacia para nuestra redencion?

—No y mil veces no—exclamó Pónos.—Porque conozco ese influjo, quiero aprovecharle en tu favor; evitar toda lucha contra él. Las circunstancias ambientes siempre determinan, en definitiva, la conducta de los pobladores de la isla *en junto*, mas tratándose de los incidentes baladíes de la vida individual, las influencias fatales, son ténues hilos de araña en comparacion del empuje de tu voluntad. Ahí está el misterio; ahí el dramático interés

de vuestra vida: sin apercibirte del esfuerzo quebrarás los hilos de araña de conveniencias y atracciones, intereses ó prejuicios, desde el instante en que deliberadamente elijas un camino recto y quieras por él seguir. Adivina, si puedes, las acciones de quien así puede obrar.

—Siendo eso así—insistió el hombre—veo, mi querido Pónos, que incurres en una contradiccion.

—¿En cuál?

—En una evidentísima. Siendo tan libres como dices, Teo mismo ignorará lo porvenir, y sin embargo, te he oido—y á menudo—que Teo lo sabe todo.

—En primer lugar—contestó el génio—Teo sabe las leyes de tu naturaleza hasta en sus mínimos ápices, y su infinita inteligencia, puede abarcar los millares (por no decir millones de billones), de datos y circunstancias determinantes de todos y cada uno de tus actos, mientras que tú con toda tu presuncion de matemático te desvaneces ante tal complejidad. Por dicha tuya, tienes bastantes facultades para calcular y prever el mal ó el bien resultante de los problemas inmediatos, de suyo poco complejos; pero á medida que los acontecimientos tejen lo libre y lo fatal, su complejidad crece pasmosamente y no eres quién para abarcar los datos infinitos de cada existencia individual. Te pondré un ejemplo y me comprenderás. Supongamos que un gigante poderoso tiene cien hombres sujetos con otras tantas cuerdas de diferentes longitudes, y se propone arrastrarles suave y despaciosamente desde aquí hasta el castillo de las Siete Colinas. ¿Qué sucederá?. El gigante emprenderá la marcha y con la fuerza irresistible de su brazo,

llevará de seguro los cien hombres allí donde se propuso. Pero en el camino, cada uno de los cien hombres darán las vueltas y revueltas que le plazcan. Unos se adelantarán; otros se atrasarán; éste pasará de la izquierda á la derecha; el otro de la derecha á la izquierda; quiénes girarán en torno; quiénes se pararán ó dormirán. Es decir: los cien hombres se moverán, durante todo el camino, con aparente libertad; pero será imposible predecir los pasos y las situaciones de cada cual, pasos ó situaciones dependientes de su inspiracion ó su capricho; pero *sí* puede predecirse el resultado final: todos llegarán, quieran ó no quieran, al castillo de las Siete Colinas. Pues esto, ni más ni ménos, sucede en la isla de Gé, y para poner más al desnudo el tosco ejemplo, supon que cada paso del gigante hácia la final jornada, representa la vida de un indivíduo, ó lo que es lo mismo, que en cada paso lentísimo del conductor desaparecen varios de los hombres á quienes arrastra, los cuales son reemplazados por otros. Juzgando subjetivamente, como juzgais todos, sin poderlo remediar, la distancia en que habeis sido arrastrados hácia el fin, durante vuestra efímera existencia, es inapreciable (un pasito y nada más), áun comparada con los espacios recorridos por vosotros dentro de la estension de vuestra cadena. Para cada uno de vosotros, pues, el elemento libre es grande, y pequeñísimo el fatal: para la humanidad en junto, es un ápice su libérrimo albedrío dentro de la voluntad superior manifestada en las leyes naturales. Os creeis mucho, y sois bien poca cosa. Lazos invisibles, cadenas impalpables, os llevan á todos hácia un fin, y mi mision es señalaros la marcha y hace-

ros andarla fácil y cómodamente; pero ni yo ni tú somos capaces de leer en los cielos, ni en ninguna parte, los menudos lances, las mínimas peripecias, muy interesantes para vosotros—¿quién lo duda? —aunque sin peso y sin valor en la marcha concertada del universo en general.

—Cuanto dices, es como tuyo—replicó Ántropos, siempre soñador y siempre crédulo—pero no me convences por ahora. Segun tú, nada hay inútil en la isla: ¿cómo lo habia de ser este deseo de Moslema?

—Bien lo veo—prosiguió Pónos.—Tus preocupaciones son útiles, hasta cierto punto, para labrar tu prevision. Saber es prever; no se puede saber sin estudiar, y por eso el deseo de conocer lo futuro, las inquietudes y temores que despiertan en tu espíritu los signos y los agüeros, sirven para hacerte observador y precavido. Tienes razon: la exigencia de Moslema te obligará á devanarte los sesos en busca de un imposible; pero estudiarás la posicion y movimiento de los astros, el temor te pondrá en guardia y esto te preparará para adelantos ulteriores. ¡Quién sabe si con el tiempo, en vez de vaticinar lo imposible por imaginario, predecirás fenómenos y cosas, si no de tanta fantasía, algo más útiles y provechosas!. Saber es prever, y nunca podrás prever juiciosamente sin exagerar—en esto como en todo—tus facultades y tus medios.

—Pues ahí me agarro—concluyó diciendo el hombre.—Me gusta el entretenimiento, y no veo por qué no haya yo de leer en las estrellas.

Apoyándose en tan fútiles razones, y con el permiso del buen génio, Ántropos volvió á contemplar los cielos con aficion como nunca. Siempre se habia

deleitado en aquella contemplacion y grabadas tenia en la memoria multitud de observaciones peregrinas de su vida de pastor y de posteriores épocas. A muchos astros habia bautizado con sus nombres (nombres cuyo orígen pastoril era evidente) y por ellos les buscaba y distinguia en la poblada bóveda celeste. Habia, además, dividido las regiones siderales en doce iguales porciones, dando un signo á cada una para poderse entender. Ahora, con el aliciente de lo maravilloso, completó el estudio de los cielos á fin de dar á sus locuras el aparato de ciencia. La marcha y fluctuaciones del sol, de la luna y los planetas, fueron de nuevo observadas, y de este modo fué distinguiendo lo cierto de lo dudoso, hallando lo útil por medio de lo inútil, y dando con lo positivo soñando con lo ideal.

Era de ver su misteriosa gravedad cuando trazaba un cuadrado y en su centro otro menor con sus lados paralelos al primero; era de ver cómo unia los ángulos de ambas figuras con cuatro trazos de diagonal, cómo trazaba en seguida entre los dos cuadrados así unidos, otro intermedio y oblícuo, cuyas esquinas venian á apoyarse sobre la mitad de los lados del más grande. De esta manera formaba una figura cabalística, consistente en un cuadro pequeño rodeado de doce triángulos simétricos á los cuales llamaba *casas,* y colocaba en rededor los doce signos convencionales de las doce partes del zodiaco, ó sea del camino recorrido por el sol.

Trazados aquellos gurrapatos en la arena ó sobre tabletas especiales, cuando se trataba de predecir la vuelta del enemigo ó las hazañas del Señor, procedia el astrólogo á consignar, en el cuadrado del centro, el dia, hora y minutos del nacimiento de

Moslema, el punto donde nació y la posicion de dicho punto en la isla. Iba despues colocando al sol, á la luna y á cada planeta en sus respectivas casas, segun la posicion de unos y otros astros en el momento de nacer el héroe, y merced á reglas vagas, gratuitas, caprichosas, leia (ó se figuraba leer) en las relaciones de datos tan heterogéneos, los lances del porvenir. Si repartidos así los astros príncipes, la luna estaba *en casa* del sol (lo cual significaba á lo sumo que el sol no estaba *en casa* de la luna) nuestro astrólogo anunciaba desdichas, riesgos y heridas para la cabeza del gigante. Si tales ó cuales astros se encontraban en conjuncion ú oposicion, era presagio de bienes para sus piernas ó su estómago.

A fin de que resalte la locura de todo esto, bueno es añadir de paso que el astrólogo ignoraba por completo hasta los movimientos de los astros. Engañado por el testimonio de sus ojos, seguia forjando á su capricho, además de siete esferas de cristal, á las cuales suspendia los planetas, incluyendo como tal la luna, y además de otra para las estrellas fijas, una novena como Primer Móvil, y una décima, morada de la Divinidad ó Empíreo, epicíclos y círculos excéntricos, con los cuales, si no acababa de explicarse los retrocesos y las variaciones, servian para aumentar su obcecacion, considerando á la isla como centro fijo de cuanto en torno suyo circulaba (1).

En esto, como en tantas otras cosas, fiaba demasiado en su razon, y de ella era juguete á cada instante.

---

(1) Sistema astronómico de Tolomeo.

¿Quién podrá describir hoy los dislates de la ciencia del horóscopo?. Y, sin embargo, no obstante la ilusion ó la bellaquería, fundamento de la mentida ciencia, Ántropos fué creyendo sus propias ilusiones y patrañas, y su primera sonrisa de incredulidad se cambió en el ceño del venerable iniciado, á medida que los delirios inconexos del bellaco tomaron forma de ciencia con la sublime y misteriosa astrología.

Y no pararon aquí las estupendas lucubraciones ó los útiles inventos del protegido de Pónos. De un cúmulo incalculable de errores, antojos, caprichos y naderías, iban saliendo, por la fuerza misma del deseo, las más peregrinas joyas. Como decia Pónos al astrólogo fantaseador, la experiencia, diligente y hacendosa, agitando sin cesar la criba del desengaño, sacaba de los montones de tamo y paja y basura algunos granos diminutos de saber para robustecer la inteligencia é irla poco á poco alimentando. A fin de trazar las partes de las naves; á fin de restaurar la casa, y cubrir sus artesones y paredes de enredosa lacería, Ántropos volvió á ser geómetra: al calcular el movimiento de los astros, medir tiempos y distancias, se encontró en la precision de conocer mejor la cantidad, reducir sus variaciones á reglas, fijarlas y representarlas. Hasta entonces tenia por costumbre ejecutar sus operaciones aritméticas valiéndose de signos enrevesados de muy difícil manejo; ahora se embrollaba grandemente cuando aplicaba aquellos signos á los más complejos cálculos. Reuniendo y combinando reminiscencias y recuerdos, con el auxilio y los consejos del siempre ingenioso Pónos, redujo los signos cuantitativos á una decena nada más—y entre ellos el

nunca bien ponderado cero—dando á cada cual un valor fijo y constante, con lo cual, y con asignar á cada uno otro valor de posicion—como hacia con los ñudos en los cordones destinados á llevar la cuenta de unidades, decenas ó centenas—pudo escribir con suma facilidad todas y cualesquiera cantidades.

Tan ingeniosa convencion le permitió perfeccionar los diferentes algoritmos y hacerse un consumado aritmético.

—¡Ese sí que es instrumento de valía!—le dijo Pónos cuando se enteró del artificio.—Las leyes de la cantidad, cuando merma ó cuando crece, son eternas é invariables; pero necesitas herramientas para desentrañar sus formas, y acabas de crear una con cuyo auxilio podrás seguirla en sus cambios y penetrar en sus misterios. No sabes, Ántropos, cuánto ha de contribuir este adelanto al desencantamiento de mi hija.

—Pues todo eso es nada para lo que me propongo—contestó Ántropos.—Todavía he de abreviar mi trabajo y economizar más tiempo.

—¿Cómo?—preguntó el génio sorprendido.

—Sustituyendo á esos signos otros más comprensivos y mucho más generales. ¿Crees, por ventura, que olvidé tus enseñanzas sobre el símbolo?. Pues me encuentro en vena de simbolizar, y quiero simplificar simbolizando. Con símbolos pretendo hacer sumas y restas, multiplicar y dividir; con símbolos representaré las cantidades conocidas y desconocidas, las reales é imaginarias, y en fin, tengo aquí entre ceja y ceja un sistema de abstracciones para trastornar el Universo.

—¡Hola! ¡Hola!—exclamó el génio sonriéndose.—

Me place esa tu creciente aptitud de asociar y combinar, porque con ella se forma tu razon, y áun se transforma. ¿Qué procedimiento es ese?

—Un procedimiento algébrico, y por eso le llamaremos álgebra.

—Sea en buen hora, señor algebrista—concluyó diciendo Pónos.—Conocer la cantidad es principiar por el principio.

Entre tanto Dinamion verificó otra nueva correría. A la siguiente, Moslema comprendió ya las ventajas que le llevaba su contrario. Una de aquellas ventajas era la posesion de las encantadas númas, y así deseó poseerlas en abundancia y de golpe. Las númas de oro, sobre todo, le inspiraron una codicia rayana con el frenesí.

—¡Mira!—le dijo á su prisionero.—Las númas son obra tuya, y quiero haberlas sin tasa. Hazme un monton de númas de oro; pero un monton colosal, inagotable.

—Está bien, señor—contestó el esclavo.—Díme dónde tomo el oro.

—¡Buena salida!—exclamó Moslema.—¿Pues dónde le has de tomar?. Le haces del barro, le sacas de las piedras con la vara mágica de Pónos. Por ventura, ¿no es materia todo, y no transformas tú, cuando te place, unas materias en otras?

Ántropos se quedó absorto; pero comprendió que Moslema decia aquel disparate muy en sério, y no se atrevió á contradecirle. Llamó á su génio protector y le comunicó la órden del gigante.

—¿Lo ves, amigo Ántropos?, ¿lo ves?. El absurdo lleva al absurdo. Desgraciadamente en esto no podemos dar á tu Señor mentira por verdad. La moneda material no es como la moneda del espíritu:

la falsa nunca puede sustituir á la legítima. Querer hacer oro de las piedras, es meterte á creador, es contagiarte con los eternos pujos de divinidad de Seuda. Tu trabajo es todopoderoso para crear una sola cosa, y esa, imaginaria: pero meterte á crear ni un solo átomo de materia, ni un solo soplo de fuerza, es usurpar atribuciones muy por encima de las tuyas. Puedes aplicar, modificar, transformar, combinar cosa con cosa, fuerza á fuerza, asociar los elementos en busca de nuevas formas; pero ¡crear!. ¡Qué locura!. ¡Qué delirio!. Las únicas creaciones á tu alcance son—lo repito—las formas infinitas de la utilidad, y eso por ser formas subjetivas, y como tales contingentes, aunque de inmensa valía para tu libertad y buen vivir. Bajo el punto de vista de tu bienestar, la creacion de la utilidad tiene, en efecto, algo divino: por eso, todo tu trabajar, todos tus afanes, tu saber, tu prevision, tu ciencia se dirigen á completar, desenvolver y generalizar esta tu sola creacion; por eso te afanarás en acumular bienes á bienes, ideas á ideas y sentimientos á sentimientos; por eso tu trabajo—bajo el punto de vista utilitario—puede dividirse en tres clases: en fructuoso, cuando deja remanente; en útil, cuando sólo satisfaga tus necesidades de hoy y nada te sobre para mañana; en ruinoso, cuando, contrariando las leyes de la isla ú oponiéndote á su curso, destruyas lo ya creado por temerario ó por impío. Pero todo esto dentro de los límites de la posibilidad, sin crear nada permanente, nada eterno. En esta ocasion podria repetir cuanto te dije con motivo de la astrología: si exiges mi ayuda incondicional en ese tu propósito pueril, te la prestaré, no para extraviarte tras un ensueño imposible,

sino con esperanza de sacar de tus crisoles algo más noble que el oro: el conocimiento cabal de las leyes de este mundo.

—Hazlo, pues—contestó el hombre—y sea por lo que fuere. Me halaga, hoy por hoy, intentar hacer el oro. Y, en fin, amigo Pónos, voy ejecutando muchas cosas; ¿quién sabe?. Alguna vez te habrás de equivocar.

Consiguiente con esta determinacion, el génio se sometió á la voluntad de su caprichoso protegido, entonces como antes y despues.

Ántropos se empeñó en transmutar una materia en otra, y para llevar adelante aquel inconcebible empeño, hizo retortas y crisoles, hornillos y redomas, tubos, campanas y morteros, filtros, esencias y amalgamas.

Aquellos trebejos y una coleccion de piedras, plantas, bichos y animales, fueron fruto primero y principal de sus nécias elucubraciones, pues en cuanto á plata y oro, no pudo obtener ni un grano; pero tal era, sin embargo, el natural de aquel iluso, que perseguia con mayor teson las visiones del alquimista, cuanto más y más huian de él. Pesaba con su balanza todos y cualesquiera cuerpos antes y despues de someterles á la accion de sus retortas y alambiques, observaba su textura y su dureza con los cambios de propiedades y colores, y sin querer, iba amontonando datos con los cuales y con el tiempo adquiriria otras ciencias. La alquimia llegó á ser su gran pasion, y como Moslema le apremiase para fabricar el oro, llegó á estar loco, en ocasiones, proclamando la primera y más noble de sus empresas: el hallazgo de la piedra filosofal. Pónos le contemplaba y le compadecia, aunque sirviéndole siem-



pre. Gracias á él y á su varita mágica, el alquimista descubrió poquito á poco y á fuerza de paciencia, espíritus y alcoholes, ácidos y álcalis, drogas y específicos, tintes, reactivos y elixires, descomponiendo y desmenuzando muchos cuerpos (simples hasta allí) y combinando y componiendo otros. Así encontró el mercurio, el alcanfor, el ruibarbo, los julepes, el maná, con otras medicinas y jarabes preciosos á la salud. Así dió con el benjuí y con la nafta. Sus descubrimientos y conquistas eran, á la verdad, para desvanecer á cualquiera, y al sacar de sus redomas y alambiques una materia, hecha al parecer por él, no debemos extrañar si Ántropos comenzó á dudar de la sonrisa de Pónos ó si se creyó en camino para sorprender el secreto de la vida y aprisionar su fuerza creadora en un famoso elixir.

Todavía se desvelaba el alquimista para fabricar el oro, cuando la cuarta ó quinta acometida de Dinamion puso en gravísimo peligro al imperio de Moslema. Tal fué el apuro, que el profeta se remangó el caftan verde y se salvó por los piés llevándose al prisionero por delante. Nuestro alquimista, ni áun tuvo tiempo para recoger sus chirimbolos. Dinamion, harto de talar, ó más experto y más ducho, habia dado en la flor de apañar cuanto era raro ó curioso para él, y no encontrando al enemigo, cargó crisoles, retortas, alambiques, drogas y sapos y culebras sobre unos cuantos dromedarios, y se volvió á su casa muy orondo. Entre el botin de la cruzada, iban tambien algunos biblos.

Durante aquella acometida, Moslema y su gente y Ántropos, hubieron de vivir muy pobremente.

Acampados debajo de sus tiendas en un desierto de todo punto improductivo, sus únicas provisiones

fueron el centeno y el trigo, llevado á lomo de camello. Era de necesidad moler algo de aquel grano y hacer con la harina pan, siquiera para los próceres. ¿Pero de qué modo realizar la molienda?. Aunque Ántropos, mal avenido con moler, hubiese tenido á Báros, no habia ni una gota de agua para darle de beber. El apuro era mayúsculo.

En aquel conflicto, el hombre dijo á su buen génio:

—De todos mis servidores, el único que me visita aquí es Ánemos el loco. ¿Por qué no he de utilizar su fuerza?. ¿No mueve la pesada nave y vence con frecuencia las corrientes de las olas?. Mala es la madera de estos oasis, pero buscando un poco podria construir una rueda de linterna para hacer girar un par de muelas de molino. ¿Quieres que ensayemos y hagamos trabajar á Ánemos?. ¿Me ayudarás en la empresa?

—Con mi alma y mis sentidos—contestó el buen génio.—La idea es original, hasta pecar de atrevida; pero me ufano al ver cómo ya cavilas, y cuenta para ese nuevo invento con la virtud de mi vara.

Ántropos se puso á trabajar, levantó una torre tosca en forma de cucurucho, puso en su cima cuatro velas formando aspa y las unió con ingénio á la rueda de linterna por medio de un eje horizontal. A los pocos instantes, Ánemos forcejeaba para abrazar aquellas alas como si fuesen las alas de su cisne, y estando el aspa adherida al artificio y á la torre, sólo pudo darla vueltas. De este modo giró el eje y la linterna, giraron las pesadas muelas con velocidad, y el trigo y el centeno se molieron.

Ántropos habia inventado así los molinos de viento.

Con la retirada de Dinamion, volvió Moslema y se encontró saqueado. Mucho sintió las pérdidas de su astrólogo alquimista. Temia que en posesion de todos sus descubrimientos, el hijo de su prisionero fabricase el oro antes que su padre.

Mas, ante todo, pensó muy sériamente en la necesidad de defenderse, y hasta ponerse en estado de acometer. Por eso, llamando á su prisionero, le dijo:

—Tu antiguo Señor me humilla con su soberbia. Me busca en mi misma casa, y poco á poco se va haciendo con lo mio. Estoy resuelto á concluir: iré en su busca por mar, y veremos cuál de los dos es más guapo. Necesito aquel juguete de Sinon, á fin de cruzar el mar y de saber por dónde voy. Prepara otra caravana, y sal para traérmele en seguida. Tengo necesidad de poseerle, y cuando siento una necesidad no descanso ni dejo descansar á nadie.

Ántropos aparejó las acémilas, y con una docena de criados volvió á tomar el camino de la comarca amurallada.

CAPÍTULO IX.

¡Singular disposicion de la encantada isla de Gé!. Cuando parecia muerta tal comarca bajo el báculo de Seuda, surgian formas nuevas de actividad en estos ó los otros puntos, y la vida y el movimiento renacian para relacionarse ó completarse y dar al fin frutos de armonía ópimos. Las formas eran varias, múltiples, á veces extravagantes; pero los resultados tendian sin cesar al equilibrio. Así como en el mundo de la materia las aguas de los mares toman alas del calor del sol y suben en vapores á los cielos, cual bandadas de palomas, y se dejan llevar al soplo de los vientos hasta los altos picos de los montes, y allí se posan convertidas en perlas de rocío, y reuniéndose en hileras, corren en busca del inerte polvo para formar con él, el barro, humilde—cuna de la planta—y con la planta hacer carne, de cuya carne vive, siente y piensa el hombre; así, en la isla de Gé, y en sus dramas maravillosos impalpables, formábanse aquí corrientes de pasion, sentimientos nuevos, los cuales, sin saber cómo ni por dónde, uníanse allá á los vestigios de costumbres

viejas, y surgian, con renovada lozanía, flores más bellas, frutos más sabrosos, para sostener el remolino de la vida y que las formas siguiesen á las formas en séries concomitantes infinitas.

Mientras allá, en el Desierto del Oasis, en el Valle de las Inundaciones, en la Tierra de la Servidumbre, Ántropos trabajaba como siempre, buscaba la imantada sierpezuela de Sinon para dirigir la nave, ó malgastaba su tiempo en las pueriles ilusiones alquimistas ó astrológicas, su hijo Ándros, por acá, apuraba su energía á fin de satisfacer caprichos, que un observador superficial habria calificado de frívolos.

Porque en los intérvalos entre sus expediciones contra los bárbaros que le quedaban por vencer, ó sus acometidas contra el imperio de Moslema, entreteníase Dinamion en introducir ceremonias y costumbres, de un género tan ideal, que parecian juegos de la infancia. Contaminado por su consejera de misterio y formalismo, queria dar al oficio de guerrero tinte de vocacion y santidad, consagrando los requisitos de valor y fuerza con ceremonias especiales, además de exigir del aspirante á caballero pruebas de mansedumbre y heroismo mediante larga iniciacion. Comenzó por dar el ejemplo él é hizo que le armaran caballero. La ceremonia fué curiosa: pasó toda una noche en el templo velando sus armas, colgadas sobre un altar; se desayunó por la mañana con cuatro migas de pan, benditas y sin levadura; vestido de lino blanco—símbolo de la pureza—se hizo conducir por dos padrinos ante el ara, en donde se arrodilló; uno de los padrinos le pegó entonces tres soberbios cintarazos en la espalda, y abrazándole como pudieron, ciñóse la espada al

cinto, vistió las armas defensivas y se dejó calzar el distintivo final y principal: dos magníficas espuelas de oro. Prévios todos estos actos externos y simbólicos, el héroe de la fuerza bruta quedó convertido en caballero.

A imitacion suya ó por su órden, los más viriles de su imperio sufrieron igual transfiguracion. Los mozos y adolescentes habian de servir como pajes ó escuderos hasta iniciarse en la difícil ciencia de oprimir con nobleza y lealtad, y sólo á los veinte años cumplidos alcanzarian el honor de velar sus armas, recibir los espaldarazos y calzar áureas espuelas. Una vez hechos caballeros, era necesario justificar la profesion dando pábulo á la actividad ingénita en aquella gente, y de aquí los votos, las empresas, las servidumbres voluntarias, cosas todas de locos en apariencia, frivolidades importantes en el fondo, pues con ellas, el noble por naturaleza cultivaba su nobleza, el villano ponia coto voluntariamente á su villanía, y se iba estableciendo una disciplina para refrenar arrebatos, vicios ó pasiones, y se admitia un culto nuevo y superior: el culto á los afectos.

Pero como quiera que aquella gente, ignorante y un tanto cuanto sensual, no encontraba dentro de sí la imágen y representacion de sus ídolos abstractos, ó si la veia era confusa, vaga, nebulosa; y como quiera que sin una representacion ó imágen no acertaban á fijar y consagrar su culto, los noveles caballeros, buscando un objeto digno de su adoracion, eligieron..... ¿á quién dirán nuestros lectores?. Les damos ciento para adivinarlo.

Nada hay como la notoriedad para preparar el éxito, y Seuda, con sus ódios y sus persecuciones,

habia dado á Gina mucha. En la disposicion de los ánimos, con la tendencia á contrariar á Seuda y á mortificarla, con el afan caballeresco de amparar al débil ó al desvalido y de enderezar entuertos, ningun sér se ofrecia á Dinamion y los suyos más digno de interés que la cantora perseguida, á quien se habia procurado despojar nada ménos que del alma.

Despues de verse rebajada á la condicion de béstia, de culebra, de demonio, Gina se vió de repente levantada sobre las aras del amor y convertida en un ídolo. ¡Cosas de la encantada isla de Gé!

El gigante la recibió en su castillo, la nombró su castellana; varios duendes se hicieron, en obsequio suyo, trovadores y aprendieron de Tongo á cantar sus angustias amorosas, tañendo el arpa al pié de los altos muros; otros se dedicaron á romanceros y poetas, y hasta los hubo funámbulos y bailarines. Los nobles caballeros, haciendo extraño maridaje de las hazañas cruentas de la guerra y los afectos tiernos de sus corazones, hicieron pintar sobre sus escudos empresas geroglíficas y motes, dando con esto principio al simbolismo de la heráldica. Y, en fin, armados hasta los dientes, con la lanza en cuja, con el escudo pintado en oro y en azul, se echaron por las encrucijadas en busca de gigantes y vestiglos, espeluznantes aventuras ó doncellas en encantamiento. ¡Ignoraban los cuitados que aquello y todo cuanto hacian cooperaba con los inventos y conquistas del pobre Ántropos, para el desencantamiento de una doncella sin par: de la noble, hermosa, y casi divina Alecia!

En cuanto á Dinamion, fué el dechado más cumplido de la andante caballería. Enamorado de la personilla de Télia, tanto como hasta entonces lo fué

de los cantares de su madre, su amor hubo de ser enteramente platónico por efecto de sus nada semejantes estaturas, y ni áun osaba besarla, en todo respeto, su blanca y trémula mano. Andábase por los campos noche y dia lanzando del robusto pecho suspiros como huracanes, y sorprendíale la aurora al pié de los balcones ó las torres, siguiendo con ojos humedecidos por lágrimas de ternura, la marcha de la luna al través del azulado cielo, presa de un deseo vago, de una aspiracion indefinible. ¡Qué revolucion tan singular en aquel robusto pecho!. Sacaba entonces á Hipodonte, oprimia pensativo los muelles lomos del potro, besaba con efusion la banda verde, ganada en algun torneo, y terciándola sobre el mal ferido corazon, subia del valle al monte, y exclamaba con voz reposada y atrevida:

—«¡Gigantes y encantadores, caballeros y malan»drines, endriagos y fantasmas! non fuyais, que un »solo enamorado con ánimo tranquilo os fabla, pro»voca y reta. Venid, bravos campeones, traidora y »aborrecible canalla. Ni temo el valor de vuestros »brazos, ni la dañina ponzoña de vuestros encanta»mientos. Esta banda que me cubre, símbolo de mi »esperanza, me ha de tener siempre en pié contra »los rudos golpes de vuestra gran malicia ó de mi »menguada suerte. Venid os digo, y confesad de »buen grado, ó mal que os pese al empuje de mi »brazo, que la dama de mis pensamientos es la más »cabal, más tierna y más honesta, de todas las fer»mosuras.»

Las ideas de amor, de fidelidad, de abnegacion, parecian renacer; y aquellos sentimientos, incipientes al rebosar en los corazones, tomaban formas candorosas propias de la primera edad.

Con esto y con la multitud de cosas nuevas ó raras, de costumbres y conceptos, traidos por Dinamion entre el botin de sus expediciones contra Moslema y su gente, el imperio del gigante, y áun el de Seuda tambien, sufrian una singular transformacion de dia en dia, de hora en hora.

Entre tanto el del turbante no perdia el tiempo mientras regresaba Ántropos con la sierpezuela de Sinon, y tan no perdia el tiempo, que al penetrar la caravana por las puertas del castillo, el esclavo detuvo su camello y dudó si habria equivocado su camino, ó si seria juguete de un engaño y entraba conducido por la sierpe en la mágica morada de algun poderoso encantador. Jardines, palacios, fuentes, se ofrecian á su vista, y á la sombra de los olivos y naranjos, grupos de ancianos de barba blanca todos vestidos de lino, con turbantes tambien de lino en la cabeza, con biblos grandes y pequeños en las manos, fijaban la vista en ellos y oian sus máximas y sus sentencias, y meditaban y pensaban. El agua con sus surtidores, las flores con sus aromas, refrescaban y perfumaban el ambiente, y los canoros ruiseñores, ocultos entre el azahar, convidaban con sus trinos y gorjeos á la contemplacion de la naturaleza.

Ántropos, como hemos dicho, se detuvo absorto, y deseoso de darse cuenta de todo cuanto veia y observaba, llamó maquinalmente y por costumbre á su buen génio.

—¿Qué es esto, Pónos?—le preguntó cuando le vió á su lado.—¿En dónde estoy?. ¿Qué transformacion es esta?. Esos minaretes calados y esas techumbres de oro y plata ¿qué significan?. ¿Qué son?. ¿Quién ha convertido este castillo en un verdadero edén?.

El génio le contestó:

—Yo, de órden de Moslema.

—¡Imposible!. ¿De Moslema!. ¿De ese fatalista acérrimo para quien la inércia es una religion?

—Moslema es como todos los habitantes de la isla: habla de un modo y obra de otro; quiere una cosa y resulta la contraria. Te fué pidiendo una y otra y otra satisfaccion á sus necesidades crecientes, y poco á poco fuiste acumulando tales y tantos prodigios, que su desprecio de las cosas de este mundo y su frugal sobriedad, se trocaron en avaricia y ambiciones. Aburríase sin tí y me evocó de improviso. Quedéme estupefacto cuando me dijo que se ponia á mis órdenes, que ocuparia tu lugar, que él y los suyos trabajarian como tú para reunir cuanto tú habias creado con el auxilio de mi vara mágica, porque sentia un afan irresistible por contemplar en conjunto sus riquezas y los bienes de los cuales podia disponer gracias á tí. Aunque sorprendido y admirado, obedecí. Á mis órdenes ha cultivado estos jardines—dando pruebas de agricultor peritísimo—ha levantado estos palacios, ha convocado tus discípulos, y ahí tienes, meditando sobre los biblos esparcidos cuando la famosa quema, á médicos y filósofos, astrológos y alquimistas, poetas y matemáticos. El cambio es grande y radical. Si Moslema persevera en él, podria dar un susto á Dinamion. Hoy piensa más y mejor; sólo le falta sentir (1).

—Me sorprendes y me alarmas—interrumpió el hombre con impaciencia visible.—¿Quién habia de esperar todo esto del profeta?. Dime, dime tus augu-

(1) Alusion al Califato de Córdoba.

rios. ¿Tendremos que temer algo por mis hijos, ó por Gina?. Segun tú mismo me dices, mi familia prospera con Dinamion y esto en mi esclavitud me consolaba. Siendo más sábio Moslema pudiera vencer al fin, y ¿qué seria de nosotros?.

—Afortunadamente—dijo Pónos—para ser grande y superior, hay que pensar bien y sentir mucho, y el ódio á Gina inspirado por Seuda al del turbante, no le permite sentir delicadamente. El peligro, sin embargo, es grande y debemos pensar en el modo y la manera de acudir en defensa de los tuyos. ¿Traes la sierpezuela de Sinon?.

—Sí traigo.

—Pues preséntasela sin tardanza á tu Señor, y tú verás en seguida lo que deberás hacer para reunirte con los tuyos.

Ántropos se apeó de su camello, buscó á Moslema, le dió cuenta de su viaje, y entre otras cosas, le ofreció el codiciado juguete. Apenas echó sobre él la vista el impaciente profeta, cuando quiso verificar por sí mismo su utilidad y su virtud, y dió órden á su prisionero de aparejar la nave para un viaje por el mar.

Entre el imperio de los dos gigantes tendíase una cala profundísima, especie de lago salado, el cual, para la pequeñez de nuestros lectores—y ellos nos perdonen el atrevimiento—era un verdadero mar por su longitud y anchura. Dinamion daba, por tanto, un rodeo para atacar á Moslema, y éste calculó atravesarle en derechura y caer de improviso sobre el territorio del primero. Á fin de conseguir su plan, era preciso perder de vista á la tierra, y por eso quiso hacer los ensayos con la nueva maravilla antes de intentar el viaje. El prisionero preparó la

nave, puso á popa la sierpezuela de Sinon, y su Señor se sentó sobre cubierta con las piernas cruzadas delante del nuevo invento.

—¿Qué vamos á hacer ahora?—preguntó el hombre á su génio cuando las costas se hundian en el horizonte. —La sierpe señala siempre al mismo punto y dijimos al gigante que ella nos daria el rumbo. Temo su cólera y tiemblo.

—Pues no tiembles—contestó Pónos—la sierpe nos le dará.

—No te entiendo—replicó el hombre.—El loco Anemos y las olas, nos obligarán á dar bordadas, y la sierpe, segun tengo observado, por nada ni por nadie cambia.

—Pues ahí está el prodigio, amigo mio. Esa es la virtud que nos permite saber á donde vamos. ¿Cómo te manejabas al principio cuando al navegar de noche no podias ver la costa?. Elegias una estrella fija y refiriéndote siempre á ella, enderezabas la proa á la derecha para arribar á los lugares situados á la derecha de la estrella, ó ponias á la izquierda el rumbo cuando tu deseo era tocar en puntos que caian á su izquierda. Esa sierpe maravillosa será tu estrella dia y noche, en tinieblas ó con luz.

—Explícame ahora por qué persiste tenaz esa sierpezuela trémula, en señalar hácia un punto.

—Persiste *porque sí*—contestó el génio.—Dia llegará en que te explique el fenómeno por medio de otros; y como entonces me has de preguntar el por qué de aquellos otros fenómenos, me veré obligado á contestarte con otro *porque sí*. Todo tu saber positivo, amigo Ántropos, se reduce al conocimiento de fenómenos mediante concienzuda observacion, y aunque para clasificarlos y agruparlos los religues

por medio de relaciones constantes y llames á estas relaciones leyes, jamás has de adivinar la ley única, la ley madre de la cual dimanan todas. Si yo fuese soberbio como Seuda, fanático como Moslema, fácilmente halagaria tu curiosidad incitándote á fingir por los medios ideales de tu naturaleza soñadora, engendros más ó ménos monstruosos ó contradictorios; pero una cosa son las creaciones de tu fantasía y otras muy distintas los hechos de realidad. Casualmente, tu lucha con los esquilmadores de la isla consiste en esta diferencia: ellos sueñan, y tú haces. Por fortuna tus descubrimientos se imponen á las trapacerías, deseos é intereses; ellos van acortando el manto de mi hija, y cuando desaparezca por completo, su luz te iluminará.

—¿Qué es esto, cautivo miserable? — exclamó Moslema interrumpiendo la conversacion de los dos amigos.—Te apartas del rumbo indicado por la sierpe; ¿es traicion, descuido ó burla?.

—¡Señor!—contestó el piloto.—Fué mi natural torpeza. Dime dónde quieres ir y allí te desembarcaré.

—Basta por hoy—replicó el gigante, receloso.—Vira en redondo y á casa. Mañana, al rayar la aurora, repetiremos el ensayo.

Algunas horas despues la quilla tocó en la playa y los navegantes saltaron en tierra firme. El corazon de Ántropos palpitaba de esperanza y de alegría.

Pero los paseos por el mar no se repitieron, como anunciara Moslema. Dinamion apareció de nuevo en las tierras inmediatas al Desierto del Oasis, y entretuvo al del turbante, si bien no le puso en grande aprieto.

Viendo Pónos que la lucha era más encarnizada cada vez, que cada vez era más patente la superio-

ridad de Moslema, y temiendo gravísimos peligros para la familia trabajadora, pensó en privarle de los servicios de su protegido, valiéndose de la nave y de la maravillosa sierpezuela. A este fin procuró hacer caer á Ántropos en la cuenta, diciéndole muy intencionadamente:

—La lucha se prolonga, Seuda atiza la discordia por ambicion y por codicia: si triunfase Moslema, tu mujer seria esclava, y el velo de mi hija pudiera inmovilizarse para siempre. Además, tu familia está con Dinamion, quien, si no es tan entusiasta, tan visionario como el del turbante, es más formal, más activo, más humano.

—¿Qué quieres decirme?—preguntaba Ántropos.

—Tú verás—seguia diciendo Pónos.—Tienes la nave aparejada; tienes la sierpe para dirigir tu rumbo: mientras estés aquí gozará Moslema de cierta superioridad, y si pudieras reunirte con los tuyos, toda superioridad seria de Dinamion.

—Te entiendo—concluyó diciendo el hombre.—Estoy á todo dispuesto, con tal de abrazar á mi familia.

Desde aquella misma noche ni el cautivo ni su génio protector descansaron. Moslema se mostraba receloso, su poder crecia con sus huestes, y si llegaba á atravesar el mar y á caer sobre el imperio de la cruz, todo podia perderse. Era preciso apresurar la fuga.

El dia antes de emprenderla, Pónos decia al marinero:

—Con muchas veladas como la de anoche, flaco te habrias de quedar y pronto se agotarian tus fuerzas. ¡Extraña influencia la de mi valiosa com-

pañía!: prolongada, sin interrupciones, en vez de ser útil, te postra y te aniquila.

A pesar de esta indirecta y cariñosa advertencia, la esperanza de volver á sus hogares sostuvo al hombre, entonces más que nunca impetuoso. Por su gusto, antes de la media noche habrian levado el ancla. Fué y vino durante la madrugada, para embarcar subrepticiamente sus más queridos utensilios; algunas telas para su hija y su mujer; especies para condimentar los manjares segun se habia acostumbrado; tal cual biblo de los antiguos y mejores, y á los cuales mostraba grande aficion; horóscopos trazados sobre pergaminos; plantas raras para el jardin de su choza; frutas que se proponia aclimatar, y por fin, un bulto grande de hojas blancas, delgadas y tersas.

—¿Qué es eso?—le preguntó el génio al verle llegar con el fardo al hombro.

—Pues qué, ¿no te acuerdas ya?—contestó Ántropos, soltando el fardo para meterle en la bodega.—Son hojas del papel de trapo fabricado para satisfacer la demanda de horóscopos y recetas y coplas y fruslerías de toda la tropa turbantesca. Me lo llevo porque ¿quién sabe para lo que aún nos podrá servir?

—Haces bien, amigo mio: quien no conserva, siempre será pobre, y ninguna obra de tus manos debe destruirse por inútil. En ese papel se extenderá algun dia el acta de tu manumision. Pero advierte cómo comienza á clarear por el Oriente. No hay ya tiempo para más, levanta el ancla y larga todo el velámen.

Mientras el marinero obedecia á su génio, Moslema se presentó sobre la playa y apenas le dió tiem-

po suficiente para cortar las amarras sin recoger los anclotes. Ánemos, el loco, se puso á tirar, segun costumbre, de las velas, y el casco se movió lenta y majestuosamente hácia alta mar.

—¡Atrás, cautivo!—gritó el coloso al marinero.—¿Cómo te alejas así sin mi mandato?

—Voy en busca de los mios—contestó Ántropos, valiéndose de una bocina para remedar la voz estentórea de Moslema.—Me encuentro muy mal aquí, y deseo volver á mi casa.

—No seas loco—insistió el del turbante.—Ofrezco tratarte como amigo y hacerte rico y feliz.

—No hay felicidad sin la familia y tú la desconoces.

—Te prometo placeres inacabables, siempre renovados; huríes, flores, perfumes.

—¿Y qué valen todas esas cosas—interrumpió Ántropos—en comparacion del cariño de mi Gina, el orgullo de mis hijos, la dignidad de mi casa?. Me ofreces la sensual quietud y yo soy un sér activo.

—Mira que todo está escrito y es inútil batallar: lo que ha de ser, ha de ser.

—Entonces, ¿por qué batallas tú?. Si yo escuchase tus máximas, perderia mi mayor consuelo, renunciaria á la esperanza.

—Te daré veinte mujeres por una, y tus hijos serán innumerables—volvió á gritar el gigante haciendo un último esfuerzo.

—No digas veinte mujeres, pues no sabes lo que son; dí veinte muebles ó estorbos. Te las regalo y que te hagan buen provecho.

—¡Oh, rábia!—vociferó el burlado Moslema, arrancándose el turbante y descubriendo la cabeza

rapada á punta de tijera.—Yo venceré á Dinamion, yo me apoderaré de Gina. Seré profeta, y tú, esclavo.

—Lo veremos—concluyó diciendo Ántropos—y su palabra apenas si llegó á los oidos de Moslema por el viento y la distancia. Mientras Pónos me auxilie, tengo esperanza de ser libre sin otro Señor que Alecia.

En aquel momento cruzaba por encima de la nave, Elpisa, la hija muda de Pónos, en su nube de color de rosa, sobre su carro tirado por soberbias águilas, y á los oidos del marino llegaron dulces, como siempre, las dos mágicas palabras de *quizás* y de *mañana*.

Confiándose denodadamente á las indicaciones de la sierpe brújula, nuestros amigos perdieron de vista las costas y las montañas y se internaron mar adentro. Por la noche permanecieron en vela, y el hombre no soltó un solo instante el timon. Para distraer aquellas horas monótonas y pesadas de inaccion, el timonel llamó á su protector, y entablaron en el silencio de la noche, la entretenida plática siguiente:

—¿Llegaremos, Pónos, llegaremos?—comenzó preguntando en tono de ansiedad el hombre.

—¡Pues no hemos de llegar si tienes fé!—le contestó Pónos.—Tuviste valor para despreciar los torpes ofrecimientos de Moslema; ¿no le has de tener para atravesar el mar?. Quien sabe vencerse á sí mismo, no retrocede ante ningun obstáculo. Vas teniendo confianza en mí, y comienzas á escucharme, no por impulsos inconscientes de amor ó de simpatía, sino reflexivamente y á consecuencia de cálculo. Confio, pues, en nuestro triunfo, porque sabes ya cuál es tu única esperanza.

—Bien lo veo—contestó Ántropos.—Una durísima experiencia me lo ha enseñado: cuando desoigo tus consejos llueven sobre mí calamidades; cuando escucho las mentidas palabras de mis esquilmadores, todo es dolor y desengaño. Son fuertes, son astutos, y sin embargo, nada serian sin mí; á mí me lo deben todo, y noto que hasta sus ideas cambian al compás de mis conquistas. ¡No he de creer en tí; no he de escucharte!

—Pláceme mucho mirarte en el buen camino, pero aún te falta algo para dirigir tu marcha por el mundo con entera seguridad. Tu conciencia está formada: para no entregarla á los azares de los vientos, necesita, como tu nave, su brújula; y esta brújula es el sentimiento de justicia. Comenzaré por demostrarte su necesidad. Dices que Seuda y Dinamion y sus próceres á tí te lo deben todo: y tú, ¿no les debes algo?

—¡Deberlos!—exclamó Ántropos casi con indignacion.—¡Ya lo creo!. Les debo palos, y heridas y amarguras; mi abyeccion, mi esclavitud.

—Poco á poco, amigo mio. Hicieron por tí algo más, áun sin intencion y sin quererlo.

—Bueno: ya lo sé—interrumpió el timonel con impaciencia.—Me vas á decir lo de siempre: que Dinamion me ha obligado á trabajar; que sin él y la magnitud de su ambicion mis obras habrian sido raquíticas; que el mundo le debe la disciplina, el derecho, ¡qué se yo!..... Te concedo cuanto quieras; pero ¿y Seuda?. ¿Debo algo tambien á Seuda?

—Hoy la debes mucho ya; mañana la deberás inmensamente. Ella enseñó á tu mujer á mentir; y aunque te parezca paradoja, os dotó con una facultad inapreciable. Acuérdate de tu antigua sencillez,

y calcula si con ella podrias sostener la lucha de la vida, ó si serias reflexivo. La virtud, amigo Ántropos, es como el oro de tus numas: para circular entre las gentes necesita liga de algo más innoble. Pero aparte de esto, quiero indicarte el servicio más eminente de Seuda. ¿Podrias navegar por este piélago inmenso sin una estrella fija allá en el cielo, ó sin la brújula que en la oscuridad hace sus veces, y sin el timon para dirigir tu curso?

—No, en verdad—contestó Ántropos dudando.

—Pues del propio modo—continuó el génio—los habitantes de esta encantada isla no pueden lanzarse á las empresas del progreso por el piélago de lo desconocido, sin un ideal á donde dirigirse y una síntesis de la experiencia adquirida para guiar su conducta. Ahora bien: Seuda tiene metido en los sesos su divina extirpe, su comercio con los inmortales, y como representante de los dioses en la isla, no deja rechistar á nadie; sus doctrinas son un ideal y una regla de conducta que se modifican al compás de nuestros adelantos. Por eso es acomodaticia en medio de su intransigencia. Hoy mismo se ha aprovechado de unas cuantas palabras de mi hija y cede y transige para hacer que su dominacion sea por todos aceptada. Lo que Alecia no haria ni puede hacer, Seuda lo hace. Mi hija se estrellaria contra la ignorancia y la perversidad; pero la bruja mezcla lo antiguo con lo nuevo, la verdad con la mentira, y nos adereza así un ideal bastardeado, pero un ideal al fin, superior á los anteriores, aceptable para todos, y por lo tanto, posible. Deja que nuestros descubrimientos acorten el velo de mi hija y que tengamos más luz para ver más: el ideal eterno de hoy se modificará en otro ideal eterno de ma-

ñana. Entre tanto, los habitantes de la isla tendrán brújula y timon, como el marino.

—No importa—insistió Ántropos, viendo que el génio se callaba.—Seuda me repugna.

—Y enhorabuena que así sea—replicó el buen génio.—En eso mismo patentizas la superioridad de tu naturaleza. Tú eres sensible y ella no; tú, empujado de contínuo por esa fuerza misteriosa de la sensibilidad, eres un sér expontáneamente perfectible, mientras ella no obedece sino á la ambicion y al interés, anda con la vista atrás y pugna por ser eternamente la misma.

El alba teñia en blanco el Oriente y Ántropos cavilaba todavía sobre las profundas y no bien entendidas razones de su génio protector. Tan ensimismado le tuvieron aquellos inesperados pensamientos, que al dirigir la vista por el horizonte reconoció de pronto los picos azulados á la izquierda, y muy detrás, del Castillo de las Siete Colinas.

CAPÍTULO X.

Al tocar la quilla en tierra, el sol se asomaba explendoroso por encima del horizonte, el águila se remontaba para mirarle salir, conmovíanse las áuras de placer, cantaban los pajarillos, y las flores enjugaban sus lágrimas de aljófar. Todo parecia presagiar algo grato y bonancible.

Ántropos pisó la tierra de su predileccion con el pecho henchido de esperanza.

Cuando Seuda y Dinamion supieron la llegada de su antiguo siervo, se apresuraron á salir en busca suya para hacerse dueños de su nave y sus riquezas.

A un mismo tiempo dieron con él á orillas de la mar (circunstancia que le libró de ser esclavizado por ninguno) y cada cual le saludó á su manera.

—Vuelves á tiempo—le decia el gigante caballero.—Te necesito como nunca. He dado tierras á tu hijo, le dejo trabajar á su sabor, en medio de sus iguales, al abrigo de mis castillos, y les permito formar hermandades y concejos. Vosotros vereis la mejor manera de utilizar esa brújula, cuyas mara-

villas me refieres; con ella podreis recorrer los mares, haceros rico: no me importa. Sólo os pediré lo indispensable para defenderos. Esquilmad con el comercio á los imbéciles: mi nobleza es otra cosa. Podemos vivir en paz: tú en tu choza ó tu taller, mis nobles en sus castillos. Os haré justicia á todos.

—Y yo—se apresuraba á decir Seuda—te ampararé con la justicia divina para darte el paraíso. En nombre de Teo, ofrezco respetarte y defenderte. Dueño serás de tu trabajo y de sus frutos. Sólo me deberás el diezmo, y eso para asegurar tu salvacion. Cuando te exija algo más, será para redimirte de tus culpas. Pondré precio, y precio módico, á cada pecado tuyo, y si pagas al contado, segun tarifa ó arancel, te prometo hacer la vista gorda.

—Yo le defenderé y defenderé tambien á su mujer y á sus hijos contra Moslema y contra todos, con esta espada invencible—gritaba Dinamion encarándose con su consejera.

—Esa espada temporal, sólo hiere cuando yo lo mando—le replicaba la bruja.—Mi espada espiritual la inutiliza ó la embota. Tu acero podrá herir el cuerpo: yo dispongo de su alma. Soy como el sol, y tú como la luna. Tengo luz propia. Tu brillo no es sino el reflejo de mis resplandores.

—Con brillo propio ó sin él—replicaba Dinamion—mi autoridad ha de estar siempre sobre tu autoridad. Tengo la fuerza y el derecho.

—¡Cómo!—exclamaba la bruja.—Siendo la tierra siete veces más grande que la luna, y el sol ocho veces más grande que la tierra, mi autoridad es cincuenta y seis veces superior. . . . . (1).

(1) Argumento de los Canonistas.

—Y aún, aún—interrumpió Anoya, suspendiendo por un momento su interminable rumiar.—Segun mi cálculo (y yo me sé sus fundamentos) mi maestra es mil setecientas cuatro veces más egregia que nuestro Señor (1).

Ántropos presenciaba la disputa sin saber lo que le sucedia. Veíase solicitado por sus antiguos esquilmadores, y apenas si acertaba á dar entera fé á sus oidos y á sus ojos. ¿Qué cambios eran aquellos?. ¿Qué habia sucedido entre Seuda y Dinamion durante su larga ausencia?. Pero, en fin, se veia solicitado, linsonjeado casi, y su situacion merecia la pena de ser menudamente examinada. Calló, por de pronto, y observó.

Los dos antiguos amigos y eternos esquilmadores del hombre, apuraron sus ofrecimientos y cada cual ponderó las ventajas de su dominacion á su manera; tras de las alabanzas propias, vinieron los cargos y los denuestos. Seuda, como Pontífice Máximo, ensalzó su poder pontifical hasta jurisdicciones de ultratumba, y echó en cara á su Señor sus liviandades y abusos; Dinamion la recriminó por querer hollar bajo sus piés, en su persona, á todos los próceres y potestades civiles (2); salieron á relucir vicios, desafueros y flaquezas, hasta entonces ocultos so capa de santidad ó en los laberintos del derecho, y aunque Ántropos no pudo ver hasta el fondo de las preciosas revelaciones de aquel combate de lenguas, aprendió lo bastante para convencerse de las pasiones de sus amos, de la importancia adquirida por los suyos y de su propio derecho. Con Moslema,

(1) Laurencio.
(2) San Luis á Gregorio IX.

y comparando unas creencias con otras, habia puesto en duda la infalibilidad de la fé: ahora, sus dudas se aumentaban.

Mientras así disputaban los dos irreconciliables enemigos, el siervo razonó de esta manera:

—Ambos me necesitan, luego ninguno de ellos seria nada sin mí. Seuda habla mucho de otro mundo, promete para lo futuro, pero en cuanto á lo presente no me deja respirar. Con una ú otra socaliña todo se lo apropia. Dinamion es violento, á veces sanguinario, pero tiene arranques generosos. Me consulta, me defiende, acaba de dar tierras á mi hijo, me ofrece algo en este mundo, y sobre todo, es el campeon de mi mujer y de mi hija. No es posible vacilar. La bruja aspira á embrutecerme, pretende pensar por mí, y quiere hacerme sentir segun cuadre á su interés: Dinamion me dejará cierta libertad con tal de conseguir de Pónos sus caprichos, y con ello mermará el manto negro de Alecia. Aquí de mi libre albedrío. Me decido: soy de Dinamion.

—Señora—dijo en voz alta.—Respeto la santidad de vuestras intenciones, y os doy las gracias por vuestro interés en pró de mi salvacion. Me someteré gustoso á vuestros sábios consejos, y cumpliré vuestros mandatos en tanto cuanto lo permita mi flaca naturaleza, pero Moslema ha jurado exterminar á mi mujer, Dinamion la defiende, y en su defensa ofrece esponer su vida. Acudo, pues, á lo presente y más urgente, sin dejar de cavilar en lo futuro. Quiero volver con los mios.

La bruja juró vengarse á su manera del villano, pero disimuló y se volvió cabizbaja hácia las Siete Colinas.

Dinamion y su servidor se dirigieron al castillo y á las chozas.

Desde el instante en que Ántropos volvió á abrazar á su mujer y á sus hijos, pudo ocuparse de su casa y de su huerta como de cosa propia. Imitando la generosidad de su Señor, por análogas ó parecidas razones, dió á sus vecinos y criados campos que labrar y techo bajo el cual dormir; formó con sus iguales gremios para trabajar, concejos donde defenderse de las demasías de los nobles y barones, y—¡cosa singular!—en todas las asociaciones hubo asomos del formalismo de la bruja y del despotismo del guerrero, como si á pesar de las lecciones de Pónos no pudiera eximirse de la accion de todo cuanto le rodeaba.

Esto sin embargo, su situacion era muy otra. Aunque los héroes de la fuerza esquilmaban á los villanos llamándose Señores de horca y cuchillo, dueños de vida y haciendas, y otros títulos honrosos por el estilo; aunque Dinamion multiplicaba al infinito los tributos y gabelas, ya no era el feroz guerrero de un principio, ni el pirata de más tarde, ni el ambicioso de despues, ni el hastiado sibarita, ni el crédulo, ni el avaro. Tenia un poco de todo; pero aquellos pocos propendian á equiponderarse en un compuesto, del cual no estaba excluida la generosidad y la nobleza. Cada una de las situaciones de su larga y renombrada existencia habian dejado vestigios más ó ménos permanentes en su modo de sér y su carácter, por lo cual se mostraba más humano, más previsor, más asequible. Acabamos de ver hasta qué punto comenzaba á dar valor á los servicios de los siervos, y apenas de regreso á su Castillo, dió, con su conducta, claras muestras

de estar resuelto á protegerlos y alentarlos para hacer rabiar á Seuda.

Su primer cuidado habia sido informarse de los recursos, facultades y costumbres de Moslema, y despues de oir al siervo, le dijo:

—Está bien. Lo principal es aniquilar á ese malandrin haciéndole confesar que la mujer es la mujer, y yo su adalid invencible y caballero. Despues yo me entenderé con Seuda. Tenemos la sierpe-brújula: es conveniente reconocer la isla. Sin conocer el terreno no se puede maniobrar.

Consecuentemente con los propósitos que estas palabras revelaban, el gigante se dedicó sin perder tiempo á robustecer su autoridad, segun las máximas de Pónos. Hizo que algunos de sus siervos y vasallos viajaran ya al Norte, ya á Levante, corriéndose hácia el Mediodia para traerle noticias de cuanto pudiera serle útil, y calcular los recursos de su enemigo más terrible (1). Por ellos supo muchas cosas que avivaron su codicia y su ambicion. Indujo á otros, despues, á navegar y traficar, procurando traer riquezas á su imperio, de las cuales tomaba una buena parte con uno y otro pretesto. Contra las ligas de sus encastillados próceres, dejaba crecer los concejos de villanos, los gremios de obreros, y facilitaba, tolerando, la constitucion de grupos cuya fuerza principal era la union en la riqueza. Viendo, además, cuánto importaba saber para producir, no sólo respetó las manifestaciones de la inteligencia, si que formó empeño en conservar en bibios las singulares mentidas hazañas de imaginarios caballeros, las trovas de los enamora-

(1) Marco Polo y otros.

dos, las aventuras de pajes y doncellas y hasta la ciencia falsa ó positiva, resucitada y sembrada por Ántropos en su cautiverio, y objeto predilecto de los entretenimientos de Moslema.

Preciso es convenir que en esto la astuta Seuda, no le iba á la verdad en zaga. Al oponer innumerables agrupaciones comunistas de los suyos á los gremios y concejos de los de Dinamion, comprendió la necesidad de hacer más inteligentes á todas aquellas comunidades, y prescribió á unas, la conservacion de biblos en medio de las faenas agrícolas; á estas, recopilaciones capaces de poner á prueba paciencias benedictinas, y encomendó á las de más allá, el fomento de toda obra de comunicacion entre unos y otros, la construccion de los puentes, y la conservacion de los caminos (1).

Así, pues, á impulsos de las pasiones y de los intereses, cediendo á la dura ley de la necesidad, al integrarse con un mismo fin dos organismos diferentes, verificábanse á la par dos diferenciaciones paralelas para dar el ser á órganos distintos y en apariencia antagónicos; pero entre unos y otros, notábase una desemejanza esencialísima de trascendentes resultados en el porvenir: Dinamion y los suyos, no contentos con lo aprendido hasta allí, se abstenian de poner valladares al saber y tenian fé en un saber desconocido; Seuda, por el contrario, creyendo en la infalibilidad de su razon, despreciaba tanto cuanto temia toda novedad, y señalaba á sus criados la erudicion como término de toda sabiduria. Los amigos del gigante eran con esto groseros en la forma, inconexos en el fondo, estrafalarios y

(1) San Gonzalo de Amaranto.

empíricos; los de Seuda gárrulos, atildados, clásicos: aquellos hablaban torpemente, pero obraban; éstos, discurriendo de lo lindo, soñaban con estancar el curso del pensamiento.

Así y todo, comenzábase á patentizar bien á las claras que las máximas del génio protector, se imponian á la postre. Sin querer, y hasta sin apercibirse de ello, se cuidaban unos y otros del cuerpo y de la materia, del saber y de los movimientos intelectuales, y de fomentar ó dirigir las fuerzas afectivas, orígen de toda actividad y causas determinantes de todo resultado y toda obra, es decir: preludiábase ya cierto armonismo.

En cuanto á nuestros amigos, sus impresiones y sus aspiraciones, serian muy largas de contar. Ya hemos indicado cómo formaban sus concejos y sus gremios. Los últimos, sobre todo, por todas partes se multiplicaban. En medio de aquella contínua inseguridad, los siervos adivinaron las ventajas de un oficio sobre el feudo del terruño, porque el artesano ó el artífice llevaba su propiedad consigo, y de aquí el crecimiento de aquellas asociaciones en cuyo seno se elaboraban los medios para hacer respetar á todo esquilmador fuerte ó astuto, las personas, el trabajo y los frutos del trabajo. Sirviendo unas veces al gigante (1); uniéndose otras á los condes y barones (2), ó contemporizando con Seuda y sus comunidades (3), Ántropos y su familia aspiraban á recabar derechos puramente civiles, sin pretender todavia entremeterse en el gobierno de la isla.

(1) Como en Francia.
(2) Como en Inglaterra.
(3) Como en Italia.

Iban marchando, pues, las cosas por muy distinto camino que hasta allí, y las fuerzas se equilibraban de modo que nadie las tenia consigo. Seuda determinó decidir la contienda de una vez, jugando el todo por el todo en un albur. Llamó á su criada Anoya, y en tono febril la dijo:

—No podemos continuar así. Tus falsas decretales están torpemente urdidas, y á su través pasan los rayos de luz como por cedazo, y además..... ¡vaya cualquiera á Dinamion con falsas ni genuinas decretales!. Segun el curso de su feroz concupiscencia, el triunfo de Alecia será, tarde ó temprano, inevitable, y entre tanto, los de Gina me irritan, me descomponen, me exacerban. No hay remedio: ha llegado la hora de vencer ó sucumbir. Es necesario saber á qué atenerse y cómo debemos conducirnos: ó Dinamion, ó Moslema. Hay que traerles á las manos, que peleen cuerpo á cuerpo y sepamos quién es el fuerte, quién el vencedor. ¿Estás dispuesta á servirme?

—Substancial y consubstancialmente.

—Pues ven conmigo; quiero que hagas papel de embajador, de embajador de Moslema, ¿me entiendes bien?. Te vestiré á la usanza de aquellas tierras, con los trajes traidos de regalo por el siervo. El traje todo lo encubre y autoriza.

La bruja, á seguida, llevó á su criada al aposento recóndito donde guardaba las telas, prendas y chismes de cada uno de sus innumerables disfraces y ceremonias, arsenal, en verdad, inagotable; y con su ingénio fácil y rico en invenciones, la disfrazó con prontitud y propiedad. Untóla todo el cuerpo con hollin, púsola sobre la cabeza monda un ámplio turbante blanco, hízola calzar babuchas sin contra-

fuerte, y colgóla sobre los hombros, ancha, suelta y con capucha, una á manera de jilaba.

Dióla instrucciones precisas; hízola aprender de coro, durante las breves horas hasta el alba, cuanto habia de decir, y la previno que se dirigiese al imperio de Occidente, se diera por recien venida de Levante, y pidiera una audiencia á Dinamion.

El embajador salió antes de clarear la luz, recorrió el camino sin tardanza, llegó hasta el puente levadizo del castillo, sonó un cuerno, pidió entrada, y una vez en presencia del gigante, dijo:

—¡En nombre de Teo, clemente y misericordioso!.....

—¡Alto ahí!—interrumpió Dinamion.—Todos venís con idéntica monserga. Moslema sabe de Teo lo mismo que mi consejera. De nosotros aprendió ese nombre, y no es quién para invocarle.

—Teo es Teo—contestó el embajador con la pedantesca gravedad de quien ha dicho una gran cosa.—Teo es Teo y Moslema su profeta.

—Eso allá vosotros—tornó á decir el gigante caballero.—Poneros de acuerdo de antemano, y sepamos cuántos profetas ó vicarios tiene Teo.

—No cabe duda; está escrito—continuó el enviado del profeta.—Mi amo visitó los siete cielos cerúleos y recibió su investidura directamente de Teo.

—Y mi consejera dice que recibe diariamente sus órdenes y sus mandatos. Su inspiracion debe ser, cuando ménos, más fresca que tu delegacion. ¿Cómo averiguarlo?

—Creyendo.

—No son malas tragaderas las que gastamos por acá—continuó diciendo Dinamion—pero, en fin, oigamos lo que se trata de creer.

—Que Teo es Teo y Moslema su profeta.

—Pero..... ¿cómo?, ¿cómo he de creer lo que tengo por sandeces?

—Lavándote el rostro, los piés, las manos diez y seis veces al dia.

—Lavarme yo ¡voto á bríos!

—La ablucion es brava cosa, y santa, y concomitante.

—Pero..... ¿y si no tuviere á mano el agua para tantas abluciones?

—Te restregarás bonitamente con arena.

—Eso es bueno por allá, mas en estas regiones es absurdo.

—¡Teo es Teo y Moslema es su profeta!

—Vamos, lo voy entendiendo—continuó Dinamion con cierta sorna que daba á entender coraje mal reprimido.—Ceremonias como siempre; palabras y engaña-bobos. ¿Te se queda alguna otra cosa por decir?

—Despues de creer—continuó el embajador—y de manifestarlo con tus abluciones, quiere y exige el profeta que destruyas las llamadas obras de arte, sin volver á competir con Teo queriendo crear en mármol lo que Él solo sabe hacer con carne y hueso.

—¿Y despues?

—Quemarás todos los biblos.

—¿Y despues?

—Encerrarás á Gina, á Télia, á todas las mujeres; prohibirás la familia.....

—¿Y despues?—interrumpió maquinalmente el gigante, trémulo de ira.

—Despues no recuerdo más..... ¡Ah! pero sí—se me olvidaba. Para ser todo un creyente, Moslema exige de tí una pequeña mutilacion—ya sabes.

—¡Pues!—exclamó Dinamion apretando ambos puños—¿Y despues?

—Nada, Señor. Nada, nada—balbució Anoya viendo que la tormenta estaba próxima á estallar.

—Míralo bien, mi querido embajador—insistió nuestro guerrero.—Escudriña la memoria, examina sus recovecos y rincones. Nada calles por empacho. Desembucha, desembucha.

—Gracias, señor. Gracias, gracias—murmuró la de la jilaba haciendo reverencias hasta tocar el suelo con la frente.

Hubo un rato de silencio, al cabo del cual Dinamion se puso en pié y rugió:

—Por quien soy ¡voto á....! (y le soltó tremendo), te juro dejar ahito al comedido profeta. ¿Crees por ventura, bellaco, ruin, portador de necedades, que por acá comulgamos con ruedas de molino? ¿Crees que por el gusto de lavarnos y mutilarnos, vamos á renunciar á las emociones más dulces, más legítimas, á la vida del sentimiento y del espíritu, á los cantos peregrinos del más entusiasta de los séres? ¿No hay sino encerrar á Gina en un harem para que ese bestia se huelgue en mis mismísimas barbas? Ahora verás cómo obedezco á los profetas.

Así diciendo, Dinamion cogió al creyente embajador por la jilaba, con el índice y pulgar, cual asqueroso reptil, le dió tres vueltas en el aire, como quien juega una honda, y le arrojó con violencia por uno de los balcones de la estancia. Afortunadamente habia en el patio inmensa muchedumbre atraida por la curiosidad, y deseosa de ver el traje y facha del embajador. Al ver caer á Anoya por el aire se levantaron cien garras y sobre ellas se amortiguó la caida. En cambio el bulto del inmune

embajador se convirtió en una especie de pelota. ¡Válame Dios y cómo le trataron aquellas ruines gentezuelas!: unos le cogian y otros le dejaban; aquí caia y era impelido por los altos; allí volvia á caer y allí volvia á subir revoloteando por el aire como pelota bien jugada. ¡Cuántos chistes, cuántas gracias acompañaban aquellas evoluciones en medio de universal griterial. Quién motejaba sus juanetudos pies; quién se burlaba de la panza; éste le llamaba perro; el otro hereje; imbécil el de más allá; pero—¡oh ceguedad del fanatismo!—ninguno sospechó siquiera que aquel hereje, aquel imbécil, aquel perro era la misma idéntica Anoya, que con otra traje, ó bajo el velo negro, con sus sermones-peroratas les embebecia.

Únicamente el buen Pónos vió al través de los disfraces y dijo á su protegido en uno de los rincones del patio, y por cierto que se lo decia en tono bajo y temoroso de ser por la canalla oido:

—Ya habrás comprendido la tramoya. Una intriga más de Seuda mal desempeñada por su servidora. Lo mismo de siempre. El enredo es falso y burdo; pero ni esos próceres altivos, ni esos acólitos sagaces, ni los trasgos maliciosos, ven la viga en ojo propio aunque distinguen la pajita en el ajeno. Es necesaria luz, mucha luz; desencantar á mi hija para iluminar á todos. Sigamos, sigamos trabajando.

La voz de Dinamion dominó en aquel punto la algazara y se le oyó gritar desde un balcon:

—¡Siervos, Ántropos, acá!. Concluyamos de una vez. Y vosotros, amigos y vasallos, dejad libre al ínclito embajador y sálvele su inviolabilidad. Yo mandaré á Moslema el mio y pondré coto á su insolencia.

La broma cesó al escuchar la turba aquella órden, y Anoya escurrió el bulto cautelosamente. Iba magullada, con una pierna malferida y durante más de un mes hubo la triste de renquear.

Al penetrar Ántropos en la sala de armas del castillo en donde se paseaba Dinamion, le oyó decir entre dientes:

—Embajadores á mí ¿eh?. ¡A mí amputaciones, lavatorios, ridículas ceremonias! ¡Vaya, vaya con Moslema!. Antes de mediar la luna le he de repelar las barbas.

Dirigiéndose á sus siervos y criados, mandóles bordar una dalmática y preparar vistosos atavíos para vestir un rey de armas. Se proponia desafiar en toda regla á Moslema y establecer las condiciones de un combate singular á muerte y en campo cerrado.

Todo se hizo puntualmente, y el heraldo salió con el cartel.

En seguida Dinamion dijo á su siervo:

—Mientras vuelve nuestro rey de armas con la respuesta de Moslema, tienes tiempo para fabricar una armadura. Házla lujosa y resistente. Nadie mejor que tú debe saber su modo de pelear, el temple y filo de su alfange. Es ágil, vivo, audaz, valiente, y convendrá ser previsor. Pónme á cubierto de sus tajos y estocadas, y no te olvides de Hipodonte, porque sospecho que, no siendo caballero, no comprenderá la villanía de herir en lid á mi corcel. Que mis armas me aseguren la victoria. Va en ello la libertad, la honra, la buena fama de Gina, y bien merece la empresa que la consagres los mejores frutos de tu ingenio. Espero de tí, de Pónos y de su varita mágica una verdadera maravilla.

Antropos, sus oficiales y aprendices se pusieron á trabajar sin tardanza, mejoraron el temple del acero, inventaron la manera de dorar el hierro, y hasta Pir parecia hacer prodigios como nunca.

Entre tanto, el heraldo llegó á presencia del guerrero del turbante, y en altas y atrevidas frases le retó á lidiar á muerte con su Señor valerosísimo. Moslema aceptó la lucha, fijó el dia, el sitio y las condiciones, y despidió cortés al mensajero, colmándole de regalos.

Antes de que el heraldo regresara, el armero subió al castillo feudal para invitar á su Señor al exámen de sus obras. Dinamion no se hizo de rogar. Bajó con paso presuroso al taller del ingenioso artífice, y cuando penetró en la fragua se quedó atónito al contemplar la perfeccion y la delicadeza del trabajo del armero. Allí veia defensas para la cabeza, reparos para los miembros, instrumentos para herir, armas con qué defender; allí..... Mas tantos y tan curiosos alardes de pericia merecen ser por excepcion cumplidamente detallados, y con permiso de nuestros lectores lo haremos en el capítulo siguiente, si á tanto llega nuestro ingenio.

CAPÍTULO XI.

Lo primero que sorprendió á Dinamion fueron las armas defensivas suyas, porque estaban colocadas sobre el suelo á manera de derribada panoplia.

—¿Qué es esto?—preguntó al artífice.—¿Has hecho mi figura en hierro?

—Casi, casi—contestó Ántropos.—He tenido que remedar tus formas, deseoso de no dejar parte de tu cuerpo sin defensa. Para la cabeza, el yelmo, cuya visera defenderá tu rostro con la vista, el nasal y la ventalla. Para tu cuello, la gola; para tus hombros, las hombreras. El pecho y las espaldas, partes vulnerables y más nobles, van protegidas con el espaldar y el peto, piezas de excelente temple sobre las cuales se quebrarán los venablos y lanzones. Los brazales, resguardarán tus brazos, sin entorpecer su accion, gracias á las coderas y los aldrones ó gocetes, y terminan como ves en la difícil manopla. Recubiertas la culera y pancellar por el faldellin ó tonelete bordado, pondrán á salvo la parte inferior del tronco sin afear el conjunto, uniéndose con los

quijotes ingeniosamente. Despues vienen las grevas y los escarpes, que están armados por detrás con acicates de punta. La rodillera (ingeniosamente asegurada con los chatones de cabeza de oro que adornan y hermosean la armadura), dá juego y cubre la rodilla. Esas son las armas de tu cuerpo; aquí tienes ahora las de tu caballo.

—¿Cómo!—exclamó el gigante.—¿Tambien pretendes tú forrar en hierro al colosal Hipodonte?

—Sí tal—contestó el armero.—Pretendo que reconozcas la lealtad con que deseo complacerte. ¿No me lo indicaste tú?. Aquí tienes la testera con un puñal agudo sobre el testuz, como diz que tiene un asta el unicornio; la capizana, compuesta de láunas delicadamente chatonadas, como tu armadura, para proteger la cerviz de tu bridon; la grupera con su guardamaslo; las flanqueras, para sobre los ijares, y el pretal con pezonera figurando una cabeza de leon que arruga el ceño majestuoso entre un bosque de guedejas.

—¿Y mis armas ofensivas?—preguntó el guerrero.

—Aquí las tienes, sin que te falte ninguna—replicó el artífice.—Esta es tu espada, éste tu montante, tan largo, que para manejarle bien necesitas de ambas manos; dos dagas, á cuál mejores, un hacha con una maza para falsear el arnés de tu enemigo y hacer saltar sobre-piezas. Las astas de pino que aquí vés, son bordones para los alardes; tres lanzas para la lid, del mejor fresno y hechura, y tal cual venablo arrojadizo; porque como dices con razon, conozco un poco á Moslema y su modo de pelear. Ahora, para completar estos tus marciales arreos, aquí tienes, como corona y remate de las

obras del insigne Pónos, el más peregrino de todos los escudos. Él le trazó, él le exornó con emblemas, y como obra casi esclusivamente suya, no me canso de admirarle.

Y el siervo señaló con visible satisfaccion á la obra que de propósito habia dejado para la última. Era en verdad una gran pieza, como creada por la vara mágica y el fecundo ingénio del inimitable Pónos, quien habia diseñado por sí sus artísticas representaciones.

Cierto que ni Ántropos ni Dinamion acababan de entender las ricas alegorías de sus cuadros; cierto que Pónos habia dado forma estética á memorias y aspiraciones únicamente al alcance de él y de su hija; pero con eso y todo, la armonia y belleza de la obra eran capaces de embelesar á otros muy más entendidos que un guerrero y un artífice; y como nosotros hemos encontrado medio de hacernos con la clave del enigma, vamos, siquiera sea torpemente, á entretener á los lectores con su fiel y exacta descripcion, no tan ajena como pudiera suponerse á los fines de nuestra obra.

Su forma era ovalada. Forjado de una sola plancha, ligeramente cóncava, de hierro dúctil, llevaba en rededor una graciosa guirnalda de laurel y roble, con tal primor esculpida, que el viento, al parecer, podia sacudir y replegar las espesas delicadas hojas. Por los cantos, una orla de figuradas perlas buidas como pulidos diamantes, arrojaba en todas direcciones crespas de luz, para encerrar el campo de la egida con una línea vivísima de fuego.

Dentro de tan nobles y vistosos límites, veíanse sobre el convexo del arma, un cúmulo de escenas y de cuadros, un hacinamiento de objetos, una mu-

chedumbre de figuras á cuál más airosas, pero todo tan acertada y maravillosamente dispuesto, que su conjunto suspendia y deleitaba.

Desde el comedio lanzaba un sol explendoroso sus rayos innumerables sobre los séres y las cosas en su torno. Era como el centro de aquel mundo, la fuente de aquel vivir, el creador de aquellos bellísimos portentos.

Comenzando ahora el exámen de los cuadros por la parte superior de la ancha zona que entre el sol y la guirnalda quedaba, veíanse, á la derecha, los primeros hombres y mujeres confundidos en las selvas con los indómitos brutos, y tan toscos en su desnudez, tan entregados á su instinto, que apenas si los sexos se reconocian, pues unos y otros se procuraban al azar el alimento, y en promíscua confusion, por él de cuando en cuando contendian. Ellos y ellas trepaban por los árboles, desenterraban raices, buscaban los mariscos en la costa, acechaban y sorprendian la caza, y si algun recurso habia para distinguir, entre aquellos taciturnos y desgreñados salvajes, al hombre de su compañera, era la actitud de los chicuelos, que procuraban no separarse del lado de sus madres, algunas de las cuales llevaban á la espalda el reciente fruto de sus libérrimos amores, asomando las frentes deprimidas por entre un tegido de juntos y carrizos. En medio de aquel espectáculo desconsolador, en que el sér más inteligente se confundia con los más cerriles y empleaba los mismos medios que el mono para conservar la efímera existencia, se vislumbraban entre la espesura de los bosques luchas horrorosas, tragedias inesperadas, y el hombre primitivo ya era víctima del sagaz lobo, del prepotente leon, del tigre traicio-

nero, ó ya moria, sin piedad, á manos de sus semejantes, crueles y feroces.

A la derecha de este primer alarde del artífice, el hombre era dueño de algunos pacientes brutos, en medio de campos ménos cubiertos de maleza, más apacibles, más risueños. Sendos pastores con sus calientes pellicas, sus cayados y zurrones, conducian, en desordenada reunion, rebaños numerosos, que tachonaban, con su versátil vagaroso andar, las verdes faldas del otero, donde las mansas ovejas y los triscadores corderillos, tronchaban con diente trémulo las tiernas briznas de la yerba y los suaves matizados pétalos. Los fieles y vigilantes canes antecogian con rara sagacidad las reses, procurando que no se extraviaran, mientras los lobos, impulsados por el hambre, acechaban astutos desde las zarzas y retamas una ocasion, un descuido, para degollar alguna víctima y huir con ella sobre el crespo lomo, sin cuidarse del ladrar de los mastines, ni del despecho de los rabadanes. A todo el hato, seguian pacientemente los asnos, tenaces cuanto sufridos, y como en los serones se vieran abrigados con esmero los débiles y friolentos recentales, se comprendia que la fibra de la compasion vibraba pía en el corazon del hombre, así como era evidente que otros sentimientos se enseñoreaban de su espíritu, porque aquí y allí preludiaba sencillas melodías en la flauta rústica, ó tegia, á la sombra de los alcornoques, coronas de violetas, para adornar rendido y amoroso, los cabellos ya trenzados de alguna bellísima zagala.

A seguida, y todavía á la derecha, empuñaban los gañanes el pertinaz aguijon para avivar el tardo paso de los bueyes, cuyo potente testuz arras-

traba el corvo arado, abriendo anchos y profundos surcos en el seno no esquilmado de la madre tierra. La gleba caia al compás de los alegres cantares que el labrador daba al viento, apoyándose sobre la esteva, y tras de él, al alejarse, acudian bandadas de pajarillos, que se disputaban vocingleros las semillas y los gérmenes sepultos hasta entonces, ó las lombrices y gusanos, que tronzados por las rejas y revolviéndose en su agonía, al descubierto quedaban. A un lado, los entendidos compañeros arrojaban, en movimiento airoso, la dorada simiente sobre los surcos derechos é interminables, y un poco más adelante, los dilatados campos de las mieses que cubrian el fértil suelo de la feraz campiña, se rizaban con las áuras, como se rizan las ondas de los lagos, hasta doblar la rubicunda espiga bajo la segur cruenta del impasible segador. Detrás de este, seguian cien robustas aldeanas y espigaderas; las unas, para formar los corpulentos haces y colocarlos de pié, como otros tantos centinelas que velasen por la seguridad de aquel rastrojo; las otras, para recojer la espiga suelta y sacar de ella el pan providencial del desvalido. Allá, más lejos, columbrábanse entre una nube de polvo, el animado bullicio de la trilla, las danzas y las fiestas de las eras, y como término de toda aquella actividad, los hondos pavorosos silos en cuyos antros se conservaban los frutos todo el año, ó los apuntalados graneros que, bajo la pesadumbre del trigo y el centeno, del maiz y la cebada, agobiábanse y crugian.

El hombre, por lo visto, habia domesticado los primeros brutos con el fin de redimirse de una parte de su trabajar, y como le quedaran ratos de

solaz con sus amigos y parientes, era sociable, jovial y previsor.

Siguiendo con la vista la cadena y trabazon de los cuadros del escudo, venia despues y casi unido al anterior, otro no menos admirable y deleitoso. La escena eran anchos y tendidos horizontes de verdes y cuajadas vides. De los pardos é hilachosos troncos, de los sarmientos flexibles, pendian racimos negros ó amarillos, y de trecho en trecho descollaban sobre aquel mar de verdura los esbeltos y torneados talles de las ágiles vendimiadoras que sacando los turgentes senos, llevaban sobre las enhiestas frentes, con donaire y con firmeza, cestos de mimbre, angostos de pié, pero de boca en derrame, coronados por los bordes con las uvas y la pámpana. Unas iban, otras venian, todas reian y se hablaban sin dejar de acarrear la dulce fruta al lagar situado junto á las bardas del pueblo, en donde una y otra cuadrilla de zagales cantarines, separaban la raspa y hacian vomitar á los redondos granos el apreciado licor, el nunca bien ponderado mosto, que andando el tiempo seria bálsamo para sus dolores, consuelo de su tristeza y divino néctar inspirador de tantas lecciones de entusiasmo, de amor, de poesía.

En medio de huertas y jardines alzábase despues una ciudad activa y populosa. Por todas partes se veian magníficos palacios, y la luz que reverberaba sobre las agujas y las cúpulas de sus altos monumentales templos, la ceñia con una aureola flamígera imposible de mirar, ni más ni ménos que el sol. En rededor de cien gloriosos monumentos, á la par con las alegres estrofas de los artífices y artesanos, gemia la acompasada sierra, el martillo

caia sobre el yunque, y el cedro y el ébano se tallaban y se forjaban el hierro y el acero, y se moldeaban y cincelaban los metales, y el cáñamo se retorcia en járcias ó se tejia en lona, y la lana se transformaba en púrpura y del mármol brotaban estátuas casi con vida, y el pincel de los pintores robaba sus tintas y matices al arco íris para representar en el lienzo ó en los muros los gratos ensueños de su loca mente, ó los grandes recuerdos de sus almas. Ya no le bastaba al hombre vivir y gozar; sentia hambre de verdad con sed de justicia, y por eso celebraba, eternizaba lo verdadero y lo bello, teniendo aras en su corazon para estos dos objetos predilectos, en olvido de sus antiguos fetiches, de los cuales ya apenas se acordaba.

A la orilla del mar, al pié del muro, el alto y enderezado pino tendia en su rededor las cuerdas y las járcias, cual otras tantas raíces que le sujetasen al hondo y flotante casco de la nave, y el valeroso marinero exhalando suspiros, y vertiendo tal vez furtiva lágrima, clavaba los ojos en el cándido pañizuelo agitado sobre el muelle y se despedia de la esposa y de los hijos (por ventura tambien de casta vírgen), para lanzarse temerario entre el furor de las olas, desafiar su braveza y hallar la muerte en abrasados climas ó enriquecer á su pátria con el oro y el marfil, la plata y el estaño, ó con lo que vale más que joyas y tesoros: plantas y animales nuevos, flores fragantes ó vistosas, aves abigarradas, drogas salutíferas y aromáticas especias. ¡Altos y dignos premios de tanta abnegacion, tamaña heroicidad y semejantes peligros!. ¡Galardon, sin embargo, mezquino y desproporcionado al sacrificio, si no viniere con otros cuya valia es in-

mensa; si no le acompañasen las ideas de libertad, de fraternidad, de solidaridad entre los hombres de las varios climas, producto natural y bendecido de las brisas libérrimas del mar!

Finalmente, como término de aquella larga é ingeniosa exposicion, estaba el hombre sentado sobre un excelso aunque sencillo trono, y á sus plantas le servian séres misteriosos, criados singulares y protéicos. Unos, eran robustos y tardíos cual de hierro, otros, como el espíritu veloces y sutiles. Estos iban y venian, mientras aquellos á la verdad, no holgaban. No sólo araban y segaban; no sólo pulian y tejian, si que dóciles, incansables, prepotentes, corrian como el ciervo, nadaban cual la ballena, burlábanse al volar del sacre, para llevar por vientos y océanos ya la abundancia y la riqueza, ya el pensamiento y el espíritu de su opulento Señor, con los más íntimos afectos, las emociones sublimes, y melodias y armonias del incomparable Tongo. En la actitud y el talante del soberano mortal, adivinábase á las claras hasta qué punto era dueño de la tierra, del agua, de la atmósfera, y si no dominaba su previsora inteligencia en regiones superiores, no era por falta de aliento y de ambicion, que para tanto y áun para más tenia soberbia aquel pigmeo; mas áun teniéndole el destino como aherrojado al planeta, disponia á su sabor de todo cuanto encerraba, á juzgar por unos hilos finísimos que partiendo de su cerebro iban á servir de freno al mundo y sus criaturas; hebras que así sujetaban al caballo y al leon como pugnaban por contener y domeñar á los vientos y las olas; que ya arrancaban tesoros á las entrañas del mundo, como llegaban hasta los cielos para precaver las efectos de las estaciones, y

dirigir el curso asolador del rayo. ¡Sencilla cuanto ingeniosa alegoria con la cual se daba á entender que en aquel último período los brazos del mortal descansarian, mientras su inteligencia, alma de aquella nueva creacion, la daba impulso, forma y movimiento!. ¡Admirable manera de cerrar el óvalo del escudo colocando en su parte superior, juntos, pero contrapuestos, el principio y el fin de la carrera del trabajo humano!. La intencion quedaba conocida; el contraste encerraba una leccion sin precio: el trabajo redentor debia transformar al hombre, y así como en un principio su cuerpo pagó con llanto y sudor y sangre el precio ineludible de las cosas, despues lo crearia todo su almo espíritu, y si acaso la frente del mortal sudaba, no era en verdad el material sudor de antaño, sino fecundas ideas, levantadas concepciones, sentimientos generosos, en una palabra: *amor y sabiduria.*

Dinamion quedó embargado de asombro, estupefacto al contemplar un dechado de perfeccion semejante, por más que no le entendiese. Faltóle, no obstante, tiempo para sacar á Hipodonte, echarle encima las bardas, vestir la recia armadura, afirmarse con arrogancia en la silla, gallardearse sobre las estriberas y hacer piafar su corcel, blandiendo al aire su lanzon, ó haciéndole silbar con la tizona. Apenas si tuvo paciencia para esperar el dia convenido, y de buen grado suprimiera condiciones y tardanzas, con tal de dar cima pronto al rudo descomunal combate.

Hubo de contenerse á pesar suyo, mientras los siervos preparaban el terreno y disponian el palenque. Durante los dias de la espera se inventaron muchas cosas, se idearon infinitas novedades, todo

con objeto de sorprender ó asombrar al detestado Moslema. Los hombres y las mujeres no descansaron sino brevísimas horas, como tampoco Báros, Pir y los servidores todos. Unos tejian, otros preparaban drogas y colores; estos, molian y amasaban; aquellos, aserraban y buian; cosíanse trajes, buscábanse galas, levantábanse tiendas y edificios, y para concluir de una vez, se agotaban en frívolos caprichos de amor propio, las virtudes increibles de la vara mágica de Pónos.

CAPÍTULO XII.

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, dijo no se sabe quién, allá en tiempos de no se sabe cuándo, y ¡por Dios vivo que el tal, si no tuvo un tantico de profeta, tendria mucho de docto! Y decimos esto, porque el adagio era aplicable allá en la isla encantada, maravillosa, fantástica y remotísima de Gé, lo mismo que por acá; y decimos esto, porque el plazo señalado para el espantable duelo á muerte se cumplió, y amaneció por fin la aurora cuyo sol, por un cielo azul, diáfano y sin nubes, se alzaba rápidamente como ansioso de alumbrarle ó contemplarle.

Habíase elegido para teatro de la cruenta lid una llanura espaciosa, hácia el confin de los dos imperios, no muy lejana de la mar que por aquellas regiones los limitaba y dividia. En ella se limpió, allanó y afirmó un espacio llano y tendido donde se estableció la tela, la cual, cercada por el rencle, tenia en torno y por trechos, tosco pero capaz anfiteatro. Hácia los medios de aquella gradería alzábanse tres palcos, uno mayor y dos menores, cubiertos con un

á guisa de toldo de fina grana, con festones áureos, tendido sobre columnas y coronado de flámulas de cien colores, todas vistosas, todas ondulantes. Sus columnas figuraban lanzones ó bordones de torneo estriados primorosamente desde el tercio á la manija, de cuyas astas, además de sostener el toldo, pendian sendos y bien pintados trofeos con sus pendones y escudos. Iguales ó parecidas bordonasas adornaban de trecho en trecho la valla, llevando cada una un par de escudos abajo y agitadas puntiagudas grimpolas arriba.

En los adornos y divisas de tantos y tan diversos escudos, habia intervenido Seuda, pues al saber que la cosa iba de veras, y que el lance seria decisivo, abandonó su Patrimonio de las Siete Colinas, y se acercó á Dinamion ofreciéndole su ayuda, tanto para intervenir en el combate, cuanto por estar presente al triunfo de uno de los adalides, y poder salvar con tiempo su autoridad, consumada que fuese la victoria. Para congraciarse con el guerrero y la plebe, oyó á Fanta, escuchó á Alazona, y como cosa en la cual tomase parte Seuda no podia estar exenta de enigmas y de embolismos, entonces como siempre aquella pícara propension de su viciada naturaleza la llevó á crear un lenguaje enrevesado é ininteligible para el vulgo, una escritura simbólica, mezcla de geroglíficos vulgares y de fútiles alegorías, á cuyo conjunto bautizó con la sublime apelacion de ciencia. Porque para la bruja de las cien caretas, entonces y en todo tiempo, ciencia y misterio fueron vocablos sinónimos.

Así es que volviendo á nuestros escudos y á la ciencia del blason, que segun Seuda era indispensable poseer para pintarlos, se veian sobre sus caras

toda clase de figuras, de objetos, de animales y colores. En sus formas eran redondos, cuadrados, en óvalo, en corazon ó mixtos; su campo se dividia en trece puntos, todos con nombres peregrinos, como: *punto de honor*, *ombligo del escudo*, *centro del jefe;* si la línea que les dividia en dos mitades caia de arriba á abajo, se llamaba escudo partido; si horizontal, cortado; tajado siendo oblícua, y de izquierda á manderecha; tronchado cuando tenia contraria inclinacion aquella diagonal. Siguiendo la peregrina gerigonza de la bruja y sus ayudantes, habia allí en rededor del palenque, escudos terciados, cuartelados, en cruz y en sotuer; escudos con sobre-el-todo ó escusones; sin él ó sin ellos; mantelados con chapé; embrazados, diestros y siniestros; danchados; gironados; con cuadros, losanges y fusos; sembrados de bezantes argentíferos, auríferos, de roelas de color, de macles, de rustros y otras figuras. Los nombres vulgares de las tintas habrian revelado al vulgo su inocente significacion, y por esto el encarnado se llamaba gules, sable al negro, y al violado púrpura. Cada uno de estos colores tenia además su significacion misteriosa. El sinople, por ejemplo, que era el verde, significaba un astro de las esferas (el cual, motivos tenemos para sospechar que debia ser Mercurio), el miércoles de la semana, de los árboles el laurel, de los metales el azogue, entre las aves el faisan, de flores la siempreviva, y, por último, pero no en lugar postrero, la esperanza, la honra, el respeto y la amistad.

Más numerosos todavía que las formas y colores, eran los emblemas, los enigmas y los símbolos. Cuantos objetos cubren la haz de la tierra se veian allí representados, y cada uno significaba una ac-

cion, una fazaña, un consejo, segun su posicion y su postura. Espadas, dagas, castillos con leones, sierpes alígeras, rosas con capullos, cardos y coronas, brazos y piernas, testas de animales, todo simétrica y reglamentariamente distribuido, acababan de complicar el lenguaje mudo de la heráldica, cuyos escudos se rodearon despues con el timbre y ornamento, símbolos de la nobleza y buen linaje, ya tendiéndoles sobre ámplio manto de armiño, ya surmontándoles con coronas ovales, castrenses, murales, navales, cívicas, de triunfo, con yelmos y celadas, con cimeras y lambrequines.

—No te exasperes, Andros.—Juzga todo esto, ¡oh Ántropos!, con algo más de perspicacia—decia el buen génio á sus protegidos, cuando escuchó sus burlas y sus chanzonetas.—El símbolo bien empleado—ya os lo tengo dicho—es gran recurso para facilitar y compendiar. Prueba de ello es esa aficion traida de tierra de Moslema (reminiscencia de tus vigilias allí), á representar las cantidades, no solamente por diez cifras, cuyo valor depende de su posicion, si que tambien valiéndote de otros convencionales signos, ya para expresar las relaciones, ya para dar á entender el estado, la procedencia, la significacion, los atributos de la cantidad. Como todo instrumento del obrar, del pensar ó del sentir en esta isla, puede ser el símbolo bueno, indiferente ó malo, segun el uso que de él se haga. Bien empleado y rectamente concebido, proporciona á vuestra inteligencia medios expeditos para evocar ideas ó sentimientos, asociándolos ó combinándolos; aplicado á los engaños de Seuda, puede sumir vuestra razon en los limbos soporíferos de la credulidad. Nada demuestra tan palpablemente el estrecho pa-

rentesco del mundo externo con tu espíritu. Los devaneos heráldicos emboban y entusiasman al guerrero; sea en buen hora: si le prestan bríos para vencer á Moslema, para salvar á Télia y Gina, ¿seguirás, por ventura, menospreciando por inútiles esa mentida ciencia del blason, las invenciones de la bruja ó las extravagancias de Alazona?. Seguid, seguid exornando el noble campo de honor, que ya poco ó casi nada falta.

En aquel punto, un ruido sordo entre la muchedumbre que en rededor del réncle se apiñaba desde muy temprano, el empinar de los hocicos y el volverlos hácia el mismo rumbo, cual veletas movidas por una racha de viento, interrumpió á los interlocutores y les indujo á mirar maquinalmente para ver lo que venia. Vieron, ante todo, y á lo léjos, al gigante, caballero sobre su bridon, ambos como áscua de fuego, ¡tantos eran y tan vivos los rayos del sol, que en su armadura se quebraban!. Traia el lanzon en cuja, á la espalda el bello escudo suspenso del tiracol, la visera caida, el almete graciosamente empenachado. Su corcel piafaba en paso corto, no obstante las bardas y las defensas, sacudiendo airosamente el testuz como para hacer notar su abigarrada garzota.

Mucho delante de aquella estátua de hierro, marchaba el gallardo Tongo á la cabeza de una cuadrilla de timbaleros y trompeteros, alborozando los aires con una música marcial. Á seguida, y á cortísima distancia, venian dos comitivas formando singular contraste. En el centro de la primera, Seuda caminaba sobre una mula de paso (la mejor, quizás, de Gé); en la segunda, descollaban Télia y Gina sobre dos blancas hacaneas.

Con la bruja, á sus lados, delante de ella y detrás, ostentaban infinitos duendes trajes vistosos de oropel. Se adelantaban con cierta especie de confusa y mal ordenada ceremonia, pero su conjunto era brillante y ostentoso. Todo se componia de franjas y colorines, escudos bordados, pendones, galas y plumas. Allí se veian las prendas más curiosas de vestir, los triunfos más señalados del arte indumentaria. ¡Qué plaquines tan vistosos!; ¡qué tíniclas y dalmáticas!; ¡qué cotas de armas, pregones soberbios de arrogancia y vanidad!; ¡qué banderas y estandartes!. Allí bullian, desde la anguarina ó el tabardo de burriel con mangas bobas, hasta la sobrevesta imperial cuajada de pedrería; allí, desde la montera de moños ó de arambeles y el chaperon con una pluma de gallo, hasta el becoquin, el respetable capelo y la empenachada gorra de finísimos armiños con cintillos de diamante. Allí, calzas azules, jaldes y encarnadas; allí, albarcas y corizas, escarpines festoneados y retorcidos borceguíes.

Aquel grupo, sin embargo, aunque inmenso en extension, era todo artificial: un chaparron, y sus galas desaparecian.

La otra pequeña agrupacion era todo lo contrario por su armonía y sencillez. Montadas en hacaneas iban, entre Fobo y Fanta, Gina y Télia, precedidas por dos matronas augustas de noble y seductor talante. Ambas, de estas dos matronas, arrastraban blancas túnicas, y tenian, la de la derecha, un cendal sobre los ojos (1); la de la izquierda, un niño recien nacido entre los brazos (2). El hijo de la mu-

(1) La Fé.
(2) La Caridad.

jer, con traje de labrador, llevaba en medio las riendas de las hacaneas. Fanta se cernia sobre sus alas de tornasol á un costado, y Fobo, rendidamente obsequioso como buen poeta, caminaba al lado opuesto sin atreverse á fijar sobre la nariz de Gina ó de la doncella, las terribles antiparras. Algo delante, á buena altura, Elpisa (1), desde su nube de color de rosa, toda recamada de oro, toda bordada de plata, procuraba animar y dar valor al corto y modesto grupo con su sonrisa angelical.

Llevaban Gina y su hija trajes singularmente majestuosos en cuya composicion se habia esmerado Ántropos.

—Ya que tejo telas y brocados—habia dicho á su mujer mientras trabajaban para la ostentosa fiesta—ya que curto pieles de alimañas, tiro la plata y el oro, trazo, corto, tallo y pinto; ya que vosotras coseis y bordais para vestir tanto vestiglo, bueno será que una vez siquiera, en ocasion tan principal, os presenteis galanamente ataviadas, luzcamos nuestro buen gusto, y vean esos entezuelos lo que somos y lo que valemos.

Á impulso de este pequeño arranque de vanidad, el padre y las dos mujeres compaginaron los trajes poco más ó ménos como sigue. Vestidos de corpiño talli-largos, en punta de hoja de laurel; mangas acuchilladas y faldas amplísimas con cola, porque decia Gina que aquella añadidura daba grandeza y majestad. Eran ambos de terciopelo negro con vivos de raso blanco, tan sóbriamente repartidos, que apenas si asomaban por los bordes. No relucian tachonados de esmeraldas, topacios ó

(1) La Esperanza.

rubíes, en testimonio de opulencia y ningun gusto, mas gracias á innumerables pedacitos de brillante acero, buidos de mil modos en facetas, brillaban caprichosamente destellos de suave luz en medio de lo negro de los faldellines, como rutilan estrellas solitarias sobre un cielo de tristura. Sartas de aquellas perlas que Dinamion trajo del gran viaje, rodeaban sus cinturas breves y caian en manojos y en borlas por la falda. Otra sarta menor de iguales perlas alternando con cuentas de azabache, circuian una y otra vez sus enarcados cuellos, cayendo en ondas sobre sus pechos de cisne, y de la última vuelta del collar pendia aquella crucecita parda y tosca de madera, regalo de la más noble de las criaturas. Conservábala y queríala la buena madre y fiel esposa, como talisman que la devolvió su pureza, sus virtudes; adorábala la hija cual símbolo de abnegacion y sacrificio. Sobre los cabellos de ébano, trenzados sencilla pero graciosamente al uno y otro lado en banda, llevaba Télia además, una corona de siemprevivas, rosas y azucenas, interpoladas entre hojas verdes y corimbos. ¡Corona sencilla de pureza, y de seguro emblemática, porque al tejerla con sus manos agitadas por el amor y la esperanza, la perfumó con suspiros y la regó con su llanto!

Detrás de todos venia, segun hemos dicho, Dinamion con su severa grandeza y majestuosa gallardia, conteniendo á su fogoso Hipodonte para no aplastar bajo sus cascos los enjambres de pigmeos que en bulliciosa algazara le acompañaban en rededor.

Nada añadiremos para describir su traje, ya que el lector conoce pieza por pieza la armadura. Sólo

podríamos advertir dos pormenores pequeños al parecer, sin serlo: terciada desde el hombro derecho al lado izquierdo, llevaba sobre el corazon una banda de seda verde, y en rededor de la gola brillaba una cadenita de oro de la cual pendia, sobre el peto, una cruz tosca de madera.

Cuando llegaron al sitio del combate, la plebe y los demás espectadores se fueron colocando en torno del palenque, mientras que Seuda y los próceres se dirigian á ocupar el palco principal y Dinamion penetraba dentro de la tela.

Lo primero que hizo al pisar el redondel, fué volver los ojos hácia el puesto de la que él llamaba «*reina del combate.*» Vió entonces que Seuda habia usurpado el asiento principal, y sin ser dueño de contener su enojo, la gritó desaforado:

—¡Eso no, Seuda!; ¡ese no es tu puesto!. Por la mujer combato yo, y la mujer presidirá. Ese palco es el de Gina y á su lado Télia juzgará la lid. La he proclamado reina del combate.

Al oir órden tan imperiosa y terminante, Seuda no tuvo sino obedecer.

Por primera vez en público, la mujer se anteponia á la venerada consejera.

Aquello era todo un adelanto.

Echemos ahora otra rapidísima mirada sobre el lugar de la lid. A derecha é izquierda de las dos entradas del redondel, habia dos padrones altísimos de piedra y un escudo de metal colgaba de cada uno. El de la derecha ovalado y convexo, era copia ó remedo del ya descrito de Dinamion, y el de enfrente convexo tambien, pero redondo, sólo tenia por emblema y sobre campo de azur una argentada media luna.

Despues de dar tres vueltas por la pista saludando cada vez al régio palco de las damas, el gigante tocó el escudo de la media luna con el hierro de su lanzon, y se fué á colocar delante de la barrera por la cual entró, para permanecer inmoble. Mientras, el sol ascendia majestuoso y le agobiaba más y más con sus ardores. Las piezas de la armadura tomaron con ello un temple tal y tan cálido, que Dinamion se sofocaba, y cual si estuviese emparedado en un horno sin salida, el aire para respirar le iba faltando.

Impacientábase la gente, hacíanse comentarios nada lisonjeros para el enemigo, y Moslema, á todo esto, ni se presentaba, ni en lontananza aparecia. El vehemente guerrero, sobre su no ménos inquieta y fogosa cabalgadura, se adelantó repetidas veces hasta el escudo del creciente, para tocarle una y otra vez con la punta de la lanza. Ya que su dueño no aparecia en la lid, procuraba como provocar su aparicion, hiriendo sus blasones en desden.

Por fin, tras repetidos murmullos de ansiedad vino una vocería alegre, porque allá en el horizonte distinguieron los más linces, grande polvareda y remolino. «*Allí viene,*» gritaban á porfía. «*Albricias: tendremos lucha.*»

El polvo en tanto se acercaba, y cuando el viento y la proximidad le dispersaron, vió el concurso un personaje muy otro del que con tantísima ansiedad se prometia.

Era un ente negro como el azabache, panzudo, mofletudo, estúpido de rostro, con un turbante blanco sobre la cabeza, y envuelto el obeso bulto en otro blanco ropaje. Venia sobre un camello seguido de otros cargados con varias armas. Cuando llegó

á la entrada del palenque, pidió permiso para hablar con Dinamion, se dejó caer en tierra, y se adelantó renqueando hasta el comedio. Dobló entonces pausadamente las rodillas, pegó tres veces la frente contra el suelo, y hablando con el adalid, armado de punta en blanco, pronunció con grave prosopopeya esta oracion, tan enigmática como otras igualmente célebres:

—No hay más Él que Teo, y Moslema es su profeta. ¡Prepárate! Detrás viene el huracan si no me entregas á Gina y te sometes á la ley, porque no hay más Él que Teo, y Moslema es su profeta.

—¿Por dónde?—chilló Seuda sin poderse contener.—Aquí estoy yo, su vicario, y Moslema es un hereje.

—¡Silencio!—gritó Dinamion, colérico.—Dirigiéndose despues al escudero, añadió:

—Déjate de baladronadas si no quieres que te arranque esa lengua vil y audaz. ¿Quiere tu amo poseer á Gina?. Pues que venga aquí por ella.

—No hay más Él que Teo, y Moslema es su profeta—comenzó á replicar el mensajero.

—¡Basta!—rugió el caballero—y ya se disponia á cometer algun feroz desaguisado, cuando por fortuna los gritos de los circunstantes dieron á entender que en lontananza se divisaba otra nube grandísima de polvo.

Poco despues Moslema llegaba á la entrada del palenque.

Entonces Dinamon, seguro de ser oido por el recien llegado, aplicó la espuela á los ijares de Hipodonte, y parándose delante del palco de la reina del combate, la dijo en altos y reposados acentos:

—Dadme, señora, antes de comenzar la lid (en la

cual me propongo sostener contra todos los caballeros, gigantes y malandrines de este mundo, que sois la reina de la fermosura) una prenda de interés para animar mi valor. Yo la colocaré donde nadie sea osado de tocalla y..... ¡guay del mal nacido villano que osare llegar á ella!

La moza se entusiasmó al oirle, porque era, como su madre, esquisitamente sensible á lo generoso y delicado, y toda conmovida dijo:

—¿Qué más quereis, buen caballero?. Teneis la banda de la esperanza bordada por estas manos.

—Esa—replicó el guerrero—es mi amuleto. Con ella mi brazo será invencible. Me sostendrá hasta la muerte. Pero yo ahora os pido una prenda para colocarla sobre el escudo de mi adversario, retándole así con esta no prevista humillacion, áun antes de hacerle morder el polvo.

La hija desprendió de sus negrísimos cabellos la guirnalda de siemprevivas, rosas y azucenas, y el caballero, haciendo alarde de novel, alargó la punta de su lanzon, sobre cuyo hierro colgó toda trémula la susodicha guirnalda. Al propio tiempo decia en voz tierna cuanto dulce:

—Id, buen caballero, id y pelead como bueno. La cruz y estas pobres flores os aseguran el triunfo. Sed feroz durante la pelea, pero membráos despues de la victoria, con qué dulcísimo entusiasmo sé celebrar la cortesía, la generosidad y el heroismo.

El campeon recogió la rienda á su corcel para obligarle á replegar el anca bajando airosamente á guisa de saludo el cuello, mientras él doblaba el cuerpo hácia adelante para humillar el penacho. Revolviendo acto contínuo su bridon fué á colocar la guirnalda sobre el escudo de Moslema.

Limpiábase éste el polvo del camino, y con ayuda del negro vestíase sus arreos. Cuando vió poner sobre la media luna la prenda de la mujer, rugió como el leon de los bosques, y los puños le temblaron al colgarse el coselete y ceñirse las hebillas. Su cólera se acrecentó sobre manera, cuando su enemigo, dejado que hubo la guirnalda en el padron, tornó al centro de la tela para gritar con estentóreas voces:

—¡Sus!, caballero: yo vos reto y desafio en campo cerrado y noble, ó confesad que la mujer es por su virtud y fermosura reina digna de respeto.

Tongo, como en aplauso de aquel reto, hizo la señal á su cuadrilla y se oyeron varios compases de una tocata guerrera, y el vulgo prorumpió en exclamaciones.

Moslema no aguardó más; saltó de un brinco sobre su corcel, metióle los acicates, arrebató un arma arrojadiza con soltura, y penetró dentro del palenque.

Ni esperó que los heraldos le anunciasen, ni dió tiempo á los jueces del torneo para partir sol y sombra. Sin farautes, sin paseos y ceremonias entró en la lid ciego de furor, dió un alarido estridente á manera de alharaca para llamar la atencion de su contrario, y sobre él cargó veloz como el viento, disparándole una ferrada runa ó azagaya con gentil desembarazo.

Dinamion, aunque sorprendido al ver que su contrincante no guardaba las reglas del combate, levantó el escudo y recibió el venablo junto al brocal, hácia la izquierda. En seguida, y mientras el agresor tomaba campo y empuñaba ponderosa lanza, él se acercó tambien á un lado del palenque, soltó su

bordon de pino, recogió otro de buen fresno, púsole en ristre ágilmente, y sujetándole en posicion casi horizontal, á la altura del sobaco, arremetió hácia Moslema, á tiempo que á la carrera éste venia ya hácia él.

Antes, sin embargo, de encontrarse, embestirse y desbaratarse aquellos dos ínclitos campeones y de decidir así la suerte de la mujer, no será tal vez inoportuno decir algunas palabras para pintar al enemigo de Gina y su corcel generoso.

Cuando Ántropos y su buen génio formaron el caballo de Moslema, como creado habian á Hipodonte, no pudieron sospechar que, ya por las condiciones del clima y del país, ya porque los potros con los cuales le formaron tuviesen más nobleza ú otra sangre, ponian al servicio del enemigo comun un bruto más ligero, más valiente y noble que el bridon de Dinamion. Sus remos parecian los de un ciervo por lo delgados, limpios y derechos; algo tambien de cervuno tenia la contextura de su brevísima cabeza, y su ojo vivo, y sus elásticos hollares, daban singular animacion á su gallarda apostura. Con la cola siempre inquieta, corria tanto como el gamo, y era inteligente y dócil hasta adivinar en cualquier gesto la voluntad del ginete. Desde el primer instante pudieron comprender cuantos miraban la contienda, que Moslema tenia en aquel animal grandes ventajas.

Por fortuna, estas ventajas se hallaban compensadas con las mejores armas y más severa disciplina del animoso Dinamion. A pesar de que Moslema llevaba un bien templado coselete sobre los pechos y la espalda; no obstante tener las piernas y los brazos defendidos con malla ni endeble ni ligera;

sin embargo de ocultar con el turbante el redondo capacete, con su babera ó barbote de buenas launas de metal para resguardar el rostro, ni la visera le cubria, ni el cuello estaba á salvo con la gola, ni las gualdrapas de su potro podian asemejarse al arnés impenetrable de Hipodonte. Lidiaba suelto, se revolvia como el tigre, atacaba ya por detrás, ya por delante, mas no era quién para falsear la bien cerrada armadura, y Dinamion podia cercenarle la cabeza de un revés. En suma, uno ganaba soltura á costa de seguridad, mientras el otro, á trueque de pelear seguro, sacrificaba la presteza.

Conviene añadir, por último, que Moslema gastaba rodela de brocal, triplemente reforzada con una pua como daga en su mismo centro. Esta pua, en ocasiones de apuro, servíale para amenazar ó herir. Por emblema ostentaba en campo azul una media, ó más bien, terciada luna, y sus armas ofensivas consistian en un corvo alfange temible para los tajos, de escaso ó ningun provecho en la estocada, y un primoroso tajan en cinto de ajaracado tafilete.

Vinieron, pues, segun íbamos diciendo, los dos valientes campeones, el uno sobre el otro á todo correr de sus caballos, y al emparejar á izquierdas centellaron en los petos entrambas puntas de las lanzas. Tremendo fué aquel encuentro, y la tierra al choque rehiló, pero afortunadamente las astas volaron en astillas, con tal velocidad y fuerza, que sólo se apercibieron de ello los oidos por su zumbar agudísimo al atravesar el aire.

Como los buitres se ciernen en las nubes, y van y vuelven, y giran y se cruzan sin tocarse, así los dos adalides, revolvieron sus corceles por distintos lados para amagarse mútuamente y tomar cada

cual en los extremos opuestos del palenque otra lanza mejor y más fornida.

De nuevo las enderezaron ambos en el ristre, de nuevo picaron con furor los ijares de sus brutos, y de nuevo con sin igual ardimiento tornaron á dirigirlas contra sus valientes corazones.

Aquella vez el ímpetu de los dos fué tanto, que bajo la lanza de Moslema, dobló Dinamion el cuerpo hasta tocar las ancas de Hipodonte con la espalda, en cuyo esfuerzo y movimiento hizo estallar las estriberas, vaciló en la silla, y algunos pasos más allá la perdió midiendo el suelo. Además el hierro de la lanza enemiga habia penetrado de refilon entre el codal y la codera, habia arrancado á ésta de los tachones despidiéndola réciamente en direccion á los palcos. El proyectil rasgó silbando dos ó tres antifaces de la bruja y la hirió sobre la boca, desgarrándola un colmillo.

Estaba visto: aquella guerra por ella provocada habia de ser fatal en todo y por todo para ella.

Mas no fué el último desaguisado de tan descomunal encuentro. Suelto el fogoso Hipodonte y asombrado por el ruido estridente de las armas, se desbocó hácia su querencia, y al pasar por encima de los espectadores aplastó bajo sus herraduras á más de cuatro.

Por su parte, Dinamion, habia herido á su contrario levemente. Al resbalar la lanza sobre el peto rasgó la carne del muslo, deshizo el arzon trasero de la silla—cuya forma tenia algo de moruna—é hirió en el flanco al corcel, obligándole á caer sobre las ancas. El de la media luna saltó en tierra y al contemplar correr la sangre de su querido compañero, dos lágrimas de rabia corrieron por sus mejillas.

Su antagonista á todo esto, habíase puesto en pié auxiliado por los siervos, desenvainado el montante y se venia sobre él. Moslema comprendió la inutilidad de su cimitarra para buscar las costuras del arnés, y desviándose ligero arrebató una maza y requirió su rodela para renovar la lid.

En aquel punto Télia agitaba su pañuelo para animar á Dinamion. Viólo el de la media luna, sintió algo nuevo y desconocido para él y se quedó como absorto.

Un tremebundo alti-bajo de su enemigo le sacó de aquella especie de involuntario arrobamiento. La lucha se renovó encarnizada como nunca.

Dinamion inmoble, con las piernas abiertas para aumentar su estabilidad, levantaba pausadamente el montante entre ambas manos y dejábale caer á compás, con fuerza irresistible, pero inútil: la hoja, ó caia de soslayo sobre la rodela, ó atravesaba el aire sin encontrar cuerpo á quien herir. Y esto, porque Moslema, siempre ligero, siempre avizor, evitaba los mandobles con brincos, hurtos y marros, y cada vez descargaba un golpe de su maza sobre Dinamion, ya deshaciendo hombreras y brazales, ya quebrando chatones ó sobre-piezas, ya abollando el récio yelmo, pero aturdiendo al caballero de contínuo sin que bastase á defender su cabeza la escofia almohadillada de algodon.

El sol seguia entre tanto sofocando á uno y á otro con su luz y sus ardores. Si el uno perdia fuerza con la sangre, su contrario se sentia aturdido y sin aliento. Al fin, ambos con la vista desvanecida, con la planta mal segura y vacilante, hubieron de separarse, y el enemigo de Gina se sentó con las piernas cruzadas sobre el suelo.

Así permanecieron largo rato respirando rachas.

Como dos galgos, despues de perseguir por cárcabas la liebre, la alcanzan, la rematan y la sueltan por rendidos, á pesar del afan y de la envidia, y éste se tumba, y aquél se sienta sobre el anca, y ambos yacen y jadean trabajosamente con el pecho trémulo, con la lengua túmida, mirándose de hito en hito sin ceder por recelosos, pero sin fuerza para dar un paso y recoger el fruto de su afan, así Moslema y Dinamion se contemplaban dudando de quién seria la victoria.

La ansiedad de los espectadores llegó con ello á su colmo; todos estaban pendientes de los contrincantes, todos, ménos el escudero de Moslema. Rumiando y dormitando cerca de la valla, se apoyaba sobre un baston, insignia de su autoridad. Era un asta terminando en bola surmontada de una media luna, y con cinco colas de caballo pendientes por debajo de la bola, todas de diversas cerdas. Moslema lo advirtió, y le llamó con nombre extraño.

—Díme—preguntó el del turbante á su escudero cuando éste se acercó renqueando.—¿Quién es aquella hurí bellísima que agita el lienzo blanco desde el alfaneque?

—Pues esa es Télia, la hija de Gina, vivo retrato de su madre, aquella que está á su lado.

—¡Cómo!—exclamó el héroe del desierto.—¡De Gina?. ¡Gina?, ¡la vil criatura!. Imposible.

—Ella es: la conozco como á tí—replicó Anoya á quien ya habrán conocido nuestros pacientes lectores.

—Pues juro—prosiguió Moslema despues de breve silencio—que tú y Seuda me engañásteis. Aquel rostro es el de un ángel; si es mala, vosotros ten-

dreis la culpa. Ejerce sobre mí extraña fascinacion, y mientras viva, la tendré en el alma. Comprendo que mi contrario la defienda con denuedo.

Aquí llegaba Moslema cuando oyó decir á Télia.

—¡Ánimo, buen caballero!

Y aquellos acentos dulces, acabaron de fascinarle, y dieron á Dinamion pujanza y brios extraordinarios. Tongo repitió una de sus marciales tocatas, y los dos guerreros tornaron á prepararse para acometer.

—Espera—gritó Moslema.—Ya ves que si tú eres fuerte, no soy flojo yo: si tienes valor, yo no te cedo en un ápice. Voy á proponerte un medio de repartir la isla entre nosotros. Nos hallamos sobre el confin de nuestros respectivos reinos: á mi espalda comienzan los arenales sobre que nací; á la tuya, caen tus estados nobilísimos. Cojamos un par de lanzas, apliquemos sus hierros á nuestros petos; pugnemos cada cual por repeler al otro. Lo que está escrito, está escrito. Si soy profeta, te he de arrojar á la mar; si lo eres tú, precipítame en sus olas. Lo que ha de ser, ha de ser.

—No me parece mal tu idea—contestó Dinamion—y además yo tengo por costumbre acudir donde me llaman. Sea, pero..... ¿y si por ventura ninguno de los dos ahogara al otro?

—En ese caso—prosiguió Moslema—aquel punto en el cual ni perdamos ni ganemos tierra, será la linde de nuestros reinos respectivos. Cada cual se contendrá dentro de los límites así trazados, dejará en paz al vecino y vivirá dentro de su casa como mejor le placiese.

—¡Que me place!—replicó Dinamion.—Coge una lanza.

Ambos contendientes, hicieron lo convenido. Apoyáronse las puntas sobre las mesas de los petos, requirieron las fuerzas de sus tendones y músculos, apretaron los puños y los dientes y comenzó aquella lucha inverosímil para muchos, pero que viene á ser la síntesis de tantas glorias admiradas, de tantas guerras de gigantes. La fuerza iba á decidir la forma de la justicia, y la importancia del derecho.

Desde la primera arremetida, Dinamion comenzó á llevar ventaja: primero, hizo retroceder con lentitud á su enemigo; despues, avivó el empuje; aumentóse la velocidad retrógrada de Moslema, y llegaron á la valla; dispersaron en confusion á los curiosos; rompieron bajo sus piés trofeos, rencles y escudos; saliéronse de la tela; alejáronse hácia el mar, y cuando llegaron á la orilla, el guerrero del turbante andaba siempre á reculones con gentil compás de piés.

Empero no es esto lo más extraordinario: lo increible, lo portentoso, lo fenomenal, fué que al redoblar sus esfuerzos concentrados se fueron los dos hinchando por instantes, creciendo en bulto y estatura. Á medida que apretaban y bregaban, se convertian en colosos, siendo muy mucho de notar que uno y otro perdiesen sus buenas formas y adquiriesen otras un tanto cuanto deformes. Á Moslema, achicábasele la cabeza é íbasele destacando una descomunal barriga, ó si se quiere, enorme panza: á Dinamion, por el contrario, hundíasele la tripa y hacíase cada vez más cabezudo. Al salir del palenque eran dos gigantes respetables, nada más; cuando llegaban á la orilla habian crecido mucho, y eran dos entes un tanto teratológicos.

La facilidad de Dinamion en vencer á su contrario, llamó la atencion del hombre, y haciéndose superior al espanto y la ansiedad, interrogó á Pónos segun su costumbre.

—Me pasma—le dijo—la superiorioridad de Dinamion. Mira cómo retrocede Moslema, tan fuerte, tan feroz, tan animoso, tan ágil. ¿En qué consiste?

—Se cumplen y nada más las leyes eternas de la isla—contestó Pónos.—Te empeñas en no ver la complejidad de todos y cualesquiera hechos ó fenómenos. La superioridad en toda guerra, siempre será la resultante de las tres fuerzas que te mueven. Moslema es fuerte, es apasionado, es inteligente, pero su fuerza tiene intermitencias nacidas de la pasion, su sentimiento es incompleto, como huérfano de la familia, y su razon se deja dominar por los halagos de la fantasía. Dinamion, por el contrario, rinde fervoroso culto á tenaces ideales, y las modestas obras de mi vara mágica le dieron medios para ser tenaz hasta el sacrificio heróico. Cree y quiere, porque comienza á tener fé en mis máximas y lecciones: el otro ha contemplado á Gina y Télia, vislumbra su error y duda, y al vacilar sus sentimientos, los músculos pierden el temple diamantino de cuando creia é ignoraba.

Mientras el génio sin igual esplicaba á su manera el resultado de la lucha, los contendientes llegaron á la costa, y Moslema—cuando las brisas le besaron—creyó sentir los escalofríos de la sepultura. Con la desesperacion de quien se ahoga, apoyó la planta contra un enorme peñasco, tendió las piernas, inclinó el cuerpo hácia adelante, rechinó los dientes con rabiosa fúria, y conteniendo el aliento hizo un esfuerzo último y supremo.

Con él contuvo, pero no pudo rechazar á Dinamion, y los dos gigantes permanecieron inmobles cual los escollos de la costa.

Cuando en desbordado rio, ó en medio del ancho mar, se abordan dos bajeles con peligro de irse á pique, los proeles clavan la punta del bichero en el costado de la opuesta nave, y con brazo robusto y corazon impávido, empujan tenazmente para desunir los cascos poco á poco. Así crece la distancia, se alargan los botadores y cuando los marineros los empuñan á brazo tendido por la punta, media entre las dos cubiertas un ancho y profundo abismo.

Pues no de otra manera el admirador de la mujer y su enemigo, poniendo toda su energía sobre los palos de sus lanzas, procuraron hacer retroceder el uno al otro. Empero, como sus enormes piés estaban unidos indisolublemente al suelo, sus esfuerzos inmensurables rasgaron la misma tierra, y se manifestó una grieta entre los dos, la cual, abriéndose más y más, y con despacio, semejaba el perezoso bostezo de algun antro tenebroso.

Cuando los colosos, alargando por completo las astas de sus lanzones, llegaron á tenerlas por los cuentos, se encontraron al borde de un abismo, en cuyas caliginosas entrañas se despeñaba el mar con horrísono rugir.

Dinamion retrocedió, mas no así el fanático Moslema. Incorregible, solitario, permanece todavía sobre aquel giron desprendido del imperio, hiriendo con su lanza al aire vano y gritando como de costumbre.

—¡Él es Teo, y yo su único profeta!. Télia y Gina serán mias, y tan mias, que ni el sol las ha de ver.

El mar, en tanto, socava su pedestal, por cuya

razon recurre el coloso de la panza á suertes admirables de equilibrio; pero aseguran los doctos que su posicion es climatérica, y que el mar le ha de tragar muy en breve, si los indicios de algo valen.

CAPÍTULO XIII.

Lo sospechamos: más de cuatro de nuestros lectores, áun los más benévolos, exclamarán al concluir de leer el capítulo anterior:

—¡Vaya un final de torneo!. Separar á los adalides sin que ninguno quede en tierra, y sin regocijarnos viendo con cuán gentil donaire apoya el vencedor la punta del acero en la ventalla del vencido, para obligarle á confesar con voz doliente, su desdicha, ó para hacerle engullir bonitamente un buen palmo de tizona.

Sea enhorabuena: motéjesenos como plazca á cada uno, pero nosotros no hemos de sacrificar lo cierto por unos cuantos aplausos. Ni Dinamion venció á Moslema, áun despues de haberle acorralado, ni Moslema se confesó inferior á pesar de su aislamiento. Ambos quedaron idénticos, al parecer, en sus cuerpos y en sus almas; pero, en realidad, muy otros, porque su accion, recíproca y contraria, en algo habia modificado su modo de ser y de sentir. No hay cosa en contacto con cosa, sér en lucha ó

convivencia con sér, los cuales, poco ó mucho, en algun modo, no se compenetren.

Despues de haberse comunicado así, y por manera misteriosa, sus irradiaciones impalpables, Dinamion retrocedió, como dijimos, para no caer en el abismo abierto entre Moslema y él. Al contemplar su anchura y su profundidad, quedó espantado de su propia sin igual pujanza, y se apoyó sobre el lanzon como para tomar alientos, mientras los duendes más ligeros, atraidos por el ánsia de presenciar el desenlace, le alcanzaban, le rodeaban y aplaudian. Ante la sima abierta entre los dos rivales, la muchedumbre se hizo cruces, lo cual, y sea dicho de paso, seguia siendo á la sazon inarraigable manía entre aquella gentezuela.

—¡Viva Dinamion!—gritaron los aduladores, allí, como en todas partes, numerosos con el fuerte.

—¡Viva enhorabuena!—contestó el gigante—aunque quisiera verme muerto ya que no me ha sido dado presentar á los piés de la dama de mis cuitas las barbas de su enemigo. ¡Paciencia, hoy por hoy!. Ya veremos la manera de saltar el hondo abismo para raparle los bigotes. Ahora, volvamos á celebrar nuestra victoria. Haya júbilo, haya fiesta durante toda una luna.

No fatigaremos la paciencia del curiosísimo lector, diciendo punto por punto cómo pisó Dinamion el desbaratado palenque de nuevo sobre Hipodonte, su entusiasta arenga ante la reina del torneo, con la visera de su yelmo alzada, su espléndida generosidad despues de la victoria, ni cuáles fueron sus órdenes y su impaciencia hasta levantar mil tiendas allí mismo para la celebracion del feliz inmarcesible triunfo. Las fiestas se anunciaron por heraldos

y farautes; comenzaron desde aquella misma noche y duraron treinta dias. Nosotros las relataríamos con toda la nimiedad del más concienzudo y escrupuloso cronista, si los lances culminantes de esta historia no sobrasen para hacerla, en opinion de muchos. larga, cansada, indigesta, áun siendo nosotros sóbrios en los accidentes, concisos en el estilo y parcos en las descripciones. Empero, de todos modos, y por ser caso que toca en la misma esencia de la fábula, habremos de narrar forzosamente, entre algunos pormenores, una invencion peregrina hecha con ocasion de aquellas fiestas.

Proclamadas al son de trompa, y á los cuatro vientos, acudieron de las opuestas comarcas de la isla gentes de todas cataduras; unos fanáticos de Seuda, otros discípulos de Pónos. Sucesiva ó simultáneamente fueron invadiendo el campamento mendigos y menestrales, soldados y labriegos, mercaderes y artesanos, palmeros y romeros, entre cuadrillas de médicos astrólogos, con sus ropones y geringas, aspirantes á santos por el hábito y capucha, doctores de la alquimia y nigromantes, leguleyos de toga y de birrete, acólitos con sotana, juglares y trovadores, escolares de hopalandas, truhanes y penitentes, conversos arrepentidos, y otra infinidad de clases y categorías para constituir la más revuelta y abigarrada muchedumbre. Ciegos, mancos, cojos, zopos, la sarna y la tiña aquí, el hambre y la lepra allá, veíanse por do quier, ofreciendo á todas horas, en medio de aquel bullicio, los más lastimosos y repugnantes espectáculos. En esta plaza un bufon y su familia hacian reir á carcajadas con sus licenciosas representaciones, en cuyas farsas presentíanse dramas y comedias; en aquella

esquina un mal pintado retablo y unas cuantas candelillas, bastaban para hacer arrodillar á pecadores contumaces y darse golpes de pecho. En una tienda, el mercader, con mirada de codicia y garras de gavilan, pregonaba telas, perfumes, chucherías, filigrana traida del imperio de Moslema; en otra, escasamente á dos pasos, vendíanse santamente reliquias y rosarios, cilicios y disciplinas. Cuadrillas de trovadores con cítaras ó laudes componian y entonaban coplas, no siempre hueras de intencion y mérito, como preludios de poemas, y en torno, y cual un eco fatídico, oíase lúgubre salmodia acompañando al salterio. Las blasfemias se mezclaban á los rezos, los sollozos á la risa, los suspiros á los ayes, y los cantares, los sermones, las disputas, mareaban, ensordecian.

Cada cual se solazaba á su manera, y mezclábanse sin estrañeza ni escándalo, las mancebas con las damas, las devotas con las meretrices. Ya tribunales de amor daban sentencias peregrinas ó imponian sus fallos libidinosos, en frente de procesiones benditas seguidas por los cobardes ó los inválidos del vicio; ya levantaban los devotos, templos, tirando de las carretas como bueyes, ó labrando en la piedra sus visiones. Estos se hartaban sentados á tosca mesa, encubriendo la rústica grosería de los manjares abundosos, con las sorpresas del ave que escapaba volando de la fuente al sentir la picadura del trinchante, ó del enano vestido de colorines surgiendo de las entrañas de un pastel; aquéllos se extasiaban en deliquios gozando de los celestiales desvanecimientos producidos por la abstinencia y la inanicion; los unos jugaban á los dados ó al ajedrez, aprendido allá en Oriente; los otros se embo-

baban escuchando las consejas de truhanes y juglares, en cuyas simples narraciones mezclábase lo absurdo á lo infantil, lo heróico con lo erótico; empero sobre aquel conjunto de contrastes y de extravagancias en donde los próceres más graves, los soldados, los villanos oian ó disputaban, predicaban ó se divertian, con el halcon sobre el puño, seguidos de sus lebreles, descollaban dos tintas características ó, si se quiere, dos notas predominantes: una era como la actividad inconsciente, el movimiento vertiginoso de la vida; otra, de parasitismo, se imponia por la caridad en los innumerables desvalidos, cuyos bisuntos andrajos apenas si encubrian las llagas más asquerosas, y con las legiones de hipócritas postulantes que, envueltos en sus cogullas, recogian las migajas de la fiesta para fomentar la holganza.

Corria ya el sexto ó sétimo dia de los públicos festejos, y Ántropos se disponia á interrogar á su buen génio acerca de aquel incoherente resultado de sus esfuerzos y máximas, cuando Dinamion llamó á su siervo y le dijo:

—¿Qué te parece de esta algarabia?

—Señor—le contestó Ántropos—á decir verdad, me encuentro lleno de asombro.

—Pues es necesario que la barahunda cese—siguió diciendo el guerrero.—Que se diviertan, en buen hora, mis vasallos, pero no puedo aguantar tan insufribles discordancias. Cuando soñaba como en otras ocasiones, con himnos que me entusiasmasen, sólo oigo un ruido infernal, que ni siquiera deja cantar como antaño á tu mujer. Seuda y los suyos con su canto llano, los siervos que hasta en el templo profanan las austeras ceremonias con sus

cantares obscenos (1), las insulsas melodías de los trovadores, los bélicos acentos de mis trompeteros, aislados, no me satisfacen. Sonando todos á la vez, me dejan sordo y me aturden. Necesito concertar todo esto: un bálsamo para mi corazon, armonías para mis oidos, algo que calme las indefinibles aspiraciones de mi espíritu. Ni quiero canto llano, ni quiero coplas y villancicos, ni esas músicas guerreras buenas para combatir. Deseo oir todo eso y nada de eso, sonidos que armonicen la alegría y la tristeza, lo tierno con lo marcial, en fin, armonía, quiero armonía.

Ántropos se retiró, evocó á Pónos y le dijo:

—¿Dónde andas, que así de cuando en cuando me abandonas?

—¿Dónde quieres que ande?. En busca de mi hija. No atino donde la ha ocultado Seuda, y me urge verla ya.

—Pues suspende por ahora tus pesquisas. Dinamion me pide una maravilla y esta vez la deja casi á mi eleccion. Quiere una música que en gratísima armonía funda los cantos conocidos, y regaladamente le solace.

—Y á la verdad—contestó Pónos—buena falta nos hace esa armonia. Jamás he visto la isla más revuelta. Cada cual siente á su antojo, y nadie, al parecer, discurre.

—¿Pero qué hago para complacer á mi Señor?

—Pues es muy sencillo. Aprovechar la coyuntura y hacer un nuevo adelanto que en pró de vuestra redencion redunde.

—Explícate, Pónos.

---

(1) Costumbres de la Edad Media.

—Voy allá. Es el universo mundo—grandiosísimo concierto, cuyas notas te hieren de contínuo para darte ya dolor, ó ya placer. Como vibran las cuerdas de una lira, cuando sienten vibraciones de otra templada al uníson con ella, así repite tu diminuto organismo las pulsaciones infinitas del inmenso laud que te circunda, y á medida que tus fibras adquieren temple y tension para repetir estos ó los otros movimientos, tu vivir se ensancha, se armoniza, se hermosea. La música, con sus manecitas de ángel, va añadiendo cuerdas á las cuerdas, templándolas y afinándolas, y por eso, es la entrañable nodriza de tu sensibilidad y la manifestacion más expontánea de cuanto hay en tí de más expontáneo y libre. Recuerda hasta qué punto, la fláuta rústica de Tongo fué modelando tu oido y disponiéndote á nuevas y desconocidas emociones. Lo mismo en vuestro estado pastoril, que bajo la lanza de Dinamion, ó la férula de Seuda, Tongo, con sus discípulos y adeptos, haciéndoles tocar el caramillo y la zampoña, inventando fláutas, trompas ó clarines, liras y arpas y tiorbas, contribuyó por modo maravilloso á desenvolver tu sensibilidad, y disponerla poco á poco en auxilio de tu inteligencia; y como prueba de esta accion saludable del musiquillo sobre los habitantes de la isla, sólo te citaré un hecho: aquella añeja manía de vuestros amos y señores al emplear los sonidos concertados como requisito ó elemento para gobernar (1). Ha llegado ya la hora de utilizar todos los materiales en el tiempo reunidos. Aprovechemos la ocasion y sigamos com-

---

(1) Varios legisladores antiguos, consideraron la música como un medio de gobierno.

pletando el ciclo de hoy en que el elemento sentimental se ensancha, se integra, se depura.

—No te entiendo bien—interrumpió Ántropos.—Explícate un poco más.

—Te tengo dicho, y ya debes saber, que tu personalidad se ha ido formando por ápices imperceptibles, gracias á millones de adelantos sucesivos y alternados en las tres regiones de tu sér. Es decir: en la materia, en la sensibilidad y en la razon. Siempre, desde el primer dia, la satisfaccion de una necesidad material *sentida*, te obligó á pensar, ejercitó tu inteligencia, y satisfechas las necesidades del cuerpo y las rudimentarias de tu razon incipiente, la fuerza impulsora de tu sér—la sensibilidad—se agrandó, se afinó, se complicó hasta ligarte con lazos suaves, y sin embargo, fortísimos, á tus hijos y mujer, á tus mejores servidores, á los árboles y plantas, y áun á objetos inanimados, como tus armas ó tus pieles. Cual tres vasos en comunicacion, el nivel de tus recursos, de tu saber, de tu sentir, fué subiendo é igualándose, con cada adelanto ó incremento en una cualquiera de tus tres regiones. Despues de constituida la familia por tu esfuerzo y voluntad, mediante miles de ciclos, despues de haberla dado una como atmósfera de bienestar relativo, en donde pudo vivir siempre sintiendo y pensando, Dinamion y Seuda se encargaron de seguir las propias huellas, y en su afan por satisfacer una y otra y otra necesidad, ya de un órden, ya del otro, como tú, cerraron dos ciclos máximos: uno, de conquistas materiales; otro, intelectual, dando forma concreta á la razon escrita é instituyendo el derecho. Al realizar estos dos grandes ciclos, hicieron tributaria á una gran parte de

la isla, y nos obligaron á conquistar poco á poco, algo del reino de la Naturaleza. Ó para decirlo de una vez: su actividad se robusteció con elementos materiales y elementos intelectuales; pero el equilibrio no existia porque el sentimiento se habia pervertido, y entregados todos, amos y criados, á sus vicios y pasiones, el desequilibrio produjo la catástrofe y la isla hubiera perecido sin la llegada de los bárbaros del Norte, y la intervencion de mi hija. Los bárbaros, en efecto, al amenazarlo todo con sus frámeas, trajeron de sus bosques virginales el elemento deficiente: un raudal de afectos puros, vigorosos, para empezar un ciclo nuevo y fecundo. De entonces acá, poco hemos adelantado en aquellas invenciones tuyas, pasmo y asombro de Gé; hasta parece mermada la cultura y torpe la inteligencia, y es que el equilibrio se va restableciendo sigilosamente con una multitud de sensaciones y emociones, unas, pueriles ó someras; otras, sublimes y profundas. Coadyuvemos á restablecer el equilíbrio con una invencion insignificante al parecer, pero provechosa y trascendente, si alguna vez ha de surgir el gran ciclo de armonía.

—Mas ¿cómo hemos de ayudar? — preguntó el hombre.

—Con una armonía musical perfecta. Necesitamos algo que afine la sensibilidad y la predisponga á sentimientos más delicados, más complejos, más sublimes, algo que funda é integre tan múltiples modos de sentir.

—Pues yo creia que la música era una, siempre total, siempre idéntica, y que una vez inventada, nosotros no podíamos variarla.

—Estás en un error, y para convencerte de él, re-

cuerda bien lo pasado. Todo cambia, porque tú varías. Allá en el Recinto de las Castas, en la Tierra de la Servidumbre, en el Valle de las Inundaciones, las escalas, los modos y el compás, eran tan vários, como los instrumentos. En la Península de Luz, la música se fundió en el molde del lenguaje, y no habrás olvidado ciertamente los dos modos principales que ya te enfurecian, ya te amansaban ó calmaban (1). ¡De cuán distinta manera no sentias al escuchar las arpas trígonas ó semicirculares, las flautas y los sistros en Oriente, ó las liras de tres cuerdas, y las flautas de remuda en Occidente!. Y es que así como los caracoles se trocaron en trompas y clarines, así como de la lira nació el epígono con sus cuarenta cuerdas, así como produjeron las primeras arpas los laudes, los clavicordios, espinetas y salterios, así variaron y se diferenciaron en tí ritmos y modos, y tonos y cadencias. Los bárbaros, en medio de su rustiquez, nos trajeron el arco con el cual Tongo ideó la viola (2), y ya los diferentes instrumentos no suenan al uníson, y en las variadas melodías se escuchan, de cuando en cuando, notas pareadas diferentes, cuyo conjunto seduce. A la antigua melopea, á esta diafonía grata, se han añadido, de poco acá, los trinos, los grupos y las apoyaturas, tan del gusto de Moslema. Y si ahora amalgamamos los elementos afines y reunimos en acordes varios sonidos simpáticos, podremos perfeccionar la utilidad de la música con la variedad de timbres en armonía compleja y con múltiples modulaciones. No seré yo quien te diga que esta

(1) Alusion á los modos frígio y dórico con ritmo espondáico.

(2) El arco del violin es originario de la Escitia ó Rusia.

será la forma definitiva y última del arte por excelencia, porque la perfectibilidad de tus órganos dejarán siempre campo abierto á novedades y mudanzas; pero aseguro que si la tonalidad austera y la armonía consonante del canto llano os dispusieron á la contemplacion y á la humildad resignada, si los acentos lánguidos y tiernos de otros tiempos, con sus pequeños intérvalos y sus extrañas desigualdades, os afeminaron ó entusiasmaron algun dia, hoy necesitamos de una armónica tonalidad rica en ritmos, llena de modulaciones, si hemos de expresar convenientemente, por asociacion, los afectos de una vida apasionada y dramática. La necesidad es manifiesta y su satisfaccion exige un paso gigánteo de parte de tí y de Tongo.

—Pues démosle y acabemos—exclamó el hombre en su impaciencia.

Los dos llamaron á Tongo y á sus adeptos, les explicaron de lo que se trataba, y para hacerles comprender sus exigencias, se valieron de cinco líneas paralelas que llamaron el pentágrama. Con él, y con multitud de signos convencionales, lograron entenderse al fin, y las antiguas melodías se trocaron en armonías celestiales, seductoras.

No negaremos nosotros que los primeros ensayos fueron un tanto escabrosos, pero la novedad se tomó con aficion, los músicos se entusiasmaron, y á fuerza de casar unas con otras las notas de las escalas conocidas, llegaron á formarse asociaciones, más complejas cada vez, y hasta á introducir entre ellas algunas discordancias no repulsivas al oido.

Cuando Scuda y Dinamion, los próceres y la gentualla oyeron de nuevo á Tongo, todos, sin excepcion alguna, se entusiasmaron con la novedad.

Aquello fué un frenesí. Hasta la misma bruja, tan opuesta á toda innovacion, tan enemiga de toda mejora ó adelanto, obligó al siervo á separar los géneros musicales, harto confundidos hasta allí, y á conservar con religiosidad cada nuevo alarde de armonía en biblos análogos á los usados para la conservacion de la palabra, pero mucho más grandes y lujosos.

Al fijar sobre sus hojas la vista, al mirar aquellas hojas fabricada cada una con una piel de ternera, oian los filarmónicos una música avasalladora, y la transfiguracion de los sentidos cada vez más honda y complejamente se verificaba.

Aún hubo más: el temperamento de la soberbia consejera no la dejaba tolerar en otros superioridad alguna, y viendo la aceptacion de la música armoniosa tocada por diferentes instrumentos, se empeñó en tener uno, exclusivamente suyo, con todas las voces, de tono mucho más potente y sonoroso. El hombre, apremiado por sus exigencias, inventó y construyó el órgano.

No es, pues, de extrañar, si Ántropos, envanecido y engreido, exclamaba sin poderse contener:

—Estoy contento de mí; hay en mí algo divino.

—¡Válame!—exclamaba Pónos—y cuánta es tu debilidad. Sientes vibrar las fibras de tu sér, sucesiva ó simultáneamente, respondiendo, por misteriosa simpatía á las vibraciones exteriores de otros cuerpos, y al sentirte sacudido en todo tú, buscas una manifestacion á tu compleja sensibilidad, creas el arte divino, y sin poderlo remediar, te desvaneces. Mucho cuidado, amigo, mucha calma; quien se entregue, por costumbre, sin medida, á esas emociones seductoras, será sin apercibirse de ello, sus-

ceptible, vanidoso y envidioso; entonces, la suave delectacion artística podría mezclarse con tormento cruelísimo, pues no otra cosa es la envidia. Tu aptitud para asociar, así impresiones y afectos, como recuerdos é imágenes, sigue su perenne desenvolvimiento; el ruido desapacible de los primeros tambores para danzar á compás, es ya un tegido divino de divinas sensaciones, gracias á la accion contínua de los fenómenos ambientes sobre tu sensible y perfectible organismo. Tú ahora no ves sino la música—expresion de lo inefable en tí—¡cuántas y cuán distintas impresiones contribuyeron á perfeccionarte para hacértela sensible!. Crece la morera, y á su sombra hila el gusano su capullo; observas tú, y con el capullo hilas la seda; de las raices ó de los insectos vas extrayendo tintes y colores; con el tiempo y los esfuerzos, conviertes el oro en finísimos estambres, y cuando estos y otros elementos, imposibles de contar, irrelacionados al parecer, se encuentran á tu disposicion, tus manos y tus telares los mezclan y combinan, mediante formas evocadas en tu mente, al contacto de mi vara mágica, y resultan como de golpe, y en una pieza, las dalmáticas bordadas ó los soberbios tapices. Así, ni más ni ménos, crea tu cerebro ideas; así, ni más ni ménos, elabora tu corazon delicados sentimientos. Cuando nos conocimos, las notas eran un ruido para tí; despues, fueron conmoviéndote una á una; ahora te hacen gozar por docenas, simultáneamente, y ya pierdes la pista del tegido, para creerte dotado con facultades innatas creadoras.

Mientras el génio del trabajo ofrecia á la familia del hombre estas y otras enseñanzas; mientras los habitantes de la isla se entretenian en las fiestas,

Seuda no podia olvidar un solo instante el triunfo de la mujer en el torneo y su propia humillacion. Veia, además, al gigante victorioso, y recelaba las consecuencias de aquella célebre victoria para su, hasta entonces, incontrastable autoridad. Ya la residencia del obrero en el imperio de Moslema habia quebrantado la ciega fé de la familia en sus preceptos dogmáticos: ahora, libre Dinamion de peligros inminentes, procuraria emanciparse y rechazaria toda tutela áun de carácter sacrosanto. Procurando mantener su prestigio sobre todos, cuanto pasaba á su vista traíala recelosa, y hablando con su criada, la dijo, por fin, un dia:

—Estoy asombrada, Anoya. Despues de tanto predicar, de tanto urdir, nunca hubiera sospechado las costumbres de todos estos imbéciles. No puedo vanagloriarme de mi obra. Me siento atónita ante este conjunto de sandeces, de locuras, de pecados, y quiero poner remedio á tanto mal, porque, amiga mia, al través de las mundanales perversiones, advierto un como hervidero de atrevimientos, de herejías, cuyo hervidero conspira contra la obediencia, la pobreza y la castidad; virtudes inapreciables para tener al hombre en servidumbre, sabiéndolas exagerar. Es menèster poner remedio; es necesario volver las cosas á su antiguo estado.

—No veo cómo, maestra—contestó Anoya—y por otro lado ¿qué mal hay en divertirse?. Cada cual sigue sus gustos, y confieso que á mí no me vá muy mal. ¿Qué adviertes para alarmarte?

—¡Ahí es nada!—exclamó Seuda.—Cuando yo creia imperar en las conciencias, y haber trazado para siempre su puesto y su conducta á cada cual, oigo tantas opiniones, como gentes; veo á los pró-

ceres ensalzar á los villanos porque al hacer retratos como antaño, los pintan no monocromos, sino ricos de color, ó porque esculpen estátuas con preferencia á mis imágenes, y hasta las matronas se acercan á los musiquillos, sin duda para oir mejor. En vez de aquella inmovilidad con que soñé, procurando inspirar á unos y á otros zozobra y resignacion, todo anda revuelto, confundido, y á pesar de los rangos y las clases, asoma el descontento y la anarquía. ¿Qué más!, hasta en los templos levantados de mi órden para enfrenar la licencia, los discípulos de Pónos, los émulos de Ántropos, nos tallan en piedra á tí y á mí, y ofrecen perdurablemente en su misma portada nuestra caricatura á la malicia y al escándalo. No sé qué fuerza irresistible nos mueve á pedir obras y más obras, prodigios y más prodigios, para aumentar indefinidamente el número de artesanos, de artífices, de artistas y acortar cada vez más el negro manto de Alecia. ¡Si le vieras, Anoya, si le vieras!. La tengo oculta, muy oculta, y sin embargo, me dá miedo. Apenas si puedo resistir su luz. Antes de que estas fiestas terminen, hemos de hacer un esfuerzo.

—¿Pero cuál?—interrumpió Anoya.

—Ya que no podamos combatir de frente lo mismo por nosotros sostenido, procuremos embrollar y entretener.

—¿Cómo?

—Con tu charla. ¿Has olvidado, por ventura, ensartar palabras, zurcir frases, hacer perder la pista de la idea?

—No tal, y la prueba está en los muchos que me imitan; pero los tiempos han cambiado, y lo que es ahora no es cosa fácil como antaño. Alguno de mis

discípulos es capaz de ponerme en grande apuro

—Eres una imbécil. Ahora como siempre, los habitantes de la isla se mueren por hablar y disputar sobre aquello que no entienden. Si alguien te ayuda á embrollar, tanto mejor. Échales media docena de tus peroratas, á cual más estravagantes, y te respondo que en mucho, mucho tiempo no piensan en otra cosa. ¿Qué será si aquí, ahora, cuanto has oido en estos últimos tiempos recapitulas?. Entre tanto tomaremos nuestras medidas para ponerles grillos y mordazas. Voy á decirte mi plan.

—Espera—interrumpió Anoya —déjalo para despues.

—¿Y por qué?—preguntó la bruja.

—Porque es dia de vigilia y tengo en casa un salmon que parece un ballenato. Déjame hacer penitencia, dormir una siestecita de tres horas, y en seguida acudiré. Lo primero es lo primero.

—¡Vaya en gracia!—contestó Seuda resignándose. Algo se ha de tolerar á los buenos servidores para que nos sirvan bien.

CAPÍTULO XIV.

Todo instrumento es malo ó bueno, perjudicial ó provechoso, segun el uso que de él se haga; y la palabra humana, el más sublime de todos los instrumentos, es, por lo mismo, en ocasiones, redentora, y con frecuencia causa de error y de luto. Empleada para dar cumplidamente vida y forma al pensamiento, es como la lluvia, sin cuyo auxilio, ni brotan plantas ni flores. En la medida precisa y racional, derrama por todas partes el bienestar y la abundancia, además de recrear plácida y gustosamente los sentidos, ó refocilar los corazones, si, por ventura, transforma al caer sobre los campos, en perlas y topacios, y esmeraldas y diamantes, los rayos del sol del pensamiento; pero cuando inunda cielo y tierra, cuando cae como un diluvio sobre un desierto de ideas, todo lo trastorna, todo lo revuelve, todo lo confunde, y aunque de tarde en tarde deje en pos de sí un poco de limo fecundante, es, las más veces, la causa de grandes é irreparables pérdidas, de lamentables extravíos y de absurdas preocupaciones.

El arma propia de Seuda, de Anoya, de todo el elemento femenino, fué siempre, y entonces era, la palabra, en sus diferentes tonos y matices. Por eso, mientras pudo contar la célebre consejera con la espada del guerrero, tuvo en descanso las lenguas, habló poco y autoritariamente, mas apenas veia vacilar su favor y su prestigio, concertábase con la mentida Alecia, ordenábala soltar los diques á su verbosidad, y á fuerza de teger frases con apariencia de conceptos, embebecia á todos para dominarlos.

Al cerrar de la noche, cuando Anoya hubo digerido, en larga y amodorrada siesta, mariscos, legumbres y el salmon descomunal, cóngrua porcion del ayuno, ama y criada se reunieron en paraje oculto y discurrieron largamente sobre el modo de contener las demasías y áun de evitar las inmediatas consecuencias de la novísima invencion.

—Ese Ántropos—decia la astuta bruja—tiene un ingenio diabólico, una razon maldita. Siempre, en todo tiempo, me sobresaltaron sus prodigios por su influencia sobre el velo de nuestra prisionera, pero ahora, esa fatal manía de pensar que, con su ejemplo, por todas partes cunde, me aterra sin saber por qué. Además, la sola palabra de armonía ataca todos mis nérvios cuando se aplica á cosas distintas de la música. Desde que se ha pronunciado advierto síntomas de rebelion, y si continúan, adios autoridad: se acabarán las gerarquías, los respetos, y nos veremos reducidos al último papel. Ni habrá á quién mandar, ni habrá qué engullir.

—Eso no—exclamó Anoya saliendo de su letargo.—Antes destruyo la isla.

—Lo dices muy fácilmente; pero del dicho al he-

cho hay grande trecho. Dinamion, con sus veleidades de clemencia, nos compromete á cada paso.

—La culpa la tienes tú, maestra—exclamó Anoya —¿por qué luchas con Dinamion, por qué le ofendes?. Nada resiste á su espada, ¿no es por ventura el primero?

—Calla, sacrílega, calla—gritó la bruja interrumpiendo á su criada.—Tú tambien te vas contaminando; hay dos poderes en la isla: el mio, que es el mayor, porque está encargado de las almas, y el poder de Dinamion, que es el menor, porque no cuida sino de los cuerpos.

—Pero, ¿de qué te sirve tu poder, sin fuerza—insistió Anoya—si Dinamion, en dos mandobles, todo lo aniquila y desbarata?

—Eres una imbécil, y á tí sólo te toca creer y obedecer. Mientras yo pueda sembrar doctrina de terror en las conciencias, mientras tú aturdas á los habitantes de la isla con tu verbosidad y les llenes la mollera de palabras, sin dejar hueco para las ideas, Dinamion se verá solo como antaño, volverá á tener el estribo de mi mula, y los demás se dejarán conducir como carneros con modorra. El problema es sembrar mucha cizaña en todos los entendimientos, y ahogar con ella los frutos de las máximas de Pónos. ¿No atribuye toda eficacia á la accion?—Pues atribuyamos nosotros eficacia absoluta á la palabra.

—Pero ¿cómo?—exclamó Anoya.

—¡Ahí está el toque, amiga mia!. Para eso te necesito yo. Desde que Dinamion, allá en Occidente, quiso establecer la escuela para enseñar á los bárbaros, venia notando con zozobra cómo entre la hojarasca de disputas baladíes, de cuando en cuando

asomaban brotes de pensamientos alarmantes. Entre la multitud creciente de escolares, algunos no se dejaban aturdir por el ruido de las voces, y pensaban en el fondo de las cosas, pero eran pocos y creí prudente despreciarles. Ahora, y con motivo de estas fiestas, me pasma el número de los díscolos, y me escandaliza cómo se atreven á decir más de lo debido, y á descubrir atrevimientos heréticos. Ni es tiempo, ni es ocasion de exterminarlos. Conviene por ahora convencerlos, y á tí te toca la empresa, usando, y áun abusando, de tu locuaz algarabía.

—Pero necesito materia, asunto, algun concepto. Poco me basta, pero he menester de algo.

—Pues lo tendrás, y con añadiduras; en todo vengo pensando. Vamos, en primer lugar, al método. Si tu memoria te es fiel, no habrás olvidado, de seguro, aquel amigo de la sabiduría que allá en la Península de Luz señalaba á la inteligencia como fuente de todo derecho. Esta verdad, y otras muchas, las supo demostrar gentil y galanamente mediante cuatro silogismos. Su lógica, no tuvo, hasta ahora, igual. Pues el biblo en donde Ántropos recogió todas y cada una de las palabras de aquel mozo, ha vuelto á nuestras manos, no sé si traido por el siervo de allá de tierra de Moslema, ó si robado por el gigante y confundido en su botin. Con sólo fijar la vista en él, tendrás armas para luchar y vencer. Silogismos, muchos silogismos. En cuanto á temas ó asuntos, ó materia discutible, aquí tienes el biblo por excelencia, en donde encontrarás lo divino revuelto con lo humano, y razones de autoridad infinitas para probar cuanto te se antojare. Cuídate del silogismo, dále tortura y tormento, descoyúntale y mutílale; con tal de apoyarle por la punta en una

frase de autoridad, en una cita bien ó mal traida de este biblo, no habrá quien te contradiga, y si lo hubiere, ya veremos cómo taparle la boca.

—¿Luego quieres que yo vuelva á perorar?

—Y de lo lindo. Más que nunca.

—¿Cuándo?. ¿Cómo?

—Desde mañana, seguida por nuestros más adictos servidores, á quienes proveeremos de lo necesario para obrar segun diré. Vamos y no perdamos tiempo. Antes de terminar las fiestas, has de alcanzar un nuevo triunfo.

Anoya recibió en el acto de manos de su maestra el biblo por antonomasia, y el biblo de los silogismos. Dióles un ligerísimo repaso mientras rumiaba la cena, roncó durante algunas horas, y al ser de dia, desenvainó sus mejores argumentos, y se lanzó á la lucha impávida, seguida por unos cuantos duendes de la más traviesa y maleante catadura, con sendos taleguillos en las garras. ¿Qué llevarian en aquellos taleguillos? Pronto, muy pronto lo veremos.

La criada de la bruja dió un paseo entre las tiendas, se acercó á los corros de trasnochadores y á los corrillos de los madrugadores; escuchó, observó, tomó á la muchedumbre el pulso, y subiéndose sobre un tonel vacío, remondó el gaznate y gritó desaforada:

—¡Aquí, escolares!. ¡Aquí, discutidores!. Vosotros los de ingénio sutil y alambicado, acercáos si os atreveis. Os reto para confundiros. Conozco lo recóndito y lo incógnito, y en singular combate os venceré con las armas corteses de mi dialéctica. Vengan silogismos, y á polvo los reduciré. Los mios son invulnerables. ¿Hay alguno que se atreva á discutir mi autoridad?

—¡La autoridad! ¡la autoridad!—dijo adelantándose un moceton robusto como montañés, y en cuyo porte se adivinaba al gran madrugador.—¿Qué entiende ella de esas cosas?. La autoridad se deriva de la razon. Toda autoridad no sustentada en la razon, no vale una higa (1).

Anoya casi perdió tierra en su tonel al retroceder de asombro.

—¡Cómo!—gritó.—Niego la mayor ¡hereje!. La autoridad es y no es una realidad; pero toda realidad requiere un nombre porque los universales nominales, llevando la idea lógica por una concatenacion casuística hasta el concepto ontológico, dan el ser á la entelequia autoritaria, ideal y platónica en el fondo, aunque peripatética en la forma. Ergo, el indivíduo, tú, yo, nosotros, vosotros, todos somos simples accidentes en hondo conceptualismo, prescindiendo de géneros y de especies; ergo, la autoridad de mi maestra—y la mia—tienen su causa eficiente en los místicos fervores, y en la gloria de la fé, para salvacion del mundo y su eterna bienaventuranza. Contesta ahora si puedes. Te reto á contestarme, te provoco.

El madrugador interpelado, al oir aquella retahila inesperada, se habia quedado frente á Anoya con la boca abierta. Al pararse Anoya despues de sus últimas palabras, y esto por falta de aliento, uno de los trasgos de su guardia salió disparado de detrás del tonel y repiqueteando en tierra de puntillas, pasó como una exhalacion por delante del discutidor y le introdujo bonitamente un tapon entre los lábios, tan bien encajado y justo, que el infeliz se quedó sin poder articular palabra.

(1) Juan Escoto (Erígenes).

Como se habia adelantado al gentío de curiosos, estos, le contemplaban por la espalda, no se apercibieron de la tapadura y al advertir su silencio, prorumpieron en gritos, voces y silbidos.

—¡Viva Anoya!. ¡Viva su maestra!. ¡Afuera quien las contradiga!. ¡Fuera con ese herejote!

Anoya entre tanto, repetia:

—Venga, venga tu argumento.

El pobre contrincante aturdido y temeroso, salió del corro como pudo pugnando por arrancarse el tapon. Su silencio, su derrota, sus gestos, sus contorsiones, le atrajeron rechiflas, zumba, menosprecio.

Anoya, ufana sobre su tonel, empezó á disparatar, y vomitando torbellinos de palabras, habló de lo de adentro y lo de afuera, de lo ignorado y lo sabido, y sostuvo cuantas sandeces pudieran abortar en siglos, un millar de cerebros enfermizos.

Aprovechando una de sus breves pausas—pues rendida de charlar hubo de tomar resuello—adelantose un anciano enérgico y venerable con una máquina curiosa entre las manos.

—Estoy conforme—dijo dirigiéndose á la barajadora de vocablos.—Por la pura lógica, por la dialéctica sutil, todo se puede saber y todo se sabe. Mas en la dialéctica, en la lógica, el resultado depende de la forma. Es cuestion de forma, y de nada más que de forma. Mira lo que he sacado yo de mi cabeza. Aquí tienes el Gran Arte (1).

Y así diciendo, puso en tierra una como rueda de barquillero, aunque muy más complicada. Componíase de círculos concéntricos llenos todos de

(1) Raimundo Lullio.

triángulos, y en cada uno, un signo cabalístico. Varios palillos, girando en diferentes direcciones, podian señalar cierto número de signos al impulso de la mano; y aquellos signos, señalados de aquel modo, formaban sapientísimas sentencias y daban solucion á los problemas más abstrusos.

—Tú das respuesta á las dudas combinando con sutil ingénio las palabras, que una en pos de otra pronuncias—dijo el recienvenido á la criada de Seuda.—Yo, con un capirotazo, hago andar estos palillos, y la suma ciencia y la verdad, quedan escritas de golpe. Aquí tienes los sustantivos absolutos; aquí, los relativos; más abajo, las nueve preguntas; despues, los nueve sugetos más universales; á seguida, las nueve accidentalidades, y por fin, las nueve moralidades. Venga una duda de empeño y ya verás.

—¡Que me place!—dijo Anoya sorprendida ella á su vez.—Allá vá. Un barco está amarrado á la playa, se embarca un pollino en él, roe la cuerda y la corta, la embarcacion zozobra y se va á pique. ¿Sobre quién habrá de recaer la responsabilidad con el daño y los perjuicios (1)?

El anciano dió, á la descuidada, un capirotazo á los palillos, y contestó con indefinible aplomo:

—Cuatro quintas partes de responsabilidad son del dueño del pollino, y el resto, al de la barca. Y la cosa, es clara como la luz: la barca ha dañado á su propietario por la parte elementativa, mientras que el asno, además, dañó por la vegetativa, la sensitiva y la imaginativa.

Anoya, como se dice vulgarmente, habia dado

(1) Problema histórico de los Escolásticos.

con la horma de su zapato, y por primera vez se quedó muda.

La muchedumbre, absorta, estuvo á punto de adorar al palillero de palabras. Por fin, prorumpió en tales y tan descomunales gritos, que el alboroto llegó á oidos de Andros, ocupado á la sazon en fundir varias campanas para Seuda, bajo la direccion de Pónos. Abandonó su trabajo y salió seguido por el buen génio para saber lo que sucedia.

Cuando llegaron á la plazuela, convertida en áula por Anoya, el viejo, con el grande arte bajo el brazo, era llevado en triunfo por la plebe, y Anoya se retorcia sobre su tonel. Un sin número de próceres con hopalandas, envidiosos del vejete, procuraban consolar á la enlutada, y en sus semblantes se traslucia, sin embargo, cierte secreto regocijo.

Anoya les dirigió una sublime perorata, y despues otra, y luego otra, deseosa de recobrar su prestigio y de asombrar á sus oyentes, haciéndoles olvidar el lance del palillero. En su afan por hacer alarde de ciencia y de saber, rebuscó y planteó los temas más peregrinos, y como su ignorancia sólo era comparable á su osadía, se engolfó poquito á poco en las más sándias é inverosímiles puerilidades.

De cuando en cuando, alguno de sus oyentes, hastiado de niñerías ó escandalizado por sus conceptos heréticos, la interrumpía ó la apostrofaba. Un prócer, de luenga barba y con talante de rabino, la dijo en medio de dos de sus peroratas:

—¿Qué estás ahí diciendo?. El hombre es por su naturaleza sociable; solo nada puede; con la asociacion lo puede todo. Las palabras justo y justicia,

de que tanto abusas, no significan, con frecuencia, sino equilibrio (1).

Otro, con más seso é intencion, repetia á cada paso:

—¡Sonidos huecos, palabras sin sentido, aire, viento!. ¿Y la sustancia?. ¿Donde está la idea?

Pónos, por lo bajo, hacia tambien sus reflexiones á Andros.

—¡Siento que no esté tu padre aquí!. ¿Dónde andará?. No le hemos visto en todo el dia.

—Sois unos pobres ignorantes—gritaba Anoya en frente á todos.—No hay nada fuera de este biblo, y mal que os pese, yo, mediante su interpretacion literal, metafórica, simbólica, anagógica y alegórica, tengo razon contra el mundo entero.

—¿Están locos?—preguntaba Andros al protector de su familia.

—No—contestaba Pónos.—Están ayunos de observacion y hambrientos de datos fundamentales. La dieta del único alimento sólido intelectual, les obliga á vivir de aire, y sus cerebros febriles, con aire tegen fantasmas, dando tormento al vocablo. Déjalos: ellos le pulirán, y cuando la razon se cure de esta especie de vesania, tendrá á su disposicion un lenguaje dúctil y flexible para reivindicar más fácil y más cumplidamente sus derechos.

Por fin, la atencion general se fijó en un nuevo contrincante. Salió del corro, avanzó con paso firme, y se paró frente á Anoya. Al contemplar su extraña catadura, la enlutada se calló. Porque sobre los hombros, cubriendo la cabeza, llevaba un testuz de buey á guisa de máscara ó careta.

---

(1) Moisés Maimónides, de Córdoba.

—Muge, hijo mio, muge un poco—exclamó Anoya en tono burlon é irónico, cuando advirtió que era manso.

—A eso vamos—contestó con sorna el recienvenido.—¿Cuál es el punto supremo de la creacion?

—Mi maestra, en tanto que maestra— contestó Anoya.

—Distingo—replicó el disfrazado de buey.—El punto supremo de la creacion es el hombre, que vive de una triple vida: sensitiva, vegetativa y racional, sometido á una ley, dependiente de su razon, y por esto la vida es un movimiento fecundo (1).

Ante un decir tan nuevo y tan fuera de la charla comun, todos los lábios se sellaron, y Pónos dijo al mozo:

—¿Quién será este?. Parece discípulo mio, y por quien soy que es el mozo de más cuenta de todos estos pedantes. ¿Cómo habrá llegado á tener conocimiento de la eterna trinidad?. Porque, en fin, las palabras son distintas, pero conoce vuestra naturaleza trina. Escuchemos y no perdamos ni una sílaba.

Hubo otro rato de silencio, hasta que repuesta Anoya, dijo:

—Todo silogismo implica razon; tu afirmacion no es silogismo, luego lo que dices es contra razon. Por otra parte, el punto supremo de la isla es la cúspide de su gobierno; es así que mi maestra nos gobierna á todos á su antojo, ergo mi sábia maestra es el punto supremo de la creacion, y su gobierno, eterno, infalible, inviolable.

—Distingo—volvió á decir el del antifaz boyuno.

(1) Santo Tomás de Aquino.



—Todo gobierno que se propone el contentamiento personal, y no la felicidad comun, cesa de ser cumbre, porque cesa de ser legítimo. No es sedicion derribarlo (1). Por el contrario: el sedicioso es el Príncipe que alimenta disensiones en su pueblo para esquilmarle fácilmente.

—¿Y la nobleza?. ¿Y la estirpe?—gritó Seuda sin poderse contener.

—Teo, haciéndose creador de nuestra raza, la ennoblece toda entera. La misma espiga dá la flor de harina y el salvado: éste alimenta á los cerdos; con la otra se hace el pan para los reyes. La pretendida nobleza hereditaria no es digna de envidia, si no fuere acompañada de la nobleza verdadera, es decir, de la virtud (2).

—¿Y no hay quien te diga ¡Bu!?—gritó Anoya desde su tonel.—¿No hay quien te agarre por los cuernos?. Si la sabiduría no es algo por encima de las perogrulladas del sentido comun, *¿qué es mi divina dialéctica?*

Mientras Anoya pronunciaba con creciente cólera las anteriores palabras, salió otro trasgo con su taleguillo, pasó como una exhalacion delante del enmascarado, y quiso taparle la boca; pero el tapon quedó sobre la máscara, y el desconocido tuvo tiempo de decir en contestacion á la última pregunta.

—El extravío de una facultad preciosa para observar y conocer, para asociar é inducir, pero estéril é impotente cuando se empeña en sacar todo conocimiento de sí.

Viendo que el osado contrincante estaba decidido

---

(1) Santo Tomás de Aquino.
(2) El mismo.

á no callar, uno de los escolásticos, gran partidario de Anoya, le increpó en los términos más enrevesados, y cayendo sobre él inopinadamente, le asió por los cuernos y procuró obligarlo á arrodillarse. Quedóse con la careta entre las manos, y cuál no fué el asombro de la muchedumbre cuando descubrió en el desconocido á Ántropos.

—¡Ah!—exclamó Pónos—bien lo sospechaba yo. Era un obrero, y de mi escuela.

Anoya se quedó corrida y con visible sobresalto. El auditorio, amigo como todos los auditorios de inesperadas peripecias, rió la gracia y celebró el chiste tan ruidosamente, que Anoya hubo de bajarse del tonel.

—¡Bien, amigo mio, bien!—exclamó el génio cuando Ántropos se hubo acercado á los suyos. —Pero noto que te vas contaminando: ¿qué es eso de la triple vida, sensitiva, vegetativa y racional? ¿No te he dicho una y mil veces que tu actividad es física, intelectual y afectiva?

—Pues yo te digo á mi vez, amigo Pónos, que tú tambien te vas contaminando. ¿Tanto valor das á tus palabras?. Me pasma tu nímia pulcritud. Yo quise decir lo mismo, pues por intuicion ó por costumbre diferenciaba en mi conciencia las tres clases de fenómenos que constituyen mi sér. Me expresé mal porque en aquel instante no encontré otras palabras á la mano; pero las palabras son palabras que se lleva el viento, y los hechos constantes no cambian porque ellas cambien.

De esta suerte, aferrándose Ántropos cada vez más en no dar valor sino á los hechos, y pugnando Anoya por enterrar la idea debajo de montones de palabras, se iban perfeccionando en la encantada isla

de Gé la materia del pensar y los medios de expresar pulidamente el pensamiento. Como solia decir Pónos, continuaban allegándose los materiales necesarios para equilibrar la actividad y hacer obras de armonía; y esto sin apercibirse Seuda, y hasta con la cooperacion de Anoya. ¡Lo que ella charló para clasificar sus silogismos y sacar de ellos un átomo de concepto!. ¡Cuánto no discurrió en bárbara y baralípton para convencer al mundo que ni el Sol podria recorrer los cielos sin su retórica, su dialéctica y su lógica!. ¡Qué modo de enjaretar proposiciones contrarias, contradictorias, subcontrarias, subalternas, de oposicion, de semejanza, para probar *que el pensamiento pensaba por la virtud pensadora que al pensar los pensadores daba de sí el pensamiento!*. ¡Qué manía tan graciosa de buscar las causas mediatas ó inmediatas de las cosas, en la estructura de los tropos, ó como resultado necesario de la colocacion accidental de las premisas, el predicado ó el sugeto en sus dilemas, entimemas, epiqueremas y sorites!. A los dos dias de andar Anoya por el campamento derrotando contrincantes y reduciéndoles á silencio—por supuesto con ayuda de los duendes de los taleguillos y de sus tapones—ya nadie se entendia sobre cosa alguna en aquella indescriptible pajarera. Así trascurrieron los pocos dias de fiesta que quedaban, y Seuda, ufana con el resultado de su ardid, quiso despedirse con un golpe de efecto de los suyos para dejar estampado en el recuerdo de las gentes la síntesis de su enseñanza. Venia preparando el lance desde muy atrás con el auxilio de Fanta, y el éxito fué maravilloso.

Poco despues de la salida del sol, oyéronse al aire libre los acentos sonoros de un trovador inspirado,

y las gentes corrieron á escucharle. Era un pecador arrepentido coronado de laurel, pulsaba una lira rica, suave, majestuosa, sobre la cual se cernia el hada de las leyendas para oirle é inspirarle. Cantaba sus peregrinaciones de ultratumba, en frases grandilocuentes y en idioma casi nuevo (1), y la mágia de su canto tenia corte divino. En tres etapas, en tercetos de treinta y tres estrofas cada una —lo cual demuestra hasta qué punto rendia culto el cantor al símbolo trinitario—transportó á sus oyentes á un infierno, á un purgatorio, á un paraiso, y les hizo horripilarse, con los tormentos de los réprobos, platicar con los humildes, los soberbios, los envidiosos, los coléricos ó avaros—pecadores veniales hasta cierto punto—y deleitarse por fin con beatitud, en la contemplacion del infinito amor.

Mientras duró la luz del sol, todos, desde el guerrero al villano, estuvieron suspensos de los lábios del insigne vate, y cuando llegó la noche Seuda creyó en su definitivo triunfo, y sin embargo, ¡misterios insondables de la isla! las doctrinas fantásticas inspiradas por ella al trovador con sus terrores y su gloria, con su amenaza y su esperanza, con sus tres gerarquías de ángeles, arcángeles y principados, de virtudes de diosas y dominaciones, de tronos, querubines y serafines, sólo habian sido en fin de cuenta como el lienzo para enaltecer las invenciones y presunciones de Ántropos, flajelar á sus esquilmadores y llamar la atencion de los creyentes sobre el antagonismo de Seuda y de Dinamion, los vicios y los propósitos de aquella (2).

(1) Dante.
(2) Purgatorio, canto XVI y otros.

Con aquel magnífico cantar, se puso fin á las fiestas, pero Seuda no quiso regresar á sus dominios, sin llevarse por delante algo nuevo y algo útil á sus fines de lo mucho que habia pedido á Ántropos y su familia. Visitó el taller de los artífices aquella noche y despertándoles, les dijo:

—Vamos á ver, ¿cuándo tendré las campanas?

—Con ellas estamos—contestó Ántropos.—No creas que ha sido cosa fácil dar con la liga del metal, su fundicion y su timbre. A pesar de los infinitos adelantos realizados por nosotros en el arte de casar, fundir y trabajar los metales, hemos debido ensayar una y otra vez hasta poder complacerte. Tenemos aprendices á docenas trabajando todos á la vez, y ya puedes disponer de algunos cientos de esquilas y esquilones.

—Pero yo necesito campanas con lenguas de bronce que se oigan en toda la parroquia, y necesito muchas, y las necesito inmensas. Más valiera que atendiérais á esta obligacion en vez de solazaros por las plazas arguyendo contra mi criada, y hablando de lo que ni os importa, ni entendeis.

—Pero Señora—replicó el hombre con atrevimiento inesperado.—¿Cómo quieres que yo detenga el pensamiento ó que mis palabras se me pudran en el cuerpo?

—¡Esas tenemos, atrevido!. Ya lo sospechaba yo—exclamó Seuda enfurecida.—¡Siempre con tu fatal mania de pensar!. Yo te diré cómo se pudren las palabras y se detiene el pensamiento. Sin dejar la fundicion de las campanas, me vais á fabricar mordazas de todas formas y tamaños. Esto, por de pronto. Si no basta, emplearemos más radicales correctivos. A callar y á trabajar.

Los artífices se contuvieron mohinos, y cuando quedaron solos, contaron á su buen génio la entrevista.

—Lo de siempre—les dijo Pónos.—Por ley fatal é ineludible, Seuda deshace por un lado lo que por otro construye astuta y pacientemente. Procura ahora haceros enmudecer, y os pide lenguas de bronce á cuya voz se haga la obra necesaria en este instante.

—No te entiendo—exclamó Ántropos con admiracion.

—Pues sígueme y me entenderás. Desde la caida del imperio y la venida de los bárbaros, la isla viene siendo un hervidero, y cada cosa anda por su lado. Los siervos en su ignorancia, los próceres en su castillo, razonan como piratas: cada uno para sí; pero còmo dijo aquel rabino de las barbas, el hombre es sociable, y aislado poco ó nada puede. La necesidad más apremiante, hoy por hoy, es la necesidad de concentracion. Si los habitantes de la isla no se agrupan y forman pequeños organismos, será imposible constituir debidamente otros mayores capaces de luchar con Seuda y con Dinamion. El actual prurito de la bruja es reducir á todo el mundo á la rutina y obediencia, y para ello te ha pedido las campanas, con las cuales espera ordenar la vida al toque de badajo. Su fin es uno y el resultado será otro. Contribuye á introducir el órden y la disciplina, y con disciplina y órden, la voluntad —resultante de todos los sentimientos en vías de formacion—se formará. Aguanta, pues, la mordaza y sigue haciendo campanas. Esta nueva peticion de la ingeniosa consejera es como todas las invenciones tuyas: influirá más en tu emancipacion que

todos los silogismos y las dialécticas de su razon pura ó de su inteligencia estéril.

Nuestros amigos se resignaron como siempre. Concluyeron las campanas, y una vez repartidas por la isla, sus habitantes se fueron acostumbrando á pensar y á obrar á toque fijo.

Entre tanto Dinamion habia vuelto á su castillo y pensaba en la manera de contar con el apoyo del pueblo de los villanos para aumentar sus riquezas. Veia con envidia los taleguillos de númas, que sin cesar llegaban de todas partes para llenar las arcas de su consejera; comprendia todo el poder de aquellas númas, y codiciaba tambien las cajitas encantadas de oro, de plata ó de cobre, y como donde no hay es imposible sacar, determinó escitar á sus vasallos á la industria y al comercio.

—Mi consejera—se decia—tiene una mina inagotable. Hipoteca el cielo para esquilmar la tierra, y así ¿quién puede luchar?. Es necesario que mis gentes se hagan ricas, que se aficionen á lo suyo, y si les esquilmo con prudencia, estarán todas á mi lado cuando levante bandera.

Consecuentemente con semejante propósito, Dinamion abrió la mano y toleró la formacion de cabildos y concejos, y hasta les ayudó en ocasiones cuando se trató de comerciar por el mar á puro bote de lanza. En esto, y en reprimir la insolencia de los señores feudales cuando se les subian á las barbas, fué entreteniendo el tiempo en espera de ocasion, haciendo la vista gorda en cuanto á las socaliñas de su consejera, aunque la ira le royese.

De este modo, y por una y otra causa, los aprendices de Ántropos, lo mismo los tejedores de lana, que los fundidores de metales; lo mismo músicos y

artistas, que labradores y artesanos, pudieron agruparse, conocerse, simpatizar y discurrir bajo un comun sentimiento al Norte, al Mediodia, en las ciudades, en la aldea, sobre los médanos del mar ó sobre las lagunas de la costa.

El hervor de actividad caótica comenzaba á producir como centros de cristalizacion, en cuyo alrededor se dibujaban las líneas y facetas de joyas embrionarias.

CAPÍTULO XV.

En la pugna ya ostensible, ya latente, entre Dinamion y Seuda; con sus celos y sus luchas por la suprema autoridad; á la sombra de las ambiciones de los próceres avivadas con el ejemplo de los amos, las condiciones de los siervos iban poco á poco mejorando y Elpisa se les aparecia de contínuo allá en el cielo, en su nube de color de rosa, toda bordada de plata, toda recamada de oro.

Ya vimos como en sus varios apuros con ocasion de las correrías por los dominios de Moslema, les habia concedido Dinamion tierras, premios y franquicias. La choza y el campo en torno, el molino y el taller, eran casi casi suyos; reservábanse una parte de los frutos del terreno labrado á censo ó á foro, y su Señor les remuneraba con cajitas redondas de metal, cuando inventaban alguna maravilla nueva ó salia de sus manos alguna obra maestra, fruto del ingénio ó la constancia. Poco á poco se fueron haciendo ricos (porque rico es todo aquel que tiene lo necesario), y con la tranquilidad del

desahogo, se vieron en posicion de cultivar mejor su inteligencia y en camino para ser mejores.

Despues de la devastacion de los gigantes del Norte; despues del abandono de la agricultura bajo el temor de la profecía milenaria; despues de la despoblacion y ruina ocasionadas por la guerra con Moslema, nadie habria reconocido los campos, los jardines, y ménos aún la apacible vivienda de nuestros amigos, los protegidos de Pónos. Su cabaña, escondida entre un bosque de nogales y castaños, encalada exteriormente, con su techumbre de teja y sus ventanas con cristales, parecia blanquísima paloma arrullando sobre un nido de verdura, en cuyos ojos reverberaban los primeros rayos de cada nuevo sol primaveral. Un emparrado sostenido sobre troncos ó sobre pilastras esbeltas de granito, tendíase grande y anchuroso delante de la mansion humilde, sombría y placentera, por la suave pendiente fronteriza desde la puerta de la choza al arroyo fresco y jugueton que serpeaba por el valle. Cuando á la sombra de las parras se llegaba hasta la casa, notábase desde la puerta un aseo y un cierto olor de bienestar que convidaban á reposarse allí, léjos de las miserias del mundo.

Al asomarse al interior, presentábase un portalon cuyas dimensiones revelaban, ya por sí, aspiraciones más ámplias. Los cántaros más grandes y más rojos, tenian mejores formas y rebosaban de agua, de vino, de leche. Reminiscencias de otros tiempos, y de añejas aficiones, decian al observador al primer golpe de vista que allí mandaba y disponia Gina la casera, Gina la hacendosa.

A un lado del portalon estaban los dormitorios con las camas, no ya de yerbabuena y de romero

seco, sino de blandos vellones encerrados en vistosas telas, con blancas sábanas randadas, con almohadones de plumon. Hasta cubria la cama principal una colcha de tupida sarga, exornada con dibujos de color vivísimo. Dos sillones de baqueta tachonados con tachuelas de laton, brillante como el mismo oro, una estátua tallada toscamente y la cruz de palo colgada á la cabecera, completaban el sencillo ajuar de aquella alcoba, mientras en la sala, además de un arcon con cantoneras y herraje de lacería sobre paño rojo; además del lujoso y multiforme comodin embutido con metales, carey, marfil, hueso y nacar; además de las sillas de tafilete con impresiones artísticas, el encogido cortinaje y el breve y obligado espejo en forma de cornucopia, veíase en un rincon el torno de hilar, no ya tosco y primitivo, sino elegante y tallado, junto á la vetusta rueca, suspendida á una pared blanca cual la misma nieve.

Empero la pieza principal de aquella casa apacible era, sin género de duda, la cocina. Hallábase á manderecha del zaguan, y cómoda y espaciosa, contenia en el fondo la chimenea sociable en cuyo centro ardia media encina sostenida por ardientes tueros. Debajo de la campana, en torno de su boca ennegrecida, pendian perniles, embutidos, tasajos de cecina y otros manjares suculentos, todos curándose al humo, todos absorbiendo las esencias perfumadas del tomillo y el romero y mil yerbas odoríferas. Dos poyos bastante largos, uno á un lado y otro enfrente, convidaban á solazarse y platicar—sobre todo por la noche—junto á la hirviente caldera suspendida de los llares, cuyos gratísimos vapores tantalizaban dulcemente al apetito, harto des-

pierto y exigente entonces tras las faenas diurnas.

No cabia dudar: al contemplar todo aquello se comprendia que Ántropos y su familia comenzaban á sentir que Pónos no les engañaba. El siervo, despues de todas sus amarguras, poseia casa propia, y su personalidad se recreaba al estenderse sobre los frutos del trabajo.

Allí dentro del santuario oscuro, protegido por una sombra naciente de respeto, tenia al par del cuerpo, sús legítimos placeres el espíritu. Cuando despues de un dia de fatiga, despues de arar y de sembrar, de bregar con Pir ó de visitar á Báros (quien además de moler en molinos más perfectos, preparaba paños y bayetas en enormes ruidosísimos batanes); cuando despues de estas y otras muchísimas faenas soltaban, el hijo los aperos, el padre las herramientas, y se lavaban la tizne de los rostros, y sacudian de sus trajes la harina mezclada con el polvo, cerrábanse cautelosamente puertas y ventanas, quedábase en silencio la vivienda, y en tanto que se cocia la cena, sacaban del arcon un biblo, fijaban en él los ojos, y tornaban á oir antiguos cantos, y revivian los recuerdos á cuya imágen se conmovia el corazon y la pupila se bañaba en lágrimas.

Aquellos eran los momentos más dulces de la vida. En invierno sobre todo, cuando la nieve caia, cuando las parras llevaban carámbanos por racimos, cuando el vendabal bramaba entre la rama del bosque y el insolente gorrion ó el amigo petirrojo rebuscaban confiados las migajas de la mesa apenas las vidrieras se entreabrian, aquellas horas primeras de la noche tenian un encanto sin igual. Porque aquellos resplandores temblorosos del ho-

gar, aquellas sombras reflejadas sobre el muro, ya ténues y decrecientes, ya negras, crecientes y gigantes, el chisporroteo del tomillo y la hojarasca, el sostenido hervir de la caldera, el calor vivificante del hogar, las sonrisas de los hijos, las caricias de los canes, constituian para Ántropos un conjunto gratísimo de sensaciones, tanto más deleitoso y envidiable, cuanto mayor era el contraste de tan plácido interior con la crudeza del tiempo, los silbos del vendabal y los sustos de la noche.

Y no se crea que el soláz y esparcimiento de Ántropos se limitaba á recordar los cantos de su mujer ó las leyendas poéticas de Fanta. Aún habia más. Allá, en el fondo de la choza, hácia su parte trasera, bajo los olmos y castaños más corpulentos y más apiñados, ocultábanse oficinas y talleres amueblados con tornos, telares y otras máquinas. Una oficina de aquellas, la más oculta de todas, era la predilecta del obrero y en ella pasaba las horas que tenia libres. ¡Cuántos sueños, cuántas ilusiones no acarició su fantasía en aquel laboratorio, siempre que pudo traspasar su oscuro umbral y cerrar tras sí la puerta!. Allí estaba todo lo que trajo del Desierto de los Oasis, cuando se fugó atrevidamente en las barbas de Moslema; allí los instrumentos, horóscopos y baratijas ideadas por las exigencias y los caprichos del profeta del turbante. Un hornillo cuarteado por el fuego; crisoles con escorias y pavesas; vasos de cristal y vidrio; redomas y retorcidos tubos; alambiques, garabatos y tenazas; piedras, raices y drogas; cadáveres de murciélagos; culebras, sabandijas y lagartos disecados; biblos de los que robó ó recuperó; esqueletos y pellejos; tabletas con triángulos, y círculos, y signos, y figu-

ras cabalísticas; un mortero aquí, una balanza allá, un astrolabio acullá. Aquel era el laboratorio del alquimista, el estudio del astrólogo, pues, á pesar de todo, las lecciones y consejos del buen génio nunca pudieron disuadir al pobre iluso de sus pueriles aficiones, pero aficiones, segun Pónos, inofensivas á la postre.

—¡Quién sabe!—decíase alguna vez el excelente génio.—¡Quién sabe lo que sacará mi protegido de todo eso!

Ántropos—no hay para qué negarlo—en ocasiones, abusaba con exceso de aquella tolerancia paternal, y ya no se reducia su ambicion á buscar sencillamente, como antaño, la piedra filosofal, ó á leer en las estrellas los acontecimientos por venir. Habíansele pegado los resabios de la bruja, con las risibles vanidades de los duendes, y contaminado por espíritu de imitacion (espíritu que parecia en él ingénito), daba importancia extraordinaria al hábito ó á la ropa, y no se creia en aptitud de soplar sobre las áscuas del hornillo ó de tirar un horóscopo, si no autorizaba su personilla con misteriosa vestimenta. A este fin, se habia fabricado un ropon negro ó bata rozagante con embozos de piel de comadreja; un capirote ó coroza puntiaguda cubierta de emblemas y amuletos y unas enormes antiparras para ver más y mejor, con lo cual, y sea dicho de paso, pudo auxiliar á los miopes con la célebre invencion de los anteojos. Así disfrazado, con luenga y súcia barba por el pecho, y una varita—como la mágica de Pónos—entre los dedos, todos tiznados y quemados, figurábase que el saber oculto le acudiria más propicio.

¡Sencilla bobería, aunque irrisoria, que nosotros

recordamos únicamente para demostrar hasta qué punto se reflejaban el mundo y las flaquezas agenas sobre el espejo sensible de aquellos libres organismos!

Con aquel traje y en aquel tugurio, Ántropos pasaba las horas muertas pretendiendo trocar el barro en oro ó descubrir el destino reservado á cosas, personas y animales, mediante la observacion de las mudanzas celestes; y por más que al moler, fundir, combinar y amalgamar corria tras un fantasma, Pónos hacia que de cuando en cuando sacase por casualidad de sus crisoles y retortas, simples y compuestos útiles, con no pocas observaciones de valía.

Así fué como, operando con los metales de contínuo, se amaestró en copelar, y al someter los líquidos á la accion del fuego, los destiló y *coaguló;* así fué como descubrió y obtuvo el agua fuerte, el agua régia y el vitriolo—que él estimaba ser aceite—sometiendo á extrañas manipulaciones lo mismo el nitro que el alumbre, el azufre con el cobre, ó el amoniaco con el hierro. Fuerte con estos agentes y nociones, se aferró más y más en su manía de transmutar todo en oro, y al ensayar sin concierto, se llevó sustos y corrió peligros. Porque ya, siendo esclavo de Moslema, habíase entretenido en producir vistosas llamaradas, y ahora, al querer repetir aquellos experimentos, le sorprendian de improviso verdaderas explosiones.

Estos trabajos y estos triunfos, el cúmulo de datos inconexos con ellos relacionados, ejercieron sobre su espíritu una accion por todo extremo benéfica: le obligaron á clasificar. La primera clasificacion de las sustancias á su alcance fué muy sencilla, pero trascendente, porque indicaba un nuevo

rumbo. Dividió la *conglutinacion de las piedras*, en minerales infusibles, minerales fusibles, minerales sulfúreos y sales (1). ¡Quién hubiera sospechado que aquella clasificacion seria la madre, el orígen de las clasificaciones posteriores!

Respecto á sus veleidades astrológicas, obligáronle á perfeccionar el astrolabio y hacer sus primeras tentativas para construir instrumentos propios á la medicion del tiempo por segundos, anuncios ó presentimientos del reloj. Estos ensayos y adelantos, de algo y áun de mucho le sirvieron, á pesar de la madeja de excéntricos y epicíclos en la cual su razon pura se enredaba, para explicarse los cielos; pero tal y tan grande fué siempre la presuncion del cuitado, y tan singular el espejismo de sus facultades intelectuales, que léjos de sospechar algun error, ó de desconfiar de su divina razon pura, puso en duda la perfeccion de la gran obra y blasfemaba diciendo: «Si Teo me hubiera consultado al hacer el Universo, algo mejor estaria (2).»

El trigo, sin embargo, no se cosecha sino entre montes de paja. ¡Quién podria detallar el cúmulo de nécias supersticiones, de temores agoreros, y de peligros de muerte irradiados en torno del laboratorio con la luz de sus hornillos, ó los vapores de sus alambiques!. Los vecinos se enteraron de todos aquellos devaneos; el misterio les dió tinte de mágia ó de brujeria; hubo imitadores sándios, sobre todo entre las viejas, y en breve el ejemplo de Ántropos cundió por toda la isla, pero cundió bastar-

(1) Avicena.
(2) Aunque Alfonso el Sábio no sea el autor del diche que se le atribuye, algun otro obrero lo seria y basta á nuestro propósito.

deado de una manera lamentable. En vez de las enseñanzas del fecundo Pónos y del auxilio de su vara mágica, acudieron los mentidos nigromantes y los brujos á cuantos sueños ridículos les sugirió su ignorancia. Hubo piedras y plantas preñadas de bienes y de males, árboles de buena y mala sombra, peligros en cada encrucijada, génios ó demonios para dar razon de cualquier fenómeno natural, nixos, brujos y hechiceras causantes de enfermedades, y como resúmen y compendio de las fuerzas invisibles y de las causas ignoradas, el diablo lo enredaba todo con sus contínuas y extravagantes tentaciones, tomando disfraces santos ó profanos, ya oculto dentro de la tierra, ya cabalgando sobre el vendabal. Legiones de brujas asquerosas amenazaban á las gentes con sus maleficios y conjuros á todos horas y en todas las comarcas, y á no ser por la virtud de la genciana, el poder repulsivo del orégano ó sendas bolsas colgadas de las puertas con muérdago ó con agallas, nadie hubiera podido vivir seguro ni respirar siquiera en la encantada isla de Gé.

Por fortuna, lo mismo Dinamion que Seuda, dejaban en paz de cuando en cuando al astrólogo alquimista, atentos como vivian por entonces cada cual á su negocio. El primero seguia batallando y conquistando, siendo además ventura singular para el villano que su grandeza no pudiera rebajarse hasta penetrar en la cabaña. De haber sospechado cuanto allí se hacia y contenia, tal vez la hubiera deshecho. En cuanto á Seuda, miraba mal y de reojo las exageradas relaciones de los triunfos de Ántropos; su mágia blanca y mágia negra eran cosa aborrecible, mas áun condenando abiertamente aquel obrar pe-

caminoso—no explicable ni comprensible sino mediante pactos con el diablo—sonreíala la idea de poseer oro en abundancia, y cuando sus cuidados y sus preocupaciones para tener á raya á Dinamion la dejaban un instante de vagar, discurria cómo y por qué medios se haria dueña de una vez del empecatado siervo.

Cierto dia, acababa este de sacar del agua fuerte, ó segun él *agua prima*, un agua segunda, otra tercera y otra cuarta, que habia bautizado con los nombres de *vinagre de filósofos* y de *rocío celeste* (1), cuando de pronto le cruzó por la mente una ilusion y tiró su capirote por el aire.

—¡Esta sí que es invencion!—exclamaba como loco.—¡Vivir para siempre!. ¡Oh prodigio de mi ciencia!. No hay duda: hace muchos, muchos años lo presumo: la miel prolonga la existencia (lo sé desde muy antiguo (2), y mezclándola con los demás específicos, cuyas virtudes conozco, ha de constituir irremisiblemente el elixir de la vida. ¡Oh creadora razon!. ¡Lo que valen la ciencia oculta, la cábala, la mágia!. Esto es hecho: seré inmortal. Me lo fian la alquimia y el horóscopo. ¡Pónos!. ¡Pónos!

Y el alquimista nigromante volvió á arrojar su caperuza por alto.

—¿Qué es esto?—le preguntó Pónos descorriendo el manto azul.

—¡Qué ha de ser!—contestó Ántropos.—¡Ahí es nada lo que tengo en el magin!. Un compuesto para acortar el velo de tu hija lo ménos, ménos un palmo. Esta invencion vale por todas.

---

(1) Alberto el Grande.
(2) Idea generalizada en Grecia.

—Pero ¿se puede saber cuál es esa maravilla?

—Me falta casi casi nada para transformar cualquiera materia en oro, y ya poseo el elixir de la vida. ¡Un elixir para vivir eternamente!

—¿Y dices con formalidad que has alcanzado ambas cosas?

—¡Quién lo duda!. ¿No está todo en todo? (1).

—Pues mira—contestó Pónos sonriendo.—Si quieres gozar en paz esos tesoros, escóndelos en el fondo de tu pensamiento, y haz que tus amos no sospechen su existencia. Si se enteran, no te dejarán vivir, te acosarán dia y noche, y una de dos: te tratarán mal y como embaucador cuando no les satisfagas, ó te tendrán en perpétuo cautiverio para que en su pró trabajes (2).

—No creas que me dices nada nuevo—contestó el hombre muy orondo.—Ese torcedor me atormenta de contínuo. Si los señores de la isla secuestran en sus castillos á los mercaderes y allí los asan á la lumbre hasta que sueltan sus ganancias, ¿qué no harian conmigo si supiesen que transformo en oro cuanto quiero?

—Y sin embargo—prosiguió el génio en tono grave—no te asusta el ser cautivo de tus tiranas ilusiones. Hay muchos modos de ser esclavos ó cautivos: para ser libres, sólo uno. Más valiera que en vez de perder tiempo en naderías hicieras algo para acortar el velo de mi hija, ó para descubrir su paradero.

—Pues mira—concluyó diciendo el hombre quitándose su ropon y colgándole de un clavo.—Déjame

(1) Aforismo de la escuela hermética.
(2) Palabras de Alberto el Grande.

espirar. Pasó la mano por la cabellera—se extremeció—porque las guedejas en desórden pendian en torno de una calva. — Entonces dijo suspirando:— «¡Adios!, ¡adios, mentidas ilusiones!.»—En cambio —durante el baile—el bozo del adolescente se habia trocado en barba riza, bien poblada y luenga.—La sorpresa le puso en pié y el despecho le animó.— Queria vengarse de alguien.—«Poder, autoridad» dijo atrevido—y dió un paso—y se vió rodeado por los espíritus del fuego.— Un enjambre de salamandras—de esas cuyas miradas enardecen—presentábanle armas y corceles, mantos de púrpura y cetros, bastones y coronas de laurel.—No ménos sutiles y ligeras aquellas hijas del fuego que los espíritus del aire, mareáronle con sus giros—quemáronle á su contacto—y su corazon ardía—y su cabeza era un volcan—y su sangre corria por las venas como lava. —¿Quién podria enumerar las hondas luchas de aquel hombre?—Corriendo detrás de las salamandras, atravesó campos de batalla—gustó la embriaguez del triunfo—se miró autorizado con insignias —pisó preseas y tesoros—y todo ello para sentirse mordido por las llamas—y todo ello para caer al fin y al cabo en un pantano sanguinoso.—Entonces resonaron carcajadas más horribles, y las hijas del fuego se apagaron.—El ambicioso volvió á tocarse la frente y se encontró con arrugas—en su barba y en su cabellera habia hebras de plata.—«Amor, poder, ilusiones»—exclamó triste y herido. — «Riqueza, vengan tesoros.» — Entonces un tropel de ondinas — envueltas en gasa azul — con coronas de algas verdes, le suspendieron del fangal — le llevaron en volandas—le refrescaron en las ondas, y lisonjeras, solícitas, le condujeron á sus palacios

de cristal.—Todo era frio allí—todo—muy frio—pero hasta el polvo era aurífero—de plata, conchas y peces—las paredes de diamantes—los guijos, perlas, y rubíes y esmeraldas, y zafiros—y en todas partes manjares. —Y en todas partes la abundancia.—Quiso hartarse, y ya no pudo—los dientes se le caian—pretendia tocar tanta riqueza, y una ondina le empujaba, y otra ondina le impelia, y todas le llamaban hácia sí—y ninguna le daba punto de reposo.—Exasperado, avariento, se abrazó á las columnas de un palacio, y con estruendo y estrépito, se vió envuelto entre sus ruinas—sin atinar donde estaba.—Cien carcajadas burlonas llegaron á sus oidos.—Era el reir de las ondinas.—¡Crueles ondinas!.—Pero, ¡chiton!—no las irritemos—no nos espongamos.—«Ciencia, saber»—gritó al fin—y sacudió los miembros oprimidos—y se llevó las manos á la frente—y cerró los ojos—y miró hácia adentro.—Cuando los abrió de nuevo, estaba en una montaña.—Desde su cima se veian los cielos, el mar, la tierra.—En rededor de una caldera hirviente, danzaban brujas y brujos—y por los aires acudian en vuelo vertiginoso, otros brujos y otras brujas á horcajadas sobre escobas.—Dentro del caldero—en medio del licor hirviente—habia una calavera—y las brujas y los brujos atizaban con furor la lumbre—y de la calavera salian á borbotones geniecillos vaporosos, con alas de querubines—todos cantando—todos pronunciando palabras apenas perceptibles—los cuales venian como saetas á herir su frente y su cerebro, y dentro de su cabeza desaparecian.—Al propio tiempo advirtió que de su cráneo se desprendian pompas y burbujas—pompas vistosas, ya sabeis—como esas que

hacen de jabon los niños soplando por una caña.—Y atraido, embelesado con la vistosidad de aquellas pompas—tendió los brazos—y corrió—corrió fuera de sí—pues sobre su tersa superficie reflejábanse un momento las flores y hermosura de la tierra—las nacaradas nubes de los cielos—el iris y los cambiantes de la luz—y apenas las tocaba con la uña—y muchas sin llegarlas á tocar—se deshacian en el aire—caian como rocío—y él nada sacaba de ellas—y se rendia corriendo.—Así hubiera continuado en pos de aquellas burbujas, si en una de sus carreras, con la vista en los espacios—arrebatado por su afan, no hubiese dado en un abismo.—Cayó, rodó, se magulló, se hirió, perdió el sentido y se detuvo.—Volvió en sí—quiso palparse.—Su cuerpo estaba ya sequito, acartonado; sus cabellos eran pocos y de nieve.—Entreabrió los mortecinos ojos y se encontró tendido en un jardin cubierto de cardos y de abrojos, entre millares de rosas amarillas.—Sin fuerzas, sin voluntad, sólo podia oir y ver—y nada veia—nada oia.—Todo en rededor estaba inmoble: en aquel jardin reinaba un silencio sepulcral.—Por fin, se agitaron algo los cálices de las rosas y aparecieron en ellos las cabecitas de los elfos buenos, mirando en torno despacito, muy despacito, con el oido atento, como para cerciorarse de estar solos.—En seguida, conmoviéronse los cardos y los espinos, y asomáronse los elfos malos por entre las púas de las zarzas.—Su sonrisilla era burlona y su ademan atrevido.—Tambien miraban y escuchaban para saber si estaban solos.—Los elfos buenos bajaron, y con sus manecitas pequeñuelas, cerraban píos los ojos al moribundo y le acariciaban suave y dulcemente las pestañas y los párpados.—Los elfos ma-

los le tiraban de sus pocas canas y se reian, asidos tres ó cuatro del bigote, si le obligaban á arrugar el ceño.—Un ruido sordo, como el de la carcoma dentro de una viga, puso á los elfos en completa dispersion.—El ruido se aproximaba, y tras un rato de agonía, viéronse bullir en derredor del moribundo innumerables y afanosos gnomos.—¡Gnomos, Gina!. —Esos hijos de la tierra, esos espíritus invisibles que conmueven sus entrañas.—Pequeñuelos, diminutos, infatigables, imperceptibles, son fuertes—muy fuertes—y feos—muy feos—¡pero qué feos!.—Aquellos gnomos siempre despiertos, siempre diligentes, comenzaron á rodar como pelota el cuerpo del infeliz—y él lo sentia—lo oia—lo veia—mas no acertaba á mover brazo ni pierna.—¡Qué horror, Gina!—¡Qué tormento!—¡Sentirse rodar así hácia un pozo, hondo y oscuro y temeroso!—¡Sentirse rodar hácia un abismo, empujado por miles de manos diminutas, rodeado por las gnomidas de divinos rostros y de caritas de ángeles, sonrientes todas ellas, á presenciar la hazaña de sus maridos!—El cuerpo llegó al borde del misterioso pozo, y las gnomidas rompieron á cantar una música triste y lúgubre que apenas se dejaba oir.—Un empujoncito más y los gnomos arrojaban el bulto inerte al seno de la oscuridad temerosa y espantable.—Aquel momento fué un siglo para el héroe.—El esfuerzo se hizo, las notas del coro de las gnomidas cesaron, y el cuerpo empezó á bajar, bajar, bajar cada vez con mayor ímpetu—y una neblina de hielo le azotaba—y bajaba, bajaba, bajaba velozmente—y las tinieblas crecian hasta el punto de palparse—y seguia bajando, bajando—y millones de sabandijas le andaban sobre las carnes—y caia abajo, más abajo—é

infinitos gusanillos roíanle los ojos—introducíanse debajo de las uñas y.....

—¡Fanta!—exclamó Gina con acento indefinible. —Por lo que más ames, acaba pronto tu cuento. Tus imágenes me hielan de terror. Aquí, á la lumbre, tirito.

—Se acabará, se acabará—prosiguió Fanta sin inmutarse.—Todo se acaba en la isla, todo—mi leyenda se repite á todas horas.—Lo importante es no burlarse nunca de los espíritus ocultos, desconocidos, misteriosos.—El mozo valiente y ambicioso al principiar aquella noche, tan lleno de salud y vida algunos momentos antes, bajaba yerto y caduco por el caliginoso espacio, y los gusanos le comian y su sensibilidad iba en aumento.—Y á cada instante se multiplicaba el número de gusanillos roedores en sus entrañas, dentro de su boca y en las órbitas de sus ojos—y allá lejos, muy lejos, en lo más hondo del pozo, el mentido peregrino, sin bordon y sin disfraz, reia como verdadero diablo y agitaba la cola con satánica impaciencia, y con el pacto en una mano levantaba entrambas garras y movia las terribles uñas para recibir el alma del ambicioso, condenada por la locura de un menguado á los tormentos eternos.

En aquel instante, golpes repetidos en la puerta atronaron la cabaña. Gina dió un grito de pavor; Fanta huyó por la chimenea, y Antropos, cogiendo un hacha entre ambas manos, salió á preguntar quién era, á defenderse ó á abrir.

CAPÍTULO XVI.

Pues como íbamos diciendo, adelantóse el hombre hácia el portal y preguntó con voz no muy sosegada:

—¿Quién alborota á estas horas?

—Abre—contestó Melanio.

—¿Eres tú?—prosiguió Ántropos.—¿Qué quieres?

—Lo primero, que me abras—replicó el negro.—Vengo sudando y hace frio.

—Pero ¿qué es ello?—insistió el hombre abriendo de par en par.—¿Qué novedades nos traes?

—Entremos en la cocina á donde nadie nos oiga—replicó Melanio.—Me parece que el amo se aburre de vivir solo, y quiere teneros más cerquita. Sentémonos á la lumbre.

Hiciéronlo así, y el negro continuó:

—Como sabes, Scuda llegó al castillo hace dos dias, y por cierto que á todos nos sorprendió. Venia, segun dijo, á visitar al Señor, pero ¡quiá!, otra la quedaba dentro. En los dos dias y casi, casi dos noches, no han dejado de reñir. El diablo que los entienda:

andan mal, pero muy mal, y temo que les suceda algo gordo.

—Eso es muy antiguo—interrumpió Ántropos.—No hay que hacerles caso. Cuando parece que se van á matar, se acuerdan de Alecia ó de nosotros, y hételos á partir un piñon para mandar sobre la isla y esquilmarla.

—Pues ello es—continuó Melanio—que yo veo venir una agarrada.—¡Si vieras que rifirrafe, cuánto se han dicho, qué cosas se han echado en cara, y eso á voces, á grito pelado, enterándose todos, hasta yo, sin hacer caso de nada, ni de nadie! Yo no los entiendo bien, pero en algunas cosas algo se me alcanza. Y como los próceres y los acólitos disputan lo mismo que sus amos, comprendo aquí á mi manera, por qué se ódian. Envidia, Ántropos, envidia: se envidian el uno al otro.

—Pero envidia, ¿de qué?—preguntó Gina.

—El amo, envidia á la bruja, porque es más rica y gasta más. Si hubieras visto su séquito y su tren, te habrias escandalizado. ¡Qué mulas!. ¡Cuánto criado y cuánto paje!. ¡Qué vestidos de seda y de tisú bordados de plata y oro, cuajados de pedrería!. A mí se me iban los ojos, lo confieso, tras aquellas faldas moradas y encarnadas. Hasta los jaeces de las mulas, valen un tesoro.

—Pues entonces—interrumpió Gina—no es extraño si Dinamion lo lleva á mal. Eso es insultarle en su pobreza, pues á la verdad, que él vive como guerrero y en teniendo pan y vino ni se apura, ni descansa.

—Pues ahí está la sin vergüenza—prosiguió Melanio con cómica gravedad.—Seuda no está satisfecha, y quiere llevaros á su casa. Yo mismo, yo se lo

he oido. Dice que teneis pacto con el diablo y que por eso lo haceis todo; pero Dinamion la echa en cara su codicia y se niega á separarse de vosotros. Ella habla mucho de pecados, de hechicerías, de indulgencias—¡qué se yo!.—Amenaza con quemar y excomulgar, pero él la contesta hablando mucho de derechos, de abusos y de invasiones, y aunque yo no entiendo una palabra, sospecho que todo ello se reduce á quién ha de ser el amo. Esta tarde á la postura del sol, se volvieron á juntar para comer. El Señor comió poco y bebió mucho; antojósele todo de través; gruñó y amenazó, y por fin, se enredó de palabras con su consejera. Segun pudimos comprender, la cuestion fué sobre númas. Dinamion acusaba á Seuda de acaparar todas las de la isla, y ella las defendia bravamente. Es mucha cosa, cómo defiende las númas. Pero en fin, Dinamion se enfureció, y allí fué el cerrar de puños, el rechinar de dientes, el conmover el alcázar con sus idas y venidas y escarceos. Yo creí que destrizaba á la bruja.

—¡Ojalá!—interrumpió Andros—sin poderse contener.

—No es cosa fácil—prosiguió el negro.—Sabe más que la culebra. Con apariencia de humildad; con la vista baja y fija, oyó insultos, amenazas y denuestos, aguardó con calma á que la rabia del gigante se desahogase por la boca, y cuando le vió cansado de gritar, le empezó á pasar la mano por el lomo y á decirle que si queria poseer mil veces más númas que ella, la permitiese llevarte á su palacio para sacarte oro y más oro del cuerpo.

—¡Ah taimada!—exclamó Ántropos.—¿Y qué hizo Dinamion?. De seguro que cedió y se dejó engañar.

—No tal—prosiguió Melanio.—Fuése por haber bebido, por enojo ó por codicia, el amo se enfureció cada vez más y la llamó muchas cosas, y la llamó..... ¿qué fué lo que la llamó?. La llamó..... ya caigo: *Simon* y *haca*.

—¡*Simon* y *haca!*—repitió el hombre sorprendido. —Míralo bien Melanio, míralo.

—Sí, eso fué: *Simon* y *haca*. Tengo muy buena memoria.

—Pero si no tiene sentido.

—Estoy seguro de que fué eso—insistió el negro. —Tengo un oido como nadie y lo oí bien, y me chocó. Pero aún me chocó bastante más ver á la bruja, quien habia escuchado todo lo demás con una santa mansedumbre, alzar la vista, descorrer los antifaces de su manto y..... ¡en mi vida ví fiera más fiera, ni catadura más horrible!. ¡Tate!—dije yo para mi sayo.—¿Te hiere en lo más vivito? Pues de fijo que eres eso.

—¡Ah!—le interrumpió Ántropos riendo.— La diria Simoniaca.

—Pues eso mismo digo yo—repuso Melanio imperturbable.—*Simon* y *haca*.

—Bueno, bueno; sigue, sigue. ¿Qué dijo despues la bruja?

—¡Lo que dijo!—exclamó el negro.—Por espacio de un cuarto de hora no pudo hablar de tantos espumarajos como la salian por el morro. Cuando por fin se serenó, se irguió lo mismo que una víbora, y con acento sin igual gritó tres veces seguidas á su Señor delicioso..... ¡*Eres arca!*

—¿Cómo, cómo?—preguntaron á la vez Ántropos y Gina.

—¡*Eres arca!*—repitió el negro con cierto tono

hueco y misterioso.—*¡Eres arca!*. Y tambien debió herirle en lo vivo á Dinamion, porque creí que la mataba. Pero, Señor—me decia yo para mi capote—¡miren qué cosa para tomarla tan á pechos!. Pues ya podian llamarme arca y arcon á boca llena.

—Es que le llamaria *Heresiarca*—exclamó Gina sin poderse contener.

—Pues bien—repuso Melanio.—*¡Eres arca!*. Eso mismo digo yo. ¿Por qué se habia de enfurecer el gigante poco más ó ménos como Seuda?

—Porque los grandes leprosos—exclamó Ántropos—los ulcerados hipócritas que se imaginan engañar al mundo entero—y *áun áun*—so capa de derecho ó santidad, pierden el juicio cuando se pone el dedo sobre alguna de sus llagas. Pero déjate de digresiones. Eso no lo entiendes tú. ¿Cómo terminó la riña?. ¿A qué vienes?

—Yo te lo diré todito—dijo Melanio—mondando, entre contorsiones y aspavientos, una castaña caliente que habia sacado de la lumbre.—Cuando el gigante escuchó á Seuda, levantó los puños por el aire y la creí con los muertos; pero ella le enseñó la cruz y le contuvo.—«Tú eres la impía y la sacrílega»—la dijo por fin, aunque le ahogaba el coraje.—«Tú traficas con lo más sagrado, y si algo bueno sale de tu boca, se lo debes á esa pobre Alecia á quien guardas en lo más hondo de un pozo y á la cual atormentas cruelmente por el ódio que la tienes.»

—¡Cómo, cómo!—exclamaron todos los de la familia.—¿Dónde está Alecia?. ¿Dónde dijo Dinamion que estaba Alecia?

—Pues dijo—continuó el negro—que la tenia en un pozo allá en las Siete Colinas, y que por eso ni

Ántropos ni Pónos inventaban nada útil como en otros tiempos; que Seuda lo codiciaba todo, y la llamó trapacera, engaña-bobos y no sé cuántas cosas más. La acusó de querer hollar bajo sus piés en su persona á todas las potestades de la isla. Y dijo que él no temia á la hija de Pónos como ella la temia, porque áun descorriéndose su velo por completo, él siempre habia de ser gigante y disponer de vosotros y de Pónos, quien iba siendo amigo suyo. La amenazó con sacar á la prisionera sólo por acabar con sus enredos y sus hipocresías, y en fin, la previno que si no partia con él las númas y el botin, se habia de acordar. Tales y tan escandalosos fueron los repelones de aquella disputa, que soldados, próceres, acólitos, pajes, lacayos y siervos no sabian qué pensar. Deben haberse arreglado sin embargo. Las voces cesaron poco á poco, y durante más de una hora todo parecia en calma. Cuando nos disponíamos á dormir tranquilamente, el gigante me llamó y me dió la órden de bajar á vuestra choza para preveniros y avisaros.

—¡Avisarnos!. ¿De qué?

—Quiere, por lo visto, celebrar algun nuevo pacto entre los dos con una gran cacería. Ya lo sabes: en todo tiempo fué la caza una de sus distracciones favoritas. Antes de amanecer, habeis de estar en el castillo con todos los atavíos de cazar. Ahora, venga media docena de castañas para el camino y me vuelvo á la carrera. Dios quiera que este rato de conversacion no me cueste una paliza.

Ántropos y los suyos se quedaron pensativos hasta que el canto del gallo, anunciando la proximidad del alba, les sacó de sus meditaciones, y se pusieron á reunir y preparar lo necesario para cum-

plir las órdenes de su Señor. El padre lo hacia por obligacion, pero Andros iba y venia con visible gozo, porque en aquella isla de Gé tenia el pasatiempo de la caza seduccion irresistible para la gente moza y ágil.

Y á la verdad, en todo país abierto, los corazones varoniles encontrarán en aquel salutífero ejercicio un atractivo singular, pues en él, como en ningun otro, consérvase la salud, se robustecen las fuerzas, descansa el entendimiento y la vista y el oido se afinan y se dilatan. En amigable convivencia con nuestra próvida madre, arróstranse con amor fatigas y privaciones, alternan las molestias con los gustos en apacible libertad ó en grata contemplacion, y se vé salir el sol, y quebrarse sus rayos en la escarcha, y mírase cómo bullen aves, brutos y reptiles, y se oyen voces armoniosas, y se aspira la fragancia del tomillo y del espliego, la sálvia y la madreselva con el tíbio aliento de la tarde, ó el fresquísimo de la mañana, y persiguiendo al urogallo ó la perdiz, corriendo tras la liebre ó tras el gamo, prepárase la más apetitosa salsa para sazonar la refaccion frugal bajo la sombra del roble, cabe á la fuente de agua pura, en medio de los canes cariñosos y en voluptuosa modorra tendidos sobre la mullida yerba, juntar despues á tanto goce, con los ojos entornados fijos en el cielo azul, el sueño reparador y no turbado de la apacible y deleitosa siesta.

Por mucha prisa que se dieron, mediado estaria el dia cuando los cazadores pudieron romper la marcha, pues no se crea que en aquellos tiempos para matar un jabalí, rendir un ciervo, apiolar una liebre, ó colgar de la percha faisanes, ánades y chochas, bastara, como basta hoy, descolgar del arme-

ro el arcabuz, dar cuatro silbos al pachon ó al perdiguero y meter en la canana una docena de cartuchos. El gigante con su tamaño y sus medios, el hombre, no obstante su habilidad, no alcanzaban á tan poca costa sus cinegéticas victorias. Con la lanza ó el venablo, con la flecha y con la espada, difícilmente se hiere ó se sorprende al gamo de veloces piés, al lobo de sagaz instinto ó al águila que se remonta á las nubes. Por esto, cuanto más imperfectas fueron las armas de los héroes de esta historia, tanto más se vieron obligados á aguzar su peregrino ingenio, y por esto, en la ocasion que nos ocupa, el tren de caza de Dinamion necesitó bastantes horas para cargarse en mulas y en carretas.

Si no han olvidado nuestros lectores el ardid, mediante el cual Ántropos pudo cautivar el primer perro, si tienen presente en la memoria las alusiones hechas por nosotros á sus adelantos venatorios ó á la domesticacion de los brutos (rama de la caza la más interesante y útil), comprenderán que Pónos cuidó de su educacion en este particular, lo mismo que en otros de mayor valía. Diremos, sin embargo, aquí algo de lo pasado en silencio.

A las trampas y cepos del salvaje, sucedieron la liga, la red y los alares, para cuya preparacion se necesitaban conocimientos, observaciones y materias. Despues, su destreza en manejar el arco, su costumbre del peligro, le indujeron á cazar á la ventura ó en acecho. Cuando fué dueño del caballo, procuró sujetar los brutos con el lazo, alcanzarles con la pica á la carrera ó herirles con armas arrojadizas, y todo esto auxiliado y advertido por perros de muchas castas. Finalmente, terminada esta primera época rica en enseñanza, vino aquella de

que nos ocupamos, y el arte cinegético llegó á todo su apogeo con la invencion y mejora de la precisa ballesta.

Llevaba el ostentoso cazador para aquella cacería, muchas y muy ingeniosas máquinas, y las redes sólo, anchas y largas y dobles, con mallas consistentes de cáñamo ó de metal, iban en cuarenta mulas. Suspendidas de los árboles, cerraban aquellas redes las huidas en los montes y detenian así cebras, paletos ó jabalíes, para que el bravo cazador las alcanzase y alancease.

Esto en cuanto á los cuadrúpedos bravíos; porque en lo tocante á los séres de álas y de plumas, tanto se habia inventado contra ellos, que la perfidia hasta buscó auxiliares en su misma especie, y por eso en el aparato y repuesto venatorio, veíanse diferentes pájaros, de agudas garras y de corvo pico, perchados en sus alcándaras, con las cabezas ocultas en capillos ó capirotes. Diríase al mirarlos con aquellos antifaces, que la conciencia de su pérfida traicion, les obligaba á recatarse y encubrirse.

Salieron, pues, los cazadores poco antes de medio dia con direccion á extensos fragosos montes, y estarian á la mitad de su jornada, cuando les alcanzaron tres emisarios de Seuda.

—¡Señor!—dijo el principal á Dinamion.—Mi Señora extraña, cómo despues de lo tratado, la niegas los servicios de Ántropos.

—No los niego—contestó contrariado el cazador. —Ya irá á las Siete Colinas cuando y como yo disponga.

—Pues mi Señora exige que vaya sin tardanza —insistió el emisario.

—¿Y para qué le necesita tan de pronto?

—Quiere hacer obras primorosas, que nadie sino él puede ejecutar, con la ayuda de su génio.

Dinamion refunfuñó, mas á pesar de todo, se avino á quedarse con el hijo, y se separó del padre. Los emisarios se volvieron, y él, con su numerosa comitiva, apretó de mal humor el paso, impaciente por llegar al cazadero. Una vez allí, hízose el rancho á la ligera y la cuadrilla descansó durante las horas de la noche.

Con las primeras claridades dióse principio á la caza, la cual duró por espacio de diez dias. En ella se mataron un sinnúmero de reses, se colgaron piezas menores á granel, y como en toda expedicion de esta índole, hubo lances y coincidencias de esas que contadas á un profano, se tienen siempre por fábulas. Ni una sola emocion, ni un solo placer, ni una sorpresa siquiera, dejó de experimentar el cazador, ya en el llano, ya en el bosque, ya en el monte. Vió la carrera de las traillas de galgos tras la liebre; oyó la bulla y algazara del ojeo, la hipa de podencos y lebreles, y sintió el bárbaro placer de atravesar con el cuchillo el corazon de la cierva, cuya enturbiada pupila vierte al morir una lágrima. Con el pecho palpitante, gustó el deleite de la ansiedad, esperando oculto en la paráuza la entrada de un jabalí por el jaral ó la vereda; pero nada le satisfizo tanto como la animacion y el embeleso del difícil cazar de altanería. Porque lo más selecto y señorial á la sazon, era verse seguido por cien siervos, cada uno de los cuales llevase perchada sobre el índice un ave brava y voladora, de rapiña. Todas, hasta las más rebeldes, se habian domesticado por el hombre, quien para complacer á su tirano se hizo cetrero en toda regla con el auxilio de Pónos,

y domeñaba alcones, y amaestraba gerifaltes hasta el punto de hacerles obedecer su caracol ó su cuerno, y de lanzar ó recoger á voluntad el halieto y el neblí, el gavilan y el alfaneque. Estudiando las índoles, las aptitudes y condiciones de cada pájaro, dotábales de fuerza y de bravura con tales ó cuales alimentos, dábales ligereza ó resistencia abajándoles para hacerles enflaquecer, obligábales á matar sus víctimas, sin devorarlas, y en suma, tanto perfeccionó el arte de la cetrería, que á fuerza de paciencia y de constancia modificaba la naturaleza, lo mismo de azores montaraces, como de sacres zahareños.

Cerraba la tarde del dia último y el sol descendia hácia el mar, claro y sereno y rojizo, cuando un halcon roqués y otro letrado, se lanzaron tras una garza, siguiéndola y remontándose por la falda de un empinado cerro. Era el roqués un ave como pocas, y al primer vuelo ya estaba sobre la pobre fugitiva. En la cumbre de aquel cerro se hallaba Andros por acaso, porque el gigante para descubrir, ó para no perder las piezas, hacia que varios de sus servidores las oteasen desde las alturas. Cuando el mancebo vió pasar tan cerca las dos aves, no fué dueño de sí mismo, y deseoso de lucir su habilidad apoyó la rabera de la ballesta sobre el hombro, soltó la cuerda y despidió con ímpetu el bodoque. Pero, ¿qué cazador no yerra el mejor tiro? Fuése por torpeza de su dedo, error del ojo, entorpecimiento en el muelle ó imperfeccion del traspecho de la nuez, el tiro partió tarde, y en vez de dar en la garza, derribó al halcon ya casi sobre su presa.

Temeroso de la ira del gigante, el mozo se escurrió por la espesura procurando no ser visto para

ocultar el desaguisado que acababa de cometer.

A poco sonaron los cuernos la señal de recogerse al rancho.

El sitio elegido para acampar aquella noche fué el nacimiento de un valle formando cuenca en su hondura, la cual estaba cerrada á todos vientos, menos uno, por un monte de lentiscos, quejigos y madroños. El fondo de aquel rincon tan escondido, se tendia llano en verde y fresca pradera, y pocos pasos más arriba nacia un arroyo quejumbroso, sin duda porque su destino le obligaba á caminar oculto entre zarzas y tamujos. La menta y ajonjolí embalsamaban el aire, y el cielo no podia ser más apacible.

Cortaron los siervos y sus capitanes inmensa cantidad de la jara más talluda, y la tendieron por brazadas de través sobre las cuatro líneas rectas de un cuadrado, de modo á formar cuatro paredes cuyo espesor era la altura de los tallos, pero dejando en el recinto así cerrado una entrada como á manera de puerta. Dióse en seguida por el pié á una corpulenta encina comprendida dentro del cuadrado; mondáronla del ramaje y al poco tiempo ardia en medio del enorme rancho y se colgaba sobre las llamas una caldera capaz, en cuyo interior ingente se fueron echando reses despedazadas, tasajos, yerbas y sal para preparar la cena.

En tanto que esto se hacia, Dinamion conversaba con sus gentes.

—Vamos á ver—les decia.—Traedme mis halcones para ver si están heridos y si les cuida ese muchacho bien ó mal. Este capillo está estrecho, no vela de todo á todo la vista. Quitad el capirote á ese neblí y encajádsele al halcon letrado. Al campestre

podeis quitarle las pihuelas; no hay temor de que se vaya. Picad menudo un corazon, y dádsele á los jerifaltes. Nada hay tan importante para el cazador como saber preparar la gorga de sus pájaros. Cuidado sobre todo con mi halcon roqués; es el animal más valiente que he tenido, y en verdad que no le veo. ¿Dónde está?.

—¡Señor!—contestó un chismoso de los que hay en todas partes.—No te lo quisiera decir..... Témome que ha perecido.

—¡Cómo!—gritó Dinamion tomando su fisonomía un aspecto aterrador que hizo palidecer á Andros.—¿Perecer mi halcon roqués?. ¿Qué sabes?. ¿Qué has visto?. Habla.

—Recordarás—continuó el chismoso—que momentos antes de sonar el cuerno, tu halcon roqués se lanzó tras una garza. Pues bien, yo le seguí con los ojos, y cuando llegó á la cima del cerro donde se encontraba Andros le ví caer como muerto, mientras la garza siguió volando, sin que el otro halcon letrado que iba en su seguimiento, consiguiera darla alcance. Juraria haber oido el golpe de un bodoque y ví clarísimamente que debajo del ala izquierda se le rizó la pluma á tu roqués, antes de plegar el ala.

—¡Ira de gigante!—exclamó Dinamion —Ven acá, Andros, ven acá. ¿Es cierto que tu ballesta me ha robado el mejor de mis halcones?.... Pero no sé por qué te lo pregunto; harto me lo dicen ese temblor y esa palidez. Si tu crímen no te tuviera embarazado, ¿cómo habias de estar todavía con la gafa en cinto cual si fueses á armar ballestas á estas horas?. Pues ya sabes, malandrin, cuál es el castigo señalado á tan horrendo crímen: en concluyendo la caza, en re-

gresando á mi castillo, haré que mis halcones te coman tanta carne de tu cuerpo cómo era el peso de mi famoso roqués (1).

Júzguese ahora cuál seria el horror del pobre mozo, y con qué gusto concluiria de cazar sabiendo que las amenazas del cruel y vengativo Dinamion se cumplian irrevocablemente.

---

(1) Leyes señoriales de Borgoña y otras.

CAPÍTULO XVII.

Tanto era el coraje del cazador y tal su deseo de castigar al mozo por su desman, que hallándose más cerca de las Siete Colinas que de su propio castillo, decidió dirigirse á ellas tan luego como terminó la cacería.

—De paso—se dijo—visitaré á mi consejera y veré por mí mismo en qué trabajos emplea la pericia de Ántropos. Ella está más rica cada vez y no alcanzo á comprender, aunque lo sospecho, de dónde saca sus tesoros. Veámoslo por mí mismo.

Y echó á andar, seguido de una pequeña escolta para la custodia de Andros, mandando á los demás servidores llevar el tren de caza á su castillo.

Al cabo de una marcha larga llegaron á las Siete Colinas. Era de noche y con no poca dificultad encontraron su camino por calles y callejuelas hasta dar con una torre, que reconocieron por ser uno de los pocos restos aún en pié de aquel famoso castillo que en otro tiempo habitara Dinamion. Allí entraron y allí metieron al prisionero en uno de sus calabozos, despues de lo cual, algunos de los servido-

res salieron en busca de Ántropos de órden de su Señor.

Este, mientras llegaba su siervo, no dejaba de pensar en todo cuanto al paso habia visto. La transformacion de su castillo, teatro de tantas glorias, le impresionó fuertemente. Sus antiguas murallas, sus torres y sus almenas se caian á pedazos, y en el interior, sus plazas, aquellas plazas cuajadas de arcos, y pórticos, y columnas, y obeliscos, eran montones de ruinas. Sobre ellas levantábanse edificios nuevos de mezquinas formas; palacios para cuya construccion se aprovecharon viejos capiteles y estátuas mutiladas; templos de aspecto sombrío, de formas varias y no siempre hermosas. Parecia aquello mezcla de decrepitud y lozanía, como cuando crecen galas nuevas sobre coloso en descomposicion.

En medio de sus meditaciones Ántropos llegó y se presentó.

—Vamos á ver, le preguntó el gigante. ¿Qué haces aquí?. ¿Para qué te necesitaba Seuda?

—Para matarme á fuerza de trabajar—contestó Ántropos.—Para pedirme las cosas más diferentes, maravillas como nunca.

—¿Pero qué maravillas son esas?. Habla pronto y claro.

—En primer lugar—prosiguió el obrero—me obliga á remover estos escombros y á sacar de ellos mis antiguas obras de arte, aún rotas y mutiladas. ¿Recuerdas su celo religioso cuando en nombre de Teo perseguia las manifestaciones del sentimiento estético y santificaba á los iconoclastas? Pues ahora es todo lo contrario: poco á poco, y sin apercibirse de ello, se aficionó á las imágenes que me pedia, y que yo ejecutaba con creciente amor, y ahora pare-

ce como si se hubieran extinguido sus primeros ódios, pues la veo dominada por un sentimiento de pulcritud y de belleza. No sólo busca mis antiguas estátuas; quiere que vuelva á esculpirlas. No sólo aspira á embellecer los muros de su palacio con mis antiguos retratos monocromos, ó mis pinturas posteriores con tintas y matices fugitivos, sino que además de hacerme pintar al temple, me pide á cada instante más verdad en el color, más campo en la perspectiva, otros efectos de luz y un arte más permanente, más ámplio, más natural. Ahora mismo estaba preparando lienzos de diversos modos y mezclando mis colores con espíritus y aceites, para ver si acierto á satisfacerla. La voy entreteniendo con un modo de grabar, ya en madera, ya en metales; pero el ama y sus acólitos se rien de mis estampas, y á pesar de la buena voluntad de Pónos me está poniendo en grave aprieto.

—¡Vaya en gracia por las niñerías!. No me disgustan á mí esas que tú llamas obras de tus bellas artes, pero no es eso lo que busco y lo que quiero saber— interrumpió Dinamion entre impaciente y ceñudo.—Al pasar por esas callejuelas he podido reparar en el interior de las viviendas y palacios. En todas partes hay oro. ¿Has dado tú, por ventura, con la manera de fabricarle por fin?

—No, señor--respondió el artífice.—Pero no te pasme ver tanto mueble, tanto objeto de oro al parecer. Abrumado por las exigencias de estas gentes, he discurrido el modo de dorar, y con una cantidad de oro pequeñísima cubro los metales, los cueros, la madera con una delgadísima película para engañar á los ojos y entretener á los avaros. En esto, como en muchas cosas, si consiguen embobar á los demás

con la apariencia, esto les basta y les enorgullece.

—Pero fuera de eso—insistió el gigante —Seuda levanta templos y palacios, y ya los siervos de balde no trabajan.

—Así es, señor—convino Ántropos.—Ayer mismo me habló de un nuevo templo colosal. Díjome que antes de regresar contigo, tendria que abrir las zanjas de un templo enorme, magnífico, el más grande y más hermoso de los conocidos hasta aquí.

—Pues bien, ¿de dónde saca Seuda recursos para tanto?

—Lo ignoro, Señor—contestó Ántropos.

—Pues yo quiero saberlo y lo sabré—insistió Dinamion frunciendo el ceño.—¿De dónde saca Seuda lo bastante para alimentar á tanto obrero y tanto zángano?

—Yo no te lo sabré decir—volvió á contestar Ántropos tembloroso—pero si quieres puedo consultar á Pónos y ver si lo sabe él.

—Pues venga Pónos, quiero consultarle, y acabemos.

Ántropos evocó á su amigo, y al verle Dinamion le dijo:

—Ya sabes que mi voluntad es ley. No atino con los medios empleados por Seuda para hacerse rica. Mientras carezco con frecuencia de lo necesario, ella derrocha lo supérfluo. Me insulta con su opulencia, me reta con su poder. Es tiempo ya de acabar. Quiero saber lo que hace.

—Pues bien, Señor—contestó Pónos, despues de reflexionar un rato.—Si te empeñas en saberlo, apuraré la virtud de mi vara mágica y lo sabrás. Sal á verlo por tus ojos, pero conviene salir con algun disfraz, porque te prevengo que tu consejera no es

escrupulosa en deshacerse de todos y cualesquiera enemigos.

Dinamion tornó á arrugar el entrecejo, pero se despojó del casco, la malla y los escarpes de cazar, vistió ropilla y calzon, media de seda con zapato, puso sobre su cabeza una montera con pluma y echó sobre las espaldas capilla corta y gallarda. En el umbral de la estancia se paró, y murmurando entre dientes un «por si acaso», pidió un estoque con su tahalí que se ciñó á la cintura. En seguida se embozó hasta los ojos y echó á andar hácia la calle, seguido por Pónos y por Ántropos.

Dejémosles ir: pronto les volveremos á buscar por plazas y callejuelas. Mientras se hacen cargo del estado del castillo, veamos cómo lo pasaba Andros.

El infeliz hijo del hombre velaba en su calabozo sacudido en brazos del terror. La prision era oscura, y cada vez que recordaba el horrendo castigo reservado á su torpeza, sus carnes eran de mármol, erizábanse sus cabellos, y sus pupilas, dilatándose con avidez, pugnaban por penetrar en las tinieblas para ver si algun rayo de luz (nuncio de su castigo y su tormento) aparecia por Levante.

Llevaba una hora escasa dentro del encierro, y de haber continuado sus angustias hasta el alba, habria de seguro encanecido.

Afortunadamente al encerrarle se habia deslizado en su compañía uno de sus más fieles lebreles, y esta circunstancia casual, y no advertida, debió salvar el juicio al pobre. Porque el cariñoso can, cuando su amo se sentó sobre una piedra, colocó la cabeza entre sus rodillas, y con gemidos afectuosos y con contínuos movimientos, parecia desvivirse para consolarle.

Andros, algo enternecido, pasábale maquinalmente la mano por el lomo, y se decia á sí mismo.

—Dichoso tú, nada sientes, nada entiendes y no sufres. Mientras corres ó duermes, gozas de la vida, y el mal se reduce para tí á tener hambre ó tener sed. ¡Ah! ¡cuán cruelmente pago yo esta mi superior sensibilidad!. Padeces únicamente en acto: yo padezco en idea: ¡cuánto más acerbo no es este padecer!. Mañana los halcones de mi Señor rasgarán estas carnes y tejidos; sus picos y sus garras, pulsando la lira de la sensibilidad, estremecerán mi sér con las notas del dolor, cuyos ecos se apagan en la muerte. Mañana sucederá, y desde ahora padezco todas, todas las angustias del suplicio..... Siento los frios picos y las candentes garras..... ¡Oh!. ¡ser sensible!.... ¡ser más sensible cada vez!..... ¡será signo de superioridad, pero tambien es horroroso!

Y al hacer esta exclamacion, crispando los puños, un escalofrio puso al prisionero en pié, y le clavó como estátua con los miembros rígidos frente á una pequeña reja.

Andros, despues de pasarse la mano por la frente, se abalanzó á los hierros y pegó su rostro á su frialdad para templar los ardores del cerebro. Miraba y nada veia; sobre el fondo negro de la noche, sólo acertaba á distinguir bultos de sombras caprichosas, mucho más negros todavía. De pronto se dibujó en aquella oscuridad un espacio grandísimo de luz. La claridad fué creciendo, y sobre ella, como sobre lienzo blanco, se empezaron á dibujar formas infinitas y variadas que el mozo, en su aturdimiento, al pronto no podia distinguir.

¿Qué aparicion era aquella?. Para averiguarlo acerquémonos de nuevo al gigante rondador.

Les dejamos á la puerta de la torre, y desde allí, con gran cautela, se dirigieron entre sombras al palacio de la bruja. Era un edificio grande é imponente. Pónos señaló á una covacha frente á uno de sus ángulos, construida por algun desamparado con preciosos restos de las antiguas obras de arte.

—Escóndete en esa lobreguez—dijo á Dinamion el génio—y cuida de mirar bien, pues para ver lo que deseas se necesitan ojos perspicaces.

Entonces, avanzando sólo hácia el palacio de Seuda, se detuvo al pié de sus altos muros y elevando la mirada al cielo, exclamó:

—¡Oh formas inmortales, vivaz ambiente y empírea delectacion de *Su* álmo espíritu!. ¡Vosotras que al toque de mi vara mágica os reflejais en el cerebro de los míseros mortales, pintad en la pupila del que piensa los varios cuadros ocultos dentro del impenetrable alcázar!

Y tocando tres veces con su vara mágica las paredes y macizos del misterioso palacio, todo él, abajo y arriba, se hizo transparante como de diáfano cristal, y la luz difusa del interior, destacó perfectamente escenas inverosímiles que Ántropos y Dinamion y el prisionero de la torre—de más léjos—primero percibian, y despues con toda certidumbre distinguieron.

Pónos volvió al lado de su protegido.

Dinamion abrió los ojos tamaños, y en los primeros momentos sintió vértigo.

En las cuevas y en los sótanos, sombras negras, taciturnas, contaban númas y las metian en sacos. Otras innumerables llegaban con los bolsillos llenos y los vaciaban para aumentar los montonos. Las númas de oro se apilaban aparte de las de plata,

y las de cobre eran tantas que los montones parecian montes. Sombras negras iban y venian con gesto horrible de codicia, y de cuando en cuando por la menor de aquellas númas, se mordian y arañaban.

En el piso bajo, se veian numerosas oficinas, y en cada una un letrero con el nombre de un pecado. Allí llegaban los adúlteros, los incestuosos, los lúbricos, los ladrones, matronas escrupulosas, doncellas timoratas y hasta los homicidas asesinos. Cuantos tenian ó creian tener alguna culpa, todos cuantos habian delinquido ó se proponian delinquir, penetraban agobiados bajo pesos invisibles con la barba sobre el pecho, con las espaldas encorvadas, y ajustaban, no sin regateo, la absolucion del pecado ó pagaban segun tarifa, y doblando la rodilla en tierra recibian bendiciones. Y apenas una sombra negra habia trazado en el aire media docena de cruces con el índice y el dedo corazon, cuando aquellos pecadores se erguian limpios de mancha y salian del palacio altaneros y tranquilos, mientras sus númas descendian á los sótanos y allí eran almacenadas como las demás.

Aquello era un rio de oro, y Dinamion empezó á entender.

En el piso principal, los salones eran espaciosos y todavía mas magníficos. El oro, el alabastro, el mármol. las gemas de más alto precio, los brocados, las alfombras, eran cosas despreciables en comparacion del lujo de sus moradores. A un extremo, sobre mesas dilatadas y manteles de rosas y azahar, humeaban viandas exquisitas cuyos vapores se mezclaban con el aroma de los mejores vinos para embriagar y seducir. Allí falanges de próceres de-

voraban ávidos una y otra vez sin saciar su torpe gula, y Dinamion pudo convencerse que en comparacion de aquel sibaritismo melindroso, habia sido un principiante en tiempo de sus mayores excesos.

Al lado del comedor estaba el salon de baile, y en él danzaban en giro vertiginoso corros de ninfas y matronas desnudas y coronadas de flores, haciendo alarde impúdico y soez de sus venales encantos. Dentro de cada corro un grupo de magnates recreaba los lascivos ojos en la más abyecta delectacion.

Las demás estancias ofrecian cuadros análogos y todos ellos repugnantes.

—¡Basta!—dijo Dinamion oprimiendo nerviosamente el puño de su estoque —Siento náuseas, y la cólera me ahoga. Vamos á mi torre. Esto no puede continuar así.

Cuando el gigante se vió otra vez en su estancia, despidió á sus acompañantes con el gesto, y se puso á pasear sin siquiera descorrer su embozo.

Así le sorprendió la aurora.

Ántropos y el génio al retirarse de su presencia se pararon en la escalera de caracol, y Pónos le dijo al hombre:

—Parece que el espectáculo le impresionó.

—Déjame, Pónos, déjame—contestó el siervo pensativo.—Estoy absorto é intranquilo. Nunca pude creer que Seuda fuese lo que es. ¡Cuánto ha caido! ¡cuánto no se ha depravado!

—¿Será ella peor, ó serás tú más perspicaz?—le contestó el génio.—Me resisto á creer que sea ella la única fuera de la ley eterna de la isla. No puedo confesar de plano que no progrese como todo, pero tú estabas ciego en otro tiempo, y ¡es tan difícil pe-

netrar en la conciencia de los grandes!. Lo repito, ¿es ella peor, ó vas tú viendo mejor?

—Pero en fin—exclamó el hombre—¿qué significa todo esto?

—Lo mismo que significaba antaño la depravacion y la locura del guerrero. Cuando la riqueza material no es producto del trabajo armónico; cuando la actividad para lograrla carece del elemento intelectual ó de puros y nobilísimos afectos, el equilibrio se rompe, el sér trino y uno se degrada, y el oro, en lugar de contribuir á la armonía, solo sirve para poner de manifiesto lo que es y lo que debe ser la verdadera riqueza. Con él se satisfacen —y esto sin peso y sin medida—las necesidades del animal, y ya te lo tengo dicho, y nunca debes olvidarlo: no solo de pan viven los hombres. Aprende en estos ejemplos cuál es la compleja composicion de la riqueza si aspiras al bienestar: jamás le conseguirás, si no empleas tus tesoros guiado por el saber, movido por afectos nobilísimos.

—Está bien—interrumpió el artista—pero en fin, ¿qué hacemos en este trance?. Nuestra situacion es crítica. ¿Cómo poner remedio al mal presente?. ¿Cómo luchar con la bruja?

—En cuanto á Seuda, ya se entenderá con ella Dinamion. Vamos á salvar á tu hijo.

Bajaron presurosos hácia el calabozo, y encontraron felizmente dormidos á los guardas.

Todos estaban rendidos, y pagaban á aquellas altas horas tributo á la naturaleza.

Ántropos, andando de puntillas, y reteniendo hasta el aliento, sacó un manojo de llaves del cinto del carcelero, y sin perder un instante penetraron en el calabozo.

Andros estaba aún pegado á los hierros de la reja. Volvióse sobresaltado al escuchar el chirrido de los gonces, y oyó con indiferencia que su padre y el buen génio venian á ponerle en libertad.

—¿Y para qué?—contestó.—¿A dónde he de ir?. Do quiera nos alcanzará el brazo armado del guerrero, ó la garra de su consejera. No hay esperanza: la isla es un inmenso calabozo.

—Ahora la hay—exclamó Ántropos.—Dinamion nos ampara y nos proteje, y con el espectáculo que ha visto pondrá coto de una vez á la avaricia de Seuda.

—Lo dudo—replicó el mozo.—Cuando se trata de esquilmarnos se perdonan y se entienden.

—Así fué siempre hasta hoy—le dijo el génio.—¡Quién sabe si lo será mañana!. ¡Vivir para ver!. Haz un esfuerzo y salva la dulce vida. De tí depende la libertad de tu padre, la dicha de tu madre y de tu hermana, el desencantamiento de mi hija.

Andros alzó los hombros con desdén.

—¿Es posible?—continuó Ponos.—Si hubieras visto cuanto acabamos de ver, la indignacion te sublevaria.

—Todo lo ví desde esa reja, y cabalmente por haberlo visto siento desmayo y nada creo.

—Luego, ¿eres cobarde y egoista?—exclamó Ántropos sin poderse contener.—¿Luego abandonas á tu madre?.

—Eso no—interrumpió Andros irguiéndose con dignidad.—Vamos donde querais. Ya os sigo.

El génio rompió la marcha y comenzó á descender. De paso Ántropos cogió la lámpara del carcelero.

Al pié de la escalera encontraron una rampa, des-

pues otra en sentido opuesto, y habiendo franqueado trabajosamente una á manera de trancada con escalones altísimos, llegaron á las antiguas catacumbas.

Ántropos iba delante de guía, alumbrando con la lámpara. Soplaba en las galerías un vientecillo glacial, y al tomar una vuelta de repente se les apagó la luz. Entonces empezó una lucha de los tres con las tinieblas, en ansiedad creciente y angustiosa. A la media hora de andar palpando muros, tanteando el terreno con el pié, atravesando casi á gatas por estrechuras reducidas, deteniéndose no pocas veces sin atinar perplejos, cuál de dos ó más caminos deberian elegir, los tres sudaban á chorro.

Ya estaban á punto de abandonar la empresa y de caer exánimes de cansancio y de desesperacion, cuando advirtieron que se hallaban al borde mismo de una escalera de caracol, cortada en la peña viva, como para descender á un pozo. Y era que del fondo salia una ténue claridad hasta hacer perceptibles los objetos. Despues de un momento de vacilacion se decidieron á descender en busca de aquella luz, la cual debia estar muy honda, porque el descenso fué tan trabajoso como largo. Mucho les costó llegar al fondo, y sin embargo, al pisar su último escalon, olvidaron su ansiedad y sus fatigas ante el espectáculo que se presentó á su vista.

Estaban en una cárcel lóbrega, llena de los más extraños instrumentos. Garfios ensangrentados, tenazas y torniquetes, hornos y braserillos, escalas para estirar los miembros, prensas para fracturarlos, aquí plomo y azufre derretidos, allá disciplinas y látigos de alambre. Todo cuanto puede inventar las más brutal y estúpida sevicia, se halla-

ba en aquel antro amontonado. Alecia en medio, aherrojada á una pilastra de piedra, estaba inmóvil y muda, pues sobre su manto negro, ó más bien esclavina á la sazon, oprimíala los lábios una mordaza de hierro. Su luz, sin embargo, iluminaba la estancia, y Ántropos, al pasear la vista por sus paredes y sus muebles, pudo reconocer varios instrumentos de tortura, obra de sus manos, y pedidos uno á uno por la astuta consejera. Padre é hijo se horripilaron al comprender el objeto de aquellas máquinas; su sangre se les heló en las venas, y dominados por un sentimiento de piedad, no pudieron articular palabra.

Pónos tambien se sintió por primera vez sobrecogido.

Al advertir su hija el pasmo y turbacion de los tres, hizo señal para que la quitaran la mordaza. Obedeciéronla trémulos, con lágrimas en los ojos, y cuando Alecia se vió libre, les habló en los términos siguientes:

—Lo sé todo, y no hay tiempo que perder. No os cuideis, amigos mios, de este cruel y bárbaro aparato. Seuda extrema ya sus iras, pero es seguro vuestro triunfo. Si no pudo evitar vuestros progresos cuando érais torpes é ignorantes; si fueron baldías sus mentiras para tener vuestro espíritu en tinieblas; si con perseguir la inteligencia y pervertir el sentimiento, no pudo lograr sus fines, ¿cómo ha de reduciros ahora á la inerte condicion del bruto atormentando y mutilando el cuerpo, cuando la llama sagrada arde inextinguible ya en el santuario de vuestra conciencia?. Sus satélites ensayan en mí las invenciones de su crueldad: preparáos, porque muy pronto los ensayará en vosotros. Dice que

este oficio es santo: fortificad vuestros corazones. Es capaz de destruir la isla antes de renunciar á la dominacion, pero los tiempos se acercan. Mirad cual mermó mi negro manto. No perdamos un momento. Apenia estará de vuelta pronto, y si se malograse la fuga de tu hijo, tus esperanzas ¡oh Ántropos! mermarian grandemente. En marcha, pues, y dirigiros al Norte: el Mediodía es tierra de servidumbre. El sol exalta en ella al sentimiento, y la razon necesita más frialdad para pensar. Hacéos fuertes, porque sin la fuerza y su sancion, toda cosa es deleznable. Ha llegado el momento de ser hombres, renunciando virilmente á pueriles devaneos.

—¿Por qué nos hablas así?—interrumpió Ántropos sin poderse contener.—Manda y te obedeceremos.

—Os hablo así por lo que veo—continuó la noble esclava.—¿Qué pretendes, tú, Ántropos, con entregarte en cuerpo y alma á los sueños de tu fantasía?. ¿Son por ventura tus caprichos leyes?. ¿Presumes rescatar la isla por el solo esfuerzo de tu razon?. Estás contaminado con el ejemplo de Anoya sin advertir cómo lo útil, lo cierto, lo verdadero, lo bello, sabido ó conocido por tí, por ella, por Seuda, por Dinamion, se reduce á los hechos atesorados pacientemente en unos y otros organismos, mediante las lecciones de mi padre. ¿Piensas llegar de un solo salto á lo recóndito?. No, Ántropos, no: lo primero es observar, lo segundo inducir, lo tercero experimentar para adquirir certidumbre, y cuando hayas agrupado los fenómenos análogos, relacionarlos mediante ley, agrupar estas en séries para reducirlas—si posible fuere—á una sola (1). Porque el su-

(1) Comienzos del método experimental.

mo saber no consiste en recordar millares de recetas, sino en explicarlo todo con el menor número de leyes. Por esto, aquella inteligencia es superior que tiene ménos ideas (1); por eso se ha ido constituyendo tu razon con ápices, y hoy crece y mañana crecerá, pues este método experimental, y esta reduccion de ideas á menor número, es ley de tu naturaleza que se cumple y cumplirá á despecho de ilusiones, vanidades y espejismos. Habeis hecho ya conquistas numerosas sobre la Naturaleza; vuestra inteligencia se robusteció al enriquecerse la memoria; vuestra sensibilidad se ha transfigurado por modo maravilloso, y ya dan los corazones notas delicadas, nobles. Estais en condiciones de ser buenos, y para serlo hay que luchar.

—Pero, Señora—interrumpió Ántropos—¿en qué pude yo desagradarte?

—Con tus aficiones de astrólogo, de nigromante, de alquimista.

—Yo—balbució tímidamente el siervo—experimento en mi laboratorio, observo al interrogar á las estrellas.

—Trabajas al revés—repuso Alecia con dulzura. —Te propones una solucion de pié forzado, *hacer* tal cosa, cuando lo racional y lógico seria estudiar los elementos á tu disposicion y ver en seguida lo que *puedes hacer* con ellos. ¡Si vieras cuántas maravillas tienes ya bajo tu mano para acabar de descorrer mi velo!

—Habla claro, por mi vida—exclamó el astrólogo contrito.

—Voy á ello, porque el tiempo apremia. El gran

---

(1) Santo Tomás de Aquino.

ciclo sentimental toca á su término. Con sus delirios, con sus amarguras se ha restablecido en parte el equilibrio de la vida, y ahora para continuar su desarrollo, necesitais dos adelantos materiales, á fin de conseguir otro inmenso intelectual. Con uno derribareis los castillos del gigante; con el otro reducireis á Seuda á la impotencia. Todo depende de mi padre.

—¡Cómo!—interrumpió Pónos.—¿Todo eso depende de mí?. Olvidas, hija, que yo solo debo obedecer, y si Dinamion pide á mis protegidos castillos y armas y cadenas, ¿qué medios tengo para derribar sus fortalezas?.—Si Seuda exige mordazas, cepos, suplicios, ¿cómo puedo rebelarme contra el hombre?

—Desconoces ¡oh padre! tu poder—prosiguió Alecia con solemnidad—como lo desconocen muchos de aquellos cuyas facultades son inmensas. Con cualquier cosa derrumbarás el alcázar. Coje una piedra blanca como la nieve, otra amarilla como el oro y otra como el carbon negra: muélelas en las debidas proporciones, y una almorzada del polvo negro que resulte, bastará á derribar alcázares y castillos.

—¿Y cómo conoceré ese polvo negro?—preguntó Ántropos con impaciencia.

—En lo que conocias el peligro de aquellos polvos de explosiones fabricados en tus tanteos de alquimista; en su irresistible empuje—contestó la hija de Pónos.

—Pero si venzo á Dinamion, quedará Seuda imperando y no habrá modo de contenerla y ménos de resistirla.

—Estais ofuscados, amigos mios—volvió á decir la prisionera.—El poder de Seuda es incontrastable

en vuestra fantasía: realmente nada significa frente á vuestra voluntad. Para traerla á razon os recomiendo el otro de los dos inventos. De cualquier cosa, con el objeto más minúsculo, con el grano imperceptible del lino, podeis dar forma á la protesta contra sus abusos, y levantar una montaña en medio de su camino.

—¿Cómo?

—Vivificando los biblos. Un rayo de aquesta luz basta para lograr la maravilla: métele en tu pecho, Andros, y despues de hallarte á salvo él te iluminará. Cuando hayais arrasado el castillo de Dinamion; cuando la protesta de vuestra conciencia honrada haya tomado voz y forma en los biblos ya vivificados, nos volveremos á ver, y entonces sabreis los tres portentos indispensables para dar cima á la empresa magna de vuestra liberacion. Ahora ponedme la mordaza y alejáos á toda prisa. Apenia vuelve de la gran orgía, y su ama debe seguir ignorando que conoceis mi paradero.

Con harto sentimiento de su corazon Pónos y sus protegidos amordazaron á la divina esclava, y se alejaron del pozo para dejarla sola y entregada á sus verdugos.

Ya fuera de las catacumbas apuntaba la aurora por Oriente, y Ántropos, ahogado por los sollozos, abrazó al hijo una y otra vez, y se separaron—sin saber si para siempre—llenos de dudas, temores y congojas.

CAPÍTULO XVIII.

Despues de varias jornadas, de infinitas aventuras y de no pocos peligros, Andros llegó á la comarca de la isla, indicada por Alecia. Caia cerca del mar y estaba bastante al Norte.

Allí, para sorpresa suya, halló antiguos camaradas diligentes y afanosos; unos, construian diques para resguardar del mar artificiales praderas, otros, convertian los fangales en huertas con delicadas hortalizas; estos, levantaban chozas de tablazon ó de barro; aquellos, establos bien abrigados y estensos para albergar sus vacas cómodamente, y todos esquilaban las ovejas, tejian la lana en telares numerosos y trabajaban sin cesar, y hasta las mujeres y los niños, lo mismo guardando el ganado al aire libre que dentro de sus viviendas al amor del fuego, hacian algo útil, algo conveniente, sin darse punto de reposo. El país era desapacible y pobre; pero aquellos antiguos discípulos de Pónos, le iban enriqueciendo y transformando.

—¿Qué es esto?—preguntó el mozo á sus amigos de antaño.

—Esto—le contestaron—es querer emanciparnos, porque no hemos olvidado el ejemplo de tu padre: la libertad se conquista únicamente conociendo y practicando las máximas del buen Pónos. Nos vamos convenciendo de ello. Hartos de arbitrariedad, de vejaciones, de imposturas, nos hemos refugiado aquí en donde ni Seuda, ni Dinamion han de venir en persona á esquilmar nuestra pobreza. Si quieres quedarte con nosotros, te elegiremos nuestro jefe, pues demasiado se nos alcanzan las ventajas de servir y obedecer á un protegido del único génio generoso y paternal de toda la isla de Gé.

—¿Pero cómo podeis vivir sin alguien que os defienda y sin alguno que se entienda con los dioses?

—Te diremos—contestaron aquellos aspirantes á hombres libres.—En cuanto á defendernos, hemos pensado que nadie nos defenderia mejor, ni más valientemente, que nosotros. Vamos formando concejos, cabildos, ligas, y juntando todas nuestras cabezas para formar un pensamiento, nos dirigimos tambien á nosotros mismos, y por lo visto, no nos va muy mal. Respecto á los asuntos de tejas arriba, siempre se duda como sabes. No hemos formado criterio. Oimos á los acólitos de Seuda, los recibimos cortésmente, les damos limosna con mano franca, les construimos algun templo, pero no vamos más allá, y nos proponemos rumiar mucho antes de tragar todo cuanto quiere Seuda. Iremos viendo, y obraremos cuando llegue el caso.

—No me parece mal—replicó Andros sorprendido.—Más de una vez he soñado con todo cuanto me decís, pues en fin de cuenta vuestros concejos, vuestras ligas, son la extension práctica de la familia.

—Eso es—prosiguieron los campesinos tejedores. —Seremos estúpidos, ó como dice la bruja, seremos pobres de espíritu, pero entendemos la fraternidad tal como suena, y nunca la pudimos entender tal como Seuda la practica. Por ahora vamos asegurando la libertad en el hogar y en el trabajo, la facultad de disponer de nuestros bienes y personas, ó como decimos para entendernos sin reservas, *nuestra libertad civil.* Si te quedas con nosotros, y acude Pónos en tu auxilio, aspiraremos á más, y hasta podrias socorrer á tu buen padre.

—¡Que me place!—exclamó Andros.—Aquí me quedo y aquí perderé la vida en defensa de la libertad comun.

Y acto contínuo, Andros evocó al protector de su familia y le comenzó á pedir.

—Necesito la ayuda de tu vara mágica—le dijo. —En esta tierra no se puede estar ocioso: pronto se muere uno de hambre.

Con la presencia de Pónos, las obras de aquellas gentes tomaron colosales proporciones. Prolongáronse los diques, se desecaron pantanos, abriéronse canales, se rellenaron honduras, plantáronse bosques y tupidos setos, sembróse grama para encubrir la arena con el césped, multiplicáronse las vacas con los prados, mejoró el suelo con su fimo, y cuando hubo leche en abundancia, se fabricaron quesos y manteca. Verdad es que el clima frio y húmedo, no toleraba la oliva ni el naranjo; pero cuando Pónos advirtió, cuánto echaban de ménos el vino y el aceite, les hizo entrever la posibilidad de conseguir uno y otro, si tejian paños con la lana, telas con el lino, si tallaban la madera ó forjaban los metales, durante las lluvias ó las nieves, y los ofre-

cian buenos y baratos á los habitantes de más felices regiones, á cambio de las frutas y los caldos, ó del trigo y del arroz.

La abundancia y bienestar crecieron como por ensalmo en aquellos tremedales, y Elpisa se les aparecia en su nube de color de rosa, toda bordada de plata, toda recamada de oro, y Fanta les visitaba para hacerles con sus cuentos, un si es no es, soberbios y arrogantes.

A la par de estas novedades, cundian léjos y cerca las noticias de la fuga de Andros, y como quiera que de muy atrás venia desarrollándose un movimiento de concentracion y de buena inteligencia entre los antiguos siervos, entre cuantos trabajaban con sus manos—movimiento protegido por el mismo Dinamion para tener que esquilmar y hasta por la misma Seuda con sus jubileos—el ejemplo tuvo imitadores á Mediodia, al Norte, á Levante y á Occidente; el fervor por asociarse, en una forma ó en otra, se extendió como la luz.

En algunos surgió la idea de ponerse en comunicacion con los demás, y en los situados cerca de la costa, se aprovecharon, por de pronto, las grandes facilidades de la mar, y los amigos de Andros, siguiendo el ejemplo de otros, se hicieron carpinteros de ribera, construyeron naves, navegaron de rada en ensenada para visitar á los vecinos, y formaron ligas entre sí, para oponer las fuerzas de muchos á las terribles fuerzas del gigante (1).

Volvamos ahora al Castillo de las Siete Colinas y veamos lo sucedido entre tanto á Dinamion, á quien dejamos paseándose dentro de una torre em-

(1) Esfuerzos de los Comunes en Europa.

bozado hasta los ojos. Parécenos haber indicado ya que así le sorprendió la aurora, y tan preocupado estaba con lo visto aquella noche, que ni siquiera se acordó de la muerte de su halcon roqués, ni de su malhadado matador. Embargábale todas sus potencias el deseo de poner coto al lujo y al desenfreno de su consejera, haciéndola sentir su autoridad. Por eso, se quedó maravillado Ántropos cuando al presentarse aquella misma mañana para recibir sus órdenes, el gigante ni preguntó siquiera por el fugitivo, y le dijo con semblante torvo:

—Avisa sin tardanza á mis amigos, pues algunos tendré aquí. Voy á conferenciar con Seuda. Si no consigo hacerla entender razon, haré un brutal desaguisado. Su conducta es escandalosa, y ó se enmienda, ó la someto.

—Está bien, Señor—contestó Ántropos—pero soy agradecido y mi deber es prevenirte. Si te recibe bien y te agasaja, cuidado con lo que comes ó bebes..

—¿Qué quieres decir con eso?—exclamó Dinamion sobresaltado.

—Ni presumo amedrentarte, ni me propongo calumniarla—prosiguió el villano con malicia—pero en estos dias me pidió más de una vez los venenos más activos, más ocultos, y como se cree con autoridad para emplearlos en auxilio de sus intereses, pudiera abusar de tu noble confianza.

—¡Ira de gigante!—rugió el guerrero al escuchar la sospecha.—¿Esas tenemos tambien? ¡Pues la vieja no tiene desperdicio!. Razon más para humillarla. Prepárate, porque preveo que te he de necesitar.

Y con efecto, Dinamion visitó á su consejera, y si la noche antes se habia enfurecido al sorprender

el orígen de sus riquezas, á la luz del dia se asombró del fausto y la procacidad con que le recibió y le obligó á besarla la chinela.

Mayor fué su asombro, sin embargo, cuando la oyó reirse de sus quejas, burlarse de sus inculpaciones, y hubo menester de toda su sangre fria para no emprender á tajo limpio con las turbas innumerables de acólitos, ó para no aplastarla sin piedad dentro de su palacio mismo.

Despues de varias escenas muy curiosas, comenzó una guerra abierta entre el gigante y la bruja dentro del recinto del Castillo de las Siete Colinas. Los descontentos, los vejados, se unieron á Dinamion con alguno que otro prócer ó artífice de buena voluntad, y á tal estado llegaron las cosas á la postre, que el gigante sitió á Seuda en su palacio, y Ántropos preparó las escalas y las máquinas para dar el asalto y destruirle.

Cuando nada al parecer podia salvar á la bruja y á sus mercenarios, ésta apareció sobre una de las torres, vestida con sus mejores ornamentos, levantando al cielo un buen puñado de reliquias, y pronunció uno de sus anatemas poniendo en entredicho al Castillo de las Siete Colinas (1), para privar de agua y lumbre á los partidarios del gigante.

Dinamion quiso á su vez reirse de aquella ceremonia. Volvió la vista hácia los suyos para ordenar el asalto y los encontró de hinojos. En vano fueron sus voces y sus razones: se miró solo por segunda vez, y comprendió, mal de su grado, cuán hondo penetraban todavía en las conciencias las raíces del temor y de las santas preocupaciones

(1) Adriano IV.

sembradas y cultivadas durante tantos, tantos años en aquellos corazones. Él mismo se sintió impresionado y temeroso, ante aquel inverosímil espectáculo.

Todavía estaba Seuda sitiada y Dinamion irresoluto, cuando empezaron á llegar un emisario tras otro, trayendo nuevas de los progresos de Andros y los suyos, la formacion de ligas y concejos, y del espíritu de rebeldía que en todas partes se notaba. Fobo, muy principalmente, trajo noticias temerosas.

Aprovechándolas Seuda, hizo comprender á Dinamion los peligros en perspectiva para ambos, y tras largas entrevistas é interminables discusiones, prometió la bruja poner órden en su casa, refrenar la avaricia concupiscente de los suyos y áun auxiliar á su Señor con unos sacos de númas. Dinamion, por su parte, se avino á volver á su castillo y á salir sobre Hipodonte para escarmentar con el castigo de Andros, á los audaces rebeldes.

—Por centésima vez hago otro pacto—dijo el guerrero para concluir.—Veremos cómo le cumples.

—Con la buena fé de siempre—exclamó Seuda en tono hipócrita.—Respeta mis derechos y yo respetaré los tuyos. ¿No te abandono los cuerpos y la vil materia?. Déjame dirigir la voluntad. Esto me basta en bien de todos.

—¡Ya lo creo!—replicó Dinamion con ironía.—Lo voy entendiendo al fin. Si mandas en la voluntad, que es como el resúmen resultante de todos los sentimientos, eres dueña de almas y de cuerpos, y aunque finjas no intervenir en lo demás, tienes al pensamiento sujeto bajo tu planta, y en tu bolsillo los bienes de ricos y de pobres. Pero en fin, lo dicho, dicho: venga mi parte en el botin. No escanda-

lices con tu lujo, ó con el lujo de los tuyos, y haya paz y haya concordia. Me voy de nuevo á pelear. ¿Dónde está Ántropos?: que venga.

—Te suplico que me le dejes unos cuantos dias. Le necesito para concluir mi templo, y dar la última mano al ornato de mi casa.

—Y yo tambien le necesito. ¿Qué es eso, que tanto te urge?

—Poca cosa: unos espejos que ha inventado con cristal y con azogue, y unas pinturas al óleo, con las cuales representa maravillas. Nos hace falta además el templo por excelencia, y sin Ántropos, con su buen génio, seria imposible levantarle.

—Pero..... ¿y Alecia?, ¿y su manto?. ¿No te contiene el peligro de su desencantamiento?

—Mientras estemos unidos y me apoyes con tu acero, y me dejes herir á mi sabor con mi espada espiritual, ni temo desencantamientos, ni Alecia saldrá del pozo.

—Quiero ceder una vez más. Veremos cómo en cambio me complaces.

Y Dinamion salió para su castillo resuelto á montar sobre Hipodonte, y á no apearse de la silla hasta haber castigado al fugitivo y ahogado en sangre toda insolencia, toda rebeldía.

Detúvose, sin embargo, más de una semana para ver cómo cumplia Seuda el pacto. La bruja lo hizo á su manera, prohibiendo á sus acólitos consumir en un solo banquete el producto anual de sus parroquias, y recomendando á sus magnates que viajasen con cuarenta ó cincuenta carruajes nada más, ni tuviesen sus soldados en sus cuadras arriba de siete, cinco ó dos caballos, segun su categoría. ¡Qué tal seria el despilfarro por entonces, cuando esto, y

la prohibicion de perros, halcones, joyas y vajilla, se consideraba una reforma! (1)

Dinamion, aunque en manera alguna satisfecho, fingió estarlo y se preparó á salir.

Veamos lo que hacia Andros entre tanto.

Cuando se vió libre y rico, hubiera dado rienda suelta á todos sus pensamientos, á todas sus emociones, mas la costumbre de obedecer, la forma de sus sentimientos, amoldados en los moldes del gigante y de la bruja, se lo estorbaron é impidieron, que no en un dia se desprende el hombre de antiguos arraigados hábitos. Quiso ponerse bien con Seuda en busca de su intercesion y apoyo; quiso implorar la proteccion del cielo contra la tiranía de la tierra, y al traducir en una manifestacion tangible el sentimiento de amor que en sustitucion del de temor antiguo se iba desenvolviendo en su conciencia, no imitó como su padre las líneas rectas, la forma rectangular de aquellas construcciones primitivas de madera que recordará el lector, ó de los soberbios templos de la Península de Luz, sino que alzó torres puntiagudas, como el álamo, bóvedas copiadas de los bosques, y las esbeltas columnas cedieron el puesto á pilastras semejando hacinamiento de troncos con su ramaje y su follaje. Imitó el apuntado corte de las hojas en las puertas y ventanas, apiñó arranques junto á tierra como manojos de retoños, fué aligerando y acortando los arrimadizos al elevar los botareles á las nubes, como se aclara y se reduce por los altos el ramaje; cubrió el conjunto de flores y hojarasca, de pájaros y de brutos asomando aquí, pendientes allí, semi-ocultos más

(1) Tercer Concilio de Letrán.

allá, como las aves en las copas, como los reptiles entre la maleza, y para que nada faltase al caprichoso, sublime y fantástico remedo, quiso que la luz le atravesara, cual atraviesa los rayos del Sol ó de la Luna el aéreo bulto de un bosquete, y caló la filigrana de las torres y subió pasmosamente sus agujas, y cerró las ventanas prolongadas con vidrios de colores y transparentes retablos, y embobó á los ojos, y suspendió las almas, conmoviéndolas profundamente, con la apacible austera melancolía de los poemas románticos de piedra (1).

Ocioso parécenos decir que al dar inconscientemente el sér á la nueva arquitectura, Andros lo hizo aprovechando, ya un detalle de construccion ensayado allá en Oriente, cuando pugnaba su padre por cerrar el arco, ya líneas y figuras de tiempos posteriores, ya plantas, adornos, requisitos impuestos por la necesidad ó la costumbre; pero dejando á un lado estas y otras menudencias, para no hacer nuestro cuento interminable, nos fijaríamos de una vez en aquella de sus invenciones, cuyas consecuencias dejáronse sentir como las de ninguna otra y la cual contribuyó, como la que más, al acortamiento del manto negro de la hija de Pónos, si la llegada de Dinamion, armado sobre Hipodonte, no hubiese puesto en peligro la existencia de aquella sociedad naciente. Venian él y su corcel, ambos cubiertos de hierro.

Afortunadamente, al pisar con sus enormes cascos el corcel la antes árida y ya feracísima region, los artesanos se apercibieron del peligro, porque el tegido de raices y la verdura artificial

(1) Arquitectura llamada gótica.

sobre el cieno blando y movedizo, comenzó á rehilar, como rehilan bajo el pié los tremedales ó trampales. Salieron de sus casas apresuradamente, y á falta de lanzas, empuñaron los espeques, blandiéndoles como picas. Al divisarles, el gigante gritábales con la fuerza de sus pulmones extentóreos:

—¡Ah, vil y miserable canalla!. Esperadme en buena lid y yo os arrancaré esos cobardes corazones y los picaré menudo para cebar mis neblies.

Andros y sus compañeros, comprendiendo la demencia de esperar á Dinamion en campo raso, se internaron por entre fosos y canales para guarecerse en los pantanos, y el arrogante guerrero, sin calcular el peso de su corcel, se lanzó á rienda suelta en pós de los rebeldes, decidido á exterminarles. Al llegar á las praderas, los remos de Hipodonte se hundian hasta casi las rodillas; en las tierras inundadas hundiéronse hasta los corbejones, y como el ímpetu de su carrera no le dejaba detenerse, y el empuje de aquella masa de hierro le impelia hácia adelante, perdió al fin el equilibrio, y caballo, y arnés, y caballero, se derrumbaron en el fango. Entonces Andros y su gente volvieron sobre el caido, y uno recogió la espada, y otro le amenazó con el espeque, y todos, con entusiasmo, le arrancaron sus espuelas de oro (1).

¡Triste y célebre jornada fué aquella para el caballero!. En ella comprendieron siervos, plebeyos y canalla, que Dinamion no era invencible, y que el ingenio, la diligencia y el trabajo, podian suplir ventajosamente á la fuerza de los mayores gigantes. Las consecuencias de semejante enseñanza, los re-

---

(1) Jornada de las espuelas.

sultados de la jornada de las espuelas de oro, fueron de gran trascendencia y prepararon los espíritus para una gran revolucion.

Veinte y cuatro horas estuvo Dinamion revolcándose en el fango, y con seguridad hubiera perecido si al ver la muerte tan próxima no se hubiese allanado á tratar con el rebelde. Tras largos dimes y diretes, convinieron en que los amigos del mozo conservarian la espuela como señal de su triunfo, y que Dinamion—considerándoles como aliados—les dejaria gozar en buena paz los frutos de su trabajo. Aún hizo más: reconoció su concejo, otorgóles privilegios y franquicias, y aunque muy de mala gana, ofreció respetar todo gremio y toda liga.

Arregladas así las condiciones de paz, el vencedor llamó á Pónos, y con su ayuda inestimable y la buena voluntad de sus alborozados compañeros, logró sacar del fangal á Dinamion é Hipodonte. Bueno es decir ahora para que conste, á los fines oportunos, que el gigante y su corcel perdieron bajo el cieno buena parte de sus armaduras, pues toda la de Hipodonte quedó enterrada, y Dinamion, al dar vuelta á su castillo, sólo llevaba sobre sí el casco sin el penacho, la coraza y espaldar y un brazal con su manopla.

No hay necesidad de encarecer el despecho del antiguo campeador al mirarse derrotado por villanos y pigmeos, sin otra prez que la de trabajar, y cuyas manos, en vez de blandir la lanza, movian la lanzadera.

La tristeza de su vencimiento hubiérale costado probablemente la vida, si Scuda no le hubiese hecho comprender que su palabra y juramento no le obligaban en manera alguna, como exigidos por la

fuerza de las circunstancias y otorgados á villanos. A mayor abundamiento le absolvió de toda culpa, con lo cual se consoló el gigante, y libre de aquella pesadumbre interna, respiró escarmientos y venganzas.

No obstante, todo fué inútil: cuantos ataques intentó contra el mancebo otros tantos fueron desbaratados por los tejedores á fuerza de estratagemas. En una sola ocasion estuvieron en gran peligro Andros y los suyos, y fué porque desoyendo la voz de la experiencia, ó desvanecidos por la suerte próspera, se quisieron igualar á Dinamion, y con ayuda de Pir, forjaron sendas armaduras, creyendo, imbéciles, hacerse así más valientes. Embarazados con el peso, en poco estuvo que no perdiesen la vida con la libertad, pues á duras penas salieron de los pantanos en los cuales, á su vez, se hundian.

En ellos quedaron tambien cotas y grebas y escarpes, brazales, coderas y manoplas; y los artesanos tejedores, no volvieron á soñar en semejantes defensas, y únicamente conservaron los bacinetes como recuerdo y reliquia de su aspiracion á nobles, fiándose desde entonces á su mayor ligereza y su gran movilidad para luchar con ventaja contra el coloso de hierro.

Estos inesperados acontecimientos, modificaron hasta cierto punto las relaciones y la situacion de esquilmadores y esquilmados. Seuda ni se apenó, ni tomó á pechos los descalabros del gigante, y hasta los celebró en su fuero interno, pues con ellos se afirmaba la supremacía de su espada espiritual. Ni un solo instante dudó de engatusar á los antiguos siervos con sus invenciones, ó de reducirles á obediencia ciega, con sus amenazas, y para

irles atrayendo, despachó á su criada Anoya con una y otra embajada. Entre tanto, siguió vendiendo sus perdones é indulgencias, organizó una muy hábil y muy perfecta inquisicion, para indagar hasta los pensamientos más ocultos, y se entregó descaradamente á los goces del orgullo, haciendo alarde ostentoso de su creciente riqueza.

Los antiguos siervos, sin embargo, no eran ya masa dócil, ni rebaño ciego. Oian á los emisarios de la bruja, aparentaban obedecerla practicando sus ritos y sus ceremonias; pero si Anoya exigia demasiado, ó trataba de esquilmarles sin medida, contestaban á sus peroratas con tales y tan buenos argumentos, que la hasta entonces dócil criada de la bruja solia darles la razon, y proclamar de cuando en cuando doctrinas subversivas, que alarmaban ó enfurecian á Seuda.

En cuanto á Dinamion, devoraba en su castillo su coraje y su vergüenza, y no pudiendo contrarestar de pronto la autoridad de la bruja, iba buscando partidarios entre sus mismos acólitos, halagaba abiertamente á los discípulos de Pónos y no desperdiciaba coyuntura para obsequiar á Anoya y atraérsela. Temeroso de los anatemas, hacia una guerra á la sordina á su antigua consejera, fiando al tiempo y al azar hallar fuerza y ocasion para atacarla y someterla. Era aquella guerra sorda, como la manifestacion de un rencor mal reprimido y de una envidia impotente. Así, por ejemplo, vestia una zorra hambrienta con manto pontifical y tiara en la cabeza, y hacíala sacar en procesion poniendo de trecho en trecho, á su paso y á su alcance, aves y pollos y gallinas. En medio de la ceremonia la zorra, como era natural, olvidaba su papel

y se lanzaba sobre una y otra presa, y Dinamion reíase como un bendito, como si la zorra fuera Scuda (1).

En otras ocasiones, paseaban un pollino sobre cuyo lomo iba una jóven con un niño en brazos; conducíanle con gran respeto hasta dentro de los templos y frente de los altares, y se divertian en hacerle contestar con tres rebuznos á las augustas ceremonias, y rebuznaban en coro con malicia y con escándalo (2).

Señalamos un par de extravagancias entre las mil y mil de aquella época, para descubrir á los ojos perspicaces algunos de los secretos móviles, mediante cuya virtud se realizaban las eternas leyes de la isla, leyes superiores á los caprichos humanos, pues bajo la forma de pasiones ruines, ó de grotescos pasatiempos, minaban los cimientos de la autoridad efímera de Seuda, y preparaban grandes y amargos desengaños al mismo, al parecer invencible, Dinamion.

Este, sin embargo, con una venda sobre los ojos, como víctima tarde ó temprano destinada al sacrificio, daba rienda suelta á sus pequeñas pasiones, y se rodeaba á todas horas de trovadores y juglares en cuya sátira mordaz, cuando no procaz, bebia míseras gotas de satisfaccion para calmar, siquiera fuese momentáneamente, su sed creciente de venganza.

¡Misterios de la encantada isla de Gé, en donde todo parecia concurrir por admirable manera al desencanto progresivo de la hija del buen Pónos!

---

(1) Fiestas del clero en París, y contentamiento de Felipe el Hermoso.
(2) Fiestas de la huida de Egipto en la Edad Media.

CAPÍTULO XIX.

Ninguna demostracion más patente ó más palmaria del proceso de la formacion del hombre, allá en la encantada isla de Gé, que la transfiguracion gradual de sus sentidos. En época primordial, cuando hizo amistad con Pónos, veia superficial y exclusivamente con los ojos, oia en confusion con los oidos. Su tacto no iba más allá de la impresion de resistencia opuesta por la materia de los cuerpos á la suya; su olfato, su paladar le daban sensaciones del momento, muy claras y muy sencillas en verdad, pero que no evocaban en su cerebro, por sí, reminiscencias ó memorias de sustancias ó de imágenes. Andando el tiempo, el tacto se fué afinando; distinguió el frio y el calor, lo terso de lo rugoso, lo duro de lo blando, la rigidez y la elasticidad, y al recibir una impresion cualquiera, la asociaba con recuerdos de otras diferentes, y juzgaba por comparacion, lo cual le permitia como ver tocando.

Por virtud de una experimentacion incesante de todas las horas, de todos los momentos, gustó de antemano los sabores con sólo mirar ú oler frutas, plantas ó mariscos, circunstancia mediante la cual

un sentido se precavia contra las sorpresas, con el auxilio de los demás, y todos ellos en liga más estrecha cada vez, defendian al cuerpo y le amparaban.

Lo propio sucedió con la vision y el sonido, pues cuando inventó los biblos, aprisionando en ellos la palabra, comenzó á oir con los ojos, cuya facultad, desarrollada en el tiempo, llegó á servir á la vista para percibir todos los matices y las inflexiones del sonido, tanto ó más que las orejas. El lenguaje primero, la música despues, provocaron en su sér otra transfiguracion cien veces más misteriosa, dotando al sentido del oido con sensibilidad tan exquisita, que distinguió con las orejas las vibraciones de las piedras, de la madera, del agua, del viento, de los metales, y reconocia sustancias, formas, tamaños, cual si los viera con los ojos.

Así, lenta, sigilosa, inadvertidamente, la vista *midió* y *pesó* como las manos; el olfato *vió* el peligro, el oido adivinó el movimiento; el tacto se figuró apariencias y colores, y el gusto relacionó los aromas, la blandura, la aspereza, los líquidos y los sólidos, como si el paladar hubiese adquirido las propiedades del taeto, de la vista ó del olfato. Con la experiencia contínua, con la remembranza de las sensaciones, con la asociacion de lo pasado y lo actual, cada sentido tendia á invadir los atributos de los otros, y al lograrlo con el tiempo, adquiria amplitud, finura, actividad, certeza, para transformar al hombre.

Igual, pero mucho más oculta transfiguracion, era la que pudiéramos llamar de los sentidos internos, la cual iba dando á la razon de los discípulos de Pónos fuerza, solidez, tenacidad. La esperiencia

de las cosas, las verdades adquiridas ó heredadas, las nociones sobre el bien y el mal, sobre el placer y el dolor, sobre el derecho y el deber, aunque incompletas y confusas, bastaban ya, sin embargo, para hacerles presumir el camino de su redencion y los requisitos de ella. De aquí una resistencia general á los esquilmos de la bruja y aquellas regocijadas burlas con apariencia de inocente santidad, apuntadas hácia el fin del capítulo anterior; burlas é inocentes desahogos, cuya intencion, más y más patente cada vez, alarmó á Seuda á la postre y concluyó por irritarla.

—Si toman cuerpo—se dijo—estas atrevidas chanzonetas, ¡adios autoridad!. Es necesario ahogar todo atrevimiento en gérmen: necesito á Dinamion.

Y, con efecto, echando un velo sobre sus rencillas, abandonó los regalos de su maravilloso alcázar, y salió en solemne procesion, no para suplicar el auxilio del guerrero, sino para imponerle la obediencia, y obligarle á servirla y á vengarla. Viéndose en el apogeo del poder, queria ejercerle y ostentarle en toda solemnidad. Al efecto, se echó encima el más magnífico de sus riquísimos trajes, se puso dos coronas sobre la cabeza, montó un soberbio alazan ricamente enjaezado, y obligó á los dos próceres más adictos al gigante á llevarle por la brida, con la cabeza descubierta. Precedíala Anoya, capitaneando un escuadron de acólitos, cubiertos de brocado de oro, con palmas y con la oliva, y seguíala un verdadero ejército de criados y criadas, llevando en mulas y en carros cuantas riquezas y comodidades se pueden imaginar (1).

(1) Gregorio IX.

Así llegó al castillo de Dinamion, el cual se adelantó cortés para recibirla.

—¡Señor!—le dijo cuando vió que el guerrero se apeaba de Hipodonte.—Teo, al crear los cielos y la tierra, estableció entre ellos la armonía. Así como hay un luminar para el dia y otro luminar para la noche, así en el cielo de la autoridad yo ilumino las inteligencias y tú debes alumbrar al mundo castigando á los herejes y áun exterminándoles. Cuando tú faltas á tu puesto, la noche se hace oscura y tenebrosa con la negra iniquidad de los pecadores contumaces (1). ¿Estás dispuesto á cumplir con tus deberes y hacer entrar en órden toda cosa?

Dinamion, sorprendido por el lujo esplendoroso de aquella comitiva y por la audacia de su consejera, no se atrevió á negarla abiertamente el apoyo de su acero, y contestó, todo confuso, pero afirmativamente:

—Está bien—continuó diciendo Seuda.—Dame albergue por unos dias en tu alcázar, y veremos de salvar las almas al por mayor, salvando nuestros sacrosantos intereses.

No habia medio de resistir, y Dinamion abrió de par en par las puertas de su castillo á la lucida y numerosa tropa.

Aquella misma noche comenzaron las conferencias entre los dos amos de la isla, para discutir los preliminares de una alianza ofensiva y defensiva antes de emprender la guerra contra los siervos revoltosos, ó, segun decia la vieja de las cien caretas, antes de emprender la guerra santa.

—No veo bien que haya causa suficiente para

(1) Inocencio III.

tratar á esos mentecatos con tan horrible rigor—decia Dinamion, visiblemente conmovido, al escuchar los propósitos de su consejera.—¿Cuáles son, en resúmen, sus pecados?

—¡Ahí es nada!—exclamaba la ambiciosa de las dos coronas.—Sus córtes de amor, sus juegos, su gaya ciencia, todo allí es pecaminoso. Ya no hay freno ni creencia, todo se juzga y se critica, gastan más lujo que yo, y en suma, si cundiera el mal ejemplo, no sé cómo, dónde ni con qué habíamos de vivir.

Aquí llegaba la de las cien caretas cuando los acordes de varias arpas sonorosas subieron desde el pié del muro y penetraron en la estancia. Al oirles, Seuda reconoció la maestría y el estilo de los trovadores y se detuvo en su peroracion con gesto de alarma y de disgusto. Tras algunos compases preludiando una sentida melodía, se dejó oir un coro de trovadores, y la bruja y el gigante escucharon con atencion varios serventesios cuyo sentido y resúmen pudieran condensarse en lo siguiente:

—*Reinas soberbia, oprimes arrogante, y reinas y oprimes vilmente por dinero..... Amontona oro y más oro y quiera el cielo algun dia echártele todo encima.—Esquilas al rape la lana de tus ovejas, sigue esquilando y esquilando:..... con la lana se pueden fabricar los cordones y las cuerdas con que se ahorca.—Roes las manos que trabajan, á la manera de la serpiente ó la culebra:..... sigue royendo y hártate, que ya llegarás al hueso y allí se quebrará el colmillo.—Eres hipócrita y avara, eres soberbia y vengativa, pero no puedes nada contra las quejas de nuestros corazones, contra el ódio que te profesamos, contra los acen-*

los tristes y entusiastas de nuestros poéticos cantares (1).

—¿Lo oyes?. ¿Lo ves?—preguntó Seuda frenética cuando cesó la serenata.—Llegan hasta el mismo pié de tu castillo, me insultan en tus mismas barbas; hoy es á mí, mañana será á tí. Es necesario defendernos.

Dinamion, algo corrido con la osadía de sus trovadores, pues ignoraba que pensaran propasarse á tanto, nada pudo contestar y accedió sin resistencia á seguir las inspiraciones de la bruja. Desde el dia siguiente y muy temprano, comenzó aquella á preparar sus filtros y sus hechizos. Mandó prender á los trovadores de la serenata y decidió que pagasen su atrevimiento con la vida, pero Dinamion, reconociéndose cómplice del desacato, se negó á ejecutar la sentencia.

—Tú los sentencias: mátalos tú—la contestó.—Yo sólo mato peleando.

—No puedo derramar sangre—replicó Seuda fingiendo un horror bendito.—Cuadra muy mal derramarla á mi piadosa mansedumbre. Ya que te niegas á degollarlos; (para no verter ni gota,) los quemaré á fuego lento.

Y la bruja, para conciliar sus escrúpulos piadosos y humanitarios con sus instintos vengativos, hizo encender varias hogueras en las cuales los trovadores perecieron.

Hecho aquel escarmiento por de pronto, comenzó á dictar sus órdenes y á tomar medidas y disposiciones. Dijo quiénes eran los herejes y los dividió

---

(1) Síntesis de los lamentos de los trovadores Tolosanos y otros.

en convictos, penitentes y relapsos; prescribió á sus agentes y acólitos vigilar sobre todos y cada uno de los habitantes de la isla, llevar registros de actos, de palabras y de pensamientos; calificó hasta las intenciones, para lo cual bastaba, segun ella, una sombra, un tufillo, un rumor de sacrilegio ó de herejía; conminó á confesar toda emocion, toda idea, áun las más íntimas y las más recónditas, bajo pena de suplicio eterno, y en suma, dentro de la tupida red en cuyas mallas habia procurado aprisionar toda la vida instituyó la más recelosa y suspicaz inquisicion, y estableció tormentos de refinada crueldad por vía de maternales advertencias. Aun sus más devotos servidores, áun aquellos consagrados con el bautismo de agua, con el de sangre, con el de perfecto amor, no estaban, segun aquellas sus disposiciones, ni seguros de poder vivir, ni al abrigo de su sospecha y su venganza.

Mucho antes de terminar Seuda aquel código sangriento, Dinamion hubo de montar sobre Hipodonte, y de salir á campaña para dar inmediato cumplimiento á los mandatos de la bruja. Despidióse de ella despues de haber recibido contrito su bendicion, y ya al otro lado del foso, sintiendo en su corazon un asomo de piedad, paró su corcel, volvió la vista hácia el muro, desde cuyas almenas tornaba Seuda á bendecirle, y para aquietar los escrúpulos de su conciencia la dijo:

—Voy á pelear por tí, y quiero cumplir tus órdenes. Entre la canalla que me mandas degollar habrá niños y mujeres, amigos y enemigos, inocentes y perversos, ¿qué hago para no manchar mi acero con sangre buena y sin culpa, y—¡quién sabe!—tal vez con sangre bendita?

—Degüella, degüella sin piedad—contestó Seuda con acento de hipócrita mansedumbre.—Degüella hasta los angelitos en el vientre de su madre. Teo es misericordioso: Él expurgará allá arriba, y no temas se equivoque (1).

Dinamion sintió escalofríos de horror circular por sus carnes y sus venas, pero siguió su camino.

Dejémosle ir y degollar en monton, y veamos entre tanto cuáles eran las victorias de Andros allá en los Brumosos Tremedales.

Allí tambien llegaron las noticias de la guerra declarada por Seuda y Dinamion á cuantos tratasen ó soñasen con sacudir su férreo yugo, y por eso, preocupado el hijo de Ántropos con los peligros que á sus amigos y deudos amenazaban, no pudo ménos de decir al génio protector de su familia la primera vez que le evocó:

—¿Qué es esto, Pónos?. ¿Cuándo se cumplirán tus promesas? Las cosas van de mal en peor, porque allá en la Península de Luz sólo al traidor se atormentaba; despues, y en los tiempos del Imperio, se atormentó al vil esclavo, pero ahora y cuando más se nos predica el amor, se amenaza con los tormentos á los chicos y los grandes, á los villanos y próceres. Jamás hemos conocido crueldad que se parezca. ¡Y todo en nombre de Teo!. ¡Y todo cuando el terror primitivo y el posterior temor hácia los Dioses, en amor se va trocando!. ¿Cuál remedio contra tanto mal?

—No desesperes, Andros, no desmayes—exclamaba Pónos con fervor.—Cuando los males llegan á

(1) Cruzada contra los albigenses. Toma de Beziers.

su colmo, el remedio está cercano. Acuérdate de las palabras de mi hija.

—Bien las recuerdo—proseguia el mozo.—Me retozan sin cesar en la memoria. ¿Pero qué hacer, qué intentar?

—Dar álas á los biblos. Vivificarlos y multiplicarlos.

—No alcanzo cómo los biblos pudieran enfrenar á la maldita bruja, con álas ó sin ellas.

—Inténtalo y lo verás. Lo importante es no perder la fuerza por la boca, y poner manos en la masa.

—Dispuesto estoy; quiero creerte, mas aunque los biblos logren detener á Seuda, ¿quién domeñará al gigante?. ¿No sabes que sigue degollando á tus amigos, frenético y sin piedad?

—Recuerda las palabras de mi hija; recuerda que os anunció la necesidad de dos portentos. Tu padre, se preocupa con el polvo negro: preocúpate tú del otro.

—Pues manda, que ya ejecuto.

Andros, bajo la direccion de Pónos, emprendió la más famosa de todas las maravillas. Cogió un puñado de linaza y le arrojó sobre la tierra; brotó una planta de las más humildes, se cubrió de flores, se convirtieron estas en botones de oro, y Andros la arrancó en manojos, los maceró, los espadó, para limpiarlos del tamo, y despues de remojar en charcos las desnudas fibras, tejió el lienzo, rasgó el trapo, é hizo con él un pasta; y de la pasta, sacó, segun su padre le enseñára, una y otra pieza de papel.

—Esta es la tela para hacer las álas—le dijo Pónos entonces.—Preparemos ahora el molde para dar forma á los cuerpos, y vivificarlos y multiplicarlos.

Acto contínuo, cogieron un biblo de los más perfectos, y le picaron en pedacitos como cañamones.

—¿Por qué reduces este biblo á polvo?—le preguntó al génio el mozo todo perplejo y confuso.

—Porque vuestras obras, vuestras ideas, vuestros sentimientos, todo lo humano, sin excepcion alguna, se ha de constituir forzosamente con átomos diminutos, debida y maravillosamente asociados. Construye ahora la máquina para verificar la asociacion de estas partículas del biblo.

Andros obedeció y construyó una caja singular, con una tapa y un tornillo para cerrarla y abrirla.

—Ya tienes todo dispuesto—dijo Pónos á su protegido, tocando la caja con su vara mágica.—Ahora, dependerá de tí el éxito. Si aciertas á colocar dentro de esa máquina encantada los pedacitos del biblo con tal paciencia y tal arte, que cada uno ocupe su posicion tal y conforme la ocupaba antes de reducirle á polvo, cada vez que cierres y abras esa caja, saldrá volando por los aires un biblo como el primero, y cuantos pusieren la vista en él oirán sus máximas y sentencias.

—A verlo vamos—contestó el mozo impaciente.

Y puso dentro de la caja varias hojas de papel, y sobre ellas fué colocando poco á poco las partículas del biblo, procurando reconstituirle cabal y pacientemente. Mucho trabajó, mucho sudó, pero su anhelo por vencer á Seuda era vehemente, era febril, y mediante ímprobos esfuerzos llegó á oir con claridad (cuando miraba su obra), todas y cada una de las frases del biblo que mutiló, prueba inequívoca y segura de haberle rehecho y reconstituido.

Entonces bajó la tapa, segun le indicara Pónos, la levantó todo anhelante, y apenas quedó un espa-

cio libre por donde penetró la luz, cuando salió volando por el aire un biblo, y al seguirle con los ojos oyó una y otra vez las palabras en el primero aprisionadas.

Diez, ciento, mil veces y otras mil hizo subir y bajar la tapa de la prodigiosa máquina, y el espacio se pobló de biblos y no hubo nadie con ojos para ver, con vista para mirar, que algo nuevo ó algo bueno á todas horas no pudiese oir.

—No te cuides sino de hacer andar la maquinilla —exclamó el génio gozoso por el éxito.—Puebla los aires de esos geniecillos: ellos llegarán donde está Seuda, la acosarán como moscas, como mosquitos la quitarán el sueño, y todas sus disposiciones draconianas para aislar á tus amigos y familia en el desierto de sus conciencias temerosas, serán inútiles y vanos, pues así como dije á tu buen padre cuando aprisionó en los biblos la palabra, que ya no habria oido torpe ni memoria flaca, así desde este punto y hora, os entendereis unos con otros, destruireis los valladares del misterio, saldrá á la luz del sol lo oculto, y las maquinaciones tenebrosas de la bruja, con sólo ser de todos conocidas, contra vosotros no prevalecerán. *Desde hoy podreis pensar diez dias y trabajar uno con el cuerpo, sin cesar nunca de sentir*. Vuestro trabajo se transforma y vosotros os transfigurais.

—Me enamora esta invencion y tus palabras me seducen—contestó el mozo lleno de alegría—pero confieso que todavía no alcanzo esos triunfos que me anuncias. Sin embargo, creo en tí, y cuantos biblos caigan en mis manos, otros tantos vivificaré. Si lo que dices fuese cierto, seria nuestra redencion.

—Seria un paso grande, un adelanto inmenso hácia vuestra redencion, y nada más—replicó el génio sonriéndose.—Las redenciones de golpe, las revelaciones en bloque y en una pieza son buenas para la bruja, constituyen su gran recurso: para vosotros, en verdad, las cosas suceden de muy distinta manera, y no hay que soñar con semejantes efectos teatrales. De no conseguirse todo, grado á grado, ¿qué objeto pudiera tener aquí la comedia de la vida?. Cada necesidad exije su redencion, y siendo vuestras necesidades múltiples, crecientes, infinitas, para informar la redencion total se han ido verificando y siguen verificándose redenciones parciales infinitas. Os redimisteis del hambre con el rebaño y el arado; de la fiebre con la choza; del frio con el fuego; de la oscuridad con la tea ó con la lámpara; de la impotencia con la asociacion; del aislamiento con la nave y el camino; del ódio con el comercio, y ahora con esta mágica invencion os podreis redimir de la ignorancia. Cada una de vuestras conquistas, sobre el mundo ó sobre vosotros mismos, descorre en algo el negro manto de mi hija y en eso está la redencion. Ella, sólo ella os hará libres. Tras un adelanto material, viene otro intelectual, y cada conquista intelectual prepara nuevas conquistas materiales, y este contínuo ensanche de vuestra personalidad, por la cíclica alternancia de vuestras necesidades y la cíclica repercusion del mundo sobre vuestro sér y de vuestro sér sobre el mundo, va afinando vuestra sensibilidad para dotarla de perspicacia, de nobleza, de hermosura. Pero tu padre me llama, y necesariamente he de acudir. ¿Si habrá dado al fin y al cabo con la composicion del polvo negro?

Mientras sucedian estas cosas en la region de los Brumosos Tremedales, Seuda regresaba á las Siete Colinas, dejando á su criada Anoya en casa de Dinamion para dirigirle y vigilarle.

—Estamos—la dijo al despedirse—en el punto más crítico para nosotras. De esta hecha, ó comemos ó ayunamos. Bien puedes ver lo que haces. Aquí te dejo mis filtros para procurar que pierda el seso Dinamion y continúe degollando á su pueblo, á sus amigos. Es necesario reducir á ceniza toda idea; la isla no debe pensar sino á mi gusto, y si nuestro Señor, fuerte y animoso, sigue obedeciendo, de seguro lo conseguiremos. Como tú mantengas su entusiasmo, me rio de Pónos y de sus inventos, porque todas esas cosas materiales podrán descorrer el velo de su hija, mas nunca podrán la menor cosa contra mi divina inteligencia, y la inteligencia, una, eterna é inmutable, dispone al fin de la materia. Ánimo, pues, mi buena Anoya. De cuando en cuando, una de tus peroratas para ayudar á las hogueras, pues en verdad, en verdad te digo, que no sé cuál de las dos cosas, el fuego ó tus peroratas, es más á propósito, más útil, más eficaz, para ahogar y destruir al rebelde pensamiento.

Anoya la escuchó y la despidió. En su fuero interno, sin embargo, se despertaron al oir su panegírico en lábios de su maestra, antiguas y dormidas aspiraciones de independencia, de hartazgos, de ambicion, de gloria.

CAPÍTULO XX.

¡Por cuántos y cuán ignotos caminos se elabora sin interrupcion el progreso de la humanidad!. Porque el mundo marcha, y marcha con paso firme hácia la perfeccion y el bien, á pesar de cuanto digan los miopes hipocondriacos, ó los hipócritas blasfemadores. En el augusto y grandioso movimiento hácia adelante, hay ritmo como en todo movimiento, y las oscilaciones de este ritmo, de magnitud proporcionada á la grandeza del fenómeno, ocasionan paradas aparentes y aparentes retrocesos, tomados por unos y por otros, como excepciones de la ley.

Condenado el hombre á una compleja actividad práctica, á eterna lucha con el mundo externo y á múltiples conflictos consigo mismo, puede abatirse ó exasperarse si compara á la menuda, pero todo será confianza cuando en conjunto abarque y considere.

Sí: el mundo progresa, y hoy es mejor que ayer, y mañana será más digno que lo es hoy. De lo contrario, siendo innegable el adelanto material, los hombres se verian encerrados entre la misérrima

ignorancia ó la criminal ilustracion; de lo contrario, serian antitéticos el bienestar del cuerpo y la bondad del espíritu. Aquí, donde todo nos revela la armonía, seríamos la nota discordante, y al ceder á las seducciones de la próvida naturaleza, nos alejaríamos, torpes ó malvados, de todo ideal moral. Seria como si una voluntad omnipotente dijese á su criatura: «Te doto con un deseo ingénito de mejorar; te hago sensible al placer y te halago con los gustos, si adelantas y progresas; pero todo esto no es sino para llevarte á la corrupcion, para atraerte á un abismo, como el cazador ceba y engaña á la fiera hasta aprisionarla entre los hierros de una prision aborrecible.»

¡Sublime deduccion lógica, así de la piedad fanática como de cierta falaz filantropía!. Porque si, como creen esos otros filántropos de nuevo cuño, aduladores torpes de la plebe, la virtud sólo reside con el pobre, los vicios son patrimonio del rico, ¿qué esperanza se le reserva á quien padece?. Al afanarse por comer mejor, por tener mejor vestido, por trocar la choza inmunda en casa cómoda y sàna, se convertirá en un mónstruo; si ama la virtud, si aspira á la perfeccion, debe resignarse á vegetar en pocilga, comer poco y comer mal, dejar que penetre el cierzo por asquerosos harapos, y no tener momento de solaz para agrandar su inteligencia, purificar su corazon y elevar su pensamiento á lo absoluto. ¡Oh estúpida y repugnante blasfemia, imposible discordancia, cuyo único remedio seria el anonadamiento y el suicidio!

No es esto decir empero que las sociedades, áun las más adelantadas, toquen ya en la perfeccion. La humanidad es moza todavía, y en muchas cosas

apenas si vislumbra claro; mas, que progresa moralmente, al progresar en ciencia y en bienestar, es ya un axioma, y ciego es quien no le vea: La evolucion en la armonía es visible y es creciente. Los ciclos de riqueza, de saber y de cultura, más ó ménos impregnados de entusiasmo ó fanatismo, alternan por modo providencial, diminutos en el indivíduo, grandes en el tiempo y el espacio cuando á los pueblos se refieren, y con aquellos y con estos, al hundirse las generaciones en el abismo de la historia, subsisten los elementos necesarios á la mayor armonía y al equilibrio creciente, para una vida más ámplia, más generosa y más cabal.

Cierto que en el interesante drama ó en la eterna lucha de nuestro libre albedrío con las leyes inmutables dictadas para nuestro bien, el legislador supremo dice de contínuo á su criatura: «Todo bien te costará su precio, el cual habrás de pagar en moneda compleja de fatiga; pero cuanto creares será tuyo», ó en otros términos: «Tu bienestar consiste en satisfacer sin límite todas tus necesidades físicas, intelectuales ó afectivas: pero la fuente de este bienestar es el trabajo, y cada uno, sin privar á nadie de lo suyo, debe gozar segun sus obras.» Los perezosos de la tierra advirtieron, sin embargo, la posibilidad de apoderarse de los frutos del trabajo ageno, y la fuerza esclavizó los hombres, y la mentira inventó engaños para echar sobre los hombros del débil los afanes de la bestia. De aquí ese cúmulo de trajedias é invenciones, de hecatombes y creencias, de desafueros é ídolos para tener al hombre en guerra con el hombre, y de aquí que en la distribucion y redistribucion de los bienes de este mundo no siempre se mida con la magnitud de los servicios la parte cor-

respondiente á cada cual. Y como el oro no da virtud, sino en tanto que es producto del trabajo armónico, surgen las monstruosidades, contra las cuales se lanzan anatemas para envolver en el cáos de la duda á justos con pecadores. De aquí que las cuestiones de tuyo y mio sean, hoy más que nunca, peligro temeroso y que se noten tendencias á modificar la posesion de las cosas, armonizando poco á poco nuestra libertad moral con las leyes perdurables de nuestra naturaleza.

Y no se alarmen los buenos ante verdades cada vez más evidentes. Mayores reformas se han verificado, y no por ello pereció la sociedad. ¿Cuáles no fueron los gritos de alarma y los fatídicos pronósticos de los soberbios patricios, poseedores de esclavos, cuando un para ellos visionario sin hogar, seguido por otros doce mendigos, entró en Jerusalen montado sobre un asno y proclamó la ley de amor, amenaza heróica y sublime á sus mal ganadas riquezas?. ¿No tenian aquellos esquilmadores en su apoyo el prestigio de la autoridad, la opinion de las inteligencias más claras hasta allí, pues ni Platon, ni Aristóteles pudieron concebir el órden sin la esclavitud?. ¿Se puede comparar con aquella revolucion ninguna otra?

Digámoslo con confianza: la perfeccion posible para nuestras sociedades está en que las leyes humanas digan y concuerden bien con las divinas; pero entiéndase por divinas ordenanzas, no los caprichos de nuestra fantasía ó los engendros de nuestras interesadas preocupaciones, sino aquello determinado por la paciente observacion de los fenómenos y las relaciones generales, fundidas andando el tiempo en sencilla y armoniosa síntesis.

Tres siglos bastaron á la experimentacion para borrar los errores de un legislar *a priori;* en esos tres siglos el mundo externo se ha abierto à nuestras miradas, y la humanidad contempla con asombro sus increibles adelantos. ¡Cuánta no será su admiracion cuando penetre nuestra vista en el profundo laberinto del mundo interno, y se toquen los bienes, hoy imposibles de pensar siquiera, resultantes indudablemente de su íntima armonizacion!

Esos bienes materiales, causa de sustos y rencillas, son el nuncio seguro, la prenda más inequívoca del adelanto moral, porque al dominar al mundo externo se desenvuelve nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad se perfecciona para sentir lo armónico, lo justo. En la lenta vegetacion del árbol del progreso, el bienestár material construye el tronco, el saber cubre de flores las ramas, la sensibilidad lo baña todo en una atmósfera saturada de vida y de fragancia; pero todo esto sucede para conseguir el fruto, y el fruto ópimo y último de la complicada planta, es la moral en accion traducida en las costumbres. La invencion de la moneda facilitó entre los hombres, no solamente el material comercio de las cosas, sino ese otro de mayor valía, el de ideas y de sentimientos; la escritura convirtió en patrimonio de todos la experiencia de todos y su riqueza intelectual; la brújula abrió los mares á la civilizacion, á la mansedumbre, á la virtud; el molino hizo del esclavo un siervo; la pólvora convirtió al siervo en ciudadano; la imprenta difundió la luz por todos los entendimientos; el vapor estrecha ya los nobles lazos de amor y mata enemistades y ódios; el telégrafo hace palpitar al unison y simultáneamente las conciencias. ¿Qué podrán contra to-

das estas cosas materiales y despreciables en sí, espirituales y sublimes en sus resultados, los fuertes y los astutos, áun pavoncándose en púrpura ó en tiara, cuando algun obrero oscuro, desde un tugurio miserable, pero ungido por el Señor con el crisma de la inteligencia, dé á guisa de soberano algun decreto parecido á este?. «*Yo Fulano de Tal, en virtud de mi indisputable autoridad por haber dado direccion á un globo, aprisionado (para reproducir á voluntad) sinfonías y discursos, ó suprimido los alambres del telégrafo, poniendo así al hombre con el hombre en comunicacion contínua desde el santuario de su hogar, vengo en borrar las costas y fronteras, en licenciar á los ejércitos permanentes, en crear la moral y la legislacion internacional para dar á cada uno lo suyo en la paz y en el trabajo, é inaugurar para los siglos de los siglos el reinado del amor, de la paz y la justicia: la libertad por la verdad, para cumplir la ley de amor de Jesucristo.*»

Volvamos á nuestro cuento:

Para no embrollar su curso, veremos de qué manera se enteró Scuda de la invencion maravillosa de Andros, antes de dar cuenta fiel y minuciosa de la ocasion y el motivo que obligó á Pónos á separarse de aquél, llamado con urgencia por el padre.

Llegado que hubo la bruja á su palacio, quiso informarse ante todo del estado del manto de su esclava, y á pesar de su confianza y de su orgullo, de veras se sobresaltó. El manto habia mermado y la luz irradiada por Alecia era cada vez más clara. En su consecuencia, redobló sus precauciones y promulgó nuevas ordenanzas más crueles y feroces que todas las anteriores. En seguida quiso ocuparse de la hacienda.

Hallábase muy de mañana tomando cuentas á sus limosneros, y refunfuñaba y regateaba porque el diezmo de mendigos y el tributo de prostitucion no aumentaban progresivamente como los demás impuestos, y ya se disponia á dictar medidas de rigor contra toda ocultacion, cuando penetró por una ventana abierta uno de los biblos de Audros haciendo murmurar al aire con sus alas. Los limosneros y Seuda alzaron maquinalmente la cabeza, se fijaron en el biblo, y todos oyeron clarísimamente una y otra vez:

«Más fácil será á un camello pasar por el ojo de »una aguja, que á un rico como tú penetrar en el reino »de los cielos.»

—¿Qué sacrilegio es este?—vociferó la bruja.—A ver, que quemen ese bicho.

Y se cerraron las ventanas y las puertas, y todos los comensales echáronse á correr y á manotear como quien caza un moscardon. En aquella caza fué lo peor que como todos procuraban seguir al biblo con la vista, oian sentencias y más sentencias cuyo sentido estaba lejos de enaltecer á la bruja.

—Que me traigan un hisopo y una calderilla—tornó á gritar la presumida de infalible.—Esto es obra del demonio, eso es el demonio mismo. Exorcisémosle.

Y la lengua se la trababa de coraje.

Pero abriéronse las puertas para traer los trebejos, y la estancia se llenó de biblos, y tras la estancia el palacio. Cazábase uno, y aparecian ciento ó mil. Y se gastaron los hisopos, los anatemas se agotaron, y todo fué inútil para conjurar aquella plaga, y cuando llegó la noche, Seuda perdió la cabeza, se olvidó hasta de las cuentas de sus limos-

neros y determinó salir de madrugada para impetrar nuevamente el auxilio del gigante.

Dejémosla con sus angustias, y digamos lo sucedido entre tanto en las chozas y en el laboratorio, al pié del castillo de Dinamion.

Durante la guerra contra los rebeldes, el guerrero se habia visto en la necesidad de pedir al siervo armas y mejores armas. Por sugestion del buen Pónos, Ántropos, en lugar de forjarlas con acero y con ayuda de Pir, procuraba componer el polvo negro para ofrecérsele al gigante, como el arma más terrible.

El dia mismo de la salida de Seuda para las Siete Colinas, encontrábase nuestro alquimista vestido con el ropon, caladas las antiparras, encapillado el cucurucho y moviendo con gentil compás la mano de su mortero. Habia determinado con ayuda de la cábala tres números misteriosos, y segun ellos pesó los distintos ingredientes. Para mezclar y confundir en una las tres materias elegidas en las determinadas proporciones, ocurriósele colocar el mortero sobre fuego lento, y volvió á bailar sobre aquella combinacion la mano del almirez; mas apenas se verificó la mezcla cuando hubo un relámpago y un trueno horrísono, estruendoso, y la techumbre fué arrojada á gran distancia, y las paredes se volcaron hácia afuera, y salieron por el aire todos los objetos raros y estrambóticos.

Las rodillas del alquimista chocaron una con otra y estuvo á punto de caer. Habia cerrado los ojos de pavura, y al abrirlos otra vez, encontróse como por ensalmo al aire libre.

Mas no fué esto lo más extraordinario, sino que muchos de los trebejos verdaderamente preciosos

estaban en su lugar, respetados por la explosion, mientras las piedras filosofales, los elixires de la vida, los horóscopos, los vaticinios y otras muchas fruslerías, tras de las cuales corrió algun tiempo sin tino, habian desaparecido para no volver. Intactos quedaron las retortas, el hornillo y los crisoles, las observaciones astronómicas, los simples y compuestos útiles, y hasta el mortero y la mano con que á la sazon molia. Los lagartos, sabandijas, horóscopos y amuletos no estaban en ninguna parte. Ántropos lo veia, lo palpaba, y apenas si daba fé al tacto ó á los ojos. Bien le constaba que la isla de Gé era encantada; pero así y todo parecíale el suceso un punto más que encantamiento.

El estruendo atronador de la explosion sobresaltó á los habitantes á la redonda, y grandes y pequeños comenzaron á bullir para averiguar la causa. Ántropos se apercibió del rebullicio, y algo repuesto del asombro, acudió á su sempiterno consolador, bálsamo de sus penas y alivio de sus cuitas, al siempre fiel y siempre obediente Pónos. Ya sabemos dónde se encontraba á la sazon, y lo que hacia al lado de Ándros.

—¿Qué es ello?—preguntó el génio al llegar.

—¿Qué ha de ser?—contestó Ántropos.—Contempla los estragos del polvo negro anunciado por tu hija.

—¿Y por qué te asustas y te sobrecoges?—continuó Pónos.

—Pues digo que la cosa es leve—repuso el hombre herido por la tranquilidad del génio.—¿No ves el destrozo? ¿Quién no se alarma ante fuerza tan irresistible? Mira la distancia á que se encuentran los pinos de la techumbre.

—Sosiéguese el señor alquimista—continuó Pónos en tono de buen humor.—No todo ha de ser elixires de vida y piedras filosofales. ¿No has estado buscando año tras año un polvo de proyeccion? (1) Pues ahí le tienes y preñado de mudanzas. Los gustos con sustos se han de pagar. Hay un poco de trastorno, es verdad, el trastorno consiguiente á cualesquiera invenciones. Por eso los cortos de vista ó flacos de entendimiento, gritan contra lo nuevo siempre. Sosiégate, sin embargo: no te es posible calcular los beneficios de esa terrible invencion, pero te aseguro que comparadas con ellos esta calamidad y esta ruina poco ó nada significan. Puedes dar por bien empleado el susto. Intacto ha quedado aquí lo útil, lo provechoso. Solamente ha desaparecido lo extravagante ó lo supérfluo. Quítate las gafas, el capisayo y la caperuza; cuelga tan pueril disfraz por espantajo en tu huerto, y deja de pagarte de nécias exterioridades que ni dan ni quitan ciencia. Afortunadamente nada has padecido. Veamos si han padecido los tuyos. ¿Dónde está Gina?

—Felizmente subió esta mañana con provisiones al alcázar, porque, segun parece, estará pronto de vuelta Dinamion—contestó Ántropos despojándose de su famoso traje y colocando sus prendas sobre las ramas de un peral.

—¿Y Télia?

—Salió hácia el templo hace poco para hacer sus oraciones.

—Pues en la inaccion está el peligro—continuó el génio.—Si llega ó ha llegado Dinamion, poco tarda-

(1) Así llamaban los alquimistas al que habia de trasmutar los metales.

rá en venir, y es necesario contentarle con ese arma.

—¿Cómo?—exclamó el hombre.—¿Vas á poner en sus manos ese elemento destructor?. Entonces, ¿quién le resiste?

—El último de tus siervos—contestó Pónos tranquilo.—Ese polvo iguala al débil con el fuerte. Ya no hay gigantes ni pigmeos. ¿Recuerdas los ingredientes y las proporciones de la mezcla?

—¿Pues no las he de recordar?. La costumbre graba esas cosas en mi memoria. Setenta y cinco, diez y seis, nueve: esos fueron los números cabalísticos.

—Déjate de cábalas, que harto habrás de hacer con estudiar las combinaciones naturales. Busca en cantidad las tres sustancias, y repitamos la prueba; pero allí viene Melanio y viene corriendo como un ciervo. Alguna gran novedad nos trae: salgamos á recibirle.

Pocos pasos hubieron de dar Ántropos y su protector para juntarse con el negro, el cual venia del castillo y les dijo con aliento entrecortado:

—Nuestro Señor ha llegado. Sacudíase el polvo del camino, oyendo charlar á Anoya, y disponíase á comer las provisiones subidas por tu mujer, cuando una claridad como la de cien relámpagos inunda la sala del castillo. Se oye en seguida el estampido de un trueno y penetran por las ventanas abiertas, envueltos en una nube de polvo, lagartos y otras sabandijas. El castillo se extremeció hasta en sus cimientos, y ni una sola vidriera ha quedado con cristales. ¡Ira de gigante!—exclamó entonces Dinamion.—¡Cómo se divierte el siervo en vez de forjarme las armas pedidas cien y cien veces!.

Que venga Ántropos aquí, si no quiere que baje y le desuelle.

—Ya lo ves, Ántropos—interrumpió el génio.—No conviene presentarte á Dinamion con las manos vacías. Fabrica pronto el polvo negro para desarmar su cólera. Ahí tienes todavía tu mortero.

Ántropos, comprendiendo lo crítico del caso, eligió y pesó las cantidades precisas de las tres piedrecitas necesarias para la terrible composicion, y fabricó tanto del polvillo negro cuanto cabia en el hueco de la mano.

Pero por mucha prisa que se dió tardó algun tiempo en prepararlo, y cuando se disponia para subir al castillo, ya la paciencia de Dinamion se habia cansado de esperar, y salió ciego de enojo en busca del alquimista.

—Ven acá, siervo miserable—gritó el gigante sañudo cuando le vió bastante cerca.—¿Así te entretienes en hacerme jugarretas, cuando debieras forjar las armas que te he pedido?

—Señor—le contestó Ántropos con la mayor serenidad.—Ni un punto olvidé tus órdenes.

—¿Pues qué hacias?

—Trabajaba.

—¡Lindo trabajo!. ¿Y en qué?

—En aprisionar el rayo para ponerle á tu alcance. Traigo un arma irresistible.

—Pero ¿dónde está?, ¿dónde está?

—Aquí, en mi mano, mírala.

—¿Te burlas de mí, pigmeo?—gritó el gigante rechinando los dientes de pura rabia.—¿Dónde traes esa arma, dí, bellaco?. ¿Es por ventura invisible?

—Ruégote, Señor, que no te enojes. Aquí en mi mano la traigo: mírala bien: es este polvo.

Dinamion alargó el cuello hácia adelante, inclinó el rostro y abrió unos ojos tamaños, al percibir unos cuantos granos negros que el siervo le presentaba en la concavidad de la mano izquierda. Quedóse como sin comprender una buena pausa, y despues de pestañear diversas veces como para apartar nubes ó telarañas de la vista, levantó la diestra con el índice tendido y apuntando al polvo negro y alargando poco á poco el brazo, rompió de súbito en estruendosa carcajada, y tanto se regocijó, que apenas si tenerse pudo en pié.

Todos los que se hallaron al alcance de bocina, se taparon los oidos para no quedarse sordos, pues era aquel reir alegre, el más ruidoso reir que han escuchado los siglos.

—¡Donosa invencion á fé!—decia el guerrero volviendo una y cien veces á su indómito reir en medio del cual hasta las lágrimas se asomaron presurosas á las ventanas de los ojos.—¡Donosa invencion!. ¡Sublime!. ¡Vaya una lanza!. ¡Grande escudo!. ¡Magnífica armadura!. Supongo que para hacerla producir su efecto, habré de coger bonitamente á mis enemigos é introducirles en la boca cuanto cabe entre el pulgar y el índice. ¡Já, já!. ¡Qué ocurrencia!. ¡Jí, jí, jí!. ¡Donosa, donosísima invencion!. ¡Jó, jó, jó, jó!

—Rie en buen hora, Señor—exclamó Pónos—mas permite que mi protegido te haga ver los efectos del arma de que te burlas.

—Sea como dices—contestó Dinamion—quiero reirme un poco más. Hágase la prueba.

—Ántropos, con esto, se aproximó á una peña rodada al pié de la colina, cuyo tamaño era igual al de una choza, escarbó debajo de ella un hoyuelo

algo profundo y puso en aquella mina el polvo negro, retirándose de prisa. Unos instantes despues, hubo un relámpago y un trueno y la peña atravesó los aires con increible velocidad, yendo por acaso á dar contra uno de los torreones del castillo. Al rudo golpe desplomóse con estrépito el torreon, y sus muros, bóvedas y almenas, se convirtieron en un monton de ruinas.

Dinamion se puso sério. Restregóse los ojos como para cerciorarse de que no soñaba, y luego murmuró entre dientes:

—«Pues si esa mole me hubiese dado en el cuerpo..... adios casco y escudo y coselete.»

—Dí, siervo—prosiguió luego en alta voz.—¿Te atreves á dirigir con igual precision todos tus tiros?

—En queriendo Pónos—contestó Ántropos—con el tiempo, la práctica y la observacion, podremos herir una mosca por el aire, siempre que se la distinga.

—Entonces—exclamó el gigante—á nadie puedo temer. A buena hora me acosan hasta los villanos para hacerles caballeros. Me rio de sus armaduras. Ya el valor se ha subido á la cabeza. Házme mucho, pero mucho, mucho, de ese maravilloso polvo negro.

Pensativo por demás entró Dinamion en su castillo por la brecha abierta en la muralla, y aunque teníase por vencedor de rebeldes y árbitro supremo de libertades, vidas y destinos, sus reflexiones iban mezcladas con ciertos presentimientos misteriosos, y no se sentia completamente tranquilo.

Ántropos por su parte, y á pesar de cuanto le decia Pónos, recelaba poner aquella fuerza destructora en manos de Dinamion, y mientras fabricaba el

polvo veia convertida en pavesas á la isla toda, y al gigante, tirano para siempre de él y de los suyos.

—¿Quién será capaz de calcular la destruccion preparada por estas débiles manos?—se decia mientras iba llenando poco á poco dos toneles altos como su estatura. Me asusto de mi propia obra; pero segun tengo aprendido, de la destruccion brota la vida, y contra la fuerza, madre de la esclavitud primero y de la servidumbre despues, no hay sino fuerza y más fuerza. La de este amuleto es para mí inexplicable todavía, porque si generalizo por todas partes su uso, y si mando á Andros la receta, pronto no habrá ni superior ni inferior en el terreno de la fuerza. Y no hay duda, la igualdad no es la libertad, pero es un paso hácia ella; prepara el equilibrio, y todo equilibrio es provechoso y es bueno.

—Bien, muy bien, señor filósofo—dijo Pónos á su amigo dándole al desembozarse una palmada en el hombro.—Vas ya discurriendo de otro modo, sin duda porque de otro modo sientes. Si cultivas bien esa aficion á discurrir, tu dicha está asegurada, porque tu espíritu penetrará la materia como en jardin apacible las suaves auras ó el inquieto viento rodean árboles y flores, juegan entre sus menudos tallos, agitan todas las ramas, se filtran hasta las raíces, sostienen las alas brillantes de la mariposa, y engendran en la garganta del ruiseñor sus melodiosos cantos y sus trinos. Prepárate, porque se acerca un ciclo en tu existencia, memorable: pronto pensarás un dia y trabajarás solo una hora hasta desencantar á mi hija por completo. Cuando la reconozcas por reina, por señora y soberana, vivirás un dia pensando con el cerebro y con el corazon, sin haber de trabajar con el cuerpo arriba de un minuto. Pero

los dos toneles están llenos, no sigas fabricando más.

—La dificultad ahora—contestó el siervo—está en subirlos al alcázar.

—Eso corre de mi cuenta. Dinamion en su impaciencia no ha de tardar en venir á preguntarte por el polvo negro, y con un poco de ingenio él mismo te ayudará.

La voz del gigante que se acercaba á grandes trancos puso fin á su coloquio.

—¡Vamos á ver!. ¡Ira de gigante!—gritó Dinamion llegando.—¿Me has preparado ya esos rayos y centellas?

—Aquí tienes, Señor—contestó Ántropos—los bastantes para conmover al mundo. Dos toneles y de los mayores.

—Pues arriba con ellos. Llévamelos al castillo.

—¡Señor!—interrumpió Pónos.—Habrás de esperar un dia cuando ménos. Calcula el peso de los dos toneles: se necesitan tres yuntas para cada uno, y el paso de los bueyes es muy tardo. Si fuéramos tan fuertes como tú, allí estarian en un periquete.

—Y lo estarán—exclamó Dinamion recogiendo ambos toneles entre los dedos de la mano izquierda como quien coge dos vasos por la boca.—¡Ahí es nada!. ¡Dos toneles de rayos y centellas!

Y así diciendo dió la vuelta muy ufano á su castillo, llevándose el polvo negro.

Ántropos y Pónos se quedaron mirándose uno á otro, y cuando Dinamion pasó el puente levadizo y penetró en el alcázar, fijaron en silencio los ojos sobre aquel nido de buitres en espectacion de alguna cosa extraordinaria.

Pasaron unos minutos, y despues otros, y despues

una hora, y la impaciente ansiedad del hombre crecia y crecia por instantes. Su corazon palpitaba hasta el punto de herirle dolorosamente el pecho; el aire al penetrar en su garganta parecia tener abrojos. La sangre se le agolpaba á la cabeza; en una hora habia vivido siglos.

Por fin, un relámpago como ningun otro trocó la luz del sol en sombra; las murallas y torreones se alzaron sobre un piélago de fuego; oyóse un trueno estridente; tembló la tierra; repitieron los ecos de los valles aquella explosion horrible, y cuando el viento hubo arrastrado el torbellino de polvo que en los primeros momentos veló en un cáos la catástrofe, aparecieron las torres, las almenas y los muros convertidos en monton de ruinas.

Lo grandioso de aquel sacudimiento hizo enmudecer al hombre, y en aquella tan perdurable breve pausa cruzaron rápidas por su imaginacion mil y mil ideas. Los edificios á la vista habian venido á tierra; el templo colosal estaba cuarteado y habria de reconstruirse: la choza intacta era lo más firme, lo más sólido que habia quedado en pié. ¿Sobreviviria Dinamion?. ¿Se vengaria del siervo?. ¿Cuáles serian los resultados inmediatos de aquel descomunal desquiciamiento?

Mientras el hombre veia cruzar confusamente aquellas imaginaciones por lo más recóndito de su conciencia, notó en el monton de polvo cierta especie de hervidero, y entre las ruinas asomar hocicos, agitarse garras, bullir cuerpos á guisa de reptiles, como cuando la pala del arado deshace un hormiguero ó revuelve un nido de escarabajos. Debajo de los escombros agitábanse los trasgos y los duendes luchando por la existencia. Algunos, valiéndose de

las uñas y los dientes, escarbando con agitacion nerviosa, lograron desembarazar sus descompuestas personillas, y apenas sentian en libertad los piés, hasta entonces como en cormas, echaban á correr despavoridos, polvorientos, desgreñados, sin propósito y sin rumbo.

Ante aquel espectáculo tan nuevo, Ántropos no pudo contener la risa. Asomaba un trasgo el empolvado rostro con expresion risible de pavura; agitaba nerviosamente el cuello hasta desprender los brazos; entonces se afianzaba en las garras, agitábase con redoblada fúria; desprendia poco á poco el corpezuelo, y una vez libre de prisiones, sin tender la mano á sus demás camaradas, sin mirar siquiera atrás, partia como conejo á quien sorprende el huron en la soterrada madriguera, y tropezaba y caia, y tornaba á levantarse y á correr con ademanes cómicos de susto.

A cada nueva aparicion nuevas peripecias sostenian el alegre regocijo del siervo, y hasta Pónos sonreia.

Así salieron de entre las ruinas del poco antes soberbio é inexpugnable alcázar Egos, Fobo, Filoctesia, y por fin apareció como brotando de la tierra una catadura singular y al pronto desconocida. Era Anoya, la velluda Anoya con su panza, sus mofletes y sus juanetudos piés, desnuda del negro manto, cubierta de polvo, fea y asquerosa. Pugnaba por arrancar de entre los escombros el famoso manto negro para cubrir su desnudez, y en aquel insistente trabajar—primero de su vida toda—hacia tales contorsiones, que el verlo era para reventar de gusto.

El siervo se revolcó sobre la yerba con los puños

en los vacíos, vertiendo lágrimas de gozo y decia entre carcajada y carcajada:

—No puedo más, no puedo más. Este rato compensa muchos de mis sinsabores. ¡Bendito sea el polvo negro!. ¡Ah, si estuvieran aquí para presenciar el lance mis hijos y mi.....

La risa se le atravesó en la boca: de un brinco se puso en pié y mesándose el cabello gritó con acento de amargura.

—¿Y Gina?. ¡Oh desventurado, tres veces desventurado Ántropos!. Mi mujer estaba en el castillo. ¡Enterrada, enterrada en vida!. ¡Muerta por mis propias manos!.... ¡Oh, maldito, maldito sea el polvo negro!. ¡Desolacion, desolacion, desolacion!

Y el pobre siervo, con el corazon transido, cayó como una piedra, sin conocimiento, á los piés del consternado Pónos.

M. MARTIN

PONOS

Ó

LA COMEDIA

HUMANA

Vol. III